

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Baña-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.

Año,



1605.



CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

TASSA.

YO Iuan Gallo de Andrada escriuano de Camara del Rey nuestro señor de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fe, que auiendo visto por los señores del vn libro intitulado, *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Ceruantes Saavedra: tassaron cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro docientos y nouenta marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello cõste di la presente en Valladolid, a veinte dias del mes de Deziembre, de mil y seyscientos y quatro años.

*Iuan Gallo de
Andrada.*

Testimonio de las Erratas.

ESTE Libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original : en testimonio de lo auer correcto di esta fee . En el Colegio de la Madre de Dios de los Teologos de la Uniuersidad de Alcala , en primero de Diziembre, de. 1604. Años.

El Licenciado Francisco
Murcia de la Llana.

POR



Or quanto, por parte de vos Miguel de Cer-
 uantes, nos fue fecha relacion, que auia des cõ
 puesto vn libro. intitulado, *El ingenioso Hidalgo
 de la Mancha*, el qual osauia costado mucho tra-
 bajo, y era muy vtil, y prouechofo, nos pedistes, y supli-
 castes, os mandassemos dar licẽcia y facultad, para le po-
 der imprimir, y preuilegio por el tiẽpo que fuessemos
 seruidos, o como la nuestra merced fuessse. Lo qual visto
 por los del nuestro Consejo, por quãto en el dicho libro
 se hizieron las diligencias. que la prematica vltimamen-
 te por nos fecha, sobre la impressiõ de los libros dispo-
 ne, fue acordado, que deuiamos mandar dar esta nuestra
 cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuuimõslo por
 bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos
 licencia y facultad, para que vos, o la persona q̃ vuestro
 poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el di-
 cho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̃
 de suso se haze menciõ, en todos estos nuestros Reynos
 de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que co-
 rran, y se cuentẽ desde el dicho dia de la data desta nue-
 tra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin te-
 ner vuestro poder lo imprimiere, o vendiere: o hiziere
 imprimir, o vender, por el mẽsimo caso pierda la impres-
 sion que hiziere, con los moldes, y aparejos della: y mas
 incurra en pena de cinquenta mil marauedis, cada vez q̃
 lo cõtrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia par-
 te para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte,
 para nuestra Camara: y la otra tercia parte, para el juez
 que lo sentenciare. Con tanto, que todas las vezes que
 huuiere des de hazer imprimir el dicho libro, durante
 el tiempo de los dichos diez años, le traygais al nuestro
 Consejo, juntamente con el original que en el fue visto,

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuan Gallo de Andrada, nuestro escriuano de Camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresion está conforme el original: o traygays fè en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impresion, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que assi fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumè huuiere des de auer. Y mandamos al Impresor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correccion, y tassa, hasta q̄ antes, y primero el dicho libro estè corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucessiuamēte ponga esta nuestra cedula, y la aprouaciō, tassa, y erratas, so pena de caer, è incurrir en las penas cōtenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iuan de Amezqueta.

AL DVQUE DE
BEIAR, MARQUES DE
Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y
Bañares, Vizconde de la Puebla de
Alcozer, Señor de las villas
de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



*N*FE Del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a fauorecer las buenas artes, mayormente, las que por su nobleza

no se abaten al seruicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz, al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grandeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra,
aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, o se parecer seguramente en el juyzio de algunos, que continiendose en los limites de su ignorancia, suelen cõdenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV-

Prologo.



ESOCVPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, q̄ pudiera imaginarse. Pero no he podido y o contrauenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podra engendrar el esteril, y mal cultiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de p̄samiētos varios, y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y dõde todo triste ruydo haze su habitacion. El fosiiego, el lugar apazible, la amenidad de los cãpos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestrẽ fecundas, y ofrezcan partos al mundo, q̄ le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos, para q̄ no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuẽta a sus amigos, por agudezas, y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote: no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, y ni eres su pariete, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto, al

PROLOGO.

Rey mato. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respecto, y obligacion, y assi puedes dezir de la historia, todo aquello q̄ te pareciere, sin temor que te calunié por el mal, ni te premien por él bien que dixeris della.

Solo quisiera dantela monda, y desnuda, sin el hornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo, de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, q̄ al principio de los libros suelē ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tu ue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyédo. Muchas vezes tomé la pluma para escriuille, y muchas la dexé, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspensio, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró a deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entédido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntò la causa, y no encubriendosela yo, le dixé, Que pensaua en el Prologo que auja de hazer, a la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porq̄ como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de cócetos, y falta de toda erudició, y doctrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque seã fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Plató, y de toda la cateria de filosofos, q̄ admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquêtes? Pues q̄ cuando citan la diuina escritura, no diran sino q̄ son vnos santos

PROLOGO.

santos Tomases, y otros Doctores de la Yglesia, guardãdo en esto vn decoro tan ingenioso, q̃ en vn renglon han pintado vn enamorado destraydo, y en otro hazẽ vn sermõzico Christiano, que es vn contẽto, y vn regalo, oy-le, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores figo en el, para ponerlos al principio, como hazẽ todos, por las letras del A. B. C. Comẽçando en Aristoteles, y acabado en Xenoforte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambiẽ ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o Poetas, celeberrimos. Aunque si yo los pidiesse a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los dariã, y tales, que no les y gualassen los de aquellos que tienen mas nõbre en nuestra Espaõa.

En fin seõor, y amigo mio, profegui, y yo determino, que el seõor don Quixote, se quede sepultado en sus archivos, en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiẽto, amigo, en que me hallastes, bastante causa para poner me en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna carga de risa, me dixo: Por Dios hermano, que agora me acabo de desengañar, de vn engaõo en que he estado, todo el mucho tiẽpo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero agora veo, que estays tan lejos de serlo, como lo estã el cielo de la tierra.

PROLOGO.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y abortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que dezis, que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Deziid, le repliqué yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reduzir a claridad, el caos de mi confusion? a lo qual el dixo. Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graues, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nóbre que quisiereis, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapifonda, de quien yo se que ay noticia, que fueron famosos Poetas, y quando no lo ayan sido, y vuiere algunos podantes, y bachilleres, que por deiras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes, los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos, que pusiereis en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que venga a pelo, algunas sentencias, o latines, que vos se pays de memoria, o alomenos que os cuesten poco trabajo el buscallo. Como sera poner, tratando de libertad,

y cauti-

PROLOGO.

y cautiuerio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.* Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dixo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda, que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malas.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quicra por Gramatico, que el serlo no es de poca honta, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nõbrays algun Gigante en vuestro libro, hazel de que sea el Gigante Goliath, y con solo esto, que os costara casi nada, teneys vna grande anotacion, pues podeys poner el Gigante Goliath, o Goliath. Fue vn Filisteo, a quien el pastor David matò de vna grã pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo, como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereysos luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho, por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os dire la historia de Caco, que la se de coro. Si de mu

PROLOGO.

geres rameras, ahi està el Obispo de Mondoñedo, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crucles, Ouidio os entregará a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Iulio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si trataredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topateys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonseca, del amor de Dios, donde se cifra todo lo q̄ vos, y el mas ingenioso acertare a desfechar en tal materia. En resolució no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora a la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada, y quiza alguno aura tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y senzilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos feruirà aquel largo Catalago de autores, a dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no aura quien se ponga a averiguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta,

este

PROLOGO.

este vuestro libro, no tiene necesidad de ninguna cosa, de aquellas que vós dezis que le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Cicerón. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia, ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien se sirue la Retorica, ni tiene para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de ver tir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̄ aprovecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, q̄ quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor serà lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura, no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias, de filosofos cõsejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, falga vuestra oració, y periodo sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere possible vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyèdo vuestra historia, el melancolico se mueua a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuècion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexè de alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas, q̄ si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Con silencio grande estuue escuchando, lo que mi amigo me

PROLOGO.

dezia, y de tal manera te imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprouè por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras Lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal consejero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebeltas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha, de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos còtornos. Y o no quiero encarecer el seruicio que te hago, en darte a conocer tan noble, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tédras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quié a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de los libros vanos de cauallerias, estan esparzidas. Y con esto, Dios te de salud, y a mi no oluide.

V A L E.



AL LI.

AL LIBRO DE DON QVIXO.
te de la Mancha, Vrganda la
desconocida.

Si de llegarte a los bue
Libro fueres, con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.

Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.

Y pues la espiriencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobri
En Bexar tu buena estre.

Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florecio vn Du
Que es nueuo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu.

De vn noble hidalgo Manche
Contaràs las auentu
A quien ociosas letu
Trastornaron la cabe.

Damas, armas, caualle
Le pronocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamora

Alcánçõ a fuerça de bra
A Dulçinea del Tobo
No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con raynes puntos se embi.
Si en la direccion te humi
No dirà mofante algu
Que don Aluaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se quexa de la fortu.
Pues al cielo no le plu
Que salieffes tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torxiendo la bo
Dira el que entiende la le
No vn palmo de las ore
Para que connigo flo?
No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas a censo perpe.
Adierte que es desati

Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en las ma
Para tirar al vezi.

Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue a tontas, y a lo.

AMADIS DE GAULA, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

TU que imitaste la llorosa vida,
Que tuue autente, y desdenado sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre a penitencia reduzida.
TU a quien los ojos dieron la beuida,
de abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biue seguro, de que eternamente,
Entanto almenos que en la quarta esfera,
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria sera en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

Rompi, cortè, abollè, y dixè, y hizè,
Mas que en el orbè cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agrauios venguè, cien mil deshizè.
Hazañas di a la fama que eternizè,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo Gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfizè.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion al estricote:
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proexas embidio, o gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DUL-
zinea del Toboso.

SONETO.

O quien tuuiera hermosa Dulzinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea.
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que hiziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu hiziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que

Que así embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS;
de Gaula, a Sancho Pança, escudero de
don Quixote.

SONETO.

Salve varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato escudero te puso,
Tan blanda, y cuerda mente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Ya la agada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya está en uso,
La llaneza escudera con que acuso,
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas y igualmente te imbidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, o Sancho tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio,
Con bux corona te haze reberencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO, A
Sancho Pança, y Rozinante.

Oy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluoro
Por viuir a lo discre.

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifró en vna retira
Segun siente Celesti
Libró en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

SOy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ceua
Que esto saquè a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON QUI- xote de la Mancha.

SONETO.

*S*ino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuito vencedor, jamas vencido,
Orlando soy Quixote, que perdido,
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respero el oluido.

No puedo ser tu yqual, que este decoro,
Se deve a tus proezas, y a tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mió, si al soberuio Moro,
Y Cira fiero domas, que oy nos llama,
Y guales en amor con mal successo.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

A Vuestra espada no yqualò la mia,
Phebo Español, curioso cortesano,
Ni a la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios despreciè, la Monarquia,
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano,
De Claridiana aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia el propio infierno
Temo mi braço que domò su ra bia.
Mas vos Godo Quixote, illustre, y claro,
Por Dulzinea foys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QUIXOTE
de la Mancha.

SONETO.

M^Aguer señor Quixote, que sandexes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nunca

Nunca seréys de alguno reprochado,
 Por home de obras viles, y soezes.
 Seran vuessas faxañas los joezes,
 Pues tuertos desfaxiendo aueys andado,
 Siendo vegadas mil apaleado,
 Por follones cautiuos, y rahezés.
 Y si la vuessá linda Dulxinea,
 Dessaguisado contra vos comete,
 Ni a vuessas cuytas muestrabuen talante.
 Ental desman vuessó conorte sea,
 Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
 Necio el, dura ella, y vos no amante.

D I A L A G O E N T R E B A B I E C A,
 y R o z i n a n t e.

S O N E T O.

- B. C O M O estays Rozinante tan delgado?
 R. Porque nunca se come, y se trabaja,
 B. Pues que es de la ccuada, y de la paja?
 R. No me dexa mi amo ni vn boeado.
 B. Andà señor que estays muy mal criado.
 Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja,
 R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
 Quere y slo ver, miraldo enamorado.
 B. Es necesidad amar? R. N ó es gran prudencia.
 B. M e t a f i s i c o estays. R. Es que no como.
 B. Q u e x a o s d e l e s c u d e r o. R. No es bastante.
 Como me he de que xar en mi dolencia,
 Si el amo, y escudero, o may ordomo,
 Son tan Rozines como Rozinante.

PRI-



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.



*Capitulo Primero. Que trata de la condi-
cion, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



N Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrátos los

Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos: consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de

A lo

Yo mesmo, y los dias de entresemana se honraua cō su
 vellori de lo mas fino. Tenia en su casa vna ama que
 passaua de los quarenta, y vna sobrina que no llegaua
 a los veynte, y vn moço de cāpo y plaça, que afsi enfi-
 llaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la
 edad de nuestro hidalgo con los cinquenta años. Era
 de complexió rezia, seco de carnes, enjuto de rostro,
 gran madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir,
 que tenia el sobrenóbre de Quixada, o Quesada, q̄ en
 esto ay alguna diferencia en los autores que deste ca-
 so escriuen: aunque por conjeturas verosimiles se dexa
 entender que se llamaua Quexana. Pero esto importa
 poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del,
 no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, q̄
 este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso
 (que eran los mas del año) se daua a leer libros de ca-
 uallerias, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de
 todo punto el exercicio de la caça, y aun la administra-
 ció de su haziēda: y llegô a tãto su curiosidad, y desati-
 no en esto, q̄ vendio muchas hanegas de tierra de sem-
 bradura, para cóprar libros de cauallerias en q̄ leer, y
 afsi lleuò a su casa todos quãtos pudo auer dellos: y de
 todos, ningunos le parecian tãbien, como los q̄ cópu-
 so el famoso Feliciano de Silua. Por q̄ la claridad de su
 prosa, y aquellas enricadas razones suyas, le parecían
 de perlas: y mas quando llegaua a leer aq̄llos requie-
 bros, y cartas de desafios, donde en muchas partes ha-
 llaua escrito. *La razon de la sinrazon que a mi razõ se ha-
 ze, de tal manera mi razon enflaq̄ze, que cõ razõ me quexo
 de la vuestra fermosura. Y tãbien quãdo leía. Los altos cie-
 los que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas
 os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento q̄ me-
 rece la vuestra grandexa.* Cõ estas razones perdia el po-
 bre

bre cauallero el juyzio, y desuelauase por entéde rlas y desentrañarles el sentido, q̄ no se lo facara, ni las entendiera el mesmo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas q̄ don Belianis daua, y recebia, por q̄ se imaginaua q̄ por grandes maestros q̄ le huuiesse curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, a q̄l acabar su libro con la promessa de aquella inacabable aventura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aũ saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes cõpetencia con el Cura desu lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Inglaterra, o Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, dezia, q̄ ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cõparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resolucion, se enfrascò tanto en su letura, que se le passauã las noches leyêdo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el cerebro de manera, q̄ vino a perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo a q̄llo que leía en los libros, assi de encantamentos, como de pëndencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assètosele de tal modo en la imaginaciõ, q̄ era verdad toda aquella maquina de aquellas sonadas sonadas inuenciones q̄ leía, q̄ para el

no auia otra historia mas cierta en el mûdo. Dezia el, q̄ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̄ no tenia q̄ ver con el cauallero de la Ardiente espada, q̄ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigâtes. Mejor estaua cō Bernardo del Carpio, porque en Ronçesualles auia muerto a Roldân el encantado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogô a Anteo el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho bien del Gigante Morgâte, porque conser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberuios y descomedidos, el solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaua: y quando en Allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al ama que tenia, y aun a su sôbrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento, que jamas dio loco en el mundo, y fuè, que le parecio conuenible y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo cō sus armas y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrase eterno nombre y fama. Y imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapi-fonda: y assi con estos tan agradables pensamientos, lleuado del estraño gusto que en ellos sentia, se dio priessa a poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que

que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visabuelos, que tomadas de orin, y llenas de mocho, luego siglos auia que estauan puestas y olvidadas en vn rincón. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo; pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria: porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada cõ el morrion, haziã vna apariencia de zelada entera: es verdad que para pro-uar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada y le dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto, deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços: y por assegurarle deste peligro, la tornò a hazer de nuevo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera que el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin querer hazer nueva experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finissima de encaxe. Fue luego a ver su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, *que tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el se y gualauan. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mesmo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiesse sin nombre conocido, y ansi procuraua acõmodarsele, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante: y lo que era entonces, pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nombre, y cobrasse famoso, y de estruèdo, como cõuenia a la nueva orden, y al nuevo exexcicio que ya professaua. y assi-

despues de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadió, deshizo, y tornò a hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante. Nombre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo que auia sido quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallo, quiso ponerse a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias: y alcabo se vino a llamar don Quixote: de donde (como queda dixo) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria por Hepila famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quixote de la Mächa, con que a su parecer declaraua muy al uiuo su linage y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorarse: porque el cauallero andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes) y le derribo de vn encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado? y que entre y se hincue de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz

humil-

humilde y rēdido: Yo señora soy el Gigante Caraculambo, señor de la Infula Malindrania, a quien vencio en singular batalla, el jamas, como se deue alabado cauallero don Quixote de la Mácha, el qual me mandò que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgò nuestro buen cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni le dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y q̄ tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y significatiuo, como todos los demas que a el, y a sus cosas auia puesto.

Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

ECHAS pues estas preuenciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretandole a ello la falta que el pensaua que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y así sin dar parte a persona alguna

Primera parte de don

de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia, que era vno de los calurosos del mes de Julio, se armò de todas sus armas, subio sobre Rocinante, puesta su mal compuesta zelada, embraço su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al campo con grandissimo contento, y alborozo, de ver con quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas apenas se vio en el campo, quando le affaltò vn pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la començada empresa: y fue, que le vino a la memoria que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera, auia de llevar armas blancas, como no uel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito: mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, a imitacion de otros muchos que asì lo hizieron, segun el auia leydo en los libros, que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que vn armino: y con esto se quietò, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel q su cavallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flainante aventurero, yua hablando consigo mesmo, y diziendo: Quié duda, sino q en los venideros tiempos, quando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere, no ponga quando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas auia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espaciosa

ciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas, auian saludado con dulce, y meliflua armonia, la venida de la rosada Aurora, que dexado la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego oriente, a los mortales se mostraua; quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexado las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començo a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y añadio diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldran a luz las famosas hazañas mias; dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia diziendo (como si verdaderamente fuera enamorado). O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçon, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el fuguroso afincamiento, de mãdarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje. Con esto caminaua tan despacio, y el sol entraua tan aprieta, y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia caminò sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porque

quisiera topar luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores ay q̄ dizen que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anocheçer, su rozin y el, se hallarõ cansados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubria algun castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha hambre, y neçsidad: viõ no lexos del camino por donde yua vna venta, que fue como si viera vna estrella, que no a los portales, sino a los alcaçares de su redecion le encaminaua. Diose priessa a caminar, y llegõ a ella, a tiempo que anocheçia: estauan acafo a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto p̄sea uia, veia, o imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representõ que era vn castillo con sus quatro torres y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos aderentes que semejantes castillos se pintã. Fue-se llegando a la venta, que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuu las riendas a Rozinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que llegaua cauallero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar a la caualleriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos

des-

destraydas moças que alli estauan, q̄ a el le parecieron dos hermosas donzellas, o dos graciosas damas, q̄ delãte de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedio a caso, q̄ vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastrojos vna manada de puercos (que sin perdon assi se llaman) tocó vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen: y al instante se le representó a don Quixote lo que desseaua, que era que algun Enano hazia señal de su venida: y assi con estraño contento llegò a la venta y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con lãça y adarga, llenas de miedo se yuan a entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su feco y poluoroso rostro, cõ gentil talãte, y voz reposada les dixo: No fuyan las vras mercedes, ni reman desaguifado alguno, ca a la orden de caualleria q̄ professo, nõ toca, ni atañe fazerle a ninguno, quãto mas a tan altas dõzellas, como vras presencias demuestran. Mirauanle las moças, y andauan con los ojos bufandole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar dõzellas, cosa tan fuera de su profersion, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Biẽ parece la mesura en las fermosas, yes mucha fandez a demas la risa q̄ de leue causa procede: pero nõ vos lo digo porque os acuyredes, ni mostredes mal talante, q̄ el mio non es de al que de seruiros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nõ cauallero, acrecentaua en ellas la risa, y en el el enojo, y passara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre, que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas

tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga, y cofete: no estiuo en nada en acompañar a las donzellas, en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y así le dixo: Si vuestra merced, señor cauallero busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abudancia. Viendo dō Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza, que tal le parecio a el el ventero, y la venta, respondió: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de San Lucar: no menos ladrò, que Caco, ni menos maleante, que estudiantado paje. Y así le respondió: Segun esto, las camas de vuestra merced seran duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en vna noche. Y diziendo esto, fue a tener el estribo a dō Quixote, el qual se apeò cō mucha dificultad, y trabaxo, como aquel que en todo aq̃l dia no se auia desayunado. Dixo luego al huesped, que le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole en la caualleriza, boluio à ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas, que ya se auian reconciliado con el, las quales, aunque le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas supie-

supieron, ni pudieron desencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traía atada con vnas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos, mas el no lo quiso consentir en ninguna manera, y así se quedó toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como el se imaginaua que aquellas traydas y lleuadas que le desarmauan, erá algunas principales señoras, y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tambien seruido, como fuera don Quixote quando de su aldea vino, donzellas curauan del, Princesas del su rozino. O Rozinante, que este es el nombre señoras mias de mi cauallo, y don Quixote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fazañas fechas en vuestro seruicio y pro, me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda fazon: pero tiempo vendra en que las vuestras señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el desseo que tengo de seruiros. Las moças que no estauan hechas a oyr semejantes retóricas, no respondian palabra: solo le preguntarón, si queria comer alguna cosa: Qualquiera yantaria yo, respondió don Quixote, porque a lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha a cerrò a ser Viernes aq̄l dia, y no auia en toda la venta sino vnas raciones de vn pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no auia otro pescado que dalle a comer. Como aya muchas truchuelas, respondió don

don

don Quixote, podran seruir de vna trucha, porque esto se me da que me den ocho reales en senzillos, q̄ en vna pieça de a ocho: Quãto mas que podria ser q̄ fueren estas truchuelas como la ternera, q̄ es mejor que la vaca, y el cabrito, que el cabron. Pero sea lo q̄ fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gouierno de las tripas. Pusieróle la mesa a la puerta de la venta por elfresco, y truxo- le el huesped vna porció del mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua y ponía, y así vna de aquellas señoras seruia deste monester, mas al darle de beuer no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, atruenco de no romper las cintas de la zelada. Estãdo en esto, llegò a caso a la venta vn castrador de puer- cos, y así como llegò, sonò su siluato de cañas, quatro, o cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abadexo eran truchas, el pan candéal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado cauallero, por parecerle que no se podia poner legitimamen-

te en auentura alguna, sin re-

cebir la orden de ca-

ualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero.

Assi fatigado deste pésamiento, abreuio su venteril y limitada cena, la qual acabada llamo al ventero, y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantarè jamas de donde estoy valeroso cauallero, fasta q̄ la vuestra cortesía me otorgue vn dō que pedirle quiero, el qual redudarà en alabança vuestra, y en pro del genero humano: el vètero q̄ vio a su huesped a sus pies, y oyò semejates razones, estaua confuso miràdole, sin saber que hazer se, ni dezirle, y porfiava con el q̄ se leuantase, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir que el le otorgaua el don q̄ le pedia. No esperaua yo menos de la grã magnificècia vñad señor mio, respondió don Quixote, y assi os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me auays de armar cauallero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarè las armas: y mañana, como tengo dicho, se cumplirà lo que tãto desseo para poder como se deue yr por todas las quatro partes del mūdo, buscãdo las auèturas, en pro de los menesterosos, como estã a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejantes fazañas es inclinado. El vètero (q̄ como esta dicho) era vn poco focarron, y ya tenia algunos barrutos de la falta de juyzio de su huesped, acabò decreerlo quando acabò de oyrle semejantes razones, y por tener q̄ reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor, y assi le dixo que andaua muy acertado en lo que desfeaua, y pedia, y q̄ tal profupuesto era propio, y natural de los

de los caualleros tan principales como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el ansi mesmo en los años de su mocedad, se auia dado a aq̃l honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin que huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Reayan, compas de Seuilla, azoguejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, portro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaziendo algunas dōzellas, y engañando a algunos pupilos, y finalmēte dādose a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España, y que a lo vltimo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenia, y porque partiessen con el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de neçessidad, el sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traía dineros, respondió don Quixote, que no traía blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que
puelt o

puesto caso q̄ en las historias no se escriuia, por auerles parecido a los autores dellas, q̄ no era menester escreuir vna cosa tan clara, y tã necessaria de traerse, como eran dineros, y camisas limpias, no por c̄llo se auia de creer q̄ no los truxerõ: y asì tuuiesse por cierto y aueriguado, q̄ todos los caualleros andãtes, de que tãtos libros estan llenos, y atestados, lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̄ pudiesse sucederles, y q̄ asì mismo lleuauan camisas, y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recibian, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, auia quiẽ los curasse, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nuue alguna donzella, o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedauan sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno huuissen tenido, mas que en tanto que esto no huuiesse, tuuieron los passados caualleros por cosa acertada, q̄ sus escuderos fuesen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mismos lo lleuauan todo en vnas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cauallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que tã presto lo auia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las preuenciones referidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas,

B

quan-

quando menos se pensase. Prometiole don Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua, con toda puntualidad. Y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande, que a vn lado de la venta estaua, y recogriendolas don Quixote todas, las puso sobre vna pila que junto a vn pozo estaua. Y abraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començo a passear delante de la pila: y quando començo el passeio, començaua a cerrar la noche. Conto el ventero a todos quantos estauan en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admiraronse de tan extraño genero de locura, y fueronse lo a mirar desde le-xos: y vieron que con folegado ademán, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de-llas. A cabò de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir cõ el que se la pres-taua: de manera que quanto el nouel cauallero hazia, era bié visto de todos. Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su requa, y fue menester quitar las armas de don Qui-xote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu quien quiera que seas, atre-uido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciño espada: mira lo que hazes, y no las toques, sino quieres dexar la vida, en pago de tu atreuiento. No se curò el harriero des-tas razones (y fuera mejor que se curara, porque fue-ra curarse en salud): antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de sí. Lo qual visto por don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamien-to, a lo que pareció, en su señora Dulzinea, dixo:

Aco-

Acorredme señora mia en esta primera afrenta, que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece: no me defallezca en este primero trãce vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y diò con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuuiera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò a passarse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado (porque aun esua aturdidò el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas, para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porq̃ se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la vëta, y entre ellos el vëtero. Viendo esto dó Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano a su espada dixo: O señora de la fermosura, es fuerço, y vigor del debilitado coraçò mio, aora es tiempo q̃ bueluas los ojos de tu grãdeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura està atendiendo. Con esto cobrò a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos allouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga: y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua voces q̃ le dexassen, porq̃ ya les auia dicho como era loco, y q̃ por loco se libraria, aunq̃ los mataste a todos. Tãbiẽdò Quixote

las daua mayores, llamádolos de alcuofos, y traydores, y q̄ el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera consentia q̄ se tratassen los andantes caualleros: y q̄ si el huiera recebido la ordē de caualleria, que el le diera a entender su alcuofia: Pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quáto pudieredes, que vosotros vereys el pago q̄ lleuays de vuestra sandez, y demasia. Dezia esto con tanto brio, y denuedo, q̄ infundio vn terrible temor en los que le acometian: y assi por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar a los heridos, y tornò a la vela de sus armas, có la misma quietud y fosiiego q̄ primero. No le parecieron biē al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria, luego antes q̄ otra desgracia sucediesse. Y assi llegandose a el, se desculpò de la insolencia q̄ aq̄lla gente baxa con el auia usado, sin q̄ el supiesse cosa alguna: pero q̄ bien castigados quedauan de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̄ en aquel castillo no auia capilla, y para lo q̄ refraua de hazer, tã poco era necessaria, q̄ todo el toque de quedar armado cauallero, có siltia en la pescoçada, y en el espaldarazo, segun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mirad de vn campo se podia hazer: y que ya auia cumplido con lo q̄ tocua al velar de las armas, q̄ con solas dos horas de vela se cumplia: quãto mas, que el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyo dó Quixote, q̄ el estaua alli pròto para obedecerle, y q̄ concluyesse con la mayor breuedad q̄ pudiesse: por q̄ si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado cauallero, no p̄sua dexar personaua en el castillo, e ceto aq̄llas q̄ el le mādasse, a quié por
su ref-

su respeto dexaria. Aduertido, y medroso desto el Castellano, truxo luego vn libro donde assentaua la paja, y cenada que daua a los harrieros: y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho, y có las dos ya dichas donzellas, se vino adonde don Quixote estaua: al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oraciõ) en mitad de la leyda, alçò la mano, y diole sobre el cuello vn bué golpe, y tras el con su mesma espada vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaua). Hecho esto, mandò a vna de aquellas damas q̄ le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura, y discreciõ, porque no fue menester poca, para no reventar de risa, a cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero, les tenia la risa a raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga a vuestra merced muy venturoso cauallero, y le de ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamaua, porque el supiesse de alli adelante a quien quedaua obligado, por la merced recibida, porque pensaua darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su braço. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaua la Tolosa, y que era hija de vn remendon natural de Toledo, que viuia a las tendillas de Sâchobienaya, y q̄ donde quicra que ella estuuiesse le seruiria, y le tédria por señor. Don Quixote le replicò, que por su amor le hiziesse merced, que de alli adelante se pudiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio, y la otra le calçò la espuela: con la qual le passò casi el mismo colloquio, que con la de la espada. Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: a la qual tambien

rogô don Quixote, que se pudiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nueuos seruicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y aprissa, las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quixote de verse acavallo, y salir buscando las aventuras, y enfillando luego a Rozinante, subio en el, y abrançando a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciendole la merced de auerle armado cauallero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque cõ mas breues palabras, respondió a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexô yr a la buen hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio a nuestro conallero quando salio de la venta.



A del Alua seria, quando don Quixote salio de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole a la memoria los cõsejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de llevar consigo, especial la de los dineros, y camisas. Determinò boluer a su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recibir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y con hijos: pero muy a proposito para el oficio escuderial, de la caualleria. Con este pensamiento, guiò a Rozinante hàzia su aldea: el qual casi conociendo la querencia, con tantã gana començò a caminar, que parecia q̃ no ponía los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le pareció q̃ a su diestra mano, de la espessura de vn bosque q̃ allí estaua, salian vnas voces

deli

delicadas, como de persona q̄ se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo, por la merced q̄ me haze, pues tã presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo q̄ deuo a mi profesion, y dõde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas voces, sin duda, son de algun menesteroso, o menesterosa, q̄ ha menester mi fauor y ayuda: y boluiendo las riédas, encaminò a Rozinante hàzia; donde le parecio q̄ las voces salian. Y a pocos passos q̄ entrò por el bosque, vio atada vna yegua a vna enzina, y atado en otra avn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, q̄ era el q̄ las voces daua: y no sin causa, por q̄ le estaua dãdo con vna pretina muchos açotes, vn labrador de buẽtalle: y cada açote le acõpañaua con vna reprehension, y consejo. Porque dezia, la lengua queda, y los ojos listos, y el muchacho respondia: No lo hare otra vez, señor mio, por la passion de Dios, q̄ no lo hare otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelãte mas cuydado con el hatõ. Y viendo don Quixote lo q̄ passaua, con voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quiẽ defender no se puede, subid sobre vño cauallo, y tomad vña lança (q̄ tãbien tenia vna lãça arrimada a la enzina, adonde estaua arrimada la yegua) q̄ yo os hare conocer ser de cobardes lo q̄ estays haziendo. El labrador q̄ vio sobresu aq̄lla figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuose por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho q̄ estoy castigando, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, q̄ tengo en estos contornos: el qual es tan descuydado, que cada dia me falta vna, y porque castigo su descuydo, o vellaqueria, dize que lo hago de miserable,

por no pagalle la soldada que le deuo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte a parte con esta lança, pagadle luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò a su criado. Al qual preguntò don Quixote, que quãto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quixote, y hallò que montauan setenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolfasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano, que para el passo en que estaua, y juramento que auia hecho (y aun no auia jurado nada) que no eran tantos: porque se le auian de descontar, y recibir en cuenta, tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò don Quixote: pero quedense los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado: que si el rompiò el cuero de los çapatos que vos pagastes, vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le facò el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la aueys sacado: anfi que por esta parte no os deue nada. El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros: vengase Andres conmigo a mi casa, q̃ yo se los pagarè vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, más mal año, no señor, ni por pienso: porque en viendose solo, me desfuelle como a vn san Bartolome. No hara tal, replicò don Quixote, basta que yo se lo mande, para que me tēga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de caualleria q̃ ha recebido, le dexarè yr libre, y asegurará
la pa

la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho: que este mi amo no es cauallero, ni ha recibido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondio don Quixote, que Haldudos puede tener caualleros: quantomas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pucs me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondio el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro: y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadse los en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija: y si quereys saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed q̄ yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el deshazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parta de las mientes; lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronanciada. Y en diziendo esto, piedo a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quãdo vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluióse a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andara vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero que mil años viua: que segun es de valeroso,

y de buen juez: Viue Roque que fino me paga, q̄ buelua y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiendo del braço, le tornò a atar a la enzina: donde le dio tantos açotes, que le dexò por muerto: Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agravios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo q̄ no està acabado de hazer, porq̄ me viene gana de desfollaros viuo, como vos temiades: pero al fin le desató, y le dio licencia que fuesse a buscar su juez, para q̄ executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, jurado de yr a buscar al valeroso dō Quixote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que auia passado, y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto, el se partio llorando, y su amo se quedò riendo. Y desta manera deshizo el agrauio el valeroso don Quixote: el qual contentissimo de lo sucedido, pareciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran satisfacion de si mismo, yua caminando hàzia su aldea, diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viuen en la tierra. O sobre las bellas, bella Dulzinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido a toda tu voluntad, è talante, a vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y serà don Quixote de la Mancha. El qual (como todo el mundo sabe) ayer rescibio la orden de caualleria, y oy ha defecho el mayor tuerto y agrauio, que formò la sinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano, a aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua a aquel delicado infante. En esto llegó

a vn camino que en quatro se diuidia. Y luego se le vino a la imaginacion las encruzexadas donde los caualleros andantes se ponian a pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuu vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado, soltò la rienda a Rozinante, dexando a la voluntad del rozin la suya, el qual siguió su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos millas, descubrió don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuan a comprar seda a Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados acauallo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuísò don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueua auentura. Y por imitar en todo, quanto a el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir allí de molde vno que pensaua hazer. Y assi con gentil continente, y denuedo se afirmó bien en los estribos, apreto la lança, llegó la adarga al pecho: y puesto en la mitad del camino, estuu esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron vér, y oyr, leuantò don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpár Dulzinea del Toboso. Pararóse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por las razones, luego echaró de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en que paraua aquella confelsion que se les pedia:

y vno

y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis mostrarnosla, que si ella fuere de tanta hermoñura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno cófessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò don Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo auéis de creer, confesar, afirmar, jurar, y defender: donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberuia. Que aora vengays vno a vno (como pide la ordē de caualleria) ora todos juntos, como es costūbre, y mala vfança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos, q̄ porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio de las Emperatrices, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aunque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se facarà el ouillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra açuffe, có todo esso por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso q̄ dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcoba-

cobada, sino mas derecha q vn huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grãde blasfemia que aueys dicho, contra tamaña beldad, como es la de mi seño- ra. Y en diziendo esto, arremetio cõ la lança baxa, cõ- tra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropeçara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atre- uido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodandò su amo vna buena pieça por el campo, y queriendose le- uantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lan- ça, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las anti- guas armas. Y entre tanto q pugnaua por leuantar se, y no podia, estaua diziendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiua: atended que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas, de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien intè- cionado, oyendo dezir al pobre caydò tantas arrogã- cias: no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las cos- tillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tãtos palos, que a despecho, y pefar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle vo- zes sus amos, que no le dieffe tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el jue- go, hasta embidar todo el resto de su colera: y acudiẽ- do por los demas troços de la lança, los acabò de des- hazer sobre el miserable caydò, que con toda aquella tẽpestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Cansofe el moço, y los mercade- res siguieron su camino, lleuando que contar en todo el, del pobre apaleado. El qual despues que se vio so- lo, tornò a prouar si podia leuãtarse: pero sino lo pudo

hazer

hazer quando sano, y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho: y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuia a la falta de su cauallo, y no era posible leuantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

Cap.V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Mtendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, que era pésar en algun passo de sus libros, y truxole su locura a la memoria, laquel de Valdouinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera q los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en que se hallaua: y assi con muestras de grande sentimièto, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizé dezia el herido cauallero del bosque: Donde estas seño^ra mia, que no te duele mi mal? no lo sabes seño^ra, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen: O noble Marques de Mantua, mi tio y seño^r carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acerto a passar por alli, vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de llevar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le preguntò

guntò que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote, creyo sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su rio, y afsi no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates: y quitandole la visera, que ya estaua hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que le tenia cubierto de poluo. Y apenas le huuo limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixana (que afsi se deuia de llamar quando el tenía juyzio, y no auia passado de hidalgo foflegado, a cauallero andante) quien a puestas a vuestra merced desta suerte: pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo, le quitò el peto, y espaldar, para ver si tenia alguna herida: pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subio sobre su jumento por parecer caualleria mas foflegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nueuo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse, que mal sentia: y no parece sino que el diablo le trata a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucessos: porque en aquel

punto,

punto, oluidandose de Valdouinos, se acordo del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò cautiuo a su Alcaydia. De suerte, que quando el labrador le boluio a preguntar que como estaua, y que sentia, le respondió las mesmas palabras, y razones, q̄ el cautiuo Abenzerrage respondia a Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escriue: aprouechándose della tan a proposito, que el labrador se yua dando al diablo, de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conocio q̄ su vezino estaua loco, y dauale priesa a llegar al pueblo, por escusar el enfado, que dō Quixote le causaua con su larga arēga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor dō Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulzinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y hate, los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, peccador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marquez de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixana: Yo se qué soy; respondió don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaran las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, a la hora que anohecia: pero el labrador aguardò a que fuesse algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò

entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estauan en ella el cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a voces: Que le parece a vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assi se llamaua el cura) de la desgracia de mi señor: tres dias ha que no parecè, el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuéturada de mi, que me doy a entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y fuele leer tan de ordinario, le han buuelto el juyzio: q̄ a ora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes hablando entresi, que queria hazerse cauallero andáte, è yrse a buscar las auenturas por estos mundos. Encomendados sean a Satanas, y a Barrabas tales libros, que assi han echado a perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor xio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desueltas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las heridas que auia recebido en la batalla, y beuiasse luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua, era vna preciosissima beuida que le auia traydo

C

el sa-

el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo
suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auí
fé a vuestras mercedes de los disparates de mi se-
ñor tio, para que lo remediaran antes de llegar a lo
que ha llegado, y quemaran todos estos descomul-
gados libros, que tiene muchos, que bien merecen
ser abrasados, como si fuessen de herejes. Esto di-
go yo tambien, dixo el cura, y afee que no se pas-
se el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto
publico, y sean condenados al fuego, porque no
den ocasion a quien los leyere, de hazer lo que mi
buen amigo deue de auer hecho. Todo esto esta-
uan oyendo el labrador, y don Quixote, con que aca-
bò de entender el labrador la enfermedad de su ve-
zino, y assi començò a dezir a voces: Abran vues-
tras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Mar-
ques de Mantua que viene mal ferido, y al señor
Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso Ro-
drigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A es-
tas voces salieron todos, y como conocieron los
vnos a su amigo, las otras a su amo y tio, que aun
no se auia apeado del jumento, porque no podia.
Corrieron a abraçarle, el dixo: Tenganse todos,
que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo:
Lleuenme a mi lecho, y llamese, si fuere posible,
a la sabia Vrganda, que cure y cate de mis ferid-
das. Mirà en hora maça, dixo a este punto el ama,
si me dezia a mi bien mi coraçon, del pie que co-
xeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen ho-
ra, que sin que venga essa vrgada le sabremos aqui-
curar. Malditos digo sean otra vez, y otras cien-
to, estos libros de cauallerias, que tal han parado a
vues-

vuestra merced. Lleuanrole luego a la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimiento, por auer dado vna gran cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose con diez Iayanes, los mas desafortados, y atreuidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Tata, dixo el cura, Iayanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche. Hizieronle a don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador, del modo que auia hallado a don Quixote: el se lo contó todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas desso en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el cura, y el barbero hizieron, en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.



El qual aun toda via dormia. Pidio las llaves a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy

bien enquadernados, y otros pequeños: y así como el ama los vio, boluiose a salir del aposento con grã priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no estè aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Causo risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandò al barbero que le fuesse dando de aquellos libros vnò a vnò, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor serà arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rimerò dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y así me parece, que como a dogmatizador de vna secta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y así como a vnico
en su

en su arte, se deve perdonar. Assi es verdad, dixo el cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos effotro que està junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama abrid essa ventana, y echadle al corral, y dè principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizo lo assi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazava. Adelante, dixo el cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis: Pues vayan todos al corral, dixo el cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, y a las endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemarè con ellos al padre que me engendrò, si anduniera en figura de cauallero andante. De esse parecer soy yo, dixo el barbero, y aù yo, añadió la sobrina. Pues assi es, dixo el ama: Vengan, y al corral con ellos. Dieròselos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio có ellos por la ventana abaxo. Quien es esse tonel, dixo el cura? Este es, respondió el barbero, don Oliuante de Laura. El autor de esse libro, dixo el cura, fue el mesmo que compúso a lardin de flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiròso: Solo se dezir, que este yrà al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florimorte de Hircania, dixo el barbero. Ay està el señor Florimorte,

replicò el cura: Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento, y sonadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral con el, y con esotro, señora ama. Que me plaze señor mio, respòdia ella: y cò mucha alegria executaua lo que le era mã dado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: Acompañe a los demas sin replica, y asì fue hecho. Abriose otro libro, y vierò que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Pòr nõ bre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de caualerias. Yã conozco a su merced, dixo el cura, ay anda el señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, cò el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera por que tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texio su tela el Christiano Poeta, Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y q̄ habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuerabien que vos le entenderades, respondió el cura, y aqui le perdonaremos al señor Capitan, que no le huiera traydo a España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haran todos aquellos,

que

que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan de las cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta q̄ con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos, ecetuado a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado Rócesualles, que estos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada: por entender q̄ era el cura tan buè Christiano, y tan amigo de la verdad, q̄ no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio q̄ era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro, q̄ se llamaua Palmerin de Ingalaterra. Lo qual visto por el Licéciado, dixo: Esta Oliua se haga luego raxas, y se quemee, q̄ aun no quedé della las cenizas: y esta Palma de Ingalaterra se guarde, y se conserue, como a cosa vnica, y se haga para ello otra caja, como la q̄ hallò Alexandro en los despojos de Dario, q̄ la dipotò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor cópadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, por q̄ el por si es muy bueno: y la otra, por q̄ es fama q̄ le cópuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda sò bonissimas, y de grãde artificio, las razones cortefanas, y claras, q̄ guardã y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vño buè parecer (señor Maesq̄ Nicolas) q̄ este y Amadis de Gaula,

queden libres del fuego, y todos los demás, sin nazer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre, replicò el barbero, que este que aqui tengo, es el famoso don Belianis. Pues esse, replicò el cura, con la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles todo aqullo del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da termino vltamarino, y como se enmendare, asì se vsara cò ellos de misericordia, o de justicia: y entãto, tenedlos vos cò padre en vna casa, mas no los dexeyes leer a ninguno. Que me plaze, respòdio el barbero, y sin querer cansarte mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, q̄ tomasse todos los grandes, y diessè con ellos en el corral. Nò se dixo a tonta, ni a sorda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por grande y delgada que fuera: y aliendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, q̄ le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valama Dios, dixo el cura, dando vna gran voz, que aqui estè Tirante el Blanco: Dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn telero de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quiriele y son de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Desdriante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazer demiuida, con los amores, y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, en a-

mora

morada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aqui comièn los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamèto antes de su muerte: con estas cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esto os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a galeras, por todos los dias de su vida: Lleuadle a casa, y léedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Assi serà, respondió el barbero: pero que haremos destos pequeños libros que quedan? Estos dixo el cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia. Y abriendo vno, vio que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyèdo q̄ todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño, que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuyzio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tío, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazerse poeta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el cura, y serà bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemè, sino que se le quite todo aquello q̄ trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada,

y casi

Primera parte de don

y casi todos los versos mayores, y quedesele en ora buena la prosa, y la hora de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el barbero, es la Diana llamada, segunda del Salmantino, y este otro q̄ tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acópañe y acrecienta el numero de los cōdenados, al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante señor cópadre, y demonos prissa q̄ se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Ama, cópuestos por Antonio de Lofralo Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse no se ha cópuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido a la luz del múdo: y el que no le ha leydo puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmele acá cópadre, q̄ precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raja de Florécia. Púsole aparte con grádissimo gusto, y el barbero profi guio diziédo: Estos q̄ se siguen, son el Pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nūca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el cura, fueran mas estimadas:
menes.

menester es que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas q̄ entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras q̄ ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Caciónero de Lopez Maldonado. Tábien el autor de esse libro, replicó el cura, es grãde amigo mio, y sus versos en su boca admirá a quié los oye: y tal es la suauidad de la voz cō q̄ los canta, q̄ encanta. Aigo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardese con los escogidos. Pero q̄ libro es esse q̄ está junto a el? La Galatea de Miguel de Cerbantes, dixo el Barbero. Muchos años ha q̄ es grande amigo mio esse Cerbantes, y se q̄ es mas versado en desdichas q̄ en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion: propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte q̄ promete, quiça con la emienda alcãgará del todo la misericordia q̄ aora se le niega, y entretanto que este se vè, tenedle recluso en vña posada. Señor compadre: q̄ me plaze, respondió el Barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Auracana de don Alfonso de Ercila, la Austriada de Iuan Rufo Jurado de Cordoua, y el Monferrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dixo el cura, son los mejores q̄ en verso heroyco, en légua Castellana estan escritos, y puedè cópetir cō los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prendas de Poesia que tiene España. Canfose el cura de ver mas libros, y así a carga cerrada, quiso q̄ todos los demas se quemassen: pero ya tenia abierto vno el Barbero, q̄ se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el cura, en oyendo el nōbre,

si tal

Primera parte de don

si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España, y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap.VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.



Stando en esto, començò a dar voces dõ Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estruendo, no se pasó adelante cõ el escrutinio de los demas libros q̄ quedauan, y así se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, cõ los hechos del Emperador, compuestos por dõ Luys de Auila, que sin duda deuián de estar entre los que quedauan: y quiza si el cura los viera, no passarán por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dando cuchilladas, y reueses a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido: abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo sosegado vn poco, boluiendose a hablar con el cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es grã mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, llevar la vitoria deste torneo, a los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez en los tres dias antecédetes.

Calle

Calle vuestra merced señor compadre, dixo el cura, que Dios ferà feruido que la fuerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es que està mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido a palos con el tróco de vna enzina, y todo de embidia, porq̄ vè que yo solo soy el opuesto de sus valétias: Mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos, y por agora traigáme deyantar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieronlo ansí, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados desu locura. Aquella noche quemò, y abraço el ama quãtos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutinador, y ansí se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entòces para el mal de su amigo, fue que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuãtasse, no los hallasse: quiça quitado la causa, cessaria el efeto, y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y ansí fue hecho con mucha presteza. De alli a dos dias se leuantò don Quixote: y lo primero que hizo fue a ver sus libros, y como no hallaua el aposento donde le
auia

auia dexado, andaua de vna en otra parte buscando-
le. Llegaua adonde folia tener la puerta, y tentauala
con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo
sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça,
preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el apo-
sento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduer-
tida de lo que auia de responder, le dixo: Que apo-
sento, o q̄ nada busca vuestra merced, ya no ay apo-
sento, ni libros en esta casa, porq̄ todo se lo lleuò el
mesmo diablo. No era diablo replicò la sobrina, si-
no vn encantador que vino sobre vna nuue vna no-
che, despues del dia q̄ vuestra merced de aqui se par-
tio, y apeandose de vna sierpe en que venia caualle-
ro, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dètro,
que acabo de poca pieça salio bolando por el texa-
do, y dexò la casa llena de humo, y quando acorda-
mos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro,
ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a
mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal
viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secre-
ta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento,
dexaua hecho el daño en aquella casa que despues
se veria: dixo tambié que se llamaua el sabio Muña-
ton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respon-
dio el ama, si se llamaua Freston, o Friton, solo se q̄
acabò en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixo-
te, que esse es vn sabio encantador grande enemigo
miò, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes
y letras, que tengo de venir andando los tiem-
pos, a pelear en singular batalla con vn cauallero a
quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin que el
lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme to-
dos

dos los sinfaores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar, lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de effo, dixo la sobrina, pero quien le mete a vuestra merced señor tio en estas pependencias, no serã mejor estar se pacifico en su casa, y no yrse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquitados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal que estàs en la cuenta, primero que a mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las baruas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, por que vieron que se le encedia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quize dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuanos, en los quales dias passò graciosissimos cuentos con sus dos compadres el cura, y el barbero: sobre que el dezia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de cauallos andantes, y de que en el se refucitasse la caualleria andantesca. El cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixote a vn labrador vezino suyo, hóbne de biẽ (si es q̃ este titulo se puede dar al q̃ es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolució, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, q̃ el pobre villano se determinò de salirse con el, y seruirle de escudero. Deziale entre otras cosas don Quixote, q̃ se dispusiesse a yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitame alla estas pajas alguna Infula, y le

Primera parte de don

y le dexasse a el por gouernador della. Cõ estas promessas, y otras tales, Sãcho Pança, que asfi se llamaua el labrador, dexò su muger y hijos, y asentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros: y vendiendo vna cosa, y empenando otra, y malbaratandolas todas, llegò vna razonable cantidad. Acomodose asfi mesmo de vna rodela q̃ pidio prestada a vn su amigo, y pertrechãdo su rota zelada lo mejor que pudo, auisò a su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que lleuasse alforjas, è dixo que si lleuaria, y que asfi mesmo pensaua llevar vn asno que tenia muy bueno, porq̃ el no estaua duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, y imaginãdo si se le acordaua si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinò que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiendo ocasiõ para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero q̃ topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas q̃ el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salierõ del lugar, sin que persona los viesse: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Y ua Sancho Pãça sobre su jumêto como vn Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho desseo.

seo de verse ya gouernador de la Infula que su amo le auia prometido. Acerto don Quixote a tomar la misma dertota, y camino, que el que el auia tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles a foslayo los rayos del sol, no les fatigauan. Dixo en esto Sancho Pança a su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero andante, que no se le oluide lo que de la Infula me tiene prometido, que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondió don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue cõstumbre muy vsada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus escuderos, de las Infulas, o Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y quicalas mas, esperauan a que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de llevar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo mucho de Marques, de algun Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero si tu viues, y yo viuo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno que tuuiesse otros a el adherentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni penados, que con facilidad te podria dar a vn mas de de lo que te prometo. De essa manera, respondió Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro

D

de los

de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oislo, vendria a ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda, respondió don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor que no vale dos marauedis para Reyna, Condesa le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendolo a Dios Sancho, respondió don Quixote, que el darà lo que mas le conuenga: pero no apoques tu animo tanto que te vengas a contentar có menos q̄ con ser Adelantado. No hare señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estè biẽ, y yo pueda llevar.

Cap. VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros suessos dignos de felice recordacion.



En esto descubrieron treinta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y assi como don Quixote los vio, dixò a su escudero: La uentura va guiando n̄as cosas mejor de lo q̄ acertamos a dessear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, o pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enri-

a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança? Aquellos que alli ves, respondió su amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen no son Gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços, son las aspas, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tienes miedo quitate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy a entrar cō ellos en fiera, y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su cauallo Rozinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aquellos que yua a acometer. Pero el yua tan puesto en que eran Gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya bien cerca lo que eran, antes yua diziendo en voces altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas, que vn solo cauallero es el que os acomete. Levantose en esto vn poco de viento, y las grandes aspas començaron a mouerse, lo qual visto por don Quixote, dixo: Pues aunque mouais mas braços que los del Gigante Briareo, me lo auéis de pagar. Y en diziendo esto, y encorrendose de todo coraçon a su señora Dulzinea, pidiendole que en tal trance le socorriessse bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio

a todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras sí al caualllo, y al cauallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle, a todo el correr de su asno: y quando llegó, hallò que no se podia monear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixé yo a vuestra merced que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondió don Quixote, que las cosas de la guerra, más que otras está sujetas a continua mudança: quanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buuelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento, tal es la enemistad q me viene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Pança, y ayudandole a leuantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança, y diz iendosele a su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español llamado Diego Perez de Vargas, auendosi le :

en vna batalla total a espada, desgajò de vna enzina vn pesado ramo, o tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y assi el como sus descendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tã buenocomo aquel, que me imagino y pienso hazer con el tales hazañas, q̄ tu te tengas por bien afortunado, de auer merecido venir a ellas, y a ser testigo de cosas q̄ apenas podrá ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, y o lo creo todo assi como vuestra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Assi es la verdad, respondió don Quixote, y fino me queixo del dolor, es porque no es dado a los caualleros andantes, queixarse de herida alguna, aúque se le salgan las tripas por ella. Si esso es assi, no tengo yo q̄ replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quexara quãdo alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tēga, si ya no se entienda tambien, con los escuderos de los caualleros andantes esso del no quejarse. No se dexò de reyr don Quixote, de la simplicidad de su escudero, y assi le declaró que podia muy bien quejarse, como y quando quisiese sin gana, o con ella, que hasta entoces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer, respondiòle su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiesse el quando se le

antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tãto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolueion, aquella noche la passaron entre vnos arboles: y del vno dellos desgaçò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro que quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulzinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò ansi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y affligiosele el coraçon, por parecerle que no lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como està di-

cho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofendē, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, hasta que seas armado cauallero. Porcierto señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas, q̄ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̄ en lo q̄ tocar a defender mi persona, no tendre mucha cuēta con estas leyes, pues las diuinas y humanas permitē q̄ cada vno se defienda de quien quisiere agruiarle. No digo yo menos, respondió dō Quixote: pero en esto de ayudarme cōtra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̄ así lo hare, respondió Sancho, y q̄ guardarē esse preceto, t̄bien como el dia del Domingo. Estādo en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la ordē de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̄ no erā mas pequeñas dos mulas en q̄ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo que le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna,

Primera parte de don

que yua a Seuilla donde estaua su marido, que passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los frayles có ella, aunque yua el mesmo camino: mas apenas los diuisó don Quixote, quando dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura que se aya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deuen de ser, y son sin dudá algunos encantadores que lleuan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deue de ser de alguna gēte passagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze, no sea el diablo q̄ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondió don Quixote, que sabes poco de achaque de auenturas, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que a el le parecio que le podriá oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas que en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respondieron: Señor cauallero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̄ ya yo os conozco

femen

fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lâça baxa arremetio contra el primero frayle, con tâta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso q̄ vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos: llegaron en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle que porque le desnudaua: respondiòles Sancho, que aquello le tocaua a el legitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los Moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido, y sin detenerse vn pûto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quando se vio acuallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̄ paraua aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado suceſſo, siguieron su camino, haziendose mas cruces que si lleuaran al diablo a las espaldas. Dòn Quixote estaua, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diziendole: La vuestra

fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, cauallero andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulzinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mi auceys recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Totoboso, y que de mi parte os presenteys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y assiendole de la lança le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna desta manera: Anda cauallero que mal andes, per el Dios que criome, que sino dexas coche, assi te matas como estas ahi Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho fosiiego le respondió: Si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y atreuimiento cautiua criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Juro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança a rojas, y espada sacas, el agua quan presto veras que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Ahora lo veredes dixo agrages, respondió don Quixote, y a rojando la lança en el suelo, sacò su espada, y embraçò

braçò su rodela, y arremetiò al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vio venir, aunque quisiera apear se de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le siruio de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus maltrauadas razones, que sino le dexauan acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a toda la gente que se lo estoruasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desuiaffe de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa contienda. En el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro por encima de la rodela, que a darsela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintio la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio vna gran voz, diziendo: O señora de mi alma Dulzinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, que por satisfazer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuandò determinacion de auenturarle todo a la de vn gol solo. El Vizcayno que assi le vio venir contra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su

Primera parte de don

de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejâtes niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el Vizcayno le aguardaua assi mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas fuyas, estauã ha ziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero està el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archivos, o en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso cauallero tratassen, y assi con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo favorable, le hallò del modo que se contará en la segunda parte.



SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO

hidalgo don Quixote de la
Mancha.

*Cap. IX. Donde se concluye y da fin a la
estupenda batalla que el gallardo Viz-
cayno, y el valiente Manchego tuvieron.*



EXAMOS En la prime-
ra parte desta historia, al va-
leroso Vizcayno, y al famo-
so don Quixote, con las espa-
das altas, y desnudas, en guisa
de descargar dos furibundos
sedientes, tales que si en lleno
se acertauan; por lo menos se
diuidiriã, y fenderiã de arriba
a baxo y abririã como vna granada, y q̄ en aquel pũ-
to tan dudoso parò, y quedò destroncada tan sabrosa
historia, sin que nos diessè noticia su autor donde se
podria hallar lo q̄ della faltaua. Causome esto mu-
cha pesadumbre, por q̄ el gusto de auer leydo tan po-
co se boluia en disgusto, de pensar el mal camino
que se ofrecia, para hallar lo mucho q̄ a mi parecer
fal-

Segunda parte de don

faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa im-
posible, y fuera de toda buena costumbre, que a tã
buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que
tomara a cargo el escreuir sus nunca vistas hazañas,
cosa q̄ no faltò a ninguno de los caualleros andãtes,
de los que dizen las gentes que van a sus aventuras,
porque cada vno dellos tenia, vno, o dos sabios co-
mo de molde, que no solamente escriuiã sus hechos,
sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y
niñerías, por mas escondidas que fuesen. Y no auia
de ser tan desdichado tan buen cauallero, q̄ le faltas-
se a el lo que sobrò a Platir, y a otros semejantes. Y
assi no podia inclinarme a creer q̄ tan gallarda histo-
ria huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua
la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y
cõsumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia ocult-
ta, o confumida. Por otra parte me parecia, q̄ pues
entre sus libros se auian hallado tan modernos co-
mo Defengañõ de zelos, y Ninfas y pastores de He-
nares, que tambien su historia deuia de ser moderna,
y q̄ ya que no estuuiesse escrita, estaria en la memo-
ria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezi-
nas. Esta imaginacion me traia confuso, y desseofo
de saber real, y verdaderamẽte, toda la vida y mila-
gros de nuestro famoso Español don Quixote de la
Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega,
y el primero que en nuestra edad, y en estos tan ca-
lamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de
las andantes armas, y al desfazer agrauios, soco-
rrer viudas, amparar donzellas, de aquellas que
andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su
virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle
en va-

en valle: Que si no era que algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algun descomunal Gigante las forçaua. Donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmio vn dia debaxo de rejado, y se fue tã entera a la sepultura como la madre q̄ la auia parido. Digo pues, que por estos, y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de cõtinuas y memorables alabanças, y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia que puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien se, que si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudan, el mundo quedarà fulto, y fin el passatiempo, y gusto, q̄ bien casi dos horas podra tener el que con atencion la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn federo, y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, lleuado desta mi natural inclinacion, tomè vn cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conosci ser Arauigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: y no fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor, y mas antigua lengua le hallara. En fin la fuerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniendole el libro en las manos le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele yo, que de que se reya? y respondióme, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita
en el

en el margen por anotaci6n. Dixele que me la dixesse, y el sin dexar la risa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margé escrito esto. Esta Dulzinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizé que tuuo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir Dulzinea del Toboso, quedè atonito, y suspenso, porque luego se me representò que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion, le di priessa que leyesse el principio, y haziendolo ansi, boluiendo de improuiso el Arauigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiador Arauigo. Mucha discrecion fue menester, para dissimular el contèto que recebi quando llegò a mis oydos el titulo del libro: y faltandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los dessea, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la compra. Apatteme luego con el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguete me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauan de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que el quisiesse. Contètose cò dos arrobas de pallas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cò mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes y medio, la traduxo toda, del mesmo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada
muy

Segunda parte de don

parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiempo, deposito de las acciones, testigo de lo passado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se que se hallarà todo lo q̄ se acertare a dessear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abismo, tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colérico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fina su rigurosa contienda y a todas las auéturas de nuestro cauallero, mas la buena fuer te que para mayores cosas le tenia guardado, torciò la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el hombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien serà aquel que buenamente pueda contar

hora

ahora, la rabia que entró en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començo a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara cò el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espátada del terrible golpe, dio a correr por el cãpo, y a pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estaualelo con mucho sosiego mirando don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegó a el, y poniendole la pñta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, q̄ hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran a donde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual don Quixote respodio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion y concierto, y es que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte

Segunda parte de don

ante la simpár doña Dulzinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y des-cólolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulzinea fues se, le prometieron q̄ el escudero haria todo aquello que de su parte le fuessse mandado. Pues en fè de esta palabra, y o no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de Tangueses.

YA en este tiempo se auia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los mocos de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su coraçon, fuessse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Insula de donde le hiziesse Governador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo bõluia a subir sobre Rozinante, llegò a tenerle el estribo; y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del; y assiendole de la mano se la besò, y le dixo. Sea vña merced seruido, señor dõ Quixote mio, de darme el gouierno de la Insula q̄ en esta rigurosa pendencia se ha ganado, q̄ por grãde q̄ sea, yo me siento cõ fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro q̄ aya gouernado Insulas en el mundo. A lo qual respondio don Quixote, aduertid hermano Sancho, q̄ esta auentura, y la a esta semejantes,

no son aventuras de Infulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa q̄ sacar rota la cabeza, o vna oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceran donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciofe lo mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subiò sobre su asno, y començò a seguir a su señor, q̄ a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bosque que allí junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, q̄ vièdo se quedar atras, le fue forçoso dar voces a su amo q̄ se aguardasse. Hizolo assi dõ Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixò: Pareceme señor, q̄ seria acertado yrnos a retraer a alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os cõbatistes, no serà mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: Y a fè que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andãte aya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de ome cillos, respondio Sancho, ni en mi vida le catè a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en effotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondio don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime, por tu vida, has visto mas vale-

Segunda parte de don

roso cauallero, que yo en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni ay a tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osarè apostar, es, q̄ mas atreuido amo que vuestra merced, yo no le he seruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respondió don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balsamo de Fierabras, q̄ con sola vna gota, se ahorraran tiempo, y medizinas. Que redoma, y que balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balsamo, respondió don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga, y te le de, nõ tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que huviere caydo en el suelo, y con mucha sotiliza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad q̄ quedare en la silla, aduirtièdo de encaxallo y igualmente, y al justo. Luego me daràs a beuer solos dos tragos del balsamo que he dicho, y verasmes quedar mas sano q̄ vna mançana. Si esso ay, dixo Pança,

yo renuncio desde aqui el gouierno de la prometi-
da Infula, y no quiero otra cosa en pagò de mis mu-
chos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced
me de la receta de esse estremado licor, que para mi
tengo q̄ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos
reales, y no he menester yo mas, para passar esta vi-
da honrada, y descansadaméte. Pero es de saber ago-
ra, si tiene mucha costa el hazelle? Cò menos de tres
reales se pueden hazer tres azumbres, respòdio dõ
Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̄
aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarme-
le? Calla amigo, respondiò don Quixote, q̄ mayores
secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes ha-
zerte: y por agora curemonos, q̄ la oreja me duele
mas de lo q̄ yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas
hilas y vnguento. Mas quãdo don Quixote llegó a
ver rota su zelada, pèfò perder el juyzio, y puesta la
mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo:
Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y
a los santos quatro Euangelios, donde mas largamé-
te està escritos, de hazer la vida q̄ hizo el grãde Mar-
ques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte
de su sobrino Valdouinos, q̄ fue de no comer pã a mã-
teles, ni con su muger sòlgar, y otras cosas, que aun-
que dellas no me acuerdo, las doy aqui por expres-
fadas, hasta tomar entera vengança del que tal desfa-
guisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Ad-
uierta vuestra merced, señor dõ Quixote, q̄ si el ca-
uallero cumpliò lo q̄ se le dexò ordenado, de yase a
presentar ante mi señora Dulzinea del Toboso, ya
aura cúplido con lo q̄ deuia, y no merece otra pena,
sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado

Segunda parte de don

muy bien, respondió don Quixote, y así anulo el juramento, en quanto lo que toca a tomar del nueva vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tãto que quite por fuerza otra zelada, tal, y tan buena como esta a algũ cauallero. Y no pienses Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello, que esto mesmo passò al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò a Sacripante. Que dè al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia: Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hazer, hase de cumplir el juramèto a despecho de tãtos inconuenientes, è incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contènia el juramèto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̃ vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, q̃ no solo no traen zeladas, pero quiça no las han oydo nõbrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinierò sobre Albraca, a la còquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que sellegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̃ quãdo
falta-

faltare Infula, ay està el Reyno de Dinamarca, o el de Soliadisa, q̄ te védran como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en estas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balfamo que te he dicho, porque yo te boto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso. y no se quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen a tan valiente cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió don Quixote, hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes no comer en vn mes: y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores. Y aunque se dexa entender, que no podía passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, ha se de entender también, que andado lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni querras tu hazer mudo nuevo, ni facer la caualleria andáte de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho,

Es

que

Segunda parte de don

que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesion caualleresca, y de aqui adelante yo proueeer las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, que es cauallero, y para mi las proueeer pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andantes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serâ menester vsar de esse conocimiento. Y sacado en esto, lo que dixo que trahia, comieron los dos en buena paz, y compañía. Pero desseos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priesa por llegar a poblado antes que anocheciesse: pero saltoles el sol, y la esperança de alcançar lo que desseuan, junto a vnas choças de vnos cabreros, y así determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo, dormir la al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

(?)

Cap.

*Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnos
cabreros.*



Ve recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor q̄ pudo, acomodado a Rozinãte, y a su jumẽto, se fue tras el olor que despedia de si ciertos tafajos de cabra, q̄ hiruiendo al fuego en vn caldero estauan, y aunq̄ el quisiera en aquel mesmo punto, ver si estãuan en sazõ de trasladarlos del caldero al estomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiẽdo por el suelo vnas pieles de ouejas, adereçarõ con mucha priesa su rustica mesa, y combidaron a los dos, con muchas de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronse a la redonda de las pieles seis dellos, q̄ eran los q̄ en la majada auia. Auiedo primero cõ grosse- ras ceremonias rogado a don Quixote q̄ se sentasse sobre vn dornajo q̄ buuelto del reues le pusierõ. Sentose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para seruirle la copa, q̄ era hecha de cuerno. Viẽdole en pie su amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en si encierra la andante caualleria, y quan apique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir breuemente a ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aqui a mi lado, y en compaõia desta buena gente te sientes, y que seas vna mesma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural seõor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo beuiere, porque de la caualleria andante se puede dezir lo mesmo que del ama, se dezir q̄ todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sãcho, pero se dezir
a vues-

Segunda parte de don

a vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tambien y mejor me lo comeria en pie, y a mis folas, como sentado apar de vn Emperador. Y aun si va a dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipauos de otras mesas donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Ansi, que señor mio, estas horas que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y adherente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y provecho que estas (aunque las doy por bien recibidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esto te has de sentar, porque a quien se humilla Dios le ensalça, y asiendole por el brazo, le forçò a que junto del se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andantes, y no haziã otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huespedes, que con mucho donayre y gana embaulauan taffajo como el puño. Acabado el seruicio de carne, tendier on sobre las zaleas gran càtidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusierõ vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, çõ cõ facilidad vazio vn zaque, de dos que estauã de manifesto. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño de bellotas en la mano, y mirandolas

dólas atentamente, soltó la voz a semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos, aquellos a quié los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella viuián, ignorauán estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Erán en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alçar la mano, y alcanzarle de las robustas enzimas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques, despedian de sí, sin otro artificio q̄ el de su corteza, sus anchas y liuianas cortezas, con q̄ se començaró a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas q̄ para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado a abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo q̄ pudiesse hartar, sustentar, y deleytar a los hijos que entonces la posseían. Entonces sí, que andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos

de

Segunda parte de don

de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que le cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la púrpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quizá yuan tan pomposas, y compuestas, como van agora nuestras cortesanas, có las raras y peregrinas inuèciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauan los concetos amorosos del alma, simple, y senzillamente, del mesmo modo, y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezcladose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus propios terminos, sin que la osassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andauan como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento le menoscabassen, y su perdicion nacia de su gusto, y propria voluntad. Y agora en estos nuestros detestables siglos, no eità segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita sollicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los

tiem-

tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las viudas, y socorrer a los huérfanos, y a los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos cabreros, a quien agradezco el gassaje, y bué acogimiéto q̄ hazeis a mi, y a mi escudero. Que aunque por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer a los caualleros andátes, todavia, por saber que sin sabervosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la volúntad a mí posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̄ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro cauallero, porque las bellotas que le dieron, le truxeron a la memoria la edad dorada. Y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embouados, y suspensos le estuuieron escuchando. Sancho, assi mismo callaua, y comia bellotas; y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar don Quixote, que en acabarse la cena. Al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con própta, y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hazer que cante vn compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aqui. El qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que desfeiar. A penas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el q̄ le tañia, que era vn moço.

Segunda parte de don

moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo que si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bié podrás hazernos plazer de cátar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos quien también por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos. Y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el Romãce de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondió el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de allí a poco con muy buena gracia, començò a cantar, diziendo desta manera.

A N T O N I O.

*Y O se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez
Olalla, me has dado indicio,*

Que

Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Aualança se al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que en fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son servicios parte
De hazer vn pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalezzen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vistodo en los Lunes,
Lo que me honraua el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

F

Dixo

Segunda parte de don

Dexo el baylar por tu causa,

Ni las musicas te pinto

Que has escuchado a deshoras,

Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas

Que de tu belleza he dicho,

Que aunque verdaderas hazen,

Ser yo de algunas malquista.

Teresa del Berrocal,

Yo alabandote me dixo,

Tal piensa que adora a vn Angel,

Y viene a adorar a vn gimio.

Merced a los muchos dices,

Y a los cabellos postizos,

Y a hipocritas hermosuras,

Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojose,

Boluo por ella su primo,

Desafiome, y ya sabes

Lo que yo hize, y el hizo.

No te quiero yo a monton,

Ni te pretendo, y te siruo,

Por lo de barraganía,

Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,

Que son lazadas de sirgo,

*Pon tu el cuello en la gamella,
Veras como pongo el mio.*

*Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.*

CON Esto dio el cabrero fin a su canto, y aunque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo confintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, q̄ para oyr canciones. Y ansi dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, a donde ha de posar esta noche, que el trabajo q̄ estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondió don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recòpena de sueño, que de musica. A todos nos sabe bié, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicò don Quixote: però acomodate tu donde quisieres, que los de mi profesion, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, seria bien Sancho, q̄ me buelvas a curar esta oreja, q̄ me va doliédo mas de lo q̄ es menester. Hizo Sãcho lo q̄ se le mandaua. Y viédo vno de los cabreros la herida, le dixo, q̄ no tuuiesse pena, que el pondria remedio con q̄ facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho q̄ por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicádofelas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, q̄ no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Segunda parte de don

Cap. XII. De lo que contó vn cabrero a los que estauan con don Quixote.



Stando en esto, llegó otro moço de los que les traían del aldea el baltimento, y dixo: Sabeis lo que passa en el lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondió vno dellos: Pues sabed, prosiguió el moço, q̄ muero esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habitos de pastora por estos andurriales. Por Marcela diras, dixo vno? Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrasen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde està la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dicen que lo dixo, aquel lugar es a donde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas, tales que los abades del pueblo, dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistió de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize en fin, se hara lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa, a donde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos, yo no dexaré de yr a verla si supiesse no-
bol-

boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondierõ los cabreros, y echaremos fuerres a quien ha de quedar a guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunq̃ no serà menester vsar de essa diligencia, que yo me quedarè por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho, q̃ el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijo dalgo rico, vezino de vn lugar q̃ estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca; al cabo de los quales auia buelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente, deziã que sabia la ciència de las estrellas, y de lo que passan alla en el cielo, el sol, y la luna: porque puntualmète nos dezia el cris del sol, y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse effos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, profiguiò su cuento diziendo: Así mesmo a deuinaua, quando auia de ser el año abundante, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo don quixotè? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale alla. Y digo, que cõ esto que dezia, se hizierõ su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaua, diziéndoles: Sembrad este año ceuada, no trigo en este, podeis sembrar garuãcos, y no ceuada: el que viene serà de guilla de azeyte, los tres siguientes no se cogerà gota. Esta ciencia se llama Astrologia, dixo

Segunda parte de don

don Quixote. No se yo como se llama, replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando vn dia remanecio vestido de pastor, con su cayado y pellico, auendosi quitado los habitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauame de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, así en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendición. Despues se vino a entender, que el auerse mudado de traje, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò denantes, de la qual se auia enamorado el pobre difunto de Grisostomo.

toftomo. Y quiero os dezir agora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quiça, y aun sin quiça, no aureis oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viuais mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la sarna, respondió Pedro, y si es señor que me aueis de andar çaheriendo a cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de sarna, a Sarra, os lo dixè, pero vos respondistes muy bien, porque viue mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que ne os replicarè mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico que el padre de Grisoftomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos contornos: no parece sino que aora la veò con aquella cara, que del vn cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuuo muy grande, y con todo esto se juzgaua que le auia de passar la de la

Segunda parte de don

hija. Y así fue, que quando llegó a edad de catorze a quinze años, nadie la miraua, que no bendezia a Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento. Pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que así por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, è importunado. Su tio se la diessè por muger. Mas el (que a las derechas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, así como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria, que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y a fe que se dixo esto, en mas de vn corrillo en el pueblo, en alabança del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que deuia de ser demasiadamente bueno el cletigo, que obliga a sus feligreses a que digan bien del, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contais cõ muy buena gracia. La del Señor no me falte; que es la que haze al caso. Y en lo demas sabreis, que aunque el tio proponia a la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casasse, y escogiesse a su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entõces no queria casar.

casarse, y que por ser tan muchacha, no se sentia ábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua a que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compañia a su gusto. Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hetelo aqui, quando no me cato, que remanecce vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y assi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierta, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, hã tomado el traje de Grifostomo, y la andan requerebrando por essos campos. Vno de los quales, como ya està dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexaua de querer, y la adoraua. Y no se piensa, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, o de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejanzas, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes estanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la siruen y solicitan, ninguno se hã alabado, ni con verdad se podra alabar, que le aya dado alguna pequeña esperãça de alcanzar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquiua de la compañia, y conuersacion de los pastores, y los trata cortès, y amigablemente, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa, como la del matrimonio, los

Segunda parte de don

arroja de si como cō vn trabuco. Y con esta manera de condicion, haze mas daño en esta tierra, q̄ si por ella entrara la pestilencia, porq̄ su afabilidad, y hermosura, atrae los coraçones de los que la tratan a seruirla, y a amarla: pero su desden, y desengaño, los conduze a terminos de desesperarse, y asì no sabé que dezirle, sino llamarla a voces cruel, y desagracedida, con otros titulos a este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan. Y si aqui estuuiessedes señor algun dia, veria des resonar estas sierras, y estos valles, con los lamétos de los desengañados que la figuen. No està muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza, nõ tenga grauado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, vna corona grauada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleua, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui sospira vn pastor, alli se quexa otro, aculla se oyen amorosas canciones, aca desesperadas endechas. Qual ay, que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embeuecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol a la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo. Y deste, y de aquel, y de aquellos, y de estos, libre, y desenfadadamente, triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en que ha de parar su altiuez, y quien ha de ser el dichoso que

que ha de venir â domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad, me doy a entender, que tambien lo es la q̄ nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grifostomo. Y asì os acôsejo señor, que no dexeis de hallaros mañana a su entierro, que serà muy de ver, porque Grifostomo tiene muchos amigos, y no està de este lugar, a aquel donde manda enterrarse, me dia legua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezcoos el gusto que me auéis dado, con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse, y por aora bien serà que os vais a dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança, que ya daua al diablo el tâto hablar del cabrero, solicitò por su parte, que su amo se entrasse a dormir en la choça de Pedro. Hizolo asì, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulzinea, a imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como enamorado desfauorecido, sino como hombre molido a

cozes.

(?)

Segunda parte de don

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.



A S A penas començò a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seis cabreros se leuã taron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisotomo, y que ellos le harian compania. Dò Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandò a Sãcho que enfilasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huieron andado vn quarto de legua, quãdo al cruzar de vna fenda, vieron venir hàzia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traia cada vno vn grueso baston de azebo en la mano. Venian con ellos asì mesmo dos gentiles hombres de acauallo, muy bien adereçados de camino, cõ otros tres moços de apie que los acompañauan. En llegandose a juntar se saludaron cortèsmente, y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y asì començaron a caminar todos juntos. Vno de los de acauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme señor Viualdo, que auemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos, en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estra-
ñezas,

ñezas ansí del muerto pastor, como de la pastora omicida. Así me lo parece a mi, respondió Viualdo, y no digo yo hazer tardãça devn dia, pero de quanto la hiziera a trueco de verle. Preguntóles don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grifostomo. El caminante, dixo, que aquella madrugada auian entrado con aquellos pastores, y que por auerles visto en aquel tan triste traje, les auian preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellós se lo contò. Contando la estrañeza, y hermosura, de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestauan, con la muerte de aquel Grifostomo, a cuyo entierro yuã. Finalmente, el contò todo lo que Pedro a don Quixote auia contado. Cesò esta platica, y començose otra. Preguntando el que se llamaua Viualdo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia a andar armado de aquella manera por tierra tã pacifica? A lo qual, respondió don Quixote: La profesion de mi exercicio, no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passò, el regalo, y el reposo, alla se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentarò, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualeros andantes, de los quales, yo aũque indigno, foy el menor de todos. A penas le oyeron esto, quando to dos le tuuieron por loco. Y por aueriguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornó a preguntar Viualdo, que que queria dezir caualeros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondió don Quixote, los anales è historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey

Arturo,

Segunda parte de don

Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andando los tiempos ha de boluer a reynar, y a cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa, no se prouarà que desde aquel tiempo a este, aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España: De nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bertaña vino. Con aquel progreso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entóces de mano en mano fue aquella orden de caualleria, estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo. Y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores, es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden

den

den de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que professaron los caualleros referidos professo yo. Y assi me voy por estas soledades, y despoblados, buscando las aventuras, con animo deliberado, de ofrecer mi braço, y mi persona, a la mas peligrosa que la suerte me deparare, en ayudade los flacos, y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote salto de juyyo, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Viualdo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse mas adelante con sus disparates. Y assi le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas profesiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quixote: pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que ponen en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos pidé, de-
fen.

Segunda parte de don

tendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestas por blanco de los infufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados yelos del inuierno. Afsi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ellas tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando, figuese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo q̄ aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andáte, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque no ay duda, sino que los caualleros andantes passados, passaron mucha malauentura, en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser Emperadores por el valor de su brazo, a fè que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor: y q̄ si a los q̄ a tal grado subieron les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus desleos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante: pero vna cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andantes, y es: Que quando se ven en ocasion de acometer vna grãde, y peligrosa auétura, en que se vee manifesto peligro de perder la vida, nũca en aquel instante de acometella

tella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada Christiano está obligado à hazer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y deuocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, respondió don Quixote, esto no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya está en vso, y costumbre en la caualleria andantesca, que el cauallero andante, que al acometer algun gran fecho de armas, tuuiesse su señora delante, buelua a ella los ojos blanda, y amorosamente, como que le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, está obligado a dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende. Y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse a Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esto, replicò el caminante, me queda vn escrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra se les viene a encender la colera, y a boluer los caualllos, y tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del caualllo, pasado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las cri-

Segunda parte de don

nes del fuyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estaua obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes, tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Effeno no puede ser, respondió don Quixote: Digo, que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan proprio, y tan natural, les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro, que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo effo, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudieffe encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente, y famoso cauallero. A lo qual, respondió nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se que de secreto estaua esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la mano. Pero en resoluçion, aueriguado està muy bien, que el tenia

tenia vna sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad: a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto cauallero. Luego si es de essencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañía, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y seruida, de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar, si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulzinea, su patria el Toboso vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los imposibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes alauastro su cuello: marmol su pecho, marfil sus manos: su blancura nieue: y las partes q̄ a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerla, y no cópa-

Segunda parte de don

rarlas. El linaje, profapia, y alcurnia, querriamos
faber, replicò Vivaldo. A lo qual, respondió don
Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y
Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas,
y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Ca
taluña: ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Va
lencia: Palafóxes, Nuças, Rocabertis, Corellas,
Lunas, Alágones, Vrrreas, Fozes, y Gurreas de Ara
gon: ~~Cerdas~~, Manriques, Mendoças, y Guzmanes
de Castilla: Aléncastrós, Pallas, y Menefes de Por
tugal: pero es de los del Toboso de la Mancha,
linage aunque moderno, tal que puedé dar genero
so principio a las mas ilustres familias de los veni
deros siglos: y no se mereplique en esto, sino fuere
con las condiciones que puso Cerbino, al pie del
trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie
las mueua, que estar no pueda con Roldan a prueua.
Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo.
Respondio el caminante: No le osaré yo poner con
el del Toboso de la Mancha: puesto que para de
zir verdad, semejante apellido, hasta aora no ha lle
gado a mis oydos. Como esso no aura llegado, re
plicò don Quixote. Con gran atencion yuan es
cuchando todos los demas la platica de los dos:
y aun hasta los mesmos cabreros, y pastores, co
nocieron la demasiada falta de juyzio de nuestro
don Quixote. Solo Sancho Pança pensaua que quã
to su amo dezia era verdad, sabiendo el quien era, y
auiendolo conocido desde su nacimiento. Y en
lò que dudáua algo, era en creer aquellò de la lin
da Dulzinea del Toboso, porque nunca tal nom
bre, ni tal Princesa, auia llegado jamas a su noticia,
aun

aunque viuia tan cerca del Toboso. En estas platicas yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynete pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que a lo que despues parecio, erã qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traían vnas andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grifostomo, y el pie de aquella montaña, es el lugar donde el mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa a llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian, auian puestto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura, a vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente. Y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron culto de flores vn cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraua que viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposion gallarda. Al rededor del, tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y asì los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirã bien Ambrosio, si es este el lugar que Grifostomo dixo. Ya quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondio Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la his-

Segunda parte de don

toria de su desuētura. Alli me dixo el, que vio la vez primera, a aquella enemiga mortal del linaje humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto, como enamorado: y alli fue la vltima vez, donde Marcela le acabò de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aqui en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose a don Quixote, y a los caminantes, profiguio, diziendo: Este cuerpo señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Este es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo, en todo lo q̄ fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido, adorado, desdeñado, rogò a vna fiera, importunò a vn mar-mol, corrio tras el viento, dio voces a la soledad, siruio a la ingratitud, de quien alcançò por premio, ser despojos de la muerte, en la mitad de la carrera de su vida. A la qual diò fin vna pastora, a quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien estos papeles que estais mirando. Si el no me huiera mandado que los entregara al fuego, en auiendo entregado su cuerpo a la tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño: pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo

todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el diuino Mantuano dexó en su testamento mandado. Ansi, que señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no querais dar sus escritos al oluido, que si el ordenò como agraiado, no es bien que vos cumplais como indiscreto. Antes hazed, dando la vida a estos papeles, q̄ la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos que estan por venir a los viuietes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya se yo, y los que aqui venimos, la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo: y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fè de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desuariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar auia de ser enterrado, y asì de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos auia lastimado en oyllo. Y en pago desta lastima, y del desseo que en nosotros nacio de remedialla si pudieramos, te rogamos, o discreto Ambrosio: alomenos, yo te lo suplico de mi parte, que dexado de abrafar estos papeles, me dexes llevar algunos de ellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca

Segunda parte de don

estauan, viendo lo qual Ambrosio dixo: Por cortèsia, consentirè que os quedeis señor con los que ya aueis tomado, pero pensar que dexarè de abrigar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el desdichado, y porque veais señor, en el termino que le tenian sus desuenturas, leelde de modo que seais oydo, que bien os dara lugar a ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esto hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunsttantes tenian el mesmo desseo, se le pusieron a la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que assi dezia.

Cap. XIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados successos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Y A que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vna en otra gente,
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseò que se esfuerça
A dexir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yra el acento,
Y en el mezcladas por mayor tormento
Pedaços de las miseras entrañas.

Escu.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Lleuado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio, sale y tu despecho.
El rigor del Leon, del Lobo fiero,
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable:
Balando de algun monstruo, el agorero,
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
del embidiado buho con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contalle pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las oliuas:
Que allise esparziran mis duras penas
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras viuas.
O ya en escuros valles, o en esquiuas
Playas; desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libro llano.

Segunda parte de don

Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos rancos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran llevados por el ancho mundo.
Mata vn desden, a tierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no aprouecha
Firme esperança de dichosa suerte.
En todo ay cuenta ineuitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto,
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego auiuo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puede se por ventura en vn instante
Esperar y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro zelo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abra de par en par las puertas
A la desconfiança quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?

O en el Reyno de amor, fieros tyranos
 Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
 Dame desdeñ vn torcida sogá,
 Mas ay de mi, que con cruel vitoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
 Yo muero en fin, y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
 Fertinax estarè en mi fantasia:
 Dirè que va acertado el que bien quiere,
 Y que es mas libre el alma mas rendida
 A la de amor antigua tyrania.
 Dirè que la enemiga siempre mia
 Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
 y que su oluido de mi culpa nace,
 Y que en fè de los males que nos haze
 Amor su Imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinion, y vn duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo,
 A que me han conduxido sus desdeñes,
 Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
 Sin lauro, o palma, de futuros bienes.
 Tu que con tantas sinrazones muestras
 La razon que me fuerça a que la haga,
 A la cansada vida que aborrezco:
 Pues ya ves que te da notorias muestras,
 Esta del coraçon profunda llaga,
 De como alegre a tu rigor me ofrezco.
 Si por dicha conoces que merezco,
 Que el cielo claro de tus bellos ojos,
 En mi muerte se turbe, no lo hagas,
 Que no quiero que en nada satisfagas,
 Al darte de mi alma los despojos.

Antes

Segunda parte de don

Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio, fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya del hondo abismo
Tantalo con su sed, Si sifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio traya su buytre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias tristes doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstros
Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compania dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha augmentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

BIEN les parecio a los que escuchado auian la can-
ci6 de Grifostomo, puesto que el q̄ la leyo, dixo,
que no le parecia q̄ conformaua con la relacion q̄ el
auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque
en etla se quexaua Grifostomo de zelos, sospechas,
y de

y de ausencia, todo en perjuizio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos penfamintos de su amigo): Para que señor os satisfagais de su duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estava ausente de Marcela, de quien el se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le de alcance: assi le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas remidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto, la verdad que la fama pregonaba de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa: la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerle falta alguna. Assi es la verdad, respondio Viualdo: y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruò vna maravillosa vision (que tal parecia ella) que improuisamente se les ofrecio a los ojos, y fue, que por cima de la peña, donde se cauaua la sepultura, parecio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los q̄ ya estauan acostumbrados a verla, no quedaron menos suspensós que los que nunca la auian visto. Mas a penas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierté sangre las heridas deste miserable, a quié tu crueldad quitò la vida? O vienes a vfanarte
en las

Segunda parte de don

en las crüeles hazañas de tu condicion? O aver def-
de essa altura, como otro despiadado Nero, el incé-
dio de su abrafada Roma? O a pisar arrogante este
desdichado cadauer, como la ingrata hija al de su
padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o q̄
es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que
los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de
obedecerte en vida, harè que aun el muerto te obe-
dezcan los de todos aquellos que se llamaron sus
amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de
las que has dicho, respondió Marcela, sino a boluer
por mi misma, y a dar a entender, quan fuera de ra-
zon van todos aquellos q̄ de sus penas, y de la muer-
te de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos
los que aqui estais, me esteis atentos, que no serà
menester mucho tiempo, ni gastar muchas pala-
bras, para persuadir vna verdad a los discretos. Hi-
zome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de
tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que
me ameis os mueue mi hermosura. Y por el amor
que me mostrais, dezis y aun quereis que estè yo
obligada a amaros. Yo conozco con el natural
entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo
hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon
de ser amado, estè obligado lo que es amado por her-
moso, a amar a quien le ama. Y mas, que podria acõ-
tecer, q̄ el amador de lo hermoso fuesse feo: y sièdo
lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el de-
zir: Quierote por hermosa, hasme de amar aunq̄ sea
feo. Pero püesto caso que corran igualmète las her-
mosuras, no por esso han de correr iguales los def-
feos, que no todas hermosuras enamoran, q̄ algunas
ale-

alegran la vista, y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorasen, y rindiessen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar. Porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos auian de ser los desseos. Y segun yo he oydo dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas, de que dezis que me quereis bien? Si no dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros porque no me amauades? Quanto mas, que auais de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la viuora no merece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tan poco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad, es vna de las virtudes que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermocean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas, è industrias, procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañía,

las

Segunda parte de don

las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas, comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiedo yo dado alguno a Grisostomo, ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, bié se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligada a corresponder a ellos: digo, que quando en esse mismo lugar, donde aora se caua su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixeyo, que la mia era viuir en perpetua soledad, y de q̄ sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperança, y nauegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuiera, fuera falsa, si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y profupuesto. Porfiò desengañado, desesperò sin ser aborrecido: mirad aora, si será razón, que de su pena se me de a mi la culpa? Que xese el engañado, desesperese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanças, confiesse el que yo llamare, vfanese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni omicida, aquella a quien yo no prometoy, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general desengaño, sirua a cada vno de los q̄ me folicitan, de su particular prouecho: y entiendase de aqui

de aquí adelante, q̄ si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, por q̄ quie a nadie quiere, a ninguno deue dar zelos, q̄ los defengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el q̄ desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̄ esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, seruirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si a Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado desseo, por q̄ se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo còseruo mi limpieza con la còpañia de los arboles, por q̄ ha de querer q̄ la pierda, el q̄ quiere q̄ la tenga con los hombres? Yo como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aq̄l, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersaciò honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aquí salen, es a contèplar la hermosura del cielo, passos cò q̄ camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluiò las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte q̄ allí cerca estaua, dexàdo admirados tanto de su discreciòn, como de su hermosura, a todos los q̄ allí estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos q̄ de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifiesto defengaño q̄ auian oydo. Lo qual visto por don Quixote, pare-

H

cien.

Segunda parte de don

ciendole que alli venia bien vsar de su caualleria, so-
corriendo a las donzellas menesterosas. Puesta la
mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles
vozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado,
y cõdicion q̄ sea, se atreua a seguir a la hermosa Mar
cela, lo pena de caer en la furiosa indignación mia.
Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones,
la poca, o ninguna culpa q̄ ha tenido en la muerte de
Grifostomo, y quã agenaviue de cõdescender cõ los
deseos de ninguno de sus amâtes: a cuya causa, es jus-
to q̄ en lugar de ser seguida, y perseguida, sea hõra-
da, y estimada de todos los buenos del mundo, pues
muestra q̄ en el, ella es sola la que cõ tan honesta in-
tencion viue. O ya que fuesse por las amenazas de
don Quixote, o porq̄ Ambrosio les dixo, que con-
cluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ningun-
o de los pastores se mouiò, ni apartò de alli, hasta q̄
acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Gri-
fostomo, pusierõ su cuerpo en ella, no sin muchas la-
grimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura
con vna gruesa peña, en tãto que se acabaua vna lo-
sa, q̄ segú Ambrosio dixo pensaua mandar hazer, cõ
vn epitafio q̄ auia de dezir desta manera.

Y Aze aqui de vn amador
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor:
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingranta,
Con quien su Imperio dilata
La tirania de amor.

Lue:

L Vego esparzieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Viualdo, y su compañero, y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniessse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar auenturas, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el auiso, y el animo que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, hasta que huuiesse despojado todas aquellas fierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nueuo le dexaró, y prosiguieron su camino: en el qual no les faltò de q̄ tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisoftomo, como de las locuras de don Quixote. El qual determinò de yr a buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en el

discurso desta verdadera historia,
dando aqui fin la segunda parte,

(?)

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha.

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quixote, en topar con vnos desalmados Iangueses.



VENTA El fabio Cide Hamete Venengeli, que así como don Quixote se despido de sus huéspedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grifostomo: el y su escudero, se entraron por el mismo bosque, donde vieron que se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el, buscádola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto que combidò, y forçò a pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia, dieron saco a las alforjas, y sin cerimonia alguna, en buena paz, y compañía, amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de echar:

echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijofo, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal siniestro. Ordenò pues la suerte, y el diablo, que no todas vezes duermè, que andauan por aquel valle pacièdo vna manada de hacas Galicianas, de vnos harrieros Gallegos. De los quales es còstùbre festear cò su requa en lugares y sitios de yerua y agua. Y aquel donde acertò a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Gallegos. Sucedió pues, que a Rozinante le vino en desseo de refocilar se con las señoras facas: y saliendo asì como las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licentia su dueño, tomò vn trocico algo picadillo, y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que a lo que parecio, deuian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dièdes de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla èn pelota. Pero lo que èl deuio mas de sentir fue, que vièdo los harrieros la fuerça que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y sancho (que la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijideando. Y dixo don Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida végança, del agrauio que delante de nuestros ojos se le a hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos dé tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quiça

Tercera parte de don

nosotros, sino vno y medio. Yo valgo por ciento replicó dō Quixote, y sin hazer mas discursos echò mano a su espada, y arremetio a los Gallegos, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrio vn sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Gallegos que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande hahinco, y vehemencia. Verdad es, que al segūdo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia levantado: donde se echa de ver, la furia con que machacan estacas, puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Gallegos el mal recado que auian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando a los dos aventureros de mala traça, y de peor talante. El primero que se resintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, con voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondió don Quixote, con el mesmo tono afeminado, y doliente que Sancho. Querria si fuesse posible, respondió Sancho Pança, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ay a mano, quiza será de prouecho para los quebrantamientos de

huelos, como lo es para las heridas. Pues a ternela yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respondió don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, a fè de cauallero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero don Quixote) que no sabre poner termino a estos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada, contra hombres que no fuesen armados caualleros como yo. Y assi creo, que en pena de auer passado las leyes de la caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo. Por lo qual Sancho Pança, conuiene que estes aduertido en esto que agora te dire, porque importa mucho a la salud de entrambos, y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo hare en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada, y castigalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa, acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias hasta a donde se estiende el valor de este mi fuerte brazo. Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno. Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sossegado, y se dissimular

H 4 qual.

Tercera parte de don

qualquiera injuria, por que tengo muger y hijos que sustentan, y criar. Afsi, que seale a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui, para delante de Dios, perdono quãtos agrauios me hã hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre: hidalgo, o pechero: sin eceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondió: Qui tiera tener aliento, para poder hablar vn poco de cansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estàs. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario, en nuestro favor se buelue, lleuandonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tẽgo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a impossibilitar por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio. Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca estã tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tengan temor de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura. Y afsi es menester, que el nueuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse, en qualquiera acontecimiento. En este q̃ aora nos ha acontecido, respondió Sãcho,

qui-

quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra merced dize: Mas yo le juro a fè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crei de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aq̄l desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està q̄ sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porq̄ imagino (q̄ digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya q̄ estas desgracias son de la cosecha de la cavalleria, digame v̄a merced, si suceden muy a menudo, o si tienen sus tièpos limitados en q̄ acaecè, porq̄ me parece a mi, q̄ a dos cosechas que Jaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos focorre. Sabete amigo Sancho, respondió don Quixote, que la vida de los caualleros andantes, està sujeta a mil peligros, y desuertas: y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros

Tercera parte de don

andantes, Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia, en muchos y diuerfos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pu dierate cótar agora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados que he contado. Y estos mesmos, se vieró antes, y despues en diuerfas calamidades, y miserias: porq̄ el valeroso Amadis de Gaula, se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quié se tiene por auerigado, q̄ le dio teniêdo le preso, mas de dozientos açotes có las riêdas de su cauallo, atado a vna columna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trápa que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se hallò en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y allile echaron vna destas que llaman melezinas, de agua de nieue, y arena, de lo que llegò muy alcabo: y sino fuera socorrido en aq̄lla grã cuyta, de vn sabio grãde amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Ansi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente. Que mayores afrentas son las q̄ estos passaron, que no las que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el çapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esto se dirà que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos

damos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenía estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondió Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas puse mano a mi tizona, quando me santiguaron los ombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerza de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo dé los estacazos, como me la dá el dolor de los golpes, que me han de quedar tá impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te ha go saber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consume. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la consume, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aqllas q con vn par de bizmas se curã, aun no tan malo, pero voy viendo q no hã de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en bué termino siquiera. Dexate de esso, y faca fuerças de flaqza Sãcho, respòdiò don Quixote, q asì hare yo, y veamos como està Rozinante, q a lo q me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de q maravillarse de esso, respondió Sancho, siendo el tan bué cauallero andante: Delo q yo me maravillo, es de q mi jumêto aya quedado libre y sin cosas, donde nosotros salimos sin costillas. Siêpre dexa la vêtura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas.

Tercera parte de don

ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir a ora la falta de Rozinante, lleuãdome a mi desde aqui a algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendre a deshõra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la rifa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serà, que el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondió Sancho: pero ay grande diferècia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondió don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, q̃ la quitan. Así que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos, y desiertos, lo mas del año, y que lo tienen a mucha ventura. Esto es, dixo don Quixote, quando no pueden mas, o quando estan enamorados: y es tã verdad esto, que ha auido cauallero, que se ha estado sobre vna peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y vno destos fue Amadis, quando llamandose Belte-nebros, se aloxò en la peña Polio, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estuuò alli haziendo penitencia, por no se que sinfabor que le hizo la señora Oriana. Pero dex-

dexemos ya esto Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como a Rozinante. Aun ahí sería el diablo, dixo Sancho, y despidiéndolo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos, de quien allí le auia traído, se leuanto, quedándose agouiado en la mitad del camino, como arco Turquesco, sin poder acabar de enderçarse: y có todo este trabajo aparejó su asno (que también auia andado algo destraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantò luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho, ni su amo no le fuerá en çaga. En resolucion, Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuado al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos házia donde le parecio que podia estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor yua guiando, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de don Quixote, auia de ser castillo. Porfiaua Sancho que era venta, y su amo que no sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuuierò lugar sin acabarla de llegar a ella, en la qual Sâcho se entrò sin mas aueriguacion con toda su requa.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginaua ser castillo.



L Ventero, que vio a don Quixote arrastreado en el asno, preguntò a Sâcho, que mal traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino que auia dado vna cayda

de

Tercera parte de don

de vna peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego a curar a don Quixote. Y hizo que vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huesped. Seruia en la venta assi mesmo vna moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma: del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo suplía las de las faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y las espaldas que algun tanto le cargauan, la hazian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moça pues, ayudô a la donzella: y las dos hizieron vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchon, que en otros tiempos daua manifiestos indicios, que auia seruido de pajar muchos años. En la qual tambien aloxaua vn harriero, que tenia su cama hecha vn poco mas alla de la de nuestro don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha ventaja a la de don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bancos, y vn colchon que en lo sutil, parecia colcha, lleno de bodoques, que a no mostrar que eran de lana, por algunas roturas, al tienpo en la dureza semejan de guijarro, y dos sauanas, hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quixote. Y luego la ventera y su hija, le em-
plasta.

plastaron de arriba abajo, alumbrandoles Maritornes, que assi se llamaua la Asturiana. Y como al bizmalle viesse la ventera tan acardenalado a partes a don Quixote, dixo, que aquello mas parecian golpes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le dixo, haga vuestra merced señora de manera que queden algunas estopas, que no faltara quien las aya menester, que tambien me duelen a mi vn poco los lomos. Dessa manera, respondió la ventera, tambien deuistes vos de caer. No cay, dixo Sancho Pança, sino que del sobrefalto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podra ser esto, dixo la donzella, que a mi me ha acontecido muchas vezes, soñar que caya de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente huiera caydo. Ay està el toque señora, respondió Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero, preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero, replicò la moça? Tan nueua fois en el mundo que no lo sabeis vos, respondió Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que

Tercera parte de don

que cauallero auenturero, es vna cosa que en dos palabras se ve apalcado, y Emperador. Oy està la mas desdichada criatura del múdo, y la mas menestero-
sa, y mañana tendria dos o tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siédolo deste tan buen señor, dixo la vètera, no teneis a lo que parece, si quiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, por que no ha sino vn mes, que andamos buscando las auenturas, y hasta aora no hemos topado cõ ninguna que lo sea. Y tal vez ay que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrechado della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estava escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme hermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propria enuilece: pero mi escudero os dirà quien soy: Solo os digo, que tendre eternamente escrito en mi memoria, el seruicio que me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, q̄ el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la vètera y su hija. Y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cauallero, que asì las entendia como si hablara en Griego: aunque bien alcançarõ que

que todas se encaminauan a ofrecimiento y requiebros, y como no vsadas. A semejante language mirauanle y admirauanse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia menester que su amo. Auia el harriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le auia dado su palabra, de que en estando sofegados los huespedes y durmiendo sus amos le yria a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuenta se desta buena moça, que jamas dio semejantes palabras, que no las cumpliesse, aunque las diesse en vn monte y sin testigo alguno. Porq̃ presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la veta. Porq̃ dezia ella q̃ desgracias y malos suceffos, la auia traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y femetido lecho de dó Quixote, estaua primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q̃ solo contenia vna cistera de enea y vna manta, que antes mostraua ser de angeo tundido, q̃ de lana: succedia a estos dos lechos, el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos q̃ trahia: aunq̃ eran doze luzios, gordos, y famosos: Porq̃ era vno de los ricos harrieros de Arevalo, segun lo dize el autor desta historia, q̃ deste harriero haze particular menciõ, porq̃ le conocia muy biẽ, y aun quieren dezir q̃ era algo pariente suyo. Fuera de q̃ Cide Mahamete Benã geli fue historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y echase biẽ de ver, pues las q̃ quedã

Tercera parte de don

referidas con ser tan minimas y tá rateras, no las qui
fopassar en silencio. De donde podran tomar exépl
los historiadores graues, que nos cuentan las accio
nes, tan corta y sucintamente, que apenas nos llegá
a los labios, dexándose en el tintero, ya por descuydo,
por maicia, o ygnorácia, lo mas sustancial dela obra.
Bié ay a mil vezes el autor de Tablante, de Ricamó
te, y aquel del otro libro, donde se cuéta los hechos
del conde Tomillas, y con q puntualidad lo descri
uen todo. Digo pues q despues de auer visitado el ha
rriero a su requa y dadole el segundo piéso, se tédio
en sus enxalmas y se dio a esperar a su puntualissima
Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado,
y aunque procuraua dormir, no lo cósentia el dolor
de sus costillas, y don Quixote có el dolor de las su
yas, tenia los ojos abiertos como liebre: toda la ven
ta estaua en silencio, y en toda ella no auia otra luz q
la que daua vna lampara, que colgada en medio del
portal ardia. Esta marauillosa quietud, y los pensa
miétos que siempre nuestro cauallero trahia, de los
sucessos que a cada passo se cuentan en los libros, au
tores de su desgracia, le truxo a la ymaginacion,
vna de las estrañas locuras que buenamente ymagi
narse pueden. Y fue, que el se ymaginò auer llegado
a vn famoso castillo (q como se ha dicho, castillos
eran a su parecer todas las ventas donde aloxaua) y
que la hija del ventero, lo era del señor del castillo,
la qual vécida de su gétileza, se auia enamorado del,
y prometido que aquella noche a furto de sus pa
dres vendria a yazer con el vna buena pieça: y tenié
do toda esta quimera (que el se auia fabricado) por
firme y valedera, se coméço a acuytar, y a pensar en
el pe.

el peligroso trance en q̄ su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçõ, de no cometer alcuosia a su señora Dulzinea del Toboso, aunque la mesma reyna Ginebra con su dama Quintañona, se le pusiessen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos y atentados passos, entrò en el aposento dõde los tres aloxauan, en busca del harriero. Pero apenas llegó a la puerta, quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y cõ dolor de sus costillas, tendio los braços para recibir a su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asió fuertemente de vna muñeca, y tirandola hàzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, a el le parecio ser de finisimo y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuentas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tirauan a crines, el los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia a ensalada fiambre y trasnochada, a el le parecio que arrojaua de su boca vn olor suave y aromatico: y finalmente el la pintò en su ymaginacion, de la misma traça y modo, lo que auia leydo en sus libros de la otra Princesa, que

Tercera parte de don

vino a ver el mal ferido cauallero vécida de sus amores, con todos los adornos q̄ aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que trahia en si la buena dōzella, no le defengañauan, las quales pudierā hazer vomitar a otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços a la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa y baxa, le començo a dezir: Quisiera hallarme en terminos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra grā hermosura me auedes fecho, pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer a la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fè que tengo dada, a la simpár Dulzinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos péfamiétos. Que si esto no vuiera de por medio, no fuera yo tan sandio cauallero, que dexara passar en blāco, la venturosa ocasion en que vuestra grā bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima y trasudādo, de verse tā asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dezia, procuraua sin hablar palabra desafirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desseos, desde el punto que entrò su Coyma por la puerta la sintiò: estuuo atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le vuiesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de don Quixote, y estuuo-
se que-

se quedò, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desafirse, y don Quixote trabaxaua por tenella. Pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies mas que de trote, se las passò todas de cabo a cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio còsigo en el suelo, a cuyo grã ruydo despertò el ventero y luego ymaginò que deuiã de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado a bozes no respondia: con esta sospecha se leuantò y encendiendo vn candil, se fue hàzia donde auia sentido la pelaza: la moça viendo que su amonia y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogio a la cama de Sancho Pança que aũ dormia, y alli se acorrucò y se hizo vn ouillo, el ventero entrò diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tres cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, penso que tenia la pesadilla, y començo a dar puñadas a vna y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas a Maritornes, la qual sentida del dolor echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho, con tantas que a su despecho le quitò el sueño, el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraço con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del mûdo. Viendo pues

Tercera parte de don

el harriero a la lumbre del candil del ventero, qual andaua su dama, dexádo a don Quixote, acudio a darle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue a castigar a la moça, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como fuele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, q̄ no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron ascuras, dauanse tan sin cópasió todos a bulto, que a doquiera q̄ ponian la mano, no dexauan cosa sana. Aloxaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los q̄ llaman de la santa hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo ansi mesmo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrò ascuras en el aposento, diziédo: Tenganse a la justicia, tengãse a la santa hermandad. Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole a tienta mano a las barbas, no cessaua de dezir, Fauor a la justicia: pero viendo q̄ el que tenia asido no se bullia ni meneaua, se dio a entender q̄ estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores, y con esta sospecha, reforço la voz diziédo: Cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobrefaltò a todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas, la mo-

la moça a surácho: solos los defuéturados, don Quixote y Sancho, no se pudieron mouer de donde esta uan. Solto en esto el quadrillero la barba de dō Quixote, y salio a buscar luz para buscar y prēder los delinquentes, mas no la hallò, porque el uentero de industria auia muerto la lampara, quādo se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, dōde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

Cap XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sācho Pança passaron en la venta, que por su mal pēso que era castillo.



VIA ya buelto en este tiempo de su parafismo don Quixote, y cō el mesmo tono de voz con q̄ el dia antes auia llamado a su escudero, quādo estaua tendido en el val de las estacas, le comēço a llamar diziendo? Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tēgo de dormir pesia a mi, respōdio Sancho lleno de pesadūbre y de despecho, q̄ no parece sino q̄ todos los diablos hā andado conmigo esta noche. Pue deslo creer ansi sin duda, respōdio dō Quixote. Porq̄ o yo se poco, o este castillo es encātado. Porq̄ has de saber, mas esto q̄ aora quiero dezirte, hasme de jurar q̄ lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respōdio Sancho. Digolo, replicò dō Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie. Digo que si juro, tornò a dezir Sancho, que lo callare hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan

Tercera parte de don

malas obras te hago Sancho , respondió don Qui-
xote, que me querrias ver muerto con tanta breue-
dad? No es por esso, respondió Sancho, sino porque
foy enemigo de guardar mucho las cosas, y no que-
rria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo
que fuere, dixo dō Quixote, que mas fio de tu amor
y de tu cortesia : y assi has de saber que esta noche
me ha sucedido vna de las mas estrañas auenturas q̄
yo sabre encarecer, y por cōtártela en breue, sabras
que poco ha q̄ a mi vino la hija del señor deste cas-
tillo, que es la mas apuesta y fermosa donzella, que
en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te po-
dria dezir del adorno de su persona? Que de su ga-
llardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas,
que por guardar la fè que deuo a mi señora Dulzi-
nea del Toboso, dexare passar intactas, y en silècio?
Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tan-
to bien como la ventura me auia puesto en las ma-
nos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como ten-
go dicho, es encantado este castillo: al tiempo que
yo estaua con ella en dulcissimos y amorosissimos
coloquios, sin que yo la viesse ni supiesse por don-
de venia, vino vna mano pegada a algun braço de al-
gū descomunal Gigante, y assentome vna puñada en
las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en san-
gre, y despues me molio de tal suerte, q̄ estoy peor
que ayer quando los Gallegos, q̄ por demasias de ro-
zinante, nos hizieron el agrauio que sabes. Por don-
de conjeturo que el tesoro de la fermosura desta dō
zella, le deue de guardar algun encantado Moro, y
no deue de fer para mi. Ni para mi tampoco, respon-
dió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros
me han

me han aporreado a mi, de manera que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero diga me señor. Como llama a esta buena y rara aventura, auiedo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incóparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida. Desdichado de mi y de la madre q̄ me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las mal andanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estàs tu aporreado, respondió don Quixote? No le he dicho que si, pesa a mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo, dixo dō Quixote, que yo hare agora el balsamo precioso, cō que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y asì como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, pregunto a su amo: Señor, si sera este a dicha el Moro encátado que nos buelue a castigar, si se dexo algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho. Sino diganlo mis espaldas. Tambiē lo podrian dezir las mias, respondió dō Quixote: pero no es bastante indicio esse, para creer que este que se vee sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan fofe gada conuersacion, quedò suspenso. Bien es verdad que aun don Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llego-

Tercera parte de don

se a el el quadrillero, y dixole: Pues como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio dō Quixote, si fuera que vos. V faze en esta tierra hablar de esta fuerte a los caualleros andantes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el cándil con todo su azeyte, dio a don Quixote con el en la cabeça, de suerte que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò ascuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encátado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Afsi es, respondio don Quixote, y no ay q̄ hazer caso destas cosas de encátamentos, ni ay para q̄ tomar colera ni enojo con ellas, q̄ como son inuisibles y fantasticas, no hallaremos de quien végar nos, aunque mas lo procuremos. Leuantate Sancho si puedes, y llama al alcay de desta fortaleza, y procura que se me de vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balfamo, que enverdad q̄ creo q̄ lo he bien menester aora, porq̄ se me va mucha sangre de la herida q̄ esta fantasma me ha dado. Leuátose Sãcho cõ harto dolor de sus hueffos, y fue ascuras donde estaua el vétero, y encontrandose cõ el quadrillero q̄ estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quien quiera q̄ seays hazed nos merced y beneficio de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̄ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̄ ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encátado Moro q̄ està en esta venta. Quãdo el quadrillero tal oyò, tuuole por hóbre salto de sefo. Y

fo. Y porq̄ ya coméçaua a amanecer, abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo q̄ aquel buen hōbre queria. El ventero le proueyo de quāto quiso, y Sācho se lo lleuò a don Quixòte, q̄ estaua cō las manos en la cabeça, quexandose del dolor del cá dilazo, q̄ no le auia hecho mas mal q̄ leuantarle dos chichones algo crecidos, y lo q̄ el pensaua q̄ era sangre, no era sino sudor q̄ sudaua con la congoxa de la passada tormēta. En resoluciō el tomò sus simples, de los quales hizo vn cōpuesto, mezclandolos todos y coziéndolos vn buē espacio, hasta q̄ le parecio q̄ estauā en su pūto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la vuo en la venta, se resoluió de ponerlo en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quiē el véterote hizo grata donaciō. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tātās Ave Marias, salues, y credos, y a cada palabra acōpañaua vna cruz, a modo de bēdicion: a todo lo qual se hallarō presentes, Sancho, el vétero, y quadrillero, q̄ ya el harriero sossegadamēte andaua entendiēdo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hazer luego la esperiēcia de la virtud de aq̄l precioso balsamo q̄ el se ymaginaua, y asì se beuio de lo q̄ no pudo caber en la alcuza, y q̄ daua en la olla dō de se auia cozido casi media azūbre, y apenas lo acabò de beuer, quādo comēço a vomitar, de manera, q̄ no le q̄dò cosa en el estomago, y cō las ansias y agitación del vomiro, le dio vn sudor copiosissimo, por lo qual mādò q̄ le arropassen y le dexasē solo. Hizierō lo asì, y q̄dose dormido mas de tres horas, al cabo d̄ las quales d̄sperto y se sintio aliuiadissimo d̄l cuerpo en tal manera mejor d̄ su quebrātamiēto, q̄ se tuuo

por

Tercera parte de don

por sano. Y verdaderamente creyo que auia açertado con el balfamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer desde alli adelante sin temor alguno, qualesquiera ruynas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesfen. Sancho Pança, que tambien tuuo a milagro la mejoría de su amo, le rogo q̄ le diese a el lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concediofelo don Quixote, y el tomandola a dos manos, con buena fè y mejor talante, se la echo a pechos, y enuasò bien poco menos que su amo. Espues el caso, que el estomago del pobre Sancho, no deuia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitasse le dieron tantas ansias y vascas, con tantos trasudores y desmayos, que el penso bien y verdaderamente, que era llegada su vltima hora: y viendose tã afligido y congoxado, maldezia el balfamo y al ladró que se lo auia dado. Viendole así dó Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo este mal te viene de no ser armado caballero: porque tengo para mi, que este licor no deue de aprouechar a los que no lo son. Si esto sabia vuestra merced, replicò Sancho, mal aya yo y toda mi parentela, para que consintio que lo gustasse? En esto hizo su operacion el breuage, y començo el pobre escudero a desflagarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se auia buuelto a echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de prouecho. Sudaua y trasudaua con tales parasismos y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron que se le acabaua la vida. Durole esta borrasca y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedò como su amo, sino
tan

tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarsele al mundo y a los en el menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad y confiança que lleuaua en su balfamo: y assi forçado deste dèsseo, el mismo enfillò a Rozinante, y enalbardò al jumento de su escudero, a quien tambien ayudò a vestir, y a subir en el asno. Pusose luego a cauallo, y llegando se a vn rincon de la venta, alio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynete personas, mira uale tambien la hija del ventero, y el tambié no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn suspiro, que parecia que le arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauã que deuia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pé sauanto aquellos que la noche antes le auia visto bizzar. Ya que estuuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes señor alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo a agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vègado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vègar a los que reciben tuertos, y castigar a leuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sine dezilla, que yo os

prome-

Tercera parte de don

prometo por la orden de cauallero que recebí, de fazeros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo sosiego: Señor cauallero, yo no tégo necesidad de que vuestra merced me venga ningun agrauio, porque yo se tomar la vengança q̄ me parece, quando se me hazen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto q̄ esta noche ha hecho en la venta, assi de la paga y ceuada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? Replico don Quixote. Y muy honrada, respondió el vétero. Engañado he vivido hasta aqui, respondió don Quixote, que en verdad que pense que era castillo, y no malo: pero pues es así, que no es castillo sino venta, lo q̄ se podria hazer por agora es, que perdoneys por la paga, que yo no puedo contrauenir a la ordē de los caualleros andātes. De los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni otra cosa, en véta donde estuuiesen. Porque se les deue de fuero y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en inuierno y en verano, apie ya cauallo, có sed y con hambre, con calor y con frio, sugetos a todas las inclemencias del cielo, y a todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esso, respondió el ventero, pagueseme lo que se me deue, y dexemonos de cuētos, ni de cauallerias, q̄ yo no tengo cuenta có otra cosa, que con cobrar mi haziēda. Vos soys vn sandio y mal hostalero, respondió don Quixote, y poniendo piernas al Rozinante, y terciãdo su lançon, se salio de la véta sin que nadie le detuuiesse,

uiesse, y el fin mirar si le seguia su escudero, se alógo vn buen trecho. El ventero que le vio yr, y que no le pagaua, acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixó, que pues fu señor no auia querido pagar, que tã poco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallero andante, como era la mesma regla y razon corria por el como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sãcho respondió, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por el la buena y antigua vsança de los caualleros andantes, ni se auian de quejar del los escuderos, de los tales que estauan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y mouidos de vn mesmo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeandole del asno, vno dellos entro por la manta de la cama del huesped, y echandole en ella, alçaron los ojos y vieron que el techo era algo mas baxo de lo q auian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, començaron a leuãtarle en alto y a holgarse con el, como cõ perro

Tercera parte de don

perro por carne y tolendas. Las voces que el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual determinandose a escuchar atentamente, creyo que alguna nueua auétura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope lleugo a la venta, y hallandola cerrada la rodeò, por ver si hallaua por donde entrar. Pero no vuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero. Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouo a subir desde el cauallo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y afsi desde encima del cauallo començo a dezir tantos denuestos y baldones, a los que a Sancho manteauan, que no es posible acertar a escriuillos, mas no por esto cessauã ellos de su rifa y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus queexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gauan. Y la compasiua de Maritornes, vièdo le tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y afsi se le truxo del pozo por ser mas frio: tomole Sancho y lleuandole a la boca, se paro a las voces que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas que te matara, ves aqui tengo el santissimo balfamo (y enseñaualé la alcuzá del breuage) que con dos gotas que del beuas sanaras sin duda. A estas voces boluio Sãcho los

ojos

ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha haſe le olvidado a vueſtra merced, como yo no ſoy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche. Guardefe ſu licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir eſto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso paſſar adelante, y rogò a Maritornes que ſe le truxeſſe de vino, y aſſi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de ſu meſmo dinero, porque en eſe eſtado ſe dize della, que aunque eſtaua en aquel trato, tenia vnas ſombras y lexos de Chriſtiana. Aſſi como beuio Sancho, dio de los carcanos a ſu aſno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, ſe ſa- liò della, muy contento de no auer pagado nada, y de auer ſalido cõ ſu intencion, aunque auia ſido a coſta de ſus acostumbrados fiadores, que eran ſus eſpal- das. Verdad es, que el ventero ſe quedó con ſus alforjas, en pago de lo que ſe le deuia: mas Sancho no las echò menos, ſegun ſalio turbado. Quiso el ven- tero atrancar bien la puerta, aſſi como le vio fuera, mas no lo conſintieron los manteadores, que era gè- te, que aunque don Quixote fuera verdaderamen- te de los caualleros andantes, de la tabla redonda, no le eſtimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde ſe cuenta las razones que paſſo San- cho Pança con ſu ſeñor don Quixote, con otras auẽ- turas dignas de ſer contadas.

Tercera parte de don



LEGO Sãcho a su amo marchito y desmayado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando assi le vio don Quixote, le dixo: Agora acabo de creer Sancho bueno, que a aquel castillo, o venta, de que es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo. Y cõfirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apear me de Rõzinante, porque me deuian de tener encantado, que te juro por la fè de quien soy, que si pudiera subir, o apear me, que yo te hiziera vengado, de manera que aquellos Tellones y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir a las leyes de la caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propria vida y persona, en caso de vrgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado cauallero, pero no pude, aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron cõmigo, no erã fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hombres de carne y de huesso, como nosotros, y todos segun los oy nombrar, quando me bolteauã tenian sus nombres, q̃ el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernãdez, y el ṽetero oy q̃ se llamaua Iuã Palomeque el Zurdo. Assi que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuo, que en encantamentos. Y lo que

que yo fago en limpio de todo esto, es, que estas aué-
turas que andamos buscando, alcabò, alcabo, nos há
de traer a tantas desuéturas, que no sepamos qual es
nuestro pie derecho. Y lo q̄ sería mejor y mas acer-
tado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluer-
nos a nuestro lugar, aora que es tiempo de la siega, y
de entender en la hazienda, dexandonos de andar de
ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen.
Que poco sabes Sancho, respòdio don Quixote, de
achaque de caualleria, calla y ten paciécia, que de ay
vendra, donde veas por vista de ojos, quan honrosa
cosa es andar en este exercicio. Sino dime, q̄ mayor
contèto puede auer en el mundo, o que gusto puede
ygualarle al de vécer vna batalla, y al de triunfar de
su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Afsi deue de
fer, respòdio Sancho, puesto que yo no lo se. Solo se
que despues q̄ somos caualleros andantes, o vuestra
merced lo es (que yo no ay para q̄ me cuente en tan
honroso numero) jamas hemos vécido batalla algu-
na, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio
vuestra merced có media oreja, y media zelada me-
nos, q̄ despues aca todo ha sido palos y mas palos, pu-
ñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el mã-
teamiento, y auerme sucedido por personas encanta-
das, de quien no puedo végar me, para saber hasta dó
de llega el gusto del vécimiento del enemigo, como
vuestra merced dize. Esta es la pena q̄ yo tengo, y la
que tu deues tener Sancho, respòdio don Quixote:
pero de aqui adelãte, yo procurare auer a las manos
alguna espada hecha por tal maestría, q̄ al que la tru-
xere consigo, no le puedan hazer ningun genero de
encantamètos. Y aun podria ser que me deparasse la

Tercera parte de don

ventura aquella de Amadis, quãdo se llamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mundo: por q̄ fuera q̄ tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan vêturoso, dixo Sancho, que quando effo fuesse, y vuestra merced viniessse a hallar espada semejante, solo vendria a seruir y aprouechar a los armados caualleros, como el balfamo, y a los escuderos q̄ se los papen dueños. No temas effo Sãcho, dixo don Quixote, q̄ mejor lo hara el cielo contigo. En estos coloquios yuã don Quixote y su escudero, quando vio don Quixote q̄ por el camino que yuan, venia hazia ellos vna grande y espessa poluareda, y en viédola se boluio a Sancho y le dixo: Este es el dia, o Sãcho, en el qual se ha de ver el bié q̄ me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en q̄ se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi braço, y en el q̄ tengo de hazer obras q̄ queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aq̄lla poluareda, q̄ alli se leuãta Sãcho? Pues toda es quaxada de vn copiosissimo exercito, q̄ de diuerfas è innumerables gentes, por alli viene marchando. A essa cuenta dos deuê de ser, dixo Sancho, por q̄ desta parte contraria se leuanta assi mesmo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que assi era la verdad: y alegrandose sobremuera, penso sin duda alguna, que eran dos exercitos que venia enuestirse y a encontrarse, en mitad de aquella espaciosa llanura. Por q̄ tenia a todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamétos, sucessos, desati:

defatinos, amores, desafíos, que en los libros de ca-
uallerias se cuentan: y todo quanto hablaua pensa-
ua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la
poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes
manadas de ouejas y carneros, que por aquel mes-
mo camino, de dos diferentes partes venian, las
quales con el poluo, no se echaron de ver hasta
que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua
don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo
vino a creer, y a dezirle: Señor, pues que hemos de
hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer
y ayudar a los menesterosos y desualidos. Y has de
saber Sancho, que este que viene por nuestra frente,
le conduze y guia, el grande Emperador Alifanfaron,
señor de la grande ysla Trapobana: este otro
que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el
Rey de los Garamantas Pentapolen, del arre-
mangado braço, porque siempre entra en las bata-
llas con el braço derecho desnudo. Pues porque se
quieren tan mal estos dos señores, preguntò San-
cho? Quierense mal, respondió don Quixote, por
que este Alefanfaron, es vn foribundo pagano, y es-
tà enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna
muy hermosa ya demas agraciada señora, y es Chris-
tiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pa-
gano, sino dexa primero la ley de su falso profeta
Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo
Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le ten-
go de ayudar en quãto pudiere. En esso haras lo que
deues Sancho, dixo don Quixote, porq̃ para entrar
en batallas semejãtes, no se requiere ser armado ca-
uallero. Bien se me alcanza esso, respondió Sancho.

Tercera parte de don

Pero donde pôdremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porq̃ en entrar en ella en semejante caualleria, no creo que està en vso hasta agora. Assi es verdad, dixo don Quixote; lo que puedes hazer del, es dexarle a sus aventuras, ora se pierda, o no, porque serã tantos los cauallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rozinãte, no le trueque por otro. Pero estame atêto, y mira que te quiero dar cuenta de los caualleros mas principãles, que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos a aquel altillo q̃ alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo ansi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se vieran bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizierõ exercito, si las nuues del poluo que leuantauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su ymaginacion lo que no veyã ni auia, con voz leuantada començo a dezir: Aquel cauallero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puête de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocolembob, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que està a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sãfõn, quando có su muerte se vengò de sus enemigos.

Pero

Peño buelue los ojos a estotra parte, y veras delante y en la frente de stotro exercito, al siempre vencedor y jamas vencido, Timonel de Carcajona, Principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro, en campo leonado, con vna letra que dize, Miau, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dize es la simpár Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarue: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae las armas como nueue blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de vtriq: el otro que bate las hijadas có los herrados carcanos, a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafildõ del Bosque, que trae por empresa en el escudo vna esparraguera, con vna letra en Castellano, que dize assi, Rastrea mi fuerte. Y desta manera fue nombrando muchos caualleros, del vno y del otro esquadron que el se ymaginaua. Y a todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improuiso, lleuado de la ymaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diziendo: A este esquadron frontero, forman y hazen gentes de diuersas naciones, aqui estan los que beuian las dulces aguas del famoso Xanto, los Mentuosos que pisan los Maslicos campos, los que cubren el finissimo y menudo oro, en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodoante, los que san gran por muchas y diuersas vias al dorado Pactolo,

Tercera parte de don

los Numidas dudosos en sus promessas, los Persas, arcos y flechas, famosos Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Arabes de mudables casas, los Ciuitas tan crueles como blancos, los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beuen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los que terfan y pulen sus rostros, con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las prouechosas aguas del diuino Genil, los que pisian los Tarresios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del siluoso Pirineo, y con los blancos copos del leuantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios y quantas prouincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole a cada vna con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que auia leydo en sus libros mentirosos. Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veyera los caualleros y Gigantes que su amo nombraua: y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quantos vuestros

tos vuestra merced dize parece por todo esto , alomenos yo no los veo, quiza todo deue ser encátaméto como las fantasmas de anoche. Como dizes effo, respondió don Quixote? No oyes el relinchar de los cauallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atábores? No oygo otra cosa, respódió Sancho, sino muchos balidos de ouejas y carneros : y assi era la verdad, porq̄ ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho q̄ ni veas ni oyas a derechas. Porq̄ vno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tâto temes, retirate a vna parte, y dexame solo , q̄ solo basto a dar la victoria; a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo esto , puso las espuelas a Rozinante , y puesta la lança en el ristre , baxò de la costezuela como vn rayo. Dióle voces Sancho, diziendole: Bueluase vueltra merced señor don Quixote , que boto a Dios que son carneros y ouejas las que va a enuestir : bueluase desdichado del padre que me engendro, que locura es esta? Mire que no ay Gigante ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos, partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador soy yo a Dios? Ni por estas boluio don Quixote , antes en altas voces yua diziendo: Ea caualleros los que seguís y militays debajo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin, del arremangado braço, seguidme todos , vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alefanfaron de la Trapobana. Esto diziendo se entro por medio de lesquadron de las ouejas , y començo de alanceallas con tanto corage y denuedo,

Tercera parte de don

como si de veras aláceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dauanle voces que no hiziesse aquello, pero viendo que no aprouechauan, desciñeronse las hondas y comenzaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurrendo a todas partes. Adonde estás soberuio Alifanfuon, vente a mi que vn cauallero solo soy, que desseá de solo a solo prouar tus fuerças y quitarte la vida, en pena de la q̄ das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le sepulto dos costillas en el cuerpo: viendose tan mal trecho, crey o sin duda que estaua muerto o mal ferido, y acordandose de su licor, sacó su alcuza y pusoela a la boca, y comenzó a echar licor en el estomago: mas antes que acabasse de enuasar lo que a el le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre cauallero, dar consigo del cauallo abaxo. Llegaróse a el los pastores y creyeron que le auian muerto. Y assi con mucha priesa recogieró su ganado, y cargaró de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazia, y arrácauase las barbas, maldiziédo la hora y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auian

y do

ydo, baxò de la cuesta, y llegose a el y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo señor don Quixote, que se boluiesse, que los q̄ yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso pue de des parecer y contrahazer, aquel ladron del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y este Magli mo que me persigue, embidioso de la gloria que vio que yo auia de alcãçar desta batalla, ha buuelto los escuadrones de enemigos, en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno y siguelos bonitamente, y veras como en alexãdose de aqui algun poco, se bueluen en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pintè primero. Pero no vayas agora, que he menester tu fabor y ayuda: llegate a mi, y mira quantas muelas y dientes me faltã, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya auia obrado el balfimo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojò de si mas reziò que vna escopeta, quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compassiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este peccador esta herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando vn poco mas en ello, echo de ver en la color, fabor, y olor, que no era sangre, sino el balfimo de la alcuza, q̄ el le auia visto beuer, y fue tanto el asco,

Tercera parte de don

el asco que tomò , que reboluiendosele el estomago, vomito las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse , y con que curar a su amo, y como no las hallò, estuuo a punto de perder el juyzio : maldixose de nueuo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo y boluerse a su tierra, aunque perdieffe el salario de lo seruido, y las esperanças del gouierno de la prometida infula. Leuátose en esto dõ Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porque no se le acabassen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fueffe a donde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta trilleza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serrenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien esta ya cerca. Assi que no deues congojarte, por las desgracias que a mi me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respòdio Sancho. Por ventura el que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro, que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondió Sancho. Desse modo

modo no tenemos que comer oy, replico don Qui-
xote. Eſſo fuera, reſpndio Sancho, quando faltan
por eſtos prados las yeruas q̄ vueſtra merced dize q̄
conoce, con que ſuelen ſuplir ſemejantes faltas, los
tan mal auenturados andâtes caualleros como vueſ-
tra merced es. Con todo eſſo, reſpndio don Quixo-
te, tomara yo aora mas ayna vn quartal de pan, o vna
hogaza, y dos cabeças de ſardinas arenques, que
quantas yeruas deſcriue Dioſcorides, aunque fuera
el ilustrado por el Doçtor Laguna. Mas con todo
eſto ſube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente
tras mi, que Dios q̄ es proueedor de todas las coſas,
no nos ha de faltar, y mas andâdo tan en ſu ſeruicio,
como andamos, pues no falta a los mosquitos del
ayre, ni a los guſanillos de la tierra, ni a los renaqua-
jos del agua. Y ès tan piadoſo que haze ſalir ſu ſol, ſo-
bre los buenos y los malos, y Hueue ſobre los injuſ-
tos y juſtos. Mas bueno era vueſtra merced, dixo Sã-
cho, para predicador, que para cauallero andante.
De todo ſabian, y han de ſaber, los caualleros andan-
tes Sancho, dixo dô Quixote, porque cauallero and-
ante vuô en los paſſados ſiglos, que aſſi ſe paraua a
hazer vn ſermon, o plática en mitad de vn campo
real, como ſi fuera graduado por la vniuerſidad de
Paris: de donde ſe infiere, que nunca la lança emho-
to la pluma, ni la pluma, la lança. Aora bien ſea aſſi,
como vueſtra merced dize, reſpôdio Sãcho, vamos
aora de aqui, y procuremos donde aloxar eſta no-
che, y quiera Dios q̄ ſea en parte donde no ay aman-
tas, ni mãteadores, ni fantasmas, ni Moros encâtados,
q̄ ſi los ay, dare al diablo el hâto, y el garauato. Pille-
ſelo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guia tu por
donde

Tercera parte de don

donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame aca la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole tentando le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondió Sancho: digo quatro sino eran cinco, respondió don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguion, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda esta rafa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daa, que mas quisiera que me vuieran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hagò saber Sancho, que la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos fujetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hazia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Y endose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua foflegar, ni atender a darse priessa, quiso Sancho entretenelle y diuertille, diziendole alguna cosa, y
entre

entre otras que le dixo, fue , lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passava con su amo, y de la aventura que le sucedio con vn cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARECEME señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced, contra la orden de su caualleria, no auiendo cumplido el juraméto que hizo, de no comer pan a manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue: y vuestra merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, o como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda, que modos ay de composicion en la orden de la caualleria para todo. Pues juré yo algo por dicha? Respondio Sancho, no importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiédo que de participantes no estàs muy seguro, y por si ó por no, no será malo proucernos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le toñe a olvidar esto, como lo del juramento, quíça les boluera

Tercera parte de don

boluera la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas, les tomo la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen: y lo que no auia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltò toda la despensa y matallaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna auentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche eicura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que yuan, venian hazia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas, que se mouian. Pasmose Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirò el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començò a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho due de ser grandissima y peligrosissima auentura, donde sera necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondió Sancho, si a caso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo

me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran. Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo que te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podre yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantã y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharã estar en campo abierto, o no? Con todo esso, replicò don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te dara a entender el que yo tengo. Si tendre, si a Dios plaze, respondió Sancho, y apartandose los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto rematò el animo de Sancho Pança, el qual començo a dar diente con diète, como quiè tiene frio de quartana: y crecio mas el batir y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cauallo, con sus hachas encèdidas en las manos: detras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de a cauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauалlos en el sossiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compassiua. Esta es traña vision a tales horas, y en tal despoblado, biè bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don

Tercera parte de don

Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las aventuras de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muer to cauallero, cuya vengança a el solo estaua referuada: y sin hazer otro discurso enristrò su lançon, pufose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por dõde los encamisados forçosamente auian de passar, y quando los vio cerca alçò la voz, y dixo: Deteneos caualleros, o quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que en aquellas andas lleuays? que segun las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun desaguifado, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, e bien para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros del tuerto que vos fizieron. Vamos de priesa, respondió vno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuẽta como pedis: y picando la mula pàsò adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantò de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las hancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer al encamisado, començo a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado,

fin

sin esperar mas, enristrando su lançon, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino q̄ en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamifados era gente medrosa, y sin armas, y afsi con facilidad en vn momẽto dexaron la refriega, y començaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascararas, que en noche de regozijo y fiesta corren. Los enlutados afsimesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos y loras, no se podian mouer: afsi que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre si, Sin duda este mi amo es tan valiente y esforçado como el dize. Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribò la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegando se a el le puso la pũta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiese, sino que le mataria. A lo qual respondió el caydo: Harto rãdido estoy pues no me puedo mouer, q̄ tẽgo vna pierna quebrada: suplico a vuestra merced, si escauallero Christiano, q̄ no me mate, q̄ comerà vn gran sacrilegio, q̄ soy Licẽciado, y tẽgo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo dõ Quixote, siendo hõbre de Iglesia?

Tercera parte de don

Quien señor, replicò el caydo, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quanto primero os pregunte. Con facilidad serà vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y assi sabra vuestra merced, que aunque denantes dixè que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, con otros onze sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) lleuamos sus huesos a su sepultura, q̄ està en Segouia, de donde es natural. Y quien le matò? preguntò don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabaxo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huiera muerto: pero auiendole muerto quien le matò no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mesmo hiziera si a mi mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo soy vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser effo de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido de-
xarme

xarme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vays buscando aventuras. No todas las cosas, respondió don Quixote, suceden de vn mismo modo, el daño estuuò señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejaades cosa mala, y del otro mundo, y assi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendo os, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzguè, y tuue siempre. Ya que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico a vuestra merced señor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? Dio luego voces a Sancho Pança, que viniesse: pero el no se curò de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores bien baltezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudio a las voces de su amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que siguiessè la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del

agrauio, que no auia sido en su mano dexar de auer le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber estos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso dō Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, el cauallero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste Figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sancho, porque le he estado mirãdo vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante, y verdaderamēte tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he visto: y de uelo de auer causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esto, respondió don Quixote, fino que el Sabio a cuyo cargo deue de estar el escriuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que serà bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauã todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: est otro el de la Muerte: y por estos nombres, è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamassēs el cauallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quede tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer
essa

essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la fuya, y dè rostro a los que le miraren, q̄ sin mas ni mas, y sin otra imagen, ni escudo le llamaran el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en bur-las) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose don Qui-xote, del donayre de Sancho, pero con todo pro-puso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pin-tar su escudo, ò rodela, como auia imaginado. Oluí dauafeme de dezir, que aduierta vuestra merced, q̄ queda descomulgado, por auer puesto las manos violentamēte en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis sua-dente diabolo, &c.* No entiendo esse Latin, respondio don Quixote, mas yo se biē que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a sacerdotes, ni a cosas de la Yglesia, a quiē respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mūdo: y quando esso afsi fuesse, en la memoria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz quando quebro la filla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyēdo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicar-le palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuer-po que venia en la litera eran huēssos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas

Tercera parte de don

a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los vencio sola vna persona, y corridos, y auergonçados desto, boluiesse a rehazerse, y a buscarnos, y nos dieffen en que entender. El jumento està como conuene, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que hazer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dizen, vayasse el muerto a la sepultura, y el viuò a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogò a su señor, que le siguiesse: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le siguiò. Y a poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacio, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliuiò el jumento, y tendidos sobre la verde yerua, con la salsa de su hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron a vn mesmo punto, fatisfaziendo sus estomagos con mas de vna fiambrera que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aun agua que llegar a la boca: y acoffados de la sed, dixò Sancho, viendo que el prado donde estauan estaua colmado de verde y menuda yerua, vna
lo que se dirà en el siguiente
capitulo,

Cap. XX. De la jamas vista ni oyda aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuéte, o arroyo, que estas yeruas humedece, y assi será bien, que vamos vn poco mas adelante que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a dō Quixote, y tomando de la rienda a Rozinate, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huieron andado dozientos passos quando llegó a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en grã manera, y parandose a escuchar hàzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguçó el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha

L 5 dicho,

Tercera parte de don

dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vn̄os arboles altos; cuyas hojas mouidas del blando viento, haziã vn temeroso y manso ruydo: de manera, que la soledad, el fitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vierõ, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauã. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçon, saltò sobre Rocinante, y abraçando su rodela, terciò su lançõ, y dixo: Sancho amigo, has de saber, q̄ yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad, de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Plati-res, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silècio, el sordo y cõfuso estruèdo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece q̄ se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos, las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, te-
mor,

mor, y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no està acostumbrado a semejantes acontecimientos, y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto, són incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, cõ el desso que tiene de acometer esta auentura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Asì q̃ aprieta vn poco las cinchas a Rozinãte, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en losquales siuo boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yras al Toboso, donde diras a la incõparable seõora mia Dulzinea, que su cautiuo cauallero murio, por acometer cosas que le hiziesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyò las palabras de su amo, començò a llorar con la mayor ternura del mundo, y a dezille: Señor, yo no sé porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa auentura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he oydo predicar al Cura de nuestro lugar (que vuestra merced bien conoce) q̃ quiẽ busca el peligro perece en el: asì que no es biẽ tentar a Dios, acometiẽdo tan desaforado hecho, dõde no se puede escapar sino por milagro: y basta los q̃ ha hecho el cielo con V. m. en librarle de ser manteado, como yo lo fuy: y en sacarle vècedor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto

no

Tercera parte de don

no mueua ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer que a penas se aura vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo dè mi anima a quiẽ quisiere lleuarla. Yo sali de mi tierra, y dexè hijos y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rōpe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada insula que tãtas vezes vuestra merced me ha prometido, veo q̄ en pago y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tan apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nõ se me faga tal defaguisado: y ya q̄ del todo no quiera V. m. desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̄ a lo que a mi me muestra la ciencia q̄ aprendi quando era pastor, no deue de auer desde aqui al Alua tres horas: porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo dō Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, o esse colodrillo q̄ dizes, si haze la noche tan escura q̄ no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto q̄ por buẽ discurso biẽ se puede entender q̄ ay poco de aqui al dia. Falte lo q̄ faltare, respondió don Quixote, q̄ no se ha de dezir pōr mi aora, ni en ningun tiẽpo, que lagrimas y ruegos me apartarō de hazer lo q̄ deuia a estilo de cauallero: y assi te ruego Sancho, q̄ calles, que Dios q̄ me ha puesto en coraçon de acometer

aora

aora esta tan no vista, y tan temerosa aventura, tendra cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer es, apretar bien las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo dare la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valtan con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo, bonitamente, y sin ser sentido atò con el cabestro de su asno ambos pies a Rozinante, de manera que quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen suceso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo conmouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, ferà enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dizen) contra el aguijon. Desesperauase con esto dō Quixote, y por mas que ponía las piernas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuuo por bien de foflegarse, y esperar, o a que amaneciese, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar a que ría el Alua, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse

Tercera parte de don

echarse a dormir vn poco sobre la verde yerua, a vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y pūto de acometer esta tan defemejable auentura que le espera. A que llamas apertio a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por vettura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? duermē tu que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondió Sancho, que no lo dixé por tanto: y llegandose a el puso la vna mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, q̄ toda via alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo que si hiziera, si le dexara el temor de lo que oïa, pero cō todo esso yo me esforçarē a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y esteme vuestra merced atento, q̄ ya comienço. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduertida vuestra merced, señor mio, q̄ el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fue asì como quiera, q̄ fue vna sentēcia de Caton Çonzorino Romano, que dize: Y el mal para quien le fuere a buscar, que viene aqui como anillo al dedo, para q̄ vuestra merced se estē quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerça a que

a que figamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame a mi el cuydado. Digo pues, prosiguió Sancho, q̄ en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, quieroz dezir, q̄ guardaua cabras, el qual pastor, o cabrerizo, como digo d̄ mi cuēto, se llamaua Lope Ruyz: y este Lope Ruyz, andaua enamorado de vna pastora q̄ se llamaua Torralua, la qual pastora llamada Torralua, era hija de vn ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuētas tu cuēto Sancho, dixo dō Quixote, repitiendo dos vezes lo q̄ vas diciendo, no acabaras en dos dias, dilo seguidamēte, y cuentalo como hōbre de entendimiēto, y fino no digas nada. De la misma manera q̄ yo lo cuēto, respondió Sancho, se cuētan en mi tierra todas las cōsejas y yo no se contarle de otra, ni es bien q̄ V. m. me pida q̄ haga vsos nuevos. Di como quisieres, respondió don Quixote, q̄ pues la suerte quiere q̄ no pueda dexar de escucharte, prosigue. Afsi q̄, señor mio de mi anima, prosiguió Sancho, q̄ como ya tengo dicho, este pastor andaua enamorado de Torralua la pastora, q̄ era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hōbruna, p̄r q̄ tenia vnos pocos de vigotes, q̄ parece q̄ aora labeo. Luego conocistela tu, dixo dō Quixote. No la conoci yo, respondió Sancho, pero quiē me contò este cuēto me dixo, q̄ era r̄a cierto y verdadero, q̄ podia bien quādo lo cōtasse a otro, afirmar y jurar q̄ lo auia visto todo. Afsi q̄ yendo dias y viniendo dias, el diablo q̄ no duerme, y q̄ todo lo añaesca, hizo de manera, q̄ el amor que el pastor tenia a la pastora se boluiesse en omezillo,

y mala

Tercera parte de don

y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales que passauan de la raya, y llegauan a lo vedado: y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, è yrse donde sus ojos no la viesien jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le auia querido. Esta es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Succedio, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminò por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie y descalça, de lexos, cõ vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo q̄ lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo diere que dizen, que el pastor llegó con su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazón yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte que llegó no auia barca, ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se cõgoxò mucho, porque veia que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus rüegos y lagrimas: mas tãto anduò mirando, que vio vn pescador que tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podiã caber en el vna persona y vna cabra, y cõ todo esto
le

le hablò y concerto con el, que le passasse a el y a trezientas cabras que lleuaua. Entrò el pescador en el barco, y passò vna cabra, boluio y passò otra, tornò a boluer, y tornò a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabará el cuento, y no sera pòsible contar mas palabra del. Sigo pues y digo, que el dessembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passò todas, dixo don Quixote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabaràs de passarlas en vn año. Quántas han passado hasta agora, dixo Sancho? Yo que diablos se, respondió don Quixote. He ay lo que yo dixere, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̄ se ha acabado el cuento, que no ay passar adelante. Como puede ser éssò, respondió don Quixote? tan de essencia de la historia, es saber las cabras que han passado por estenso, que si se yerra vna del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No señor en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo preguntè a vuestra merced, que me dixesse quántas cabras auian passado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante, se me fue a mi de la memoria quanto me quedaua por dezir, y afe que era de mucha virtud y contèto. De modo, dixo don Quixote, q̄ ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondió don Quixote, q̄ tu has contado vna de las mas nueuas consejas, cuèto, o historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal

Tercera parte de don

modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver, ni aura visto en toda la vida, aunq̄ no esperaua yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me marauillo, pues quiça estos golpes que no cessan, te deuē de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo se que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli se acaba, do comiença el yerro de la cuēta del passage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo don Quixote, y veamos si se puede mouer Rozinante. Tornole a poner las piernas, y el tornò a dar saltos y a estar se quedo, tanto estaua de bien atado. En esto parece ser, o que el frio de la mañana que ya venia, o que Sancho viuiese cenado algunas cosas lenitiuas, o que fuesse cosa natural (que es lo que mas se deuē creer) a el le vino en voluntad, y desseo de hazer lo que otro no pudiera hazer por el. Mas era tanto el miedo que auia entrado en su coraçon, que no osaua apartarse vn negro de vña de su amo. Pues pensar de no hazer lo que tenia gana, tã poco era possible, y asì lo que hizo por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arçon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno, se solto la lazada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandose la, dierò luego abaxo, y se le quedarò como grillos: tras esto alço la camisa lo mejor que pudo, y echò al ayre entrambas posaderas, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que el p̄so que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobreuino otra mayor, que fue, que le parecio que no podia mudar se, sin hazer estrepito y ruydo, y començo a apretar
los

los dientes, y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento, todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo, al cabo, vino a hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a él le ponía tãto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sãcho? No se señor, respondió el, alguna cosa nueva deue de ser, que las auenturas y desauenturas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez a prouar ventura, y sucediole tã bien, que sin mas ruydo ni alboroto, que el passado, se hallò libre de la carga, que tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote, tenia el sentido del holfato tan uiuo, como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto y colido con él, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba: no se pudo escufar, de que algunos no llegassen a sus narizes, y apenas uiieron llegado, quando él fue al socorro: apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tengo, respondió Sancho, mas en que lo echa de ver vuestra merced, aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no a ambar, respondió don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa sino vuestra merced, q̄ me trae a deshoras, y por estos no acostúbrados passos. Retirate tres o quatro alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelãte, ten mas cuenta con tu persona, y con lo que deues a la mia, que la mucha conuersacion q̄ tengo contigo, ha engêdrado este menosprecio. Apostare, replicò Sancho, q̄ piensa vuestra merced, q̄ yo he hecho de mi persona alguna cosa, q̄ no

Tercera parte de don

déa. Peor es meneallo amigo Sancho, respondió don Quixote. En estos coloquios, y otros semejâtes, passarô la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar se venia la mañana, con mucho tiéto de sligò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre, aunque el de suyo no era nada brioso, parece que se refintio, y començo a dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyo que lo era, de que acometiesse aquella temerosa auétura. Acabó en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, que estaua entre vnos arboles altos, que ellos eran castaños, que hazen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cessaua, pero no vio quien lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò, que alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo, como ya otra vez se lo auia dicho: y que si al cabo dellos no vuiesse buuelto, tuuiesse por cierto, que Dios auia sido seruido, de que en aquella peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole a referir el recado y embaxada, q̄ auia de llevar de su parte a su señora Dulzinea, y que en lo que tocava a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porque el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado, de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad, del tiempo que vuiessè seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano y saluo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta,

la pro-

la prometida Infula. De nuevo tornò a llorar Sâcho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle, hasta el vltimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas, y determinacion tan honrada, de Sancho Pança, saca el autor desta historia, que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo. Cuyo sentimiento enternecio algo a su amo, pero no tanto, que mostrasse flaqueza alguna, antes dissimulâdo lo mejor q̄ pudo, començo a caminar hàzia la parte por donde le parecio, que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguale Sancho apie, lleuando como tenia de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo cópañero de sus prosperas y aduersas fortunas. Y auie do andado vna buena pieça, por entre aquellos castaños y arboles sombríos, dieron en vn pradezillo, que al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grandissimo golpe de agua. Al pie de las peñas, estauan vnas casas mal hechas, que mas parecian ruynas de edificios, que casas, de entre las quales aduertieron, que salia el ruydo y estruendo, de aquel golpear, que aun no cessaua. Alborotose Rozinante, con el estuendo del agua, y de los golpes, y sossegandole don Quixote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendandose de todo coraçon a su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada, y empresa, le fauoreciesse, y de camino se encomendaua tambien a Dios, que no le olvidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la vista, por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso,

Tercera parte de don

y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduieron, quando al doblar de vna punta, parecio descubierta y patete la misma causa, sin que pudiese ser otra de aquel horrifono, y para ellos espantable ruydo, que tan suspensos y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (fino lo has, o lector por pesadumbre y enojo) seys maços de batan, que con sus alternatiuos golpes, aquel estruendo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio y palmofo de arriba abaxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirò tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de rifa, con euidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su melanconia tanto con el, que a la vista de Sancho, pudiese dexar de reyrse. y como vio Sancho que su amo auia comenzado, soltò la presa de manera, que tuuo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no rebentar riendo. Quatro vezes foflegò, y otras tantas boluio a su rifa, con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daua al diablo don Quixote, y mas quando le oyo dezir, como por modo de fisga: Has de saber, o Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aqui fue repitiendo, todas, o las mas razones, que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Vièdo pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, se corrio y enojò en tanta manera, que alçò el lançon y

çon y le assento dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, có mucha y mildad le dixo: Sossieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondió don Quixote. Venid aca señor alegre, pareccos a vos que si como estos fueron maços de batan, fuerã otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprédella y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo como soy cauallero) a conocer y destinguir los sones, y saber quales son de batan o no? Y mas que podria ser (como es verdad) q̃ no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn, que soys criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys layanes, y echadmelos a las barbas vno a vno, o todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio, replicò Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño, en demasia. Pero digame vuestra merced, a ora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las auenturas que le sucedierẽ, tan sano y saluo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuue, que de vuestra merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto? No niego yo, respondió don Quixote, que lo que nos ha sucedido, no sea cosa digna de rifa, pero no es digna de contarse, que

Tercera parte de don

no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lançon, apuntandome a la cabeça, y dandome en las espaldas: gracias a Dios, y a la diligencia que puse en la dearme. Pero vaya, que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir. Esse te quiere bien, que te haze llorar, y mas que suelen los principales señores, tras vna mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas calças, aunque no se lo que le suelen dar tras auerle dado de palos: si ya no es, que los cauallos andantes, dan tras palos Insulas, o Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo dō Quixote, que todo lo que dizes vinieste a ser verdad, y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros mouimientos, no son en mano del hombre: y esta aduertido de aqui adelante en vna cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo, more Turquesco. Pues que diremos de Gafabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su marauilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre, en toda aquella tan grande como verdadera.

dera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, que es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero a escudero. Así que desde oy en adelante, nos hemos de tratar có mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cantaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho.) Está bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero, de vn cauallero andáte en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, o por dias, como peones de albañir? No creo yo, respondió don Quixote, que jamas los tales escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti, en el testamento cerrado, que dexè en mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caualleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sâcho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batâ, pudo alborotar y desalossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural. Dessa manera,

M. 5. replicò.

Tercera parte de don

replicò don Quixote, viuiras sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fueffen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible cauallero.



NESTO començò a lloer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y asì torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro, como el que auian lleuado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que trahia en la cabeça vna cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el apenas le vuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente a quel que dize, Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digo lo, porque si anoche nos cerrò la ventura la puerta, de la que buscauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hàzia nosotros viene vno, que trae en su cabeç

fu cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabassen de abatañar, y aporrear el sentido. Va late el diablo por hombre, replicò don Quixote, que va de yelmo a batanes? No se nada, respondió Sancho, mas afe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiça diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaua en lo q̄ dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixo don Quixote? Dime no ves aquel cauallero que hàzia nosotros viene, sobre vn cauallo ruzio rodado, que trae puesto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino vn hombre sobre vn asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeça vna cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a solas, veras quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta auentura, y queda por mio el yelmo que tanto he desseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replico Sancho: mas quiera Dios torno a dezir, que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys ni por pienso mas esto de los batanes, dixo don Quixote, que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Callò Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto que le auia echado, redondo como vna bola. Es pues el caso que el yelmo, y el cauallo, y cauallero, que don Quixote vehia, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni

tenia :

Tercera parte de don

tēnia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a si, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba. Para lo qual, venia el barbero y traya vna bazia de azofar: y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començo a llouer, y porque no se le manchase el sombrero, que deuia de ser nuevo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua: venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasió, que a don Quixote le parecio cauallo, ruzio rodado, y cauallero, y yelmo de oro. Que todas las cosas que veyá, con mucha facilidad las acomodaua a sus desuariadas cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio, que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse con el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristró con el lançon baxo, llevando intencion de passarle de parte a parte: mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Desfédete cautiuá criatura, o entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno abaxo, y no vuo tocado al suelo, quando se leuantó mas ligero que vn gamo, y començo a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexose la bazia en el suelo, có la qual se cótento don Quixote, y dixo, que el pagano auia andado discreto, y que auia ymitado al Castor. El qual viendo se acosado de los caçadores, se taraça y harta có los dientes, aquello por lo que el, por distin

to natu-

to natural sabe, que es perseguido. Mandò a Sancho, que alçasse el yelmo, el qual romádola en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dandofela a su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra, buscandole el encaxe, y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjó primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia, celada, no pudo tener la risa, mas vino se le a las mientes, la colera de su amo, y callò en la mitad della. De q̄ te ries Sancho, dixo don Quixote? Riome, respòdio el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja si vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que y magino Sancho, que esta famosa pieça, deste encantado yelmo, por algun estraño accidente deuiu de venir a manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hàzia, viendola de oro purissimo, deuiu de fundir la otra mitad, para aprouecharse del precio, y de la otra mitad, hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes, pero sea lo q̄ fuere, que para mi que la conozco, no haze al caso su trasmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar, donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas, y en este entretãto la traere como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Eſto sera, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los

Tercera parte de don

los dos exercitos, quando le santiguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las affaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tégola receta en la memoria. Tambien la tégoyo, respondió Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no piéso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si viené, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los hóbros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christia no eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote: por que nunca oluidas la injuria q̄ vna vez te han hecho, pues sabete que es de pechos nobles y generosos, no hazer caso de niñerías. Que pie sacaste coxo, q̄ costilla quebrada, q̄ cabeça rota, para que no se te oluide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y passatiempo, q̄ a no entenderlo yo ansi, ya yo vuiera buelto alla, y vuiera hecho en tu végança mas daño, que el q̄ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiépo, o mi Dulzinea fuera en aquel, pudiera estar segura, que no tuuiera tãta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn suspiro, y le puso en las nuues. Y dixo Sãcho por burlas, pues la vengança no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras y las burlas, y se tambié q̄ no se me caeran de la memoria, como nũca se quitaran

taran de las espaldas. Pero dexádo esto aparte, dígame vuestra merced, q̄ hare mos deste cauallo ruzio rodado, q̄ parece asno pardo, q̄ dexò aqui desamparado aquel Martino, q̄ vuestra merced derribò, q̄ se gū el puso los pies en polvorosa, y cogio las de Villadiego, no lleuá pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nunca yo acòfumbro, dixo don Quixote, despojar a los q̄ venço, ni es vfo de caualleria, quitarles los caualllos y dexar los apic. Si ya no fuesse q̄ el vencedor vuicffe perdido en la pendencia el suyo, q̄ en tal caso, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Asfi q̄ Sancho dexa esse cauallo o asno, o lo q̄ tu quifieres q̄ sea, q̄ como su dueño nos vea alóngados de aqui, boluera por el. Dios sabe si quifiera lleuarle, replicò Sancho, o por lo menos trocalle cò este mio, q̄ no me parece tan bueno, verdaderamēte q̄ son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar trocar vn asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos, si quiera. En esso no estoy muy cierto, respòdio don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo q̄ los trueques, si es q̄ tienes dellos necesidad estrema. Tã estrema es, respòdio Sancho, q̄ si fueran para mi misma persona, no los vuiera menester mas: y luego abilitado cò aquella licècia, hizo mutacio capatū, y puso su jumèto a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorçarò de las sobras del real q̄ del azemila despojarò, beuieron del agua del arroyo de los batanes, sin boluer la cara a mirallos, tal era el aborrecimièto q̄ les tenian, por el miedo en q̄ les auia puesto. Cortada pues la colera y aũ la malèconia,
subieron

Tercera parte de don

subieron a cauallo, y sin tomar determinado camino, por ser muy de caualleros andantes, el no tomar ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso, que se lleuaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaua, en buen amor y compañía. Con todo esto boluieron al camino real, y siguieron por el a la vettura, sin otro disignio alguno. Yendo pues assi caminando, dixo Sancho a su amo: Señor quiere vuestra merced darme licēcia, que departa vn poco con el, que despues q̄ me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria q̄ se mal lograse? Dila, dixo don Quixote, y se breue en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondió Sancho, que de algunos dias a esta parte, he considerado quan poco se gana y grangea, de andar buscando estas auenturas, que vuestra merced busca, por estos desiertos y encruzijadas de caminos, donde ya que se vençã y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea ni sepa, y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuizio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y assi me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir a algun Emperador, o a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças y mayor entendimiento: q̄ visto esto del señor a quiē siruieremos, por fuerça nos ha de remunerar a cada qual segun sus meritos, y alli

y alli no faltara quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria, escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondió don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayán visto entrar los muchachos por la puerta de la Ciudad, quando todos le sigan y rodeen, dando voces diziendo: Este es el cauallero del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual viuere acabado grandes hazañas. Este es diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno, de la gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento, en que auia estado casi nouecientos años. Asì que de mano en mano, y ran pregonando tus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, se parará a las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reyno: y asì como vea al cauallero, conociendole por las armas, o por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi corte està, a recebir a la flor de la caualleria, que alli viene, a cuyo mandamiento saldrán todos, y el llegará hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechísimamente, y le dará paz, besandole en el rostro, y

N luego

Tercera parte de don

luego le lleuara por la mano, al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubier- to de la tierra, a duras penas se pueda hallar. Sucede- ra tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno pa- rezca a otro, cosa más diuina que humana, y sin sa- ber como, ni como, han de quedar presos y enlaza- dos, en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se hã de hablar, para descubrir sus ansias y sentimiétos. Desde alli le lleuaran sin duda a algun quarto del palacio, ricamé- te adereçado, donde auíendole quitado las armas, le traeran vn rico manto de escarlata, có que se cubra, y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de pa- recer en farseto. Venida la noche, cenara có el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitarà los ojos della, mirandola a furto de los circustantes, y ella hara lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque como tẽgo dicho, es muy discreta donzella. Leuantarsean las ta- blas, y entrara a deshora, por la puerta de la sala, vn feo y pequeño enano, con vna fermosa dueña, q̄ en- tre dõs Gigantes, de tras del enano viene, con cierta auentura hecha, por vn antiquissimo sabio, que el q̄ la acabare sera tenido por el mejor cauallero del mū do. Mandara luego el Rey, q̄ todos los que estan pre- sentes la pruçé, y ninguno le dara fin y cima, sino el cauallero huesped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedara contentissima la Infanta, y se tẽdra por contẽta y pagada ademas, por auer puelto y coloca- do sus pensamientos en tã alta parte. Y lo bueno es, que

que este Rey, o Principe, o lo que es, tiene vna muy reñida guerra, có otro tan poderoso como el, y el cauallo huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr a servirle en aquella guerra dicha. Darafela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le beffara cortesmente las manos, por la merced que le faze. Y aquella noche se despedira, de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia hablado, siendo medianera y sabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho se fiaua. Sospirarà el, desmayarasse ella, traera agua la dözella, acuytarasse mucho, por q̄ viene la mañana, y no querria que fuesfen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta boluera en si, y dara sus blancas manos por la reja al cauallero, el qual se las besarà, mil y mil vezes, y se las bañara en lagrimas. Quedarà concertado entre los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos o malos successos: y rogarale la Princesa, que se detéga lo menos que pudiere: prometerfelo ha el, con muchos juramentos: tornale a besar las manos, y despedese con tanto sentimiento, que estara poco por acabar la vida: vafe desde alli a su aposento, echasse sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruza muy demañana: vafe a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, dizenle auendosi de despedido de los dos, q̄ la señora Infanta esta maldispuesta, y q̄ no puede recibir visita: piensa el cauallero, que es de pena de su partida, traspassassele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: està la donzella media-

Tercera parte de don

nera delante, ha lo denotar todo, vafelo a dezir a su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene, es no saber quié sea su cauallero, y si es de linage de Reyes, o no, affe gurala la donzella, que no puede caber tanta corte- sia, gentileza, y valentia, como la de su cauallero, si- no en sujeto real y graue: consuelase con esto la cuytada, procura consolarse, por no dar mal indi- cio de si a sus padres. Y acabo de dos dias, sale en publico, ya se es ydo el cauallero, pelea en la gue- rra, vence al enemigo del Rey, gana muchas Ciu- dades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, ve a su señora por donde fuele, conciertase que la pida a su padre por muger, en pago de sus seruicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sa- be quien es. Pero con todo esto, o robada, o de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroso Rey, de no se que Reyno, por- que creo que no deue de estar en el Mapa. Mue- rese el padre, hereda la Infanta, queda Rey el ca- uallero, en dos palabras. Aqui entra luego el ha- zer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero, con vna donzella de la Infanta, que fera sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Eflo pi- do y barras derechas, dixo Sancho, a esto me atengo, porque todo al pie de la letra, ha de su- ceder por vuestra merced, llamandose el cau- allero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, re- plicò

plicò don Quixote , porque del mesmo , y por los mesmos passos que esto he contado, suben y han subido los caualleros andantes, a ser Reyes y Emperadores. Solo falta agora mirar, que Rey de los Christianos, o de los Paganos tenga guerra, y tēga hija hermosa: pero tiempo aura para pensar esto. Pues como te tengo dicho , primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda a la Corte. Tā bien me falta otra cosa, que puesto caso, que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podia hallar, q̄ yo sea de linage de Reyes , o por lo menos primo segundo de Emperador? Porque no me querra el Rey dar a su hija por muger, sino esta primero muy enterado en esto, aunq̄ mas lo merezcan mis famosos hechos. Aysi q̄ por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido: bié es verdad, que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de posesiõ y propiedad, y he devēgar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio, que escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera mi parétela y decēdencia, que me hallasse, quinto o sexto nieto de Rey. Porq̄ te hago saber Sancho , que ay dos maneras de linages en el mundo, vnos que traen y derriban su decēdencia de Principes y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramide puesta al reues. Otros tuvieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado , hasta llegar a ser grandes señores. De manera que està la diferencia, en que vnos fueron , que ya no son , y otros son , que ya no fueron , y podria ser y odestos, que despues de aueriguado vuisse sido mi

Tercera parte de don

principio grande y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro, q̄ uuiere de fer. Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aqui entra el roballa, y lleualla donde mas gusto me diere, que el tiempo o la muerte, ha de acabar el enojo de sus padres. Ay entra bien tan bien, dixo Sancho, lo que algunos de salmados dizé, No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisie re domeñar a entregalle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagá las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podra estar a diète, en esto de las mercedes. Si ya no es, que la dözella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el passa con ella su mala ventura, hasta q̄ el cielo ordene otra cosa, por q̄ bié podra, creo yo, desde luego darcela su señor, por legitima esposa. Esto no ay quien la quite, dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondió Sancho, no ay sino encomédarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dóde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondió don Quixote, como yo desseo, y tu Sancho has menester, y ruyn sea, quien por ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote, y quando no lo fueras, no hazia nada al caso, por q̄ siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza,

bleza, sin que la compres, ni me sirvas con nada. Por que en haziendote Conde, catate ahi cauallero, y digan lo que dixeren, que abuenafe, que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sácho. Dictado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea anfi, respondió Sancho Pança. Digo que le sabria bié acomodar, porque por vida mia, que vn tiempo fuy munidor de vna çofradia, y que me assentaua tan bien la ropa de munidor, que dezian todos, que tenia presencia para poder ser Prioite de la mesma çofradia. Pues que sera, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro y de perlas, a vso de Conde estrangero, para mi tengo, que me han de venir a ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo don Quixote, pero sera menester que te rapes las barbas a menudo, que segun las tienes de espessas, aborracadas y mal puestas, sino te las rapas a nauaja, cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echara de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenelle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare que ande tras mi, como cauallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò don Quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dire, respondió Sancho. Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia acauallo, a todas las bueltas que daua, que no parecia, sino que ora su rabo. Preguntè que como a quel hombre no se juntaua con el otro, sino que siempre andaua tras del? Respondieron-

Tercera parte de don

me, que era su cauallerizo, y que era vso de grandes, llevar tras si a los tales. Desde entonces lo se tã bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razõ, dixo don Quixote, y que asì puedes tu llevar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde, que lleue tras si su barbero, y aun es de mas confianza el hazer la barba, que ensillar vn cauallo. Que dese effo del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Asì sera, respondió don Quixote, y açando los ojos vio, lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados, que mal de su grado los lleuauan, donde no quisieran yr.

CVENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo y Manchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulce, é ymaginada historia, que despues q̄ entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pãça su escudero, passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y vno quedan referidas. Que don Quixote aço los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres apie, enartados como cuentas, en vna gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas a las manos: venian asì mismo con ellos, dos hombres de acauallo, y dos de apie. Los de acauallo, con escopetas de rueda, y

da, y los de apie con dardos y espadas, y que assi como Sancho Páça los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que va a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote? es posible que el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sino que es gête, que por sus delitos va condenada, a seruir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolució, replicò don Quixote, como quiera que ello sea esta gente, aunque los lleuã vãn de por fuerça, y nõ de su voluntad. Assi es, dixo Sãcho. Pues de esta manera, dixo su amo, aqui encaxa la execució de mi oficio, desfazer fuerças, y so correr y acudir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sãcho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça ni agrauio a semejante gente, ni nõ q los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy corteses razones, pidio a los que y uan en su guarda, fuesen seruidos, de informalle y dezille, la causa, o causas, por q lleuan aquella gête de aquella manera? Vna de las guardas de acuallo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que yua a galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos, en particular, la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos a que le dixessen lo que deseaua: que la otra guarda de acuallo le dixo: Aunque llevamos aqui el registro, y la fe de las sentencias, de cada vno destos mal auenturados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas, ni ha leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mes-



Tercera parte de don

mos, que ellos lo diran si quisieren, que si querran, porque es gente que recibe gusto, de hazer y dezir vellaquerias. Con esta licencia, que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegò a la cadena, y al primero le preguntò, Que porque pecados, yua de tan mala guisa? El le respondió, que por enamorado yua de aquella manera. Por esso no mas, replicò don Quixote? pues si por enamorados echan a galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores, como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto a vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abrace conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta agora no la vuiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no vuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò don Quixote? Gurapas son galeras, respondió el galeote. El qual era vn moço, de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun yua de triste y malenconico. Mas respondió por el el primero, y dixo: Este señor va por canario, digo por musico y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos y cantores, van tambien a galeras? Si señor, respondió el galeote, que no ay peor cosa, que cantar en el anfia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Aca es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, di-

xo don

xo don Quixote, mas vna de las guardas le dixo. Señor cauallero, cantar en el ansia, se dize entre esta gente non fanta, confessar en el tormento. A este peccador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por auer confessado, le condenaron por seys años a galeras, amen de dozientos açotes, que ya lleua en las espaldas. Y va siempre penlatiuo y triste, porque los demas ladrones que alla quedan, y aqui van, le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si. Y que harta ventura tiene vn delinquente, que esta en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondio don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros. El qual de presto, y con mucho desenfado, respondio, y dixo. Yo voy por cinco años, a las sonoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veynte, de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Effeno me parece, respondio el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se esta muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, por q̄ si a su tiempo tuuiera yo effos veynte ducados, q̄ vuestra merced aora me ofrece, uiera vntado con ellos la pèdola del escriuano, y auuado el ingenio del procurador. Demanera q̄ oy me viera en mitad de la plaça de Çocodouer, de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es gråde, paciécia, y basta. Passò dó

Quixo.

Tercera parte de don

Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, que le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la causa, porque alli venia, començo a llorar, y no respódió palabra: mas el quinto condenado, le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, va por quatro años a galeras, auiendo passado las acostumbradas, vestido, en pompa, y acauallo. E esso es, dixo Sancho Pança, a lo q̄ a mi me parece, auer salido a la verguença. Assi es, replicò el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto quiero dezir, que este cauallero va por alcahuete, y por tener assi mesmo sus puntas y collar de hechizero. A no auerle añadido essas puntas y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr a vogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas, porque no es assi como quiera el officio de alcahuete, que es officio de discretos, y necessarissimo en la republica, bien ordenada, y que no le deuia exercer, sino gente muy bien nacida, y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas officios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se escusarian muchos males, que se causan, por andar este officio y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas, de pocas mas a menos, pajezillos y truhanes, de pocos años, y de poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça, que importe, se les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera
passar

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer eleccion, de los q̄ en la republica auian de tener tan necessario officio, pero no es el lugar a como dado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda pro ueer y remediar. Solo digo agora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable, en tãta fatiga, por alcahuete me la ha quitado el adfunto de su hechizero. Aunque bien se q̄ no ay hechizos en el mundo, que puedã mouer y forçar la voluntad, como algunos simples piẽsan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo q̄ suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que buelue locos a los hõbres, dando a entẽder que tienen fuerça para hazer querer bien, siẽdo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Afsi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, q̄ en lo de hechizero q̄ no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar. Pero nunca pense q̄ hazia mal en ello, q̄ toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse y viuiesse en paz y quietud, sin pendẽcias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, se gun me cargan los años, y vn mal de orina q̄ lleuo, q̄ no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su llãto, como de primero, y tuuolẽ Sancho tãta cõpasion, q̄ sacò vn real de aquatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelante don Quixote, y pregutò a otro su delito, el qual respondio, con no menos, sino cõ mucha mas gallardia q̄ el passado: Y o voy aqui, por q̄ me burle demasiadamente cõ dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, q̄ no lo eran mias: finalmẽte
tanto

Tercera parte de don

tanto me burlè con todas , que resultó de la burla; crecer la parentela , tan intricadamente , que no ay diablo que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue dineros , viame à pique de perder los traga-deros , sentenciaronme a galeras , por seys años, consenti, castigo es de mi culpa , moço foy , dure la vida , que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, señor cauallero , lleua alguna cosa con que socorrer a estos pobretes , Dios se lo pagarà en el cielo, y nosotros tédremos en la trierra cuydado de rogar a Dios en nñas oraciones , por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en abito de estudiante , y dixo vna de las guardas , que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos , venia vn hombre de muy buen parecer , de edad de treynta años , fino que al mirar , metia el vn ojo, en el otro , vn poco venia diferentemente atado, que los demas , porque traya vna cadena al pie, tan grande , que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta , la vna en la cadena , y la otra, de las que llaman guarda amigo , o pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegauan a la cintura , en los quales se asian dos espofas , donde lleuaua las manos , cerradas con vn gruesso candado , de manera que ni con las manos podia llegar a la boca , ni podia baxar la cabeça, a llegar a las manos. Preguntò don Quixote , que como yua aquel hombre con tantas prisiones , mas que los otros? Respondiole la guarda. Porque tenia aquel solo , mas delitos , que todos los otros juntos , y que era tan atreuido , y tan grande vella-
co, que

co, que aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino que temian que se les auia de hayr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, fino han merecido mas pena, que echalle a las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, que es como muerte ceuil. No se quiera saber mas, sino q̄ este bué hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llamá Ginesillo de Parapilla. Señor comissario, dixo entóces el galeote, vayase poco a poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y sobre nombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace diz, y cada vno se de vna buelta a la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicò el comissario, señor ladron de mas de la marca, fino quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre, como Dios es seruido, pero algun dia sabia alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman ansi embustero, dixo la guarda. Si llaman, respondió Gines, mas yo hare que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada có tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa q̄ yo soy Gines de Passamonte, cuya vida esta escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el comissario, q̄ el mesmo ha escrito su historia, q̄ no ay mas, y dexa empeñado el libro en la carcel, en doziétos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en doziétos ducados. Tã bueno es, dixo dō Quixote. Es tã bueno, respondió Gines, q̄ mal año para Lazarillo d. Tormes, y para todos quãtos d. aquel

Tercera parte de don

aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo que le se dezir a boace, es, q̄ trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no pueden auer mentiras que se le y gualen. Y como se intitula el libro, preguntò dó Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondió el mismo. Y està acabado, preguntò don Quixote? Como puede estar acabado, respondió el, si aun no està acabada mi vida, lo que està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez auçys estado en ellas, dixo don Quixote? Para feruir a Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondió Gines: y no me pesa mucho de yr a ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir, y en las galeras de España, ay mas fossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tégò de escriuir, porque me lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondió Gines, porq̄ siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el comissario. Ya le he dicho señor comissario, respondió Passamonte, q̄ se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para q̄ nos guiasse y lleuasse, adonde su Magestad manda. Sino por vida de, basta, que podria ser que saliesse algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta, y todo el mūdo calle, y viua biẽ, y hable mejor, y caminemos, q̄ ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el comissario, para dar a Passamóte, en respuesta de sus

de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogô que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, q̃ el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido cõ la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me esta diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en el la orden de caualleria que professo, y el voto que en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, seã seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió don Quixote, que estos pobres no hã cometido nada cõtra vosotros, alla se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el

O cielo

Tercera parte de don

cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello: Pido esto con esta manfedūbre y fofsiego, porque tenga si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respõdio el Comissario, bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere que le dexemos, como si tuuieramos autoridad para soltarlos, o el la tuuiera para mandarnos lo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos foys el gato, y el rato, y el vellaco, respondió don Quixote: y diziendo, y haziendo arremetio con el tan presto, que sin que tuuiesse lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero boluiendo sobre si, pusieron mano a sus espadas los de a cauallo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quixote, que con mucho fofsiego los aguardaua: y sin dūda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se defatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que fuesse

fueſſe de prouecho. Ayudò Sancho por ſu parte, a la ſoltura de Gines de Paſſamonte, que fue el primero q̄ faltò en la campaña libre, y deſembaraçado, y arremetiendo al Comiſſario caydo, le quitò la eſpada, y la eſcopeta, con la qual apuntando al vno, y ſeñalando al otro, ſin diſparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque ſe fueron huyendo, aſſi de la eſcopeta de Paſſamonte, como de las muchas pedradas que los ya ſueltos galeotes les tirauā. Entriftecioſe mucho Sancho deſte ſuceſſo, porque ſe le representò que los q̄ yuan huyendo auian de dar noticia del caſo a la ſanta Hermandad, la qual a campana herida ſaldria a buſcar los delinquentes, y aſſi ſe lo dixo a ſu amo, y le rogò q̄ luego de alli ſe partiēſſen, y ſe emboscaſſen en la ſierra, que eſtaua cerca. Bien eſta eſſo, dixo dō Quixote, pero yo ſe lo que aora conuiene que ſe haga: y llamando a todos los galeotes, q̄ andauan alborotados, y auian deſpojado al Comiſſario, haſta dexar le en cueros, ſe le puſieron todos a la redonda para ver lo q̄ les mandaua, y aſſi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios q̄ reciben, y vno de los pecados q̄ mas a Dios ofende, es la ingratitude. Digolo, por q̄ ya aueys viſto, ſeñores, con manifiſta experiencia, el q̄ de mi aueys recebido, en pago del qual querria y es mi volūtad, q̄ cargados de eſſa cadena q̄ quitè de vueſtros cuellos, luego os pō gays en camino, y vays a la ciudad d̄l Tobofo, y alli os preſenteys ante la ſeñora Dulzinea del Tobofo, y le digays, q̄ ſu cauallero, el de la triſte Figura, ſe le embia a encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido eſta famosa auentura,

Tercera parte de don

hasta ponerlos en la deseada libertad: y hecho esto os podreys yr donde quisiereades, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamóte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda impossibilidad cumplirlo, porque no podemos yr jutos por los caminos, sino solos y diuididos, y cada vno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hazer, y es justo q̄ haga, es, mudar esse seruicio y montazgo de la señora Dulzinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, y Cremos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero pensar que hemos de boluer aora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir a nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto a tal, dixo dō Quixote (ya puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamays, q̄ aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena acuestas. Passamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate auia acometido, como el de querer darles libertad, viendose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartandose a parte, començaron a llouer tantas piedras sobre don Quixote, que no se daua manos

a cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nuue, y pedrisco que sobre entrambos lloüia. No se pudo escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no se quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça que dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando fue sobre el el estudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estoruaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, è yr a presentarse ante la señora Dulzinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y penfatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendido junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado,

por los mismos a quien tanto
bien auia hecho.

(.?.)

Tercera parte de don

Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan.

Mlendose tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el hazer bien a villanos, es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo q̄ me dixiste, yo huuiera escusado esta pesadūbre, pero ya està hecho, paciēcia, y escarmētar para desde aqui adelante. Assi escarmentarà V. merced, respōdio Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̄ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño, creame aora, y escusarà otro mayor: porq̄ le hago saber, q̄ con la santa Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le da a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece, q̄ sus factas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho, dixo don Quixote, pero porque no digas q̄ soy conrumaz, y q̄ jamas hago lo q̄ me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cōsejo, y apartarme de la furia que tanto tēmes, mas ha de ser cō vna condicion, q̄ jamas en vida ni en muerte has de dezir a nadie, q̄ yo me retirè y apartè deste peligro, de miedo, sino por cōplazer a tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mētiras en ello: y desde aora para entōces, y desde entōces para aora te desmiēto, y digo q̄ mientes, y mētiras todas las vezes q̄ lo pensares, o lo dixeres: y no me repliques mas, q̄ en solo pensar q̄ me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̄ parece

parece que lleua algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solamente a la santa Hermandad que dizes, y temes, sino a los hermanos de los doze Tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Castor, y a Polux, y aun a todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huyr, ni el esperar, es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no aventurarse todo en vn dia. Y sepa, que aunque çafio, y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: assi que no se arrepienta de auer tomado mi consejo, sino suba en Rozinante, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dize, q̃ hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiãdo Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estaua, lleuando Sancho intencion de atraueßarla toda, è yr a salir al Viso, o a Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animole a esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despensa, que sobre su asno venia, cosa que la juzgò a milagro, segun fue lo que lleuaron, y buscaron los galeotes. Assi como don Quixote entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las auenturas que buscava. Reduziãsele a la memoria, los marauillosos acaeci-
miètos, q̃ en semejantes soledades, y asperezas auia

Tercera parte de don

ſucedido a caualleros andantes . Yua pensando en eſtas coſas, tan embeuecido, y traſportado en ellas, que de ninguna otra ſe acordaua . Ni Sancho lleuaua otro cuydado (deſpues que le parecio que caminaua por parte ſegura) fino de ſatisfazer ſu eſtomago con los relieues que del deſpojo clerical auian quedado , y aſi yua tras ſu amo , ſentado a la mugeriega ſobre ſu jumento, ſacando de vn coſtal , y embaulando en ſu pança : y no ſe le diera por hallar otra ventura entretanto que yua de aquella manera, vn ardite . En eſto alçò los ojos, y vio que ſu amo eſtaua parado , procurando con la punta del lançon alçar no ſe que bulto que eſtaua caydo en el ſuelo , por lo qual ſe dio prieffa a llegar a ayudarle , ſi fueſſe menefter : y quando llegò fue a tiempo , que alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta aſida a el , medio podridos , o podridos del todo, y deſhechos: mas peſaua tanto , que fue neceſſario que Sancho ſe apeaſſe a tomarlos, y mandole ſu amo que vieſſe lo que en la maleta venia . Hizolo con mucha preſteza Sancho , y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena , y ſu candado , por lo roto y podrido della vio lo que en ella auia , que eran quatro camifas de delgada olanda, y otras coſas de lienço, no menos curioſas que limpias , y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de eſcudos de oro : y aſi como los vio, dixo: Bendito ſea todo el cielo, que nos ha deparado vna auentura que ſea de prouecho . Y buscando mas , hallò vn librilla de memoria, ricamente guarnecido . Eſte le pidio don Quixote , y mandole que guardaffe el dinero , y

lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado deuio de passar por esta sierra, y saltcandole Malandrines, le deuieron de matar, y le truxeron a enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser effo, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no aduino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librito de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallô en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto, porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O *Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocasion que me condena,
Al genero mas duro de tormento.
Pero si Amor es dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que soys vos Fili, no ácierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,*

Tercera parte de don

Ni me viene del cielo esta ruyna.

*Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.*

Por esta troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que està ahi se saque el ouillo de todo. *Que* hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ahi hilo. No dixe sino Fili, respondió don Quixote, y este fin duda es el nombre de la dama de quien se queixa el autor deste Soneto: y a fè que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende a vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondió don Quixote, y veraslo quando lleues yna carta, escrita en verso de arriba a baxo, a mi señora Dulzinea del Toboso: porque quiero que sepas Sancho, que todos, o los mas caualleros andâtes de la edad passada, erã grãdes trobadores, y grandes musicos, que estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas a los enamorados andantes. Verdad es, q̃ las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, q̃ de primor. Lea mas V. m. dixo Sancho, que ya hallara algo q̃ nos satisfaga. Boluio la hoja dõ Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta misiva, señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respõdio dõ Quixote. Pues lea V. m. alto, dixo Sancho, q̃ gusto mucho destas cosas de amores. *Que* me plaze, dixo don Quixote, y leyendola

yendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me lleuan a parte donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que leuantò tu hermósura, han derribado tus obras: por ella entendi que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo, esten siempre encubiertos, porque tu no quedas arrepétida de lo que heziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo dō Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escriuió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librito, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianças, sabores, y sin sabores: faoures, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincón en toda ella, ni en el coxín, que no buscasse, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porq̃ no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallados escudos, que passauã de ciento. Y aunque no hallò mas de lo
halla.

Tercera parte de don

hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gauan, y toda la hambre, sed, y cansancio que auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole que estaua mas que rebien pagado con la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con gran desseo quedò el cauallero de la triste Figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, q̄ deuia de ser de algùn principal enamorado, a quien desdeñes, y malos tratamiètos de su dama, deuiã de auer conuzido a algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quiẽ poder informarse, no se curò de mas, q̄ de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: siempre con imaginacion q̄ no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de vna montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, yua saltando vn hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figurosele que yua desnudo, la barba negra y espeffa, los cabellos muchos, y rabultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubriã las carnes. Traia la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirò,

y no-

y notò el cauallero de la triste Figura : y aunque lo procurò no pudo seguille , porque no era dado a la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pifacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote , que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscarle , aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle : y asì mandò a Sancho, que se apeasse del asno , y atajasse por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra , y podria ser que topassen con esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respondió Sancho, porque en apartandome de vuestra merced , luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones . Y si rualde esto que digo de auiso , para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia . Asì serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo , el qual no te ha de faltar , aunque te falte el anima del cuerpo : y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodaremos esta serrezuela, quiça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro , que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió : Harto mejor feria no buscallo, por q̄ si le hallamos , y a caso fuese el dueño del dinero , claro està que lo tengo de restituyr, y asì fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia , poseerlo yo con buena fe , hasta que por otra via menos curiosa , y diligente pareciera su verdadero señor , y quiça fuera a tiempo que lo huiera

Tercera parte de don

huuiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respondió don Quixote, que ya que hemos caydo en sospecha de quié es el dueño, quasi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerse los: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que el lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuesse. Así que Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que a mi se me quitara si le hallo: y así picó a Rozinante, y siguióle Sancho con su acostubrado jumēto. Y auiendo rodeado parte de la montaña, hallarō en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, en fillada, y en frenada. Todo lo qual cōfirmò en ellos mas la sospecha, de q̄ aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyerō vn siluo, como de pastor q̄ guardaua ganado: y a deshora a su siniestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaua, que era vn hombre anciano. Dióle voces don Quixote, y rogóle que baxasse donde estauan. El respondió a gritos, que quien les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes pisado sino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauā? Respondióle Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando a donde don Quixote estaua, dixo: Apostare que està mirando la mula de alquiler que està muerta en essa hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que està en esse lugar. Diganme, han topado por ahi a su dueño? No hemos topado a nadie, respondió don Quixote,

xòte, fino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallè yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidieffen por de hurto, que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se leuanta allombre cosa donde troye, y caya, sin saber como, ni como no. Effeno mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexè, y alli se queda como se es taua, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixòte, sabeys vos quien sea el dueño destas prèdas? Lo que sabre yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco mas a menos, que llegò a vna majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, vn mancebo, de gentil talle y apostura, cauallero sobre essa mesma mula que ahi està muerta, y con el mesmo coxin, y maleta que dezis que hallastes, y no tocastes. Preguntonos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escondida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es ansi la verdad, porq̃ si entrays media legua mas adentro quiza no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni senda que a este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le vimos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entonces nũca mas le vimos, hasta que desde

alli

Tercera parte de don

alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores , y sin dezille nada se llegò a el , y le dio muchas puñadas y cozes, y luego se fue a la borraca del hatò , y le quitò quanto pan y queffo en ella trahia: y con estraña ligereza, hecho esto se boluio a emboscar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros , le anduimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra , al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn gruelfo y valiente alcornoque. Salio a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tostado del Sol , de tal suerte que a penas le conociamos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos , nos dieron a entèder que era el que buscauamos. Saludonos cortestamente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos marauillassemos de verle andar de aquella suerte , porque assi le conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar cõ el. Pedimosle tambien, que quando huuiesse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse donde le hallariamos , porque con mucho amor y cuydado se lo lleuariamos: y que si esto tã poco fuessè de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo , y no a quitarlo a los pastores . Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios , sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocava a la estancia de su habitacion dixo , que no tenia otra que aquella que le ofrecia

la

la ocasion le ofrecia donde le tomaua la noche, y acabò su platica con vn tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los q̄ escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerandole como le auiamos visto la vez primera, y qual le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mãcebo, y en sus cortesés y cõcertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy Cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciòse: clauò los ojos en el suelo por vn bué espacio, en el qual todos estuimos quedos, y suspèfos, esperando en que auia de parar aquel enuelefamiento, cõ no poca lastima de verlo, porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender preito, ser verdad lo q̄ pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si, con tal denuedo y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados: y todo esto hazia, diciendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pagaras la sinrazon que me heziste, estas manos te sacaran el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauã a dezir mal de aquel Fernãdo,

Tercera parte de don

y a tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues, con no poca pesadumbre, y el fin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conduxido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buè grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es q̄ su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso: y si tiene parientes a quiè dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre dezir de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho

cho

cho don Quixote, como auia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedò con mas desseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porque en aquel mesmo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscava, el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vio don Quixote, que vn colete hecho pedaços que sobre si trahia, era de ambar: por donde acabò de entender, que persona que tales habitos trahia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, les saludò con vna voz desentonada, y bronca: pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue a abraçar, y le tuuo vn buè espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huiera conocido. El otro, a quiè podemos llamar, el Roto de la mala Figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuò mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiça, de ver la figura, talle, y armas de don

Tercera parte de don

Quixote, que don Quixote lo estava de verle a el. En resolucion, el primero que habló despues del abraçamiêto, fue el roto, y dixo lo q̄ se dirà adelãte.

Cap. XXIIII. Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DIZE La historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto señor quien quiera que seays, q̄ yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia q̄ cõmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi fuerte dar-me otra cosa con que corresponsa a las buenas obras que me hazen, que buenos desseos de satisfazerlas. Los que yo tengo, respondió don Quixote, son de seruiros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si el dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y quando vuestra desuêtura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de consuelo, pensaua ayudaros a llorarla, y plañirla como mejor pudiera, que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo

os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa que en esta vida mas auays amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa que os ha traydo a viuir, y a morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de caualleria que recebi (aunque indigno, y pecador) y por la profesion de cauallero andante, que si en esto, señor, me complazeys, de seruiros con las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediado vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudando os a llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia fino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a baxo: y despues que le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darne a comer, por amor de Dios q̄ me lo den, que despues de auer comido yo hare todo lo que se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego facarõ, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurrõ con q̄ fatisfizo el Roto su hambre, comiẽdo lo que le dieron como persona atõtada, tan aprießa, q̄ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los engullia q̄ tragaua. y en tanto q̄ comia, ni el, ni los q̄ le mirauan hablauan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas que le siguiessen, como lo hizieron, y el los lleuò a vn verde pradezillo, que a la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el, se tendio en el suelo, encima de la

Tercera parte de don

yerua, y los demas hizieron lo mismo : y todo esto sin que ninguno hablasse, hasta que el Roto, despues de auerse acomodado en su asiento, dixo : Si gustays, señores, q̄ os diga en breues razones, la inmensidad de mis desuenturas, aueysme de prometer, de q̄ con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrompereys el hilo de mi triste historia: por q̄ en el p̄to que lo hagays, en esse se quedará lo q̄ fuere contando. Estas razones del Roto, truxeron a la memoria a don Quixote, el cuento que le auia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras que auian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero boluiendo al Roto, prosiguió, diciendo: Esta preuencion que hago, es, porque querria passar breuemente por el cueto de mis desgracias: que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, que añadir otras de nueuo : y miẽtras menos me preguntaredes, mas presto acabaré yo de dezillas, puesto q̄ no dexaré por contar cosa alguna, q̄ sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Dõ Quixote se lo prometio en nõbre de los demas: y el cõ este seguro, començo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desuẽtura tanta, q̄ la deuẽ de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria q̄ yo acertara a dessearme. Tal es la hermosura de Lusinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos

firme-

firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Lusinda amè, quise, y adorè, desde mis tiernos y primeros años : y ella me quiso a mi, con aquella senzillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intètos, y no les pesaua dello, porq̄ bien uehian, que quãdo passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y cõ ella el amor de entrambos, que al padre de Lusinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negacion, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren, lo que en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida. Ay cielos, y quantos villetes le escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encendidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determinè poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me parecio que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio: y fue, el pedirsel a su padre por

Tercera parte de don

legitima esposa, como lo hize. A lo que el me respondió: Que me agradecia la volúdad que mostraua de honralle, y de querer honrarme con prendas fuyas, pero que siendo mi padre viuo, a el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: porque fino fuesse con mucha voluntad, y gusto fuyo, no era Lusinda muger para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome que lleuaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intéto, luego en aquel mismo instante fuy a dezirle a mi padre lo que dessea: y al tiempo que entrè en vn aposento donde estaua, le halle con vna carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̄ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, q̄ a mi mesmo me pareció mal, si mi padre dexaua de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde el estaua, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse a la estimacion en que me tenia. Ley la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando ohi q̄ mi padre me dezia: De aqui a dos dias te partiras Cardenio, a hazer la voluntad del Duque, y da gracias a Dios que te ya abirendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio a estas otras razones de padre consejero. Llegose

gose el termino de mi partida, hablè vna noche a Lucinda, dixele todo lo que passaua, y lo mesmo hize a su padre, suplicandole se entretuuiesse algunos dias, y dilataste el darle estado, hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me lo confirmò con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado, que desde luego començò la embidia a hazer su oficio, teniendome la los criados antiguos: pareciendoles, que las muestras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuyzio suyo. Pero el que mas se holgò con mi yda, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuança que yo tenia con don Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le trahia con vn poco de defasfossiego. Quería bien a vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxeron a tal termino los desseos de don

118
Tercerá parte de don

Fernando, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas viuos exemplos que pude, procurè estoruarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determinè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuyzio de la honra de mi señor el Duque venia: y asì por diuertirme y engañarme, me dixo: *Que* no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que queria que el ausencia fuesse, que los dos nos vinièsemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia a ver y a feriar vnos muy buenos caualllos que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le ohi yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas que se podian imaginar: por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscin-da. Con este pensamiento, y desseo, aprouè su parecer, y esforcè su proposito, diziendole, que lo pusièsse por obra con la breuedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Ya quando el me vino a
dezir

dezir esto, segun despues se supo, auia gozado a la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo q̄ el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando a alcançarle se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso a lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que asì como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Lusinda, tornaron a viuir (aunque no auia estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Lusinda, de tal manera, que mis alabanças mouieron en el los deseos de querer ver donzella de tantas buenas partes adornada. Cumpliselos yo, por mi corta fuerte, enseñandofela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y

final

Tercera parte de don

finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el desseo (que a mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villete suyo, pidiendome que la pidieffe a su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Lusinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veia con quan justas causas don Fernando a Lusinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca, y comencè a temer, y a rezelarme del, porque no se passaua momento donde no quiesse que tratassemos de Lusinda, y el mouia la platica, aunque la truxesse por los cabellos: cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no por que yo temieffe reues alguno de la bondad, y de la fè de Lusinda, pero con todo esso me hazia temer mi fuerte, lo mesmo que ella me asseguraua. Procuraua siempre don Fernando, leer los papeles que yo a Lusinda embiaua, y los que ella me respondia, a titulo, que de la discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auiendome perdido Lusinda vn libro de cauallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Lusinda, era aficionada a libros de cauallerias, no fuera

fuera menester otra exageracion, para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuuiera tan bueno como vos señor le aueys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo auer entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la señora Lusinda mucho de Darayda, y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por el, con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiende essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser seruido de venirse conmigo a mi aldea, q̄ alli le podrè dar mas de treçietos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y proseguir, que es lo que aora haze mas al caso. Entanto que don Quixote estaua diziendo lo que queda

Tercera parte de don

queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aura quien me lo quite en el mundo, ni quien me dè a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, o creyesse, fino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado con la Reyna Madesima. Eßo no, voto a tal, respondió con mucha colera don Quixote, (y arrojole como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, o vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madesima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princeßa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo se lo dare a entender, a pie, o a cauallo: armado, o desarmado: de noche, o de dia, o como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el accidente de su locura, y no estaua para proseguir su historia: ni tampoco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo que de Madesima le auia oydo. Estraño caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, con otros denuestos semejantes, pareciòle mal la burla,

burla, y alçò vn guijarro que hallò junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal fuer- te, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mesmo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gentil fosiiego, a emboscarfe en la montaña. Leuantose Sancho, y con la rabia q̄ tenia de verse aporreado, tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que a aquel hombre le tomaua a tiempos la locura, que si esto supieran, huie- ran estado sobre auiso para poderse guardar. Res- pondio el cabrero, que ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò a replicar el cabre- ro: y fue el fin de las replicas, afirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el cabrero: Dexeme vuestra merced, se- ñor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfacerme del agrauio que me ha hecho, peleãdo cõ el mano a mano, como hõbre honrado. Así es dixo don Quixote, pero yo se, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaziguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria posible hallar a Cardenio, por-
que

Tercera parte de don

que quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero le auia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduuiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente cauallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros.

DEspidiose del cabrero don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Yuanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y desseaua que el començasse la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dè licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarè, y departirè todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablauan en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumèto lo que me viniera en gana,

gana, y con esto passare mi mala ventura: que es rezia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando auécturas toda la vida, y no hallar sino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y cō todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, respondió don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho, que te tēgo puesto en la lengua, dale por alçado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alçamiento, mas de en quanto anduuiéremos por estas fierras. Sea ansi, dixo Sancho, hable yo aora, que des pues Dios sabe lo que sera, y començando a gozar de esse saluoconduto. Digo, que que le yua a vuestra merced en boluer tanto por aquella Reyna Magimasa, o como se llama? O que hazia al caso, q̄ aquel Abad fuesse su amigo, o no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, q̄ el loco passara adelante con su historia, y se vuieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys torniscones. Afe Sancho, respondió don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebre la boca, por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia, dezir, ni pensar, que vna Reyna, esté amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico, a la Reyna: Pero pensar que ella era su amiga, es disparate, digno de muy gran castigo.

Q

Y por

Tercera parte de don

Y porque veas , que Cardenio no supo lo que dixo ,
has de advertir , que quando lo dixo , y a estauá sin
juizio. Eſto digo yo, dixo Sancho, que no auia para
que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque
ſi la buena suerte no ayudara a vuestra merced; y en
caminara el guijarro a la cabeza, como le encaminò
al pecho , buenos quedaramos , por auer buelto por
aquella mi ſeñora, que Dios cohonda. Pues montas,
que no ſe librara Cardenio por loco. Contra cuer-
dos, y contra locos, eſta obligado qualquier caualle
ro andante a boluer por la honra de las mugeres,
qualesquiera que ſean , quanto mas por las Reynas
de tan alta guiſa y pro, como fue la Reyna Madafi-
ma, a quien yo tengo particular aficion, por ſus bue-
nas partes : porque fuera de auer ſido fermosa, ade-
mas fue muy prudente y muy ſufrida en ſus calami-
dades, que las tuuo muchas. Y los conſejos y com-
pañia del maeltro Elifabat, le fue y le fueron de mu-
cho prouecho y aliuio, para poder llevar ſus traba-
jos, cõ prudẽcia y paciencia. Y de aqui tomò ocaſion
el vulgo ignorante , y mal intencionado , de dezir
y pensar , que ella era ſu manceba : y mienten, digo
otra vez , y mentiran otras dozientas , todos lo
que tal penſaren , y dixeren. Ni yo lo digo , ni lo
pienso , reſpõdido Sancho , alla ſe lo ayan , con ſu
pan ſe lo coman , ſi fueron amancebados, o no , a
Dios auran dado la cuenta: de mis viñas vengo , no
ſe nada , no ſoy amigo de ſaber vidas agenas , que el
que compra y miente , en ſu bolſa lo ſiente. Quan-
to mas , que deſnudo naci , deſnudo me hallo , ni
pierdo ni gano, mas que lo fueſſen, que me va a mi?
Y muchos piensan que ay tozinos , y no ay eſta-
cas.

cas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quãto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y que de necesidades vas Sancho en sartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiendo con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros las professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando, aun lo que el qual despues de hallado, quiça le vendra en voluntad, de acabar lo que dexo començado, no de su cuento, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas, acabandonoslas de romper de todo punto? Calla te digo otra vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes, el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo, de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama, en todo lo descubierto de la tierra, y sera tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hazer perfecto, y famoso a vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña, preguntò Sancho Pança? No, respòdio el de la triste Figura. Puesto, que de tal manera podia correr el dado, que echassemos azar, en lugar de encuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote,

Tercera parte de don

porque si buelues presto, de adonde pienso embiar-
te, presto se acabará mi pena, y presto començará mi
gloria: y porque no es bien, que te tenga mas suspen-
to, esperando en lo que han de parar mis razones,
quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de
Gaula, fue vno de los mas perfectos caualleros and-
dantes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el pri-
mero, el vnico, el señor de todos quantos vuo en su
tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don
Belianis, y para todos aquellos que dixerē, que se le
yguale en algo, porque se engañan juro cierto. Di-
go assi mismo, que quando algun pintor quiere salir
famoso en su arte, procura imitar los originales de
los mas vnicos pintores que sabe. Y esta mesma re-
gla corre por todos los mas officios, o exercicios de
cuenta, que siruen para adorno de las republicas. Y
assi lo ha de hazer y haze, el que quiere alcançar nō
bre de prudente y sufrido, imitando a Vlises, en cu-
ya persona y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato
viuo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien
nos mostro Virgilio, en persona de Eneas, el valor
de vn hijo piadoso, y la sagacidad de vn valiente, y en
tédido capitā, no pintādolo ni descubriédolo como
ellos fuerō, sino como auian de ser, para quedar exē-
plo a los venideros hombres, de sus virtudes. Desta
misma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol
de los valientes, y enamorados caualleros, a quiē de-
uemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la
vandera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo
pues esto assi, como lo es, hallo yo Sācho amigo,
que el cauallero andante, que mas le imitare, estara
mas cerca de alcançar la perfeccion de la caualle-
ria. Y.

ria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostro su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudado su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y proprio para la vida, que el de su voluntad auia escogido. Ansi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados, para semejantes efectos, no ay para que se dexé pasar la ocasion, que aora có tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dixo Sancho, que es lo q̄ vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Y a no te he dicho, respondió don Quixote, que quiero imitar a Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nóbre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenia. Parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas esenciales. Y podra ser que viniessé a contentarme, con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de

Tercera parte de don

ras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanço tãta fama, como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron prouocados y tuuieron causa para hazer essas necesidades y penitências. Pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, q̄ le den a entender, q̄ la señora Dulzinea del Toboso, ha hecho alguna niñeria, con Moro, o Christiano? Ahi està el punto, respondió don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio. Que boluerse loco vn cauallero andãte, con causa, ni grado, ni gracias: el toque esta, desatimar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo, en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulzinea del Toboso, que como ya oyste dezir, a aquel pastor de Marias Ambrosio, quien esta ausente, todos los males tiene y teme. Así que Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tã felice, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de fer, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta, que contigo pienso embiar, a mi señora Dulzinea: y si fuere tal qual a mi fè se le deue, acabarsea mi fandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, fere loco de veras, y siendolo no sentire nada. Ansi que de qualquiera manera que responda, saldre del conflicto y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, q̄ ya vi que le alçaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hazer pedaços.

cos? pero no pudo, donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual, respondio Sancho, viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de cauallerias, y de alcançar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de viêto y mentira, y todo palstraña, o patraña, o como lo llamaremos. Porque quien oyere dezir a vuestra merced, q̄ vna bazia de barbero, es el yelmo de Mambriño, y que no salga de este error, en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize y afirma, deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal, toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denãtes juraste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha q̄ andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes, parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre, vna catterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y les bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos o destruyrnos, y así esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambriño, y a otro le parecera otra cosa. Y fue rara pro-

Tercera parte de don

uidencia del sabio, que es de mi parte, hazer que parezca bazia a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino. A causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguira, por quitarme: pero como ven que no es mas de vn bacin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostro bien, en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin llevarle, que afe que si le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo, como quando naci. Si es, que me da en voluntad, de seguir en mi penitencia, mas a Roldan, que a Amadis. Llegaron en estas platicas al pie de vna alta montaña, que casi como peñon tajado estaua sola, entre otras muchas que la rodeauan. Corria por su falda vn manso arroyuelo, y hazia se por todo su redondez, vn prado tan verde y vicioso, que daua contento a los ojos que le mirauã. Auia por alli muchos arboles siluestres, y algunas plantas y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el cauallero de la triste Figura, para hazer su penitencia, y assi en viendole, començo a dezir en voz alta, como si estuuiera sin iuzzio: Este es el lugar, o cielos, que diputo y escojo para llorar la desuentura en que vosotros mesmos me aueys puesto. Este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentarã las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moueran a la continua las hojas destes montarazes arboles, en testimonio y señal, de la pena que mi assendereado coraçon padece. O vosotros, quié quiera que seays, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada,

rada, oyd las quejas deste desdichado amante: a quien vna luenga ausencia, y vnos ymaginados zelos, han traydo a lamentarse entre estas hasperezas, y a quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espessuras de los môtos, assi los ligeros y lasciuos satiros, de quien soy, aunque en vano Amadis, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeys a lamentar mi desventura, o alomenos, no os cansey de oylla. O Dulzinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la de buena, en quanto acertares a pedirle, que cõsideres el lugar y el estado, a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi fé se le deue. O solitarios arboles (que desde oy en adelante auerys de hazer compania a mi soledad) dad indicio, con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable companero, en mas proferos y aduersos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me veras hazer, para que lo cuentes y recetes, a la causa total de todo ello. Y diziẽdo esto, se aped de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da, el que sin ella queda, o cauallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vere por do quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te ygalò en ligereza, el Hipogri fo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le colto a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo:

Tercera parte de don

Bien ay a quien nos quitò aora, del trabajo de desen-
albardar al ruzio, que afe que no faltaran palmadi-
cas que dalle, ni cosas que dezille en su alabança, pe-
ro si el aqui estuuiera, no consintiera yo que nadie le
desalbardara, pues no auia para que, que a el no le to-
cauan las generales de enamorado, ni de desespera-
do, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios
queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Fi-
gura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra
merced, va de veras, que sera bien tornar a enfillar a
Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque
será ahorrer tiempo a mi yda, y buelta, que si la ha-
go apie, no se quando llegare, ni quando boluere,
porque en resolucion, soy mal caminãte. Digo San-
cho, respondio don Quixote, que sea como tu qui-
sieres, que no me parece mal tu designio, y digo que
de aqui a tres dias te partiras, porque quiero que en
este tiempo, veas lo que por ella hago, y digo, para
que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo San-
cho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, res-
pondio don Quixote, ahora me falta rasgar las vesti-
duras, esparzir las armas, y darme de calabaçadas
por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te hã
de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mi-
re vuestra merced como se da estas calabaçadas, q̃
a tal peña podra llegar, y en tal punto, que con la pri-
mera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria
yo de parecer, que ya q̃ a vuestra merced le parece,
que son aqui necessarias calabaçadas, y q̃ no se pue-
de hazer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo
esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cõ-
tetafe, digo, con darselas en el agua, o en alguna cosa
blanda,

blanda, como algodón, y dexeme a mi el cargo, que yo dire a mi señora, que vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió don Quixote: mas quierote hazer sabidor, de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria contrauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandã, que no digamos mentira alguna, pena de relafos, y el hazer vna cosa por otra, lo mesmo es, que mentir. Ansi que mis calabazadas, han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleuen nada del fofistico, ni del fantastico. Y sera necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso, que nos faltasse el balfamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo, y ruegole a vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle mentar, se me rebuelue el alma, no que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias, que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas, en cosa juzgada, y dire marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de boluer a facar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, ref-

Tercera parte de don

es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual sera al reues en vuestra merced, o a mi me andaran mal los pies, si es que lleuo espuelas para auuiar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulzinea, que yo le dire tales cosas, de las necesidades y locuras, que todo es vno, que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga a poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, boluere por los ayres como bruxo, y sacare a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced diga otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la librança pollinezca, tambien añadió Sancho? Todo yrá inferto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriuiessemos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, o en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso sera hallarse esso aora, como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde sera bien, y aun mas que bien escriuilla, que es, en el librito de memoria, que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la trasladará, y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra processada, que no la entendera satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? nunca las cartas
de

de Amadis se firman, respondió don Quixote. Ésta bien, respondió Sancho, pero la librança forçosa me te se ha de firmar, y essa si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yra en el mesmo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondra dificultad en cumplilla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondras por firma, Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hara poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulzinea no sabe escriuir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que a la lumbre destes ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podra ser, q̄ destas quatro vezes no vuisse ella echado de ver la vna, que la miraua. Tal es el recato y encerramiento, con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo, es la señora Dulzinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Essa es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo: viue el dador, que es moça de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, o por andar, que la tuuiere por señora. O hidedputa que reço que tiene, y que voz: se dezir.

Tercera parte de don

dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn baruecho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindroso, porque tiene mucho de cortefana, con todos se burla, y de todo haze mueca y donayre. Agora digo señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deve vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aura que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleue el diablo. Y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deve de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulzinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes, que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos, que deuen ser, segun deuen de ser muchas las victorias, que vuestra merced ha ganado, y ganò en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenzo, digo, a la señora Dulzinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vécidos, que vuestra merced le embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo q̄ ellos llegassen, estuies-

estuuieffe ella rastrillando lino, o trillando en las he-
ras, y ellos se corriessen de verla, y ella se rieffe y en-
fadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de ago-
ra muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que
eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio
boto, muchas vezes despuntas de agudo. Mas para
que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo,
quiero que me oyas vn breue cuento. Has de saber,
que vna viuda hermosa, moça, libre y rica, y sobre to-
do defenfadada, se enamorò de vn moço motilon, ro-
llizo y de buen tomo, alcançolo a saber su muger, y
vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal re-
prehension: Marauillado estoy señora, y no sin mu-
cha causa, de que vna muger tan principal, tan her-
mosa, y tan rica, como vuestra merced, se aya ena-
morado, de vn hombre tan foetz, tan baxo, y tan idio-
ta, como fulano, auiendo en esta casa tantos maes-
tros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien
vuestra merced pudiera escoger, como entre peras,
y dezir, este quiero, a queste no quiero? Mas ella le
respondio con mucho donayre, y defemboltura:
Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y
piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogi-
do mal en fulano, por idiota que le parece, pues para
lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas que
Aristoteles. Así que Sancho, por lo que yo quiero a
Dulzinea del Toboso, tanto vale, como la mas alta
Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas, que
auran damas, debaxo de vn nombre, que ellos a su
aluedrio les ponen, es verdad que las tienen. Pien-
sas tu que las Amariles, las Filis, las Siluias, las Dianas,
las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los li-
bros,

Tercera parte de don

bros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdade raméte damas de carne y hueffo, y de aquellos que las celebran y celebraron? No porcierto, sino que las mas se las fingen, por dar sujeto a sus versos, y por que los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi bastame a mi pensar y creer, que la buena de Aldonça Lorenço, es hermosa y honesta: y en lo del linage importa poco, que no han de yr a hazer la informacion del, para darle algun abito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta Princesa del mundo. Porque has de saber Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan â amar, mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y éstas dos cosas se hallan consumadamente en Dulzinea, porque en ser hermosa, ninguna le ygualla, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion, como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres, de las edades preteritas, Griega, Barbara, o Latina. Y diga cada vno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que yo soy vn asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la foga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios que me mudo. Sacò el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sosiego començo a escriuir la carta, y en

y en acabandola llamò a Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomasse de memoria, si a caso se le perdiessè por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual, respondió Sancho: Escrívala vuestra merced dos o tres vezes, ahí en el libro, y demele, que yo le lleuare bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero con todo esso, digamela vuestra merced, que me holgare mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha que así dize, dixo don Quixote.

Carta de don Quixote, a Dulzinea del Toboso.

Soberana y alta señora.



L ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulzinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes son en mi afincamiento? maguer que yo sea a saz de sufrido, mal podre sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dara entera relacion, o bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo, si gustares de acorrerme, tuyo soy, y fino haz lo que te viniere en gusto, que con acaba-

R bar mi

Tercera parte de don

bar mi vida , aure satisfecho a tu crueldad ; y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cauallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre , dixo Sancho , en oyendo la carta , que es la mas alta cosa , que jamas he oydo. Pesi a a mi , y como que le dize vuestra merced ahi , todo quanto quiere , y que bien que encaxa en la firma , el cauallero de la triste Figura. Digo de verdad , que es vuestra merced el mesmo diablo , y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester , respondió don Quixote , para el officio que trayo. Ea pues , dixo Sancho , ponga vuestra merced en effotra buelta , la cedula de los tres pollinos , y firmela con mucha claridad , porque la conozcan en viendola. Que me plazze , dixo don Quixote , y auiendola escrito se la leyó , que dezia así.

Mandarà a vuestra merced , por esta primera de pollinos , señora sobrina , dar a Sancho Pança mi escudero , tres de los cinco que dexé en casa , y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos , se los mando librar y pagar , por otros tantos , aqui recibidos de contado , que consta , y con su carta de pago , seran bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena , a veynte y dos de Agosto , deste presente año.

Buena está , dixo Sancho , firmela vuestra merced. No es menester firmarla , dixo don Quixote , sino solamente poner mi rubrica , que es lo mesmo que firma , y para tres años , y aun para trezientos , fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced ,
respon;

respondio Sancho, dexeme yre a enfillar a Rozinante, y aparejese vuestra merced, a echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dire que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester ansi, quiero digo que me veas en cueros, y hazer vna o dos docenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auriendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo, en las demas que quisieres añadir, y allegurote que no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lastima, y no podre dexar de llorar, y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hize por el razio, que no estoy para meterme en nueuos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nueuas que vuestra merced deslea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulzinea, que sino responde como es razon, voto hago solent a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago, a cozes, y a vofetones. Porque donde se ha de sufrir, que vn cauallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios, que despotriquee, y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce, pues afe que si me conociesse, que me ayunasse.

Tercera parte de don

Afsi Sancho, dixo don Quixote, que a lo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitarselo a los pastores? No te de pena, esse cuydado, respódió don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas y frutos, que este prado y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio, está en no comer, y en hazer otras asperezas equivalentes a Dios. Pues pero sabe vuestra merced, que temo que no tengo de acertar a boluer a este lugar, donde agora le dexo, segun está de escóddido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme de estos cõornos, dixo don Quixote, y aun tendre cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quãdo bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado sera, para que no me yerres, y te pierdas, q̃ cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir al raso, las quales te seruiran de mojonos y señales, para que me halles quando bueluas, a imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Afsi lo hare, respondió Sancho Pança, y cortando algunos, pidió la bendicion a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendo mucho, y que mirasse por el, como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho, los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado. Y afsi se fue,
aunque

aunque todavia le importunaua don Quixote, que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas no vuo andado cien passos, quando boluio y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para q̄ pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, sera bien que vea si quiera vna, aunque bien gráde la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo, dixo don Quixote, esperate Sancho, que en vn credo las hare. Y desnudandose con toda priesa los calçones, quedò en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, boluio Sancho la rienda a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino, hasta la buelta, que fue breue.

Cap. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en sierra Morena.



BOLVIENDO a contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo. Dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las tumbas o bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a penfar, lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuel-

Tercera parte de don

to en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuento imitar a Roldan, en las locuras des-
aforadas que hizo, o Amadis, en las Malenconicas:
y hablando entre si mesmo, dezia. Si Roldan fue
tan buen cauallero, y tan valiente, como todos di-
zen, que marauilla, pues al fin era encantado, y
no le podia matar nadie, sino era metiendole vn
alfiler de a blanca, por la punta del pie, y el tra-
hia siempre los çapatos, con siete suelas de hie-
rro. Aunque no le valieron tretas contra Bernar-
do del Carpio, que se las entendio, y le ahogo en-
tre los braços, en Ronzes Valles. Pero dexando
en el, lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo
de perder el juyzio, que es cierto que le perdio,
por las señales que hallò en la fortuna, y por las
nuevas que le dio el pastor, de que Angelica auia
dormido mas de dos siestas con Medoro, vn Mo-
rillo de cabellos enriçados, y paje de Agraman-
te. Y si el entendio que esto era verdad, y que su da-
ma le auia cometido defaguillado, no hizo mucho
en boluerse loco. Pero yo como puedo imitalle en
las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, por
que mi Dulzinea del Toboso, offare yo jurar, que
no ha visto en todos los dias de su vida Moro algu-
no, ansí como el es, en su mismo traje, y que se está
oy, como la madre que la pario: y hariale agrauio
manifiesto, si imaginando otra cosa della, me bol-
uiesse loco, de aquel genero de locura, de Rol-
dan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de
Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, al-
canço tanta fama de enamorado, como el que mas.
Porque

Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas, de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, que no pareciesse ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad. De que se retiró a la peña Pobre, en compañía de vn ermitaño, y alli se harto de llorar, y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le acorrio, en medio de su mayor cuyta y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo agora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar, el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere. Del qual se dira, lo que del otro se dixo, que fino acabò grandes cosas, murio por acómetellas: y si yo no soy desechado, ni desdeñado de Dulzinea del Toboso, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos a la obra, venid a mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar a imitaros, mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y encomendarse a Dios: pero que hare de rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento, como le haria, y fue, que rasgó vna gran tira de las faldas de la camisa, que andauan colgando, y diole honze ñudos, el vno mas gordo que los demas, y esto le siruio de rosario, el tiempo que alli estuuo, donde rezò vn milló de Aue Marias. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro ermitaño, que le confesasse,

Tercera parte de don

y con quien consolarse. Y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriuiendo y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulzinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que a el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se figuen.

A Rboles, yernas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis queexas santas.

Ati dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como o por donde.
Traele amor alestricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,

Aqui.

*Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.*

*Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desventuras.*

*Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.*

No causó poca rifa, en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso, al nombre de Dulzinea. Porque imaginaron que deuio de imaginar don Quixote, que si en nombrando a Dulzinea, no dezia tambien del Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confesso. Otros muchos escriuió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos, de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa y vmiada Eco, que le respondiesse, consolassen y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia, que si

como tardò tres dias, tardara tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedará tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo pario. Y sera bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança, en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la man- ta, y no la vuo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y deuiera hazer, por ser la del comer, y llevar en desso de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era hambre. Esta necesidad le forço, a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, o no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron. Y dixo el vno al otro: Digame señor Licenciado, aquel del cauallo, no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor, por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tan bien, como aquellos que eran, el cura y el barbero, de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros. Los quales, assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desseosos de saber de don Quixote, se fueron a el, y el cura le llamó por su nombre. Diciendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como, su amo quedaua. Y assi les respondió, que su amo

su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su caualllo, en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, o sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su ventura, o Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su favor. Y luego de corrida, y sin parar, les conto de la suerte que quedaua, las aventuras que le auian sucedido, y como lleuaua la carta a la señora Dulzinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sancho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan, se admirauan de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulzinea del Toboso: el dixo que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual, dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo, pero no le hallò, ni le podia hallar, si le buscara hasta agora, porque se auia quedado don Quixote
con

Tercera parte de don

con el, y no se le auia dado, ni a el se le acòrdo de pedirle. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fuessele parando mortal el rostro: y tornandose a tatar todo el cuerpo muy aprieſſa, tornò a echar de ver, que no le hallaua, y sin mas, ni mas, se hecho entrambos puños a las barbas, y se arrancò la mitad de ellas, y luego aprieſſa y sin ceſſar, se dio media dozna de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las baño todas en sangre. Visto lo qual, por el cura y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn estante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicò el barbero? He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia carta para Dulzinea, y vna cedula firmada de su señor. Por la qual mãdaua, que su sobrina me diese tres pollinos, de quatro o cinco que estauan en casa. Y con esto les conto la perdida del ruzio. Consolole el cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse a hazer la librança en papel, como era vſo y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se aceptauan, ni cumplian. Con esto se consolo Sancho, y dixo, que como aquello fuesse anſi, que no le daua mucha pena la perdida de la carta de Dulzinea, porque el la ſabia caſi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança a rascar la cabeza, para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes miraua

miraua al suelo , otras al cielo , y al cabo de auer se royo do la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauan, que ya la dixesse, dixo al cabo de grandissimo rato. Por Dios señor licenciado , que los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: Alta y sobajada señora. No diria, dixo el barbero, sobajada, si no sobrehumana , o soberana señora. Afsi es, dixo Sancho: luego , si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo , el llego , y fulto de sueño , y el ferido besa a vuestra merced las manos , ingrata y muy desconocida hermosa, y no se que dezia de salud, y de enfermedad , q̄ le embiaua , y por aqui yua escurriendo , hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos , de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronfela mucho , y le pidieron que dixesse la carta , otras dos vezes , para que ellos ansí mesmo, la tomassen de memoria, para trasladalla a su tiempo. Tornola a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir ; otros tres mil disparates. Tras esto, conto afsi mesmo, las cosas de su amo, pero no habló palabra , acerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella veta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor en trayendo, que le truxesse buen despacho, de la señora Dulzinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, o por lo menos Monarca, que afsi lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, ~~facil~~ era el valor de su persona, y la fuerça de su braço, y que en siendolo, le auia de casar a el, porque ya seria viudo, que no podia ser

Tercera parte de don

dia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico y grãde estado, de tierra firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho, con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admirarõ de nueuo. Considerando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pues auia llevado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en facarle del error en que estaua, pareciendoles que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto, oyr sus necedades. Y asì le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era, venir con el discurso del tiempo, a ser Emperador, como el dezia, o por lo menos Arçobispo, o otra dignidad equiualente. A lo qual, respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniessè en voluntad, de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber agora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple, o curado, o alguna sacristania, que les valè mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso sera menester, replicò Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a Missa por lo menos: y si esto es asì, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A. b. c. que sera de mi, si a mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixè el barbero,
que

que aqui rogaremos a vuestro amo, y se lo aconseja
remos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia,
que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le sera
mas facil, a causa de que el es mas valiente, que estu-
diante. Assi me ha parecido a mi, respondio Sancho,
aunque se dezir, que para todo tiene habilidad, lo que
yo pienso hazer de mi parte, es, rogarle a nuestro Se-
ñor, que le eche a aquellas partes donde el mas se sir-
ua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo de-
zis como discreto. dixo el cura, y lo hareys como
buen Christiano. Mas lo q̄ aora se ha de hazer, es dar
ordé como sacar a vuestro amo, de aquella inutil pe-
nitencia q̄ dezis q̄ queda haziendo, y para pensar el
modo q̄ hemos de tener, y para comer q̄ ya es hora,
sera bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo q̄
entraffen ellos, q̄ el esperaria alli fuera, y q̄ despues
les diria la causa porq̄ no entraua, ni le conuenia en-
trar en ella, mas q̄ les rogaua q̄ le sacassen alli algo de
comer, q̄ fuesse cosa caliéte, y ansi mismo ceuada pa-
ra Rozináte. Ellos se entraron y le dexaró, y de alli a
poco, el barbero le sacó de comer. Despues auiedo
bien pensado entre los dos, el modo q̄ tendrian para
cõseguir lo q̄ desseauiá, vino el cura en vn pensamié-
to muy acomodado al gusto de don Quixote, y para
lo q̄ ellos querian. Y fue, q̄ dixo al barbero, q̄ lo que
auia pensado era, q̄ el se vestiria en habito de dózella
andáte, y q̄ el procurasse ponerse lo mejor q̄ pudief-
se, como escudero, y q̄ assi yrian adóde dó Quixote
estaua: fingiendo ser ella vna donzella affigida, y me-
nerosa, y le pediria vn dó, el qual el no podria de-
xarsele de otorgar, como valeroso cauallero andan-
te. Y que el don q̄ le pensaua pedir era, q̄ se viniessse

Tercera parte de don

con ella, donde ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio, que vn mal cauallero le tenia fecho, y que le supplicaua ansi mesmo, que no la mandasse quitar su antífaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la vuisse fecho derecho, de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian a su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion, el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan en esta grande historia.

N

OLE parecio mal al barbero, la inuencion del cura, sino tambien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya y vnas tocas, dexando le en prendas vna fotana nueua del cura: el barbero hizo vna gran barba, de vna cola ruzia o roxa, de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? el cura le conto en breues razones, la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña, donde a la fazon estaua. Cayeron luego el ventero y la ventera, en que el loco era su huesped, el del balfamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con ellos auia passado, sin callar, lo que tanto callaua Sancho. En resolucion, la ventera vistio al cura de modo,

modo que no auia mas que ver. Pusole vna saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas: y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con vnos ribetes de raso blanco, que se deuieron de hazer ellos, y la saya, en tiempo del Rey Bamba. No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado, que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo vn antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podia seruir de quitasol: y cubriendose su herreuelo, subio en su mula a mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaua a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola d vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porque Dios les dieffe bué suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas a penas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al Barbero, le rogò que trocassen trages, pues era mas justo, que el fuesse la dözella menesterosa, y que el haria el escudero, y q̄ assi se profanaua menos su dignidad: y que sino lo queria hazer, determinaua de no passar adelante, aunque a don Quixote se le lleuasse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver a los

Tercera parte de don

dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuencion, el Cura le fue informando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para moderle, y forçarle a que con el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese licion, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entóces, hasta que estuuiesse junto de donde dō Quixote estaua, y afsi doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pança: el qual les fue cōtando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, erá toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que auia escogido, y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulzinea, dixesse que sí, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua,

fo

fo pena de la su desgracia, que luego al momento se viniessse a ver con ella, que era cosa que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle a mejor vida, y hazer con el que luego se pusiessse en camino, para yr a ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para sí, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Pareciores bien lo que Sancho Pança dezia, y así determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nueuas del hallazgo de su amo. Entrofe Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli, sossegados, y a la sombra, llegó a sus oydos vna voz, que sin acompañarla

Tercera parte de don

son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaua, de que no poco se admiraron, por paecerles que aquel no era lugar dode pudiesse auer quien tan bie cantasse. Porque aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduertieron, que lo que ohan cantar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, auer sido los versos q̄ oyerõ, estos.

*Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes.*

*Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.*

*Y quien prueua mi paciencia?
Ausencia.*

*De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, zelos, y ausencia.*

*Quien me causa este dolor?
Amor.*

*Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.*

*Y quien consiente en mi duelo?
El cielo.*

De esse modo yo rezela

Morir

*Morir deste mal extraño,
Pues se aumentan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.*

Quien mejorara mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

Mudança.

Y sus males quien los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaua, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando si otra alguna cosa ohan: pero viendo que duraua algun tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se mouiessen, la qual llegó de nuevo a sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

SAnta amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,

Tercera parte de don

*Subiste alegre a las Impireas salas.
Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.
Dexa el cielo, o Amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de ver se el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.*

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buelto en folloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron a vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les cõtò el cuento de Cardenio: el qual hombre, quando los vio, sin sobrefaltar se estuuò quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pẽfatiuo, sin alçar los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El Cura, que era hombre biẽ hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conoçido) se allegò a el, y con breues, aunq̃ muy discretas razones, le rogò y persuadiò, q̃ aquella tã miserable vida

vida dexasse, porque alli no la perdiessse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, q̄ tan a menudo le sacaua de sí mismo: y así viendo a los dos en trage tan no vsado de los q̄ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algùn tanto: y mas quando oyò que le auia hablado en su negocio, como en cosa sabida (por q̄ las razones que el Cura le dixo, así lo dierõ a entēder) y así respòdio desta manera. Bien veo yo, señores, quien quiera que seays, que el cielo q̄ tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun a los malos, muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares, del trato comũ de las gentes, algunas personas, q̄ poniendome delante de los ojos, con viuas, y varias razones, quã sin ella ando, en hazer la vida q̄ hago, hã procurado sacarme, desta a mejor parte: pero como no saben q̄ se yo, q̄ en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hõbre de flacos discursos: y aun lo q̄ peor seria, por de ningũ juyzio. Y no seria marauilla que así fuesse, porque a mi se me trasluze, q̄ la fuerça de la imaginaciõ de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, q̄ sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vègo a quedar como piedra, salto de todo buen sentido, y conocimiēto: y vengo a caer en la cuēta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestrã señales de las cosas q̄ he hecho en tanto q̄ aquel terrible accidente me señorea, y no se mas que dolerme en vano, y maldezir, sin prouecho, mi vètura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos

Tercera parte de don

oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillaran de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daran culpa, conuirtiéndoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la mesma intencion q̄ otros han venido, antes q̄ passays adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheys el cuento, q̄ no le tiene de mis desuertas: por q̄ quiça despues de entédido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su mesma boca, la causa de su daño, le rogarõ se la cõtasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiessse, en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero començo su lastimera historia, casi por las mesmas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedò el cuento imperfeto, como la historia lo dexa cõtado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuuu el accidente de la locura, y le dio lugar de contarle hasta el fin: y así llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia biẽ en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda a Cardenio.

Cada dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y así si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en

la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y q̄ me quiere biẽ, el qual sin forçar mi voluntad cumplira la q̄ ferà justo q̄vos tengays, si es q̄ me estimays como dezis, y como yo crep.

Por este villete me moui a pedir a Lusinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quiẽ quedò Lusinda en la opinion de dõ Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiẽpo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q̄ el mio se efetuasse. Dixele yo a don Fernando, en lo que reparaua el padre de Lusinda, que era en que mi padre se la pidieffe: lo qual yo no le ofaua dezir, temeroso que no vendria en ello: no porq̄ no tuuieffe bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Lusinda, y que tenia partes bastantes para enoblecen qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que desseaua que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixele, que no me auenturaua a dezirselo a mi padre, asì por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, sin saber quales eran: sino que me parecia, que lo que yo desseasse, jamas auia de tener efeto. A todo esto me respondio don Fernando, que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Lusinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoroso, o Galalon embustero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioso. Traydor, cruel, vengatiuo, y embustero, que deseruicis te auia hecho este triste, q̄ con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su

Tercera parte de don

coraçon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixen, o que consejos te di, que no fuessen todos encaminados a acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, desventurado de mi, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a baxo despeñandose con furor, y con violencia, no ay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que preuenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero ilustre, discreto, obligado de mis seruicios, poderoso para alcançar lo que el desseo amoroso le pidiesse, donde quiera que le ocupasse, se auia de enconar (como suele dezirse) en tomarme a mi vna sola oueja, que aun no posseía? Pero quedense estas consideraciones aparte, como inutiles, y sin prouecho, y añedemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernando, que mi presençia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofrecio hablar a mi padre los comprò, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto me ofreci a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Lusinda, y le dixè lo que con don Fernando quedaua còcertado, y que tuuiesse firme espe

esperança, de que tendrian efeto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creía que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauessò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̄ procuraua dezirme. Quedè admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiento. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y a lo que mas se estendia mi desfemboltura, era a tomarle, casi por fuerza, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segun daua lugar la estrechez de vna baxa reja que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lusinda. Pero por no destruir mis esperanças,
todo

Tercera parte de don

todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que me mostrauan el triste fucéfso, y desventura que me estaua guardada. Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de Lusinda, y mas auiedola dexado con la tristeza que os he contado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veía que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli lleguè, llegò vn hombre en mi busca, con vna carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Lusinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad,

a la

a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamó desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta, al lugar, y a la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran ser uicio a nuestro Señor. Y para q̄ no os falte comodi dad de poderlo hazer, tomad lo que va en este pa ñuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo, donde venian atados cien reales, y esta sor tija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se qui tò de la ventana: aunque primero vio como yo to mè la carta, y el pañuelo: y por señas le dixè, que ha ria lo que me mandaua. Y asì viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, q̄ erades vos a quiè se embiaua, porque yo, señor, os conozco muy biè: y obligado asì mesmo de las lagrimas de aque lla hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a darosla. Y en diez y seys años que ha que se me dio, he hecho el cami no, que sabeys que es de diez y ocho leguas. En tã to que el agradecido, y nueuo correo esto me de zia, estava yo colgado de sus palabras, temblando me las piernas de manera, que a penas podia soste nerme. En efeto, abri la carta, y vi que contenia es tas razones.

La palabra que don Fernando os dio, de hablar a vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cum plido mas en su gusto que en vuestro prouecho.

Sabed

Tercera parte de don

Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y tan a solas, que solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo. Y si os quiero bien, o no, el successo deste negocio os lo dará a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condiciõ de juntarse con la de quiẽ tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: q̄ bien claro conoci entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios, y desseos, tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me puse en mi lugar, al punto, y hora que conuenia para yr a hablar a Lusinda. Entrè secreto, y dexè vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia llevado la carta. Y quiso la fuertè, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallè a Lusinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Lusinda luego, y conocila yo, más no como deuia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mundo, que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y

ro, y condicion mudable de vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que afsi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, cõ otros testigos, que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estoruardo de mis razones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llevas daga para acreditarte, aquí lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan apriessa, porque el desposado aguardaua. Cerrofe con esto la noche de mi tristeza: puso se me el sol de mi alegria: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua a entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echo de ver. Afsi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la mesma sala, que con las

puntas

Tercera parte de don

puntas y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora, los sobresaltos que me dio el coraçon, mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trahia por padrino, a vn primo hermano de Lusinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Lusinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien adereçada y compuesta, como su calidad, y hermosura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala, y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo q̄ trahia vestido, solo pude aduertir a las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, a todo lo qual se auentajaua la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la incõparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No serà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entõces hizo, para que mouido de tan manifesto agrauio, procure, ya que no la
vengan-

vengança, alomenos perder la vida. No os causeys señores, de oyr estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia fuya, me parece a mi q̄ es digna de vn largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atención que lo principal del cuento. Digo pues, profugio Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: *Quereys, señora Luscinde, al señor dō Fernando, que està presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saque toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y con atentissimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo q̄ Luscinde respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien se atreuera a salir entonces, diciendo a voces: A Luscinde, Luscinde; mira lo que hazes, cõsidera lo que me deues, mira q̄ eres mia, y que no puedes ser de otro. Aduierte, que el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres, que pretendes: considera, que no puedes Christianamente llegar al fin de tus desseos, por q̄ Luscinde es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara preda,*

T maldigo

Tercera parte de don

maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como le tengo para que-
xarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio,
no es mucho q̄ muera aora corrido, arrepentido, y
loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Lus-
cinda, q̄ se detuuvo vn buen espacio en darla, y quã-
do yo p̄se q̄ sacaua la daga para acreditarse, o des-
ataua la lengua para dezir alguna verdad, o des-
gaño que en mi prouecho redūdasse, oygo que di-
xo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mes-
mo dixo don Fernando, y dandole el anillo, queda-
ron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado
a abraçar a sū esposa, y ella poniendose la mano so-
bre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su
madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en
el Si que auia oydo, burladas mis esperanças falsas,
las palabras, y promessas de Luscinda: impossibili-
rado de cobrar en algun tiẽpo, el bien que en aquel
instante auia perdido. Quedè falto de consejo, des-
amparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho ene-
migo de la tierra q̄ me sustētaua, negādome el ayre
aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis
ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, q̄ todo
ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos cõ
el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su ma-
dre el pecho para q̄ le dieffe el ayre, se descubriò en
el vn papel cerrado, q̄ don Fernando tomò luego, y
se le puso a leer a la luz de vna de las hachas, y en
acabando de leerle se sento en vna silla, y se puso la
mano en la mexilla, con muestras de hõbre muy p̄-
fatiuo, sin acudir a los remedios q̄ a su esposa se ha-
zian, para q̄ del desmayo boluiesse. Yo viẽdo albo-
rotada

rotada toda la gente de casa, me aueturé a salir, ora fuesse visto, o no, cō determinacion q̄ si me viesse, de hazer vn desatino, tal, q̄ todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernãdo, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi fuertē, que para mayores males (si es posible que los aya) me deue tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues aca me ha faltado: y assi sin querer tomar vengãça de mis mayores enemigos (q̄ por estar tan sin pensamiento mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena q̄ ellos merecian: y aũ quiza con mas rigor del que con ellos se vsara, si entõces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormētos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize que me la enfillasse: sin despedir me del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a miralla: y quando me vien el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a que xarme, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, soltè la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Lusinda, y de don Fernãdo, como si con ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal y franca, la fortuna

Tercera parte de don

se auia mostrado, y en mitad de la fuga destas maldiciones, y vituperios, la desculpaua, diziendo, que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, huuiesse querido condescender con su gusto, pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no querer recebirle, se podia pensar, o que no tenia juyzio, o que en otra parte tenia la voluntad: cosa que redundaua tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar a dessear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forçoso y vltimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le auia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara a fingir en este caso. En fin me resolui, en que poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y desseos de grandezas, hizieron que se olvidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desseos. Con estas voces, y con esta inquietud, caminè lo que quedaua de aquella noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminè otros tres dias, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montañas caen, y alli preguntè a vnos ganaderos,

ñaderos, que házia donde era lo mas aspero destas fierras. Dixeronme, que házia esta parte. Luego me encaminè a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del canfancio, y de la hambre, se cayò mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por defechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quiè me socorrièsse. De aquella manera estuue no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuantè sin hambre, y hallè junto a mi a vnos cabreros, que sin duda deuieron fer los que mi necesidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y defatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues aca, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan defmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi bueluo, me hallo tan cansado y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion, es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que a caso podrè passar, y hallarlo: y asì aunque enton-

Tercera parte de don

ces me falte el juyzio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desseo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida, hasta que el cielo sea seruido de conducirle a su vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lusinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluere a mejor discurso mis pensamientos: donde no, no ay fino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, o señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi aueys visto? Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprouechar conmigo, lo que aprouecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lusinda: y pues ella gustò de ser agena, siendo, o deuiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo auer sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme, hazer contèta su voluntad, y ferà exemplo a

plo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, a los quales suele ser consuelo, la impossibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio, a su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegò a sus oydos, que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dirà en la quarta parte desta naci-
cion, que en este punto dio fin a la tercera
el sabio, y atentado historiador
Cide Hamete Benengeli.
(.?.)



T 4

QVAR-



QVARTA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Cap. XXVIII. Que trata de la nueva, y agradable
auentura que al Cura, y Barbero sucedio en la
mesma Sierra.*



ELICISSIMOS Y venturosos fueron los tiempos, donde se echò al mundo el audacissimo cauallero don Quixote de la Mancha, pues por auer tenido tan honrosa determinacion, como fue el querer resucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y casi muerta orden de la andante caualleria. Gozamos aora en esta nuestra edad necesitada, de alegres entretenimientos, no solo de la dulçura de su verdadera historia, sino de los cuentos, y episodios della, que en parte, no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la misma historia: la qual profiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura començo a preuenirse para consolar a Cardenio;

lo impidio vna voz que llegó a sus oydos, que con tristes acentos dezía desta manera.

Ay Dios, si será posible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo, que tan cõtra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañía haràn estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con queexas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, aliuio en las queexas; ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se leuataron a buscar el dueño, y no huuieron andádo veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, al qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua a otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura

Quarta parte de don

que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaça passen, o escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, y assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual trahia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo cõ vna toalla blanca. Trahia ansimesmo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele alçò el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinde, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a descojer, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran mirado, y conocido a Luscinde, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinde podia contender con aquella. Los luengos y ruuios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les firuio de peyne vnas manos, q̃ si los pies en el agua auian

auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejauan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponía a los tres que la mirauan. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian: y apenas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, asió con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a sí tenía, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobrefalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asien-dola por la mano, el Cura prosiguió, diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco mométo las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola a tanta soledad como es esta, en la qual ha sido vétura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede

Quarta parte de don

puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al que lo padece. Afsi que, señora mia, o señor mio, o lo que vos quisierdes ser, perded el sobrefalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada vno hallareys quien os ayude a sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça, como enuelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien afsi como rustico aldeano, que de improuiso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle otras razones, al mesmo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas fierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo aora, lo que si se me creyesse, seria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compafsion, la pesadumbre, porq̃ no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, auiedome ya conocido por muger,

y vien-

y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os aure de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suaue, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y tornandole a hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplierse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziéndose fuerça por detener algunas lagrimas q̄ a los ojos se le venian, cõ voz reposada, y clara, començo la historia de su vida, desta manera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualará a los de su fortuna, ni ellos tuvierã mas que dessear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quiza nace mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido illustres. Bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gēte llana, sin mezcla de alguna

Quarta parte de don

alguna raza mal sonante , y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos , pero tan ricos , que su riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos , y aun de caualleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciauan, era de tenerme a mi por hija: y assi por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados , yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalarõ. Era el espejo en que se mirauan, el baculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan , midiendolos con el cielo, todos sus desseos: de los quales , por ser ellos tan buenos, los mios no salia vn punto. Y del mismo modo que yo era seõora de sus animos , ansi lo era de su hazienda. Por mi se recebian , y despedian los criados. La razon y cuenta de lo que se sembraua y cogia, passaua por mi mano: los molinos de azeyte, los lagares del vino , el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas . Finalmente , de todo aquello q vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y seõora, con tanta sollicitud mia, y con tanto gusto suyo, q buenamente no acertare a encarecerlo. Los ratos q del dia me quedauã, despues de auer dado lo q conuenia a los mayores, a capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios q son a las donzellas tan licitos como necessarios , como son los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes : y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me mostraua , que la musica compone

compone los animos descõpuestos, y aliuia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida q̄ yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se aduierda quã sin culpa me he venido de aquel buẽ estado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, q̄ passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, q̄ al de vn monesterio pudiera cõpararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna, q̄ de los criados de casa, por que los días q̄ yua a Missa, era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, q̄ a penas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies: y con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien los de lince no pueden ygualarse, me vierõ, puestos en la solitud de dõ Fernando, q̄ este es el nõbre del hijo menor del Duque, q̄ os he cõtado. No huuo bien nõbrado a don Fernando la q̄ el cuento cõtava, quãdo a Cardenio se le mudò la color del rostro, y comẽço a trasudar cõ tan grãde alteraciõ, q̄ el Cura, y el Barbero, q̄ mirarõ en ello, temerion q̄ le venia aquel accidente de locura q̄ auia oydo dezir que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginãdo quien ella era: la qual sin aduertir en los mouimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diziẽdo: Y no me huuierõ bienvisto, quãdo (segũ el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas

por

Quarta parte de don

por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernãdo hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras q̄ para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto cõtrario: no porq̄ a mi me pareciesse mal la gentileza de dõ Fernando, ni q̄ tuuiesse a demasia sus sollicitudes, porq̄ me daua vn no se q̄ de contẽto, verme tan querida, y estimada de vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̄ en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos q̄ mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya a el no se le daua nada de q̄ todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauã, y depositauan su honra, y fama: y q̄ considerasse la desigualdad q̄ auia entre mi, y don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiesse poner en
alguna

alguna manera algun inconueniente , para que el se dexasse de su injusta pretension , que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunueezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos , y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando , palabra que le pudieffe mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcanzar su desseo. Todos estos recatos mios, que el deuia de tener por desdenes , deuieron de ser causa de auuiar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua) la qual si ella fuera como deuia , no la supierades vosotros aora , porque uiera faltado la ocasion de deziros la. Finalmente don Fernando , supo que mis padres andauan por darme estado, por quitalle a el la esperança, de poseerme, o alomenos , porque yo tuuieffe mas guardas para guardarme. Y esta nueua, o sospecha, fue causa para que hizieffe, lo que aora oyreys. Y fue, que vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compania de vna donzella que me seruia , teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destes recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar voces , ni aun el creo que me las dexara dar , porque luego se llegò a mi , y tomandome entre sus brazos (porque

V yoco-

Quarta parte de don

yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, se-
gun estava turbada) començo a dezirme tales razo-
nes, que no se como es posible, que tenga tanta abi-
lidad la mentira, que las sepa componer, de modo
que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que
sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros
su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal
exercitada en casos semejantes, comence no se en
que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades,
pero no de suerte, que me mouiessen a compasion,
menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi pal-
sando se me aquel sobrefalto primero, tornè algun
tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas ani-
mo del que pense que pudiera tener, le dixe. Si co-
mo estoy señor en tus braços, estuuiera entce los de
vn leon fiero, y el librarme dellos se me assegurara,
con que hiziera, o dixera, cosa que fuera en perjuy-
zio de mi honestidad, assi fuera posible hazella, o
dezilla, como es posible dexar de auer sido, lo que
fue. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus
braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos des-
seos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo
veras, si con hazerme fuerça, quisières passar adelan-
te en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclava, ni tie-
ne, ni deue tener imperio, la nobleza de tu sangre, pa-
ra deshórar, y tener en poco, la humildad de la mia.
Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como
tu señor, y cauallero. Conmigo no han de ser de nin-
gun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus ri-
quezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni
tus suspiros, y lagrimas, enternecerme. Sialguna
de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que
mis

mis padres me dieran por esposo , a su voluntad se ajustara la mia , y mi voluntad de la suya no saliera. De modo , que como quedara con honra , aunque quedara sin gusto , de grado te entregara , lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho , porque no es pensar , que de mi alcance cosa alguna , el que no fuere mi legitimo esposo. Sino reparas mas que en esto , bellissima Dorotea , (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal cauallero , ves aqui te doy la mano , de serlo tuyo , y sean testigos desta verdad los cielos , a quien ninguna cosa se alconde , y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir , que se llamaua Dorotea , tornò de nueuo a sus sobresaltos , y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion , pero no quiso interromper el cuento , por ver en que venia a parar , lo que el ya casi sabia , solo dixo: Que Dorotea es tu nombre , señora? Otra he oydo yo dezir del mesmo , que quiça corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante , que tiempo vendra , en que te diga cosas que te espanten , en el mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio , y en su extraño ; y desastrado traje , y rogole , que si alguna cosa de su hazienda sabia , se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna , era el animo que tenia , para sufrir qualquier desastre , que le sobreuiniessi , segura de que a su parecer ninguno podia llegar , que el que tenia acrecentasse vn punto. No le perdiera yo señora , respondió Cardenio , en dezirte lo que pienso , si fuera verdad lo que imagino , y hasta

Quarta parte de don

aora no se pierde coyuntura, ni à ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue. Que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro despolorio, cõ palabras eficacissimas, y juramentos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixè, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre auia de recibir, de verle casado con vna villana, vassalla fuya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastante, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos, se gozan, ni duran mucho, en aquel gusto con que se comiençan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixè, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte, para que el dexasse de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la bårata, no repara en inconuenientes. Yo a esta fazon, hize vn breue discurso conmigo, y me dixè a mi mesma: Si que no fere yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grã de estado, ni serà don Fernando el primero, a quien hermosura; o ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hécho tomar compania desygual a su grandeza? Pues sino hago ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta honra, que la suerte me ofrece. Puesto que en este, no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimièto de su desseo, que en sò para

para con Dios, ser su esposa. Y si quiero con desdenes despedilla, en termino le veo, que no usando el que deue, usarà el de la fuerça, y vendra a quedar deshonrada, y sin disculpa, de la culpa que me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, que razones seran bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas, reboluió en vn instante en la imaginacion. Y Sobre todo, me començarò a hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pensarlo) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramaua, y finalmente su dispusicion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamè a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Tornò don Fernando, a reysterar, y confirmar sus juramentos. Añadio a los primeros, nuevos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumpliesse lo que me prometia. Boluió a humedecer sus ojos, y a acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus brazos, de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y cò boluerse a salir del aposento mi dözella, y dexè de serlo, y el acabò de ser traydor, y fementido. El dia que sucedio, a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa, como yo pienso que don Fernando desseaua. Porque despues de cumplido, aquello que el apetito pide, el mayor gusto q puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto, porque don Fernãdo dio priessa por partirse de mi,

Quarta parte de don

y por industria de mi donzella, que era la misma que alli le auia traydo, antes que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despedirse de mi, (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo que estuiesse segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramientos: y para mas confirmacion de su palabra, sacò vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efecto el se fue, y yo quedé, ni se si triste, o alegre: esto se bien dezir, que quedè confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acaecimiento, y no tuue animo, o no se me acuerdo de reñir a mi donzella, por la traycion cometida, de encerrar a dō Fernádo en mi mismo aposento: porque aun no me determinaua, si era bien, o mal, el que me auia sucedido. Dixele al partir a don Fernando, que por el mesmo camino de aquella, podra verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando el quisiesse, aquel hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la yglesia, en mas de vn mes, que en vano me canse en sollicitallo: puesto que supe, que estaua en la villa: y que los mas dias yua a caça, exercicio de que el era muy aficionado. Estos dias, y estas horas, bien se yo que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien se que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer de la fe de don Fernando. Y se tambien, que mi donzella oyo entōnces, las palabras que en reprehension de su atreuimiento, antes no auia oydo. Y se que me fue forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasiō a que mis padres me preguntassen, que de que andaua descontenta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles.

Però

Pero todo esto se acabò en vn punto, llegãdose vno donde se atropellaron respectos , y se acabaron los honrados discursos , y adonde se perdió la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamientos. Y esto fue, porque de alli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado dō Fernando, con vna donzella hermosissima, en todo estremo, y de muy principales padres , aunque no tã rica, que por la dote, pudiera aspirar a tã noble casamiento. Dixose, que se llamaua Lufzinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyo Cardenio el nombre de Lufzinda, y no hizo otra cosa, que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas , y dexar de alli a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziẽdo, llegò esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de clarseme el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia, que se encendio en el, que faltò poco para no fallirme por las calles, dando voces, publicando la aleuosia y traycion, que se me auia hecho. Mas templese esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre , al qual descubri toda mi desventura, y le rogue me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendi que mi enemigo estaua. El despues que vuo reprehendido mi atreuimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer , se ofrecio a tenerme compania, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momẽto encerre en vna

Quarta parte de don

almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad apie, llevada en buelo del deseo de llegar, y a que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse con q̄ alma lo auia hecho. Llegue en dos dias y medio, donde queria, y en entrâdo por la Ciudad, preguntê por la casa de los padres de Luszinda, y al primero a quiê hize la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se haze en corrillos, para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que don Fernando se desposó cō Luszinda, despues de auer ella dado el sí, de ser su esposa, lo auia tomado vn rezio de smayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho, para que le dieffe el ayre, le hallò vn papel escrito, de la misma letra de Luszinda, en que dezia, y declaraua, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la mesma Ciudad. Y que si auia dado el sí a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolución, tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse, en acabandose de desposar, y dana alli las razones, porq̄ se auia quitado la vida. Todo lo qual dizen que confirmò vna daga, que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don

don Fernando, pareciendole q̄ Lufzinda le auia bur-
lado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetio a
ella, antes que de su desmayo boluiesse, y con la mis-
ma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y
lo hiziera, si sus padres, y los que se hallaron presen-
tes, no se lo estoruaran. Dixerõ mas, que luego se
ausentò don Fernãdo, y que Lufzinda, no auia buel-
to de su paraíso, hasta otro dia, que contò a sus pa-
dres, como ella era verdadera esposa de aquel Car-
denio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, se-
gun deziã, se hallò presente a los desposorios, y que
en viendola desposada, lo qual jamas penso, se fa-
lio de la Ciudad desesperado, dexandole primero es-
crita vna carta, donde daua a entender, el agrauio
que Lufzinda le auia hecho, y de como el se yua, adó
de gentes no le viesse. Esto todo era publico, y no-
torio en toda la Ciudad, y todos hablauan dello, y
mas hablaron, quando supieron que Lufzinda auia
faltado de casa de sus padres, y de la Ciudad, pues no
la hallaron en toda ella, de que perdian el iuyzio sus
padres, y no sabian que medio se tomar para hallar-
la. Esto que supe, puso en vando mis esperanças, y
tuue por mejor no auer hallado a don Fernãdo, que
no hallarle casado, pareciendome que aun no estaua
del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome
yo a entender, que podria ser, que el cielo vudiesse
puesto aquel impedimento en el segundo matrimo-
nio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia,
y a caer en la cuéta, de que era Christiano, y que esta-
ua mas obligado a su alma, que a los respetos huma-
nos. Todas estas cosas reboluia en mi fantasia, y me
consolaua sin tener consuelo, fingiendo vnas esperã-

Quarta parte de don

ças largas, y desmayadas, para entretener la vida, q̄ ya aborrezco. Estando pues en la Ciudad, sin saber que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegó a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia grande hallazgo a quien me hallasse, dâdo las señas de la edad, y del mesmo traje que trahia. Y oy dezir que se dezia, que me auia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de cayda andaua mi credito, pues no bastaua perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pésamientos. Al punto que oy el pregon, me sali de la Ciudad con mi criado, que ya començaua a dar muestras de titubear, en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeffo desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que vn mal llama a otro, y q̄ el fin de vna desgracia, suele ser principio de otra mayor: assi me sucedio a mi, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, que a su parecer estos yermos le ofrecian. Y con poca vergüença, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo con feas, y justas palabras, respondia a las desuerguenças de sus propositos, dexò a parte los ruegos, de quien primero penso aprouecharse, y començo a vsar de la fuerça. Pero el justo cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y fauorecer a las justas intéciones, fauorecio las mias, de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo.

trabajo, di con el por vn derrumbadero, donde le dexè, ni se si muerto, o si viuo. Y luego con mas ligereza, que mi sobrefalto, y cansancio pedian, me entre por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio, que esconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andauan buscando có este desseo. Ha no se quãtos meses que entre en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado, a vn lugar q̄ està en las entrañas desta sierra, al qual he seruido de çagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que aora tan sin pensarlos me han descubiertos. Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud, fue, y ha sido, de ningũ prouecho, pues mi amo vino en conocimiento, de que yo no era varon, y nacio en el, el mesmo mal pensamiento, que en mi criado, y como no siempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco, de donde despeñar, y despenar al amo, como le hallè para el criado. Y asì tuue por menor inconueniente, dexalle y asconderme de nueuo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis disculpas. Digo pues, que me tornè a embocar, y a buscar, donde sin impedimẽto alguno pudiesse con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desuentura, y me de industria, y fauor para salir della, para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, q̄ tan sin culpa fuya aora dado materia, para que de ella se hable, y murmure en la fuya, y en las agenas tierras.

Quarta parte de don

Cap. XXIX. *Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.*



STA es señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oystes, y las lagrimas que de mis ojos fallian, tenian ocasion bastante, para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que serà en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deveys hazer, que me aconsejays donde podrè passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscã, que aunque se que el mucho amor que mis padres me tienè, no assegura que sere dellos bien recibida: es tanta la verguença que me ocupa, solo el pensar que no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor desterrarme para sièpre, de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mi se devian de tener prometida. Callò en diziendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostro bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la auian, tanta lastima, como admiracion, de su desgracia: y aunque luego quisiera el cura consolarla, y aconsejarla, tomò primero la mano Cardenio, diziendo. En fin señora, que tu eres la hermosa

mosa Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea, quando oyo el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y assi le dixo: Y quien soys vos hermano, que assi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento, de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondio Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos señora aueys dicho, Luszinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que a vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, desnudo, fulto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, fulto de juyzio, pues no le tengo, sino quando al cielo se le antoja dar mele, por algun breue espacio. Yo, Teodora soy, el que me hallè presente a las sin razones de don Fernando, y el que aguardò oyr el si, que de ser su esposa pronunciò Luszinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo, ni lo que resultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Por que no tuuo el alma sufrimiento, para ver tantas desuenturas juntas, y assi dexè la casa, y la paciencia, y vna carta que dexè a vn huesped mio, a quien rogue que en manos de Luszinda la pusiesse, y vineme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel puto aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiza por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que

Quarta parte de don

lo que aqui auays contado, aun podria ser, que a entrambos nos tuuiffe el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos. Por que presupuesto que Luzinda no puede casarse cõ don Fernando, por ser mia, ni don Fernãdo con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos seõora, que tomeys otra resoluciõ en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de cauallero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de dõ Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me cõcede el ser cauallero, y poder con justo titulo desafialle, en razon de la sinrazon que os haze, sin acordarme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabò de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer, a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondio por entrambos, y aprouo el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejò, y persuadio, que se fuesen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a dõ Fernando, o como llevar a Dorotea a sus padres, o

hazer

hazer lo que mas les pareciesse conueniente. Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acetaró la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena practica, y se ofrecio con no menos voluntad que el cura, a todo aquello que fuesse bueno para servirles. Contò assi mesmo có breuedad, la causa que alli los auia traydo, có la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauá a su escudero, que auia y do a buscallo. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quixote auia tenido, y cótola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su quistion. En esto oyeró voces, y conocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que por no auerlos hallado, en el lugar donde los dexò, los llamaua a voces. Salieronle al encuentro, y preguntándole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulzinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedaua esperando: auia respondido, q̄ estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziesse digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aú Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondió, que no tuuiesse pena, que ellos le sacaria de alli mal que le pesasse. Conto luego a Cardenio, y a Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de don

Quarta parte de don

don Quixote, alomenos para llevarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, q̄ ella haria la donzella menesterosa mejor q̄ el barbero, y mas q̄ tenia alli vestidos con q̄ hazerlo al natural. Y que la dexaffen el cargo, de saber representar, todo aquello que fuesse menester, para llevar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estilo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones a los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte, se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores, se os ha començado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado, la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna saya entera de cierta telilla rica, y vna mantellina, de otra viltosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en extremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron a don Fernando, por de poco conocimiento, pues tanta belleza deseçhaua. Pero el que mas se admiró, fue Sancho Pãça, por parecerle (como era asì verdad) que en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatura: y asì preguntò al cura con grande ahinco, le dixelle quien era aquella tan fermosa señora? Y que era lo q̄ buscava por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien
no dize

no dize nada, es la heredera por linea recta de varõ, del grã reyno de Micomicõ, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y a la fama que de buen cauellero vuestro amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta fazon Sancho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize: que si matará si el le encuëtra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le acõseje, que se case luego con esta Princesa, y afsi quedara impossibilitado de recibir ordenes Arçobispaes, y vendra con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado biẽ en ello, y hallo por mi cuenta, que no me està bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, seria nunca acabar. Afsi que, señor, todo el toque està, en q̃ mi amo se case luego con esta Señora, que hasta aora no se su gracia, y afsi no la llamo por su nombre. Llamase respondió el Cura, la Princesa Micomicona, por q̃ llamandose su reyno Micomicõ, claro està que ella se ha de llamar afsi. No ay duda en esso, respondió

X Sancho,

Quarta parte de don

Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcalá, Juan de Vbeda, y Diego de Valladolid: y esto mesmo se deue de vsar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Afsi deue de ser dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daña a entender que auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron a Sancho, que los guiasse a donde don Quixote estaua, al qual aduertieron que no dixesse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse a don Quixote la pendencia que con Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y afsi los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintauã los libros de cauallerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a don Quixote entre vnas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y afsi como Dorotea le vio, y fue

fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quixote: y aunque el pugnaua por levantarla, ella sin levantarse le fablò en esta guisa. De aqui no me levantarè, o valeroso y esforçado cauallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundarà en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agrauiada donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte braço corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estays a fauorecer a la sin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para rëmedio de sus desdichas. No os respondere palabra, hermosa señora, respondió don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra hacienda, fasta que os leuanteys de tierra. No me levantarè, señor, respondió la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respòdio don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llauè. No serà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don

Quarta parte de don

que pide, que no es cosa de nada, solo es matar a vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que professado tengo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se leuante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondió don Quixote, y assi podeys, señora, desde oy mas, desechar la malenconia que os fatiga, y hazer que cobre nueuos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar, y a despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos a labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortes cauallero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar, y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mãdò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo, de vn arbol estauan pendientes,

dientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios, a fauorecer esta gran señora. Estauase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la rifa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligencia que don Quixote se alistaua para yr a cumplirle, se leuantò, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nueuo se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua con gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vassallos le dieffen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imagination vn buen remedio, y dixose a si mismo: Que se me da a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrè vender, y adonde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida. No fino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en

Quarta parte de don

dacame essas pajas . Par Dios que los he de bolar chico con grande , o como pudiere : y que por negros que sean loshe de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan solícito, y tan contento, q̄ se le oluidaua la pesadumbre de caminar a pie . Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura , y no sabian q̄ hazerfe para juntarse con ellos: pero el Cura , que era gran tracista, imaginò luego lo que harian para cõseguir lo que desleauan, y fue, que con vnas tixeretas que trahia en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio , y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro , y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes: parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera, aũq̄ a vn espejo se mirara. Hecho esto, pues to ya q̄ los otros auian passado adelante , en tanto q̄ ellos se disfracaron, con facilidad salierõ al camino Real antes que ellos, porq̄ las malezas, y malos pasos de aquellos lugares, nõ cõcedian q̄ anduuiessen tanto los de a cauallo, como los de a pie . En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y asì como salio della dõ Quixote , y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dãdo señales de q̄ le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abiertos los braços, y diziendo a voces: Para biẽ sea hallado el espejo de la caualleria , el mi buen compatriote don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gẽtiliza, el amparo, y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto , tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquier-

yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo q̄ veia, y oia dezir, y hazer aquel hombre, se le puso a mirar con atenciõ, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme V. m. señor Licenciado, que no es razon q̄ yo estè a cauallo, y vna tan reuerèda persona como V. m. estè a pie. E esso no consentirè yo en ningũ modo, dixo el Cura, estese la vuestra grandeza a cauallo, pues estando a cauallo acabá las mayores fazañas, y auenturas q̄ en nuestrá, edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destes señores q̄ con V. m. caminan, sino lo han por enojo: y aun harè cuenta, que voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en que caualgaua aquel famoso Moro Muzáraque, q̄ aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Çulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tãto, mi señor Licenciado, respondió don Quixote, y yo se que mi señora la Princeffa será feruida, por mi amor, de mandar a su escudero, dè a V. m. la silla de su mula, q̄ el podra acomodarse en las ancas, si es q̄ ella las sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondió la Princeffa: y tambien se que no será menester mandarselo al señor mi escudero, que el es tan cortes, y tan Cortesano, que no consentirà que vna persona eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Assi es, respondió el Barbero, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la silla, y el la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir a las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de

Quarta parte de don

alquiler, que para dezir que era mala esto basta, açò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el dicra al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobrefaltarõ de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, q̄ se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro cõ ambas manos, y a quejarse, q̄ le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta. El Cura que vio el peligro q̄ corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuesse con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun voces toda via, y de vn golpe, llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuuo puestas se apartò, y quedò el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò dõ Quixote sobre manera, y rogò al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entèdia que su virtud a mas q̄ pegar barbas se deuia de estender, pues estaua claro, que de dondè las barbas se quitassen, auia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y q̄ pues todo lo sanaua, a mas que barbas aproueçhaua. Afsi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura,

y a trechos se fuessen los tres mudando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cavallo, es a saber, don Quixote, la Princesa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes q̄ ella respondiesse, dixo el Licenciado: Hàzia q̄ reyno quiere guiar la vuestra señoria, es por ventura hàzia el de Micomicõ, q̄ si deue de ser, o yo se poco de Reynos? Ella que estaua bien en todo, entendio q̄ auia de responder, que si, y asì dixo: Si señor, hàzia esse Reyno es mi camino. Si asì es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de alli tomara V. m. la derrota de Cartagena, donde se podra embarcar cõ la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueue años se podra estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas de cien jornadas mas aca del Reyno de vuestra grãdeza. Vuestra merced està engañado, señor mio, dixo ella, por q̄ no ha dos años q̄ yo parti del, y en verdad q̄ nunca tuue buen tiempo, y con todo esto he llegado a ver lo q̄ tanto desseaua, que es al señor dõ Quixote de la Mancha, cuyas nueuas llegaron a mis oydos, asì como puse los pies en España, y ellas me mouieron a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuẽcible braço. No mas, cessen mis alabanças, dixo a està fazon don Quixote, por q̄ soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunq̄ esta no lo sea, toda via ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se dezir, señora mia, q̄ ora

Quarta parte de don

tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiẽpo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa q̃ le ha traydo por estas partes, tan solo, y tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esso yo respondere con breuedad, respondio el Cura, porque sabra V. m. señor don Quixote, que yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y ño barbero, yuamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero q̃ vn pariente mio que ha muchos años q̃ passò a Indias, me auia embiado, y no tã pocos q̃ no passan de sesenta mil pesos, ensayados, que es otro q̃ tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, q̃ le conuino al Barbero ponerse las postizas: y aun a este mancebo q̃ aqui va, señalãdo a Cardenio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno, q̃ es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltarõ son de vnos galeotes, q̃ dicen que libertò, casi en este mesmo sitio, vn hombre tã valiente, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltò a todos: y sin duda alguna, el deuia de estar fuera de juyzio, o deue de ser tan grande vellaco como ellos, o algùn hombre sin alma, y sin conciẽcia, pues quiso soltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, yr contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho por
donde

dõde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auia les contado Sancho al Cura, y al Barbero, la auẽtura de los galeotes q̃ acabò su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo q̃ hazia, o dezia dõ Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir q̃ el auia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al deuido suplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio, y orden que se tubo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO Huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miase, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes, y le auisè, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grãdissimos vellacos. Majadero, dixo a esta fazon don Quixote, a los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguar, si los affligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menestorosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaqueras. Yo topè vn rosario, y sarta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas alla se auenga: y a quien mal le ha parecido saluo,

Quarta parte de don

saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que miéte como vn hideputa, y mal nacido: y esto le hare conocer cō mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmando se en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzō delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donayre) como quien ya sabia el menguado humor de don Quixote, y que todos haziã burla del, fino Sanchos Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, miembrefele a la V. m. el don que me tiene prometido, y que conforme a el, no puede entremeterse en otra auétura, por urgente que sea: sossiegue V. m. el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto brazo auian sido librados los galeotes, el se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Esto juro yo bié, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn vigote. Yo callarè, señora mia, dixo dō Quixote, y reprimire la justa colera, que ya en mi pecho se auia leuando, y yrè quieto y pacifico, hasta tanto q̄ os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen desseo, os suplico me digays, fino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quienes, y quales son las personas de quien os tengo de dar deuida, satisfecha, y entera vengança? Esto hare yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas, y desgra-

desgracias. No enfadará, señora mia, respondió dō Quixote, a lo que respondió Dorotea: Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quando Cardenio, y el Barbero se le pusieron al lado, desseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, q̄ tan ensañado yua con ella como su amo. Y ella, despues de auerse puesto bien en la filla, y preueniéndose con toser, y hazer otros ademanes, con mucho donayre, començo a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mi me llaman: y detuuose aqui vn poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le auia puesto: pero el acudio al remedio, por que entendio en lo que reparaua, y dixo: No es marauilla, señora mia, que la vuestra grãdeza se turbe, y empache, contando sus defuēturas, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, q̄ aun de sus mismos nōbres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado que se llama la Princeſſa Micomicona, lēgitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente a su lastimada memoria, todo aquello q̄ contar quisiere. Así es la verdad, respondió la donzella, y desde aqui adelante, creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldre a buen puerto cō mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaua Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcançò por su ciēcia, que mi madre, q̄ se llamaua la Reyna Xaramilla,

auia

Quarta parte de don

auia de morir primero que el, y que de allí a poco tiempo el también auia de passar desta vida, y yo auia de quedar huerfana de padre y madre. Pero dezia el que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando dela fosca Vista: porque es cosa aueriguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiendo mi horfandad, auia de passar con gran poderio sobre mi Reyno; y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar con el: mas a lo q̄ el entendia, jamas pensaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desyqual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser posible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las

Espar

Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en este tiempo se éstenderia por todo este Reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, señor, dixo a esta sazón Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el cauallero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para q̄ quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tégo esse lunar que vuestro padre dixo, respondió don Quixote. No ay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo se que tiene vuestra merced vn lunar deßas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hōbre fuerte. Esto basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, o que esté en el espinazo, importa poco, basta que aya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es vna mesma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienē cō las de la buena fama que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue desembarcado en Osuna, quãdo ohi dezir tãtas hazañas fuyas, q̄ luego me dio el alma, q̄ era el mismo

Quarta parte de don

mèsmo q̄ venia a buscar. Pues como se desembarcò vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntò don Quixote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dezir la señora Princesa, que despues que desembarcò en Malaga, la primera parte donde oyò nueuas de vuestra merced, fue en Osuna. Eſſo quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua camino, dixo el Cura, y profiga vuestra Magestad adelante. No ay que profeguir, respòdio Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tã buena, en hallar al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues el por su cortesía, y magnificencia me ha prometido el dõ de yrse conmigo, donde quiera que yo le lleuare, que no será a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene vsurpado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues aſſi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre: el qual tambien dexò dicho, y escrito en letras Caldeas, o Griegas, q̄ yo no las se leer, que si este cauallero de la profecía, despues de auer degollado al Gigante, quisiesse casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna, por su legitima esposa, y le diessse la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no oyes lo que passa? no te lo dixè yo? mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eſſo juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no se casare en abriendo el gazzatico al señor Pandahilado.

lado. Pues monta que es mala la Reyna, assi se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riédas de la mula de Dorotea, y haziédola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicádole le diese las manos para besarfelas, en señal q̄ la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circustantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efecto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle grã señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, q̄ se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradeciofelo Sancho con tales palabras, q̄ renouò la rifa en todos. Esta señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, q̄ de quanta gente de acõpañamiẽto saquè de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porq̄ todos se anegaron en vna gran borrasca q̄ tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio, el discurso de mi vida, como lo aureys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la culpa a lo q̄ el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̄ los trabajos cõtinuos, y extraordinarios, quitã la memoria al q̄ los padece. Esta no me quitarã a mi, o alta, y valerosa señora, dixo dõ Quixote, quãtos yo passare en seruiros, por grãdes, y no vistos q̄ sean. Y assi de nueuo cõfirmo, el don q̄ os he prometido, y juro de yr cõ vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quiẽ piẽso con el ayuda de Dios, y de mi braço, tajar la cabeza soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, q̄ me

Quarta parte de don

lleuò la mia: esto dixo èntredietes, y prosiguiò dizièdo: y despues de auersela tajado, y puestoos en pacífica possessiõ de vuestro estado, quedarà a vuestra voluntad, hazer de vuestra persona lo q̄ mas en talante os viniere. Porq̄ mientras q̄ yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiuua la volútað, perdido el entèdimièto, a aquella, y no digo mas, no es possible q̄ yo arrofire, ni por pienso, el casarme, aunq̄ fuesse có el Auefenix. Pareciõle tã mal a Sancho, lo q̄ vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, q̄ con grãde enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̄ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal juyzio: pues como es possible, q̄ pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Pièsa q̄ le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cátillo, semejàte vètura, como la q̄ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulzinea? no porcierto, ni aun có la mitad, y aun estoy por dezir, q̄ no llega a su çapato de la q̄ el tã delãte. Afsi noramala alcãçare yo el Condado q̄ espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo, case se, case se luego, encomièdole yo a satanas, y tome esse reyno q̄ se le viene a las manos, de vobis, vobis, y en siendo Rey, hagame Marques, o Adelantado, y luego si quiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, q̄ tales blasfemias oyò dezir cótra su señora Dulzinea, no lo pudo sufrir, y alçãdo el lançõ, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, q̄ dio có el en tierra, y sino fuera porq̄ Dorotea le dio voces q̄ no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pèfays le dixo, acabo de rato, villano ruyn, q̄ ha de auer lugar siẽpre para ponerme la mano en la horcaxadura, y q̄ todo ha de ser errar

vos, y perdonaros yo? Pues no lo péseys vellaco del comulgado, q̄ sin duda lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulzinea. Y no sabey's vos, gañá faquin, belitre, que sino fuesse por el valor q̄ ella infunde en mi braço, q̄ no le tédria yo para matar vna pulga? De zid focarró de légua viperina, y quié pensays q̄ ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (q̄ todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada, en cosa juzgada) sino es el valor de Dulzinea, tomádo a mi braço por instruménto de sus hazañas, ella pelea en mi, y véce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y ser. Ohideputa vellaco, y como soys desagradecido, q̄ os veys leuâtado del poluo de la tierra, a ser señor de titulo, y correspódeys atã buena obra, con dezir mal de quié os la hizo. No estaua tã mal trecho Sanchó, q̄ no oyelle todo quãto su amo le dezia, y leuãtándose có vn poco de presteza, se fue a poner detras del palafre de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Dime señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse có esta grã Princesa, claro esta q̄ no sera el reyno suyo, y no siéndolo, q̄ mercedes me puede hazer? Esto es de lo q̄ yo me queixo, case se vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora q̄ la tenemos aqui, como llouida del cielo, y despues puede boluerse con mi señora Dulzinea, q̄ Reyes deue de auer auido en el mūdo, q̄ ayã sido amãcebados. En lo de la hermosura, no me entremeto, q̄ en verdad si va a dezirla, q̄ entrãbas me parecẽ bien, puesto q̄ yo nũca he visto a la señora Dulzinea. Como q̄ no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo q̄ no la he visto tã despacio, dixo Sãcho, q̄ pueda auer

Quarta parte de don

notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes, punto por punto, pero assi a bulto me parece bié. Aora te disculpo, dixo dō Quixote, y perdona-me el enojo q̄ te he dado, q̄ los primeros mouimiētos, no son en manos de los hōbres. Ya yo lo veo, respōdio Sācho, y assi en mi la gana de hablar, siēpre es primero mouimiēto, y no puedo dexar de dezir por vna vez si quiera, lo q̄ me viene a la légua. Con todo esso, dixo dō Quixote, mira Sācho lo q̄ hablas, por q̄ tātās vezes va el cātarrillo a la fuēte, y no te digo mas. Aora bié, respōdio Sācho, Dios esta en el cielo q̄ ve las trāpas, y sera juez de quié haze mas mal, y o en no hablar bié, o vuestra merced en obrallo. No ay a mas, dixo Dorotea, corre d Sācho, y besad la mano a vuestro señor, y pedildē perdō, y de aqui adelante andad mas atētado en vuestras alabāças, y vituperios, y no digays mal de aqueſa señora Toboſa, a quié yo no conozco, sino es para seruilla, y tened cōfiāça en Dios, q̄ no os ha de faltar vn estado dōde viuays como vn Principe. Fue Sācho cabizbajo, y pidio la mano a su señor, y el se la dio, có reposado cōtinēte, y despues q̄ se la vuo besado, le echo la bēdiciō, y dixo a Sācho q̄ se adelātassen vn poco, q̄ tenia q̄ pregūtalle, y q̄ departir cō el, cosas de mucha importācia. Hizolo assi Sācho, y apartarōse los dos algo adelāte, y dixole dō Quixote, despues q̄ veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregūtarte muchas cosas de particularidad, a cerca de la embaxada q̄ lleuaste, y dela respuesta q̄ truxiste, y aora pues la fortuna nos ha cōcedido tiēpo, y lugar, no me niegues tu la ventura, q̄ puedes darme, có ta buenas nueuas. Pregūte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, q̄ a todo dare tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico a vuest-

a vuestra merced señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengatino. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote. Digolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauò el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulzinea, a quien amo, y reuencio como a vnarelicua, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a estas pláticas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdonè entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nuevo, penitencia nueva. En tanto que los dos yuan en estas pláticas, dixo el cura a Dorotea, que auia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de cauallerias: ella dixo que muchos ratos se auia entretenido en leellos. Pero que no sabia ella, donde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que assi auia dicho ariento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendí assi, dixo el cura, y por esso acudi luego a dezir, lo que dixé, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuenterado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque lleuan el estillo, y modo, de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, uiciera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre có bonissimas razones, y muestra tener vn entendimié

Quarta parte de don

to claro, y apazible en todo. Demanera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aura nadie que lo juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en esta conuersacion, prosiguió don Quixote con la suya, y dixo a Sancho: Echamos, Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime aora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando, hallaste a Dulzinea? Que hazia? Que le dixiste? Que te respondio? Que rostro hizo, quando leyó mi carta? Quié te la traslado? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfacerse, sin que añadas ni mientas por darme gusto; ni menos te acortes, por no quitarme le. Señor, respondió Sancho, si va a dezir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no lleuè carta alguna. Así es como tu dizes, dixo don Quixote, por que el librito de memoria donde yo la escriui, le hallé en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grãdissima pena, por no saber lo que auias tu de hazer, quando te vieses sin carta, y crey siempre que te boluieras, desde el lugar donde la echaras menos. Así fuera, respondió Sancho, sino la viuiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dixé a vn sacristan, que me la traslado del entendimiento, tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunión, no auia visto ni leydo tã linda carta como aquella. Y tienesla toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no auia de ser de mas proue-

prouecho, di en oluidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos,

TODO esto no me descontenta, profi-
gue adelante, dixo don Quixote. Llegal-
te, y que hazia aquella reyna de la her-
mosura? a buen seguro, que la hallaste en-
fartando perlas, o bordando alguna empresa, con
oro de cañutillo, para este su cautiuo cauallero. No
la hallè, respondió Sancho, sino a hechando dos ane-
gas de trigo, en vn corral de su casa. Pues haz cuen-
ta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo,
eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si mi-
raste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era si
no rubion, respondió Sancho. Pues yo te asseguro,
dixo don Quixote, que a hechado por sus manos
hizo pan candeal, sin duda alguna: pero passa adelan-
te. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre
la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta?
o que hizo? Quando yo se la yua a dar, respondió San-
cho, ella estaua en la fuga del meneo, de vna buena
parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, po-
ned amigo essa carta sobre aquel costal, q̄ no la pue-
do leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui

Quarta parte de don

està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla despacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, ¿quò coloquios passò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixè de la manera que vuestra merced por su seruicio que daua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera saluaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendizire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tan alta señora, como Dulzinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que a buena fe, que me lleua a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegandole a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que echè de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad, replicò dō Quixote, que no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste júto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto adalle nombre? Digo vn tuho, o tufo, como si estuieras en la tienda de algun curioso guãtero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olorzillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella có
el mu-

el mucho exercicio estaua sudada , y algo correosa. No seria esso, respòdio dō Quixote, sino q̄ tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien a lo que huele , aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo , aquel ambar desleydo. Todo puede ser, respondio Sancho, que muchas vezes sale de mi aquel olor , que entonces me parecio que salia de su merced de la señora Dulzinea, pero no ay de que marauillarse , que vn diablo parece a otro. Y bien, profugiuo don Quixote, he aqui que acabô de limpiar su trigo , y de embiallo al molino. Que hizo quando leyo la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyo, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la rasgo, y la hizo menudas pieças, diziẽdo que no la queria dar a leer a nadie , porque no se supieffen en el lugar sus secretos , y que bastaua lo q̄ yo le auia dicho de palabra , a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos , y que alli quedaua cõ mas desseo de verle, que de escriuirle . y que afsi le suplicaua, y mandaua , que vista la presente , saliesse de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pusiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse , porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riote mucho quando le dixi , como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste Figura. Pregũtele si auia ydo alla el Vizcayno de marras, dixome que si , y q̄ era vn hombre muy de bien. Tambien le pregunte por los galeotes , mas dixome q̄ no auia visto hasta

Quarta parte de don

entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo dō Quixote. Pero dime, que joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mi le lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andâtes, a dar los escuderos, dōzellas, o enanos, que les lleuã nuevas de sus damas, a ellos, a ellas de sus andâtes, alguna rica joya, en albricias, en agra decimiento de su recado. Bien puede esso ser afsi, y yo la tengo por buena vsança, pero esso deuio de ser en los tiēpos passados, que aora solo se deue de acostumar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulzinea, por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en estremo, dixo don Quixote, y fino te dio joya de oro, sin duda deuio de ser, porque no la tendria alli a la mano para dartela; pero buenas son mangas, despues de Pasqua, y o la vere, y se satisfara todo. Sabes de que estoy marauillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste, por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir, desde aqui al Toboso, auiendo de aqui alla, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromãte, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buē cauallero andante. Digo que este tal, te deuio de ayudar a caminar, sin que tu lo sintiesse, que ay sabio destos, que coje a vn cauallero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, o en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anohecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros, los caualleros andantes,

tes,

tes vnos a otros, como se socorré a cada passo. Que acaece estar vno peleando en las fierras de Armenia con algun Lendirago, o con algun fiero Vestiglo, o con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y esta ya a punto de muerte: y quando no os me cato, assoma por aculla encima de vna nuue, o sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo suyo, q̄ poco antes se hallaua en Ingalaterra, que le fauorece, y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor, y suele auer de la vna a la otra parte, dos o tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Assi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo, ayas ydo, y venido, desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo, te deuio de llevar en bolandillas, sin que tu lo sintieses. Assi seria, dixo Sancho, porque a buena fe, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano, có azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya a ver, q̄ aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, veo me tambien impossibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, a cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acoffa, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, la

Quarta parte de don

ma, la prometida fe, y la gloria que he de alcançar en esta empresa. Pero lo que pienso hazer, sera caminar a priessa, y llegar presto donde está este Gigante, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondre a la Princesa pacificamente en su estado, y al punto dare la buelta, a ver a la luz que mis sentidos alumbrá. A la qual dare tales disculpas, que ella venga a tener por buena mi tardança, pues vero que todo redunda en aumento de su gloria, y fama, pues quanta yo he alcançado, alcanço, y alcançare por las armas en esta vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra merced lastimado de èssos cascos. Pues digame señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde? Y dexar passar, y perder vn tan rico, y tã principal casamiento como este? Donde le dan en dote vn reyno, que a buena verdad, que he oydo dezir, q̄ tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necesarias, para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga vergüença de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y case se luego en el primer lugar que aya cura, y sino ahi està nuestro Licenciado, que lo hara de perlas. Y aduertá que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que mas vale paxaro en mano, que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió don Quixote, si el cósejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y

des, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin casarme podre cumplir tu desseo, muy facilmente por que yo sacare de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del reyno, para que la pueda dar a quien yo quisiere : y en dandomela, a quien quieres tu que la de, sino a ti? E esso está claro, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hàzia la marina, porque sino me contentare la viuienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por agora a ver a mi señora Dulzinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me assienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho provecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que aore de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, que a ver a Dulzinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulzinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esso es assi, dixo Sãcho, como haze vuestra merced, que todos los que vence por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulzinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso, que los que fueren, se han de yr a hincar de finojos ante su presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamiētos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu

Quarta parte de don

no ves Sancho , que effo todo redunda en su mayor enfalçamiçto. Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan , sin que se estiendan mas sus pensamientos , que a seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos desseos, sino que ella se cõtente de acetarlos por sus caualleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Señor , por si solo, sin q̄ nos mueua esperança de gloria, o temor de pena. Aunque yo le querria amar, y seruir, por lo que pudiefse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues afe mia que no se leer, respondió Sancho. En esto les dio voces , Maessenicolas, que esperassen vn poco, que querian de tenerse a beuer en vna fontezilla que alli estaua. Detuose dõ Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaua cansado de mentir tanto , y temia no le cogiesse su amo a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulzinea era vna labradora del Toboso , no la auia visto en toda su vida. Auia se en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traya , quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja a los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodò en la venta, satisfizierõ, aunque poco , la mucha hambre que todos trayã. Estando en esto, acerto a passar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendo se a mirar con mucha atencion, a los que en la fuente estauan. De alli a poco arremetio a don Quixote, y abra-

y abraçandole por las piernas, comêço a llorar muy de proposito, diziendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la encina donde estaua atado. Reconocióle don Quixote, y asiéndole por la mano, se boluio a los que allí estauan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quando de importancia es, auer caualleros andâtes en el mundo, que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen. Sepan vuestras mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oy vnos gritos, y vnas voces muy lastimosas, como de persona affigida, y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hazia la parte donde me parecio que las lamentables voces sonauan, y hallè atado a vna encina, a este muchacho, que aora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque sera testigo que no me dexarà mentir en nada.) Digo que estaua atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendo a açotes con las riendas de vna yegua, vn villano, que despues supe que era amo suyo: y assi como yo le vi, le pregunte la causa de tan atroz vapulamiento, respondió el zafio, que le açotaua porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nacia mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hize desatar, y tomè juramento al villano, de que le llevaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, y aun sanumados.

Noes

Quarta parte de don

No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandè , y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores , porque se vea, y considere, ser del prouecho que digo, auer caualleros andantes por los caminos. Todo lo q̄ vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho , pero el fin del negocio sucedio muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicò don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondió el muchacho, pero assi como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me boluio a atar a la mesma encina, y me dio de nueuo tantos açotes, que quedè hecho vn Sambartolome defollado. Y a cada açote q̄ me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced , que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efecto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entòces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante , y no viniera donde no le llamauan , ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme vno, o dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quanto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonrò tan sin proposito , y le dixo tantas villanias, encendiofele la colera , y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece , que no sere mas hombre en toda mi vida. El daño estuuò,
dixo

dixodon Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por luégas experiéncias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el vee que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo jurè q sino te pagaua, que auia de yr abuscarle, y que le auia de hallar, aunque se escódiessè en el viétre de la Vallena. Afsi es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Ahora verás si aprouecha, dixodon Quixote, y diziendo esto, se levantò muy apriessa, y mandò a Sancho que enfrenasse a Rozinã te, (que estaua paciendo entanto que ellos comiã.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondio, que queria yr abuscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hazer pagado a Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pesar de quantos villanos huuiesse en el mundo. A lo que ella respondio, que advirtiesse que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que soslegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Afsi es verdad, respondio don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno à jurar y aprometer de nueuo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo deffos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar a Seuilla, que todas las vengãças del mundo: de me si tienè aì algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los caualleros andantes, que tambien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacò

Z de su

Quarta parte de don

de su repuesto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandofelo al moço, le dixo: Toma hermano Andres, que a todos nos alcãça parte de vña desgracia. Pues que parte os alcança a vos, preguntò Andres? Esta parte de queso, y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hazer falta, o no, porque os hago saber amigo que los escuderos de los caualleros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa abaxó su cabeça, y tomó el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a dō Quixote: Por amor de Dios señor cauallero adante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços no me socorra ni ayude, sino dexeme có mi desgracia, que no sera tanta, que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quié Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Yuase a leuantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, que ninguno se atreuio a seguirle. Quedò corridissimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuuiesse mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

Cap. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta de toda la quadrilla de don Quixote.

A Cabose la buena comida, enfillaron luego, y fin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia a la venta espanto, y asombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, vétero, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y el las recibio con graue continente y aplauso, y dioxles que le adereçassen otro mejor lecho, que la vez passada: a lo qual le respondió la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaró vno razonable en el mismo caramanchon de marras: y el se acostó luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No se huuo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprouechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos q̄ es verguēça, digo el peyne, q̄ solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraua, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diesse, que ya no era menester mas vlar de aquella industria, sino q̄ se descubriessse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a dō Quixote q̄ quando le despojaró los ladrones galeotes se auian

307. *Quarta parte de don*

venido a aquella venta huyendo, y que si preguntáse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelante a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y así mismo le boluieró todos los adrentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura, que les adereçassen de comer de lo q̄ en la venta huuiesse, y el huesped có-
esperança de mejor paga, có diligēcia les adereçò vna razonable comida, y a todo esto dormia dō Quixote, y fueron de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, q̄ el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija Maritornes, todos los passageros de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les có-
tò lo que con el, y con el harriero les auia acontecido, y mirando si acaso estaua alli Sancho, como no le viese, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dixesse, q̄ los libros de cauallerias, que don Quixote auia leydo le auian buuelto el juyzio, dixo el ventero: No se yo como puede ser esso, que en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor letrado en el mūdo, y que tengo a dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siēpre ay algunos que saben leer, el qual coge

vno de estos libros en las manos, y rodéamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: alo menos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que quería estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni me nos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, ya buena fe, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se està la otra señora de baxo de vnos naranjos abraçada con su cauallero, y que les està vna dueña hazièdoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobrefalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Ya vos que os parece señora donzella, dixo el cura, hablando con la hija del ventero? No se señor, en mi anima, respondió ella, también yo lo escucho, y en verdad q̄ aunq̄ no lo entiendo, que recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas vezes me hazen llorar de compasión que les tengo. Luego bien las remediades vos señora dō zella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo q̄ me hiziera, respondió la moça, solo se que ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan

Quarta parte de don

de salmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para que es tãto melindre si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no dessean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no està bien a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Aorabien, dixo el cura, traedme señor huesped aqueffos libros, que los quiero ver. Que me me plaze, respondió el, y entrando en su aposento sacò del vna maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrio, vio que era don Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Afsi como el cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen respondió el barbero, que tambien se yo lleuallos al corral, o a la chimenea, que en verdad, que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced, quemar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el cura, q̄ estos dos el de don Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son herejes, o flematicos, que los quiere quemar? Cismasticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, que no flematicos. Afsi es re-
pli-

plicò el ventero: mas si alguno quiere quemar sea esse del gran Capitan, y desse Diego Garcia, que antes dexarè quemar vn hijo, que dexar quemar ninguno d'ellos. Hermano mio, dixo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates, y de uaneos. Y este del gran Capitã es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, merecio ser llamado de todo el mundo gran Capitan, renombre famoso, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal cauallero, natural de la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia cõ vn dedo vna rueda de molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montante en la entrada de vna puente detuuò a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, que como si el las cuenta, y las escriue, el assi mismo cõ la modestia de cauallero, y de coronista proprio las escriuiera otro libre, y desapasionado, pusiera en su oluido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho el ventero, mirad de que se espanta de detener vna rueda de molino, por Dios aora: auia vuestra merced de leer lo q̃ leyó Felix marte de Yrcania, que de vn reues solo partio cinco gigãtes por la cintura, como si fueran hechos de hauas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn grandissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados,

Quarta parte de don

todos armados desde el pie hasta la cabeça, y los desbaratò a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me diran del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̄ fue tan valiente, y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que nauegando por vn rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el asì como la vio se arrojò sobre ella, y se puso ahorcaxadas en cima de sus escamosas espaldas, y la apretò con ambas manos la garganta, con tanta fuerça, que vièdo la serpiente que la yua ahogando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo hòdo del rio, lleuandose tras si al cauallero, que nunca la quiso soltar, y quando llegarò alla baxo se hallò en vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla: y luego la sierpe se boluio en vn viejo anciano, que le dixo tantas de cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyesse esto se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia, que dize. Oyèdo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta a nro huesped para hazer la segūda parte de dō Quixote? Asì me parece a mi, respondió Cardenio, por que segun dà indicio, el tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan passò ni mas, ni menos que lo escriuen, y no le haran creer otra cosa, frayles descalços. Mirad hermano, tornò a dezir el cura, que no huuo en el mundo Felixmartè de Yrcania, ni don Cirógilio de Tracia, ni otros caualleros femejantes, que los libros de cauallerias cuentan. Porque todo es, compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los conpusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretienē
leyen-

leyendolos vros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueso, respondió el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no piente vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada bláco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen sea disparates, y mentiras, estando impresso con licéçia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el cura, que esto se haze para entretener nuestrs ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener a algunos, que ni tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: assi se cõsiente imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas a cerca de lo que han de tener los libros de çauallerias, para ser buenos, que quiça fueran de prouecho, y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendra tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed señor ventero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid cõ sus verdades, o mentiras, y buen prouecho os hagan, y

Quarta parte de don

quiera Dios, que no coxeys del pie q̄ coxea vuestro huesped don Quixote. Eſſo no, respondió el vétero, que no serè yo tan loco, que me haga cauallero andante, que bien veo que aora no se vsa lo q̄ se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mundo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallò Sancho presente, y quedò muy confuso, y pensatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo que paraua aquel viaje de su amo, y que fino salia con la felicidad, que el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la maleta, y los libros el vétero, mas el cura le dixo: Esperad que quiero ver que papeles son estos, que de tã buena letra estã escritos: sacolos el huesped, y dãdo selos a leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyò el cura para si tres, o quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reuerencia, porque le hago saber, que algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, péſando boluersela aquié aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que buelua su dueño por aqui

aquí algun tiempo: y aun que se que me han de ha-
zer falta los libros, a fe que se los he de boluer, q̄
aunque ventero toda via soy Christiano. Vos te-
neys mucha razon amigo, dixo el cura, mas con to-
do: esso si la nouela me contenta, me la aueys de de-
xar trasladar: De muy buena gana, respondió el vé-
tero. Mientras los dos esto deziã, auia tomado Car-
denio la nouela, y començado a leer en ella: y pa-
reciendole lo mismo que al cura, le rogò que la
leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera,
dixo el cura, sino fuera mejor gastar este tiempo
en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi,
dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo al-
gun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sos-
segado, q̄ me conceda dormir, quando fuera razón.
Pues dessa manera, dixo el cura, quiero leerla por
curiosidad, si quiera quiza tendra alguna de gusto.
Acudio Maese Nicolas a rogarle lo mesmo, y San-
cho tambien: lo qual visto del cura, y entendiendo
que a todos daria gusto, y elle recibiria, dixo: Pues
assí es, esten me todos atentos, que la nouela co-
miença desta manera.

*Cap. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del Curioso
impertinente.*



N Florencia, ciudad rica, y famosa, de Ita-
lia, en la Prouincia que llaman Toscana,
viuian Anselmo, y Lotario, dos calle-

ros

Quarta parte de don

ros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: erã solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa a que los dos con reciproca amistad se correspondiesse. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos, que el Lotario, al qual lleuauã tras si los de la caça. Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sus voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduiesse. Andaua Anselmo perdido de amores de vna donzella principal, y hermosa, de la misma ciudad: hija de tã buenos padres, y tã buena ella por si, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa a sus padres, y assi lo puso en execucion: y el que lleuò la embaxada, fue Lotario, y el que concluyò el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la posession que desseaua, y Camila tã contenta de aver alcanzado a Anselmo por esposo, que no cessaua de dar gracias al cielo: y Alotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle, con todo aquello que a el le fue posible. Pero acabadas las bodas, y fosegada ya la frecuencia

frecuencia de las visitas, y parabienes, comenzó Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca a todos los que fueren discretos) que no se hã de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deve de ser sospechosa en nada, con toto esto es tan delicada la honra del casado, q̄ parece que se puede ofender, aũ de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del queexas grandes, diziẽdole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo huiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fue soltero auian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados los dos amigos, que no permitiessse por querer hazer del circunpecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdiessse: y q̄ assi le suplicaua, si era licito, que tal termino de hablar se vsasse entre ellos, que boluiesse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, asegurãdole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuiesse: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas y otras muchas razones, q̄ Anselmo dixoa Lotario, para persuadille boluiesse como solia a su casa. Respondio Lotario cò tãta prudẽcia, discrecion, y auiso, q̄ Anselmo quedò satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron
de

Quarta parte de don

de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario a comer con el: y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia a la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien, que él casado a quien el cielo auia cócedido muger hermosa, tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuaua a su casa, como en mirar có q̄ amigas su muger conuersaua, porque lo q̄ no se haze, ni concierto en las plaças, ni en los tēplos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierto, y facilita en casa de la amiga, o la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada vno algũ amigo que le aduertiesse de los descuydos, que en su proceder hiziesse, porque suele acótecer, que có el mucho amor que el marido a la muger tiene, o no le adierte, o no le dize por no enojalla, que haga, o dexede de hazer algunas cosas, que el hazellas, o no, le seria de houera, o de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarà amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo porcierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud, y aduertimiento miraua por la honra de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr a su casa, porque no pareciesse mas al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de vn moço rico, gentilhombre, y bié nacido, y de las buenas partes, que el pensaua

faua que tenia en la casa de vna muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bõdad, y valor podia poner freno a toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaua, y entrenenia en otras cosas, que el daua a entender ser inexcusables. Assi que en quejas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos y partes del dia. Sucedio pues, que vno, que los dos se andauan passeando por vn prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pésauas amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recebido, y sobre al que me hizo en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propria, dos prédas, que las estimo, sino en el grado que deuo, y en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas defabrido hombre de todo el vniuerso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga, y aprieta vn desseo tan estraño, y tan fuera del vso comun de otros, que yo me maruillo de mi mismo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubirlo de mis propios pensamientos: y assi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo

Quarta parte de don

do el mundo: y pues que en efeto el ha de salir a plaza quiero que sea en la del archiuo de tu secreto: cófiado q̄ có en el, y con la diligencia que pondras, como mi amigo verdadero en remediarme: yo me verè presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegria por tu sollicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspèso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginació que desseo podria ser aquel q̄ a su amigo tãto fatigaua, dio siempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonía que le causaua aquella suspension le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cumplillos. Afsi es la verdad, respondió Anselmo, y con essa confiança te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa estaua buena, y tã perfecta como yo pienso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouádola, de manera q̄ la prouea manifieste los quilates de subondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi (o amigo) q̄ no es vna muger mas buena de quanto es, o no es sollicitada: y que aquella sola es fuerte, que no le dobla a las promessas, a las dadiuas, a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los sollicitos amantes. Porq̄ q̄ ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que esté recógida y temerosa la
que

que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Ansi q̄ la que es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa, passe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quié tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldra, con la palma desta batalla, tendré yo por sin y gual mi ventura. Podré yo dezir, que está colmo el vazio de mis desseos. Dire que me cupo en suerte, la muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallará? Y quando esto suceda al reues de lo que pienso, con el gusto de ver que acertè en mi opinion, lleuaré sin pena, la que de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y profupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha de ser de algun provecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, o amigo Lotario, que te dispongás a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te dare lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mucueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener

A a por

Quarta parte de don

por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedarè yo ofendido mas de cõ el desseo, y mi injuria quedarà escondida en la virtud de tu silencio, que bien se que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales estuuvo tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegò sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuuvo mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, o amigo Anselmo, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que a pensar que de veras las dezias, no confintiera que tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga: sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño està, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, q̃ tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces. Porque los buenos amigos hã de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *ysque ad Aras*, que quiso dezir, que

que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quãto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina. Y quando el amigo tirasse tãto la barra, que pusiesse a parte los respetos del cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la hõra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me auenture a complacerte, y a hazer vna cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela a mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin hõra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo a quedar deshonorado, y por el mesmo conseqüente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta q̄ acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo q̄ te ha pedido tu desseo, que tiempo quedará para q̄ tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario profiguio, diziendo: Pareceme, o Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiẽto, ni que

Quarta parte de don

vayan fundadas en articulos de fè, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonstratiuos, indubitables, con demostraciones Matematicas, que no se pueden negar, como quando dizen: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tambien son yguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, ha se les de mostrar con las manos, y ponerfelo delante de los ojos, y aun con todo esto, no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de mi sacra religion. Y este mesmo termino, y modo me conuendra vsar contigo, porque el desseo que en ti ha nacido, va tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado, el que ocupare en darte a entender tu simplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun esto y por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal desseo: mas no me dexa vsar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que tengo de solicitar a vna retirada? persuadir a vna honesta? ofrecer a vna desinteressada? servir a vna prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteressada, y prudente, que buscas? Y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldra sin duda, que mejores titulos piensas darle despues, que los que aora tiene? o que sera mas despues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, o tu no sabes lo que pides.

Sino

Sino la tienes por lo que dizes, para q̄ quieres probarla, sino como a mala, hazer della lo q̄ mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hazer experiència de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion q̄ primero tenia. Afsi q̄ es razón coneluyente, q̄ el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño q̄ prouecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quierẽ intentar aquellas a q̄ no son forçados, ni cõpelidos, y que de muy lexos traẽ descubierto, q̄ el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrãbos a dos: las q̄ se acometẽ por Dios, son las q̄ acometierõ los santos, acometiẽdo a viuir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las q̄ se acometẽ por respeto del mundo, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diuersidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman, bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro, abierto tanto espacio quanto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puestõ a parte todo temor, sin hazer discurso, ni advertir al manifesto peligro que les amenaza, lleuados en buelo de las alas del delseo de boluer por su sè, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperã. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que

Quarta parte de don

quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcã-
çar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con
los hombres: porque puesto que salgas con ella co-
mo desleas, no has de quedar ni mas v fãno, ni mas ri-
co, ni mas hõrado que estàs aora : y sino sales, te has
de ver en la mayor miseria que imaginarfe pueda:
porque no te ha de aprouechar pensar entõces, que
no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido , por-
que bastarà para affligirte, y deshazerte, que la sepas
tu mesmo . Y para confirmacion desta verdad, te
quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poe-
ta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las
Lagrimas de san Pedro, que dize asì.

Crece el dolor, y crece la verguença

En Pedro, quando el dia se ha mostrado,

Y aunque alli no ve a nadie, se auerguença

De si mesmo, por ver que auia pecado:

Que a vn magnanimo pecho, a auer verguença,

No solo ha de mouerle el ser mirado,

Que de si se auerguença quando yerra,

Si bien otro no ve que cielo, y tierra.

Asì, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes
tendras que llorar cõtino, sino lagrimas de los ojos,
lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraua
aquel simple Doctõr que nuestro Poeta nos cuẽta,
que hizo la prueua del vaso, que con mejor discurs-
fo se escusò de hazerla el prudente Reynaldos: que
puesto que aquello sea ficcion Poetica, tiene en si
encerrados secretos morales, dignos de ser aduerti-
dos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con

lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error q̄ quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, o la suerte buena, te huiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamãte, de cuya bõdad, y quilates estuuiesse satisfechos quãtos lapidarios le vieffen, y q̄ todos a vna voz, y de comun parecer dixessen, q̄ llegaua en quilates, bondad, y fineza, a quãto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyesses assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo q̄ te viniesse en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn martillo, y alli a pura fuerça de golpes, y braços, prouar si es tan duro, y tan fino como dizẽ? y mas si lo pusiesse por obra: q̄ puesto caso q̄ la piedra hiziesse resistẽcia a tã necia prueua, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rõpiesse, cosa q̄ podria ser, no se perdia todo? Si por cierto, dexãdo a su dueño en estimaciõ de q̄ todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamãte, assi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingẽcia de q̄ se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistiesse, considera desde aora, qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mesmo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres, consiste en la opinion buena q̄ dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres

Quarta parte de don

poner esta verdad en duda. Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, sino quitarselos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcançar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, vsan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar, y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prender y cautiuar, a trueco de no passar por el cieno, y perder y ensuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca y limpia: la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserue, ha de vsar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruicios de los importunos amantes, porque quiça, y aun sin quiça, nõ tiene tanta virtud y fuerça natural, que pueda por si mesma atropellar, y passar por aquellos embaraços: y es necessario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en si la buenafama. Es assi mesmo la buena muger, como espejo de cristial luziète y claro, pero està sugeto a empañarse, y escurecerse con qualquiera aliento q̄ le toque. Ha se de vsar con la honesta muger, el estilo q̄ cõ las reliquias, adorarlas

y no tocarlas. Ha se de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima vn hermoso jardin que està lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no cõfiente, q̃ nadie le paffee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero dezirte vnos versos que se me han venido a la memoria, que los ohi en vna comedia moderna, q̃ me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaua vn prudente viejo, a otro padre de vna donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas.

*Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de prouar,
Si se puede, o no quebrar,
Porque todo podria ser.*

*Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse,
Lo que no puede soldarse.*

*Y en esta opinion esten
Todos, y en razon la fundo,
Que si ay Danaes en el mundo,
Ay pluuias de oro tambien.*

Quanto hasta aqui te he dicho, o Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que a mi-me conuiene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que

81 *Quarta parte de don*

yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras q̄ yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, està claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto està que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intèto y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti, no ay duda, porque viendo Camila q̄ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo: y teniendose por deshonorada te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshonor. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion para que su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato, estoruar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, vièdo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compa^ñera, està en aquella desventura. Pero quiero te dezir la causa, porque con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canfes de oyrme, que todo ha de redundar en tu prouecho. Quando Dios criò a nuestro primero Padre, en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundio

dio Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacò vna costilla del lado siniestro, de la qual formo a nuestra madre Eua: y assi como Adan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y huesso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexara el hombre a su padre, y madre, y será dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze q̄ dos diferentes personas, sean vna mesma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tiené mas de vna voluntad. Y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea vna mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, o los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, o de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de vna carne mesma: y la cabeça siente el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser vna mesma cosa con ella. Y como las honras, y deshonoras del mundo, sean todas, y nazcan de carne, y sangre; y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonorado, sin que el lo sepa. Mira pues, o Anselmo, al peligro q̄ te pones, en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa viue. Mira por quan vana, è impertinente curiosidad, quieres reboluer los humores que

aora

Quarta parte de don

aora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo q̄ aventuras a ganar, es poco, y q̄ lo que perderas serà tanto, q̄ lo dexarè en su p̄to, por que me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho, no basta a mouerte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en dizièdo esto, el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedò tan confuso, y pensatiuo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: Con la atenciõ que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exèplos, y cõparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amistad, q̄ alcãças: y ansi mesmo veo, y confieso, q̄ fino sigò tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyèdo, del biè, y corrièdo tras el mal. Profupuesto esto, has ð cõsiderar, q̄ yo padezco aora la enfermedad q̄ suelen tener algunas mugeres, q̄ se les antoja comer tierra, y esto, carbõ, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse: asfi q̄ es menester vsar de algun artificio para q̄ yo sanè, y esto se podia hazer cõ facilidad, solo con q̄ comièces, aunq̄ tibia, y fingidamente, a solicitar a Camila, la qual no ha de ser tan tierna, q̄ a los primeros encontros dè con su honestidad por tierra, y cõ solo este principio quedarè contèto, y tu auras cõplido con lo q̄ deues a nuestra amistad, no solamente dando me la vida, sino persuadièdome de no verme sin honra. Y estàs obligado a hazer esto, por vna razon sola,

folá, y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en plática esta prueua, no has tu de consentir que yo de cuenta de mi desatino a otra persona, con q̄ pondria en auétura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que deue en la intencion de Camila, en tãto que la sollicitares, importa poco, o nada, pues cõ breuedad, viendo ella la entereza q̄ esperamos, le podras dezir la pura verdad de nuestro artificio, con q̄ boluera tu crédito al ser primero. Y pues tan poco auéturas, y tanto contéto me puedes dar auenturãdote, no lo dexes de hazer, aunq̄ mas inconueniêtes se te pongã delante, pues como ya he dicho, cõ solo que comiêces dare por cõcluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiêdo q̄ mas exemplos traerle, ni q̄ mas razones mostrarle para que no la siguiesse: y viendo que le amenazaua que daria a otro cuenta de su mal desseo, por euitar mayor mal, determinò de contentarle, y hazer lo q̄ le pedia, con proposito, è intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedassè Anselmo satisfecho: y asì le respondio, que no comunicassè su pensamiento cõ otro alguno, q̄ el tomaua a su cargo aquella empresa, la qual comẽçaria quãdo a el le diessè mas gusto. Abraçole Anselmo, tierna y amorosaméte, y agradeçiole su ofrecimiento, como si alguna grãde merced le huuiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, q̄ desde otro dia siguiente se començassè la obra, q̄ el le daria lugar, y tiêpo como a sus solas pudiesse hablar a Camila, y asì mesmo le daria dineros, y joyas q̄ darla y que ofrecerla. Aconsejole, q̄ le diessè

Quarta parte de don

diessse musicas, que escriuiesse versos en su alabãça, y q̄ quando el no quisiessse tomar trabajo de hazerlos, el mesmo los haria. A todo se ofrecio Lotario, bien cõ diferente intencion q̄ Anselmo pẽsaua: y cõ este acuerdo se boluierõ a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y cuydado, esperãdo a su esposo, por q̄ aquel dia tardaua en venir mas de lo acostũbrado. Fuese Lotario a su casa, y Anselmo quedò en la suya, tan cõtento, como Lotario fue pẽfatiuo, no sabiẽdo q̄ traça dar para salir biẽ de aquel impertinẽte negocio. Pero aquella noche pensò el modo q̄ tendria para engañar a Anselmo, sin ofender a Camila: y otro dia vino a comer cõ su amigo, y fue bien r̄cebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua cõ mucha voluntad, por entẽder la buena q̄ su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuantarõ los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, q̄ se quedasse alli cõ Camila, en tanto q̄ el yua a vn negocio forçoso, q̄ dentro de hora y media bolueria. Rogole Camila q̄ no se fuesse, y Lotario se ofrecio a hazerle compaõia, mas nada aprouechò cõ Anselmo, antes importunò a Lotario, q̄ se quedasse, y le aguardasse, por q̄ tenia q̄ tratar con el vna cosa de mucha importãcia. Dixo tãbien a Camila, q̄ no dexasse solo a Lotario, en tãto q̄ el boluiesse. En efeto el supo tãbien fingir la necesidad, o necedad de su ausencia, q̄ nadie pudiera entender q̄ era fingida. Fuese Anselmo, y quedarõ solos a la mesa, Camila, y Lotario, por q̄ la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada q̄ su amigo dessea, y con el enemigo delante, que pudiera vencer cõ sola su hermosura, a vn esquadron de caualeros

ualleros armados : mirad si era razón que le temiera Lotario? Pero lo que hizo fue , poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdón a Camila, del mal comediemento, dixo que queria reposar vn poco en tanto que Anselmo boluia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y así le rogò se entrasse a dormir en el . No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que boluio Anselmo: el qual como hallò a Camila en su aposento, y a Lotario durmiendo, creyò que como se auia tardado tanto, ya auria tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertasse, para boluerse con el fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso: Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntò lo que deseaua: y le respondió Lotario, que no le auia parecido ser bien que la primera vez se descubriessè del todo, y así no auia hecho otra cosa, que alabar a Camila de hermosa, dizien dolo, que en toda la ciudad no se trataua de otra cosa, que de su hermosura, y discrecion, y que este le auia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola a que otra vez le escuchasse con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar a alguno que esta puesto en atalaya de mirar por si, que se transforma en Angel de luz, fiendolo el de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quié es, y sale con su intencion, si a los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho a Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no falliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas

que

Quarta parte de don

que Camila no pudieffe venir en conócimiento de su artificio. Succedio pues , que se passaron muchos dias que sin dezir Lotario palabra a Camila, respondia a Anselmo, que la hablaua , y jamas podia sacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse , ni aun dar vna señal de sombra de esperança : antes dezia que le amenazaua, que si de aquel mal pensamiento no se quitaua, que lo auia de dezir a su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila a las palabras, es menester ver como resiste a las obras, yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays , y aun se los deys : y otros tantos para que compreys joyas con que cebarla , que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̄ sean, a esto de traerse bien, y andar galanas : y si ella resiste a esta tentacion, yo quedare satisfecho , y no os dare mas pesadumbre . Lotario respondio, que ya que auia començado , que el lleuaria hasta el fin aquella empresa , puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones , porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en efeto determinò de dezirle, que Camila estava tan entera a las dadiuas, y promessas , como a las palabras, y que no auia para que cansarse mas, porq̄ todo el tiempo se gastaua en balde . Pero la suerte que las cosas guiaua de otra manera , ordenò , que auiendo dexado Anselmo solos, a Lotario, y a Camila, como otras vezes solia , el se encerrò en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuo mirando, y escuchando lo que los dos tratauan, y

vio

vió que en mas de media hora Lotario no hablò palabra a Camila, ni se la hablára, si alli estuuiera vn siglo. Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamádo a Lotario a parte, le preguntò, que nueuas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondió, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y deslabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo. Lotario, Lotario, y quan mal correspódes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confío. Aora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llauue, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por donde me doy a entèder, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es así, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para có seguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomádo por punto de hóra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si có curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, y endose a la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la

Quarta parte de don

Ciudad. Con el qual amigo concerto, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion cō Camila, de su partida. Desdichado, y mal advertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonor, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la posses, nadie sobresalta tu gusto, sus penfamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes dessear: para que quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas, de nuevo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta, diziendo:

*B*usco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte de quien
Jamás espero algun bien,

Com:

*Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pidas
Lo posible aun no me den.*

Fuese otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su casa, y a comer cõ ella, que tuuiesse cuydado de tratalle como a su mesma persona. Afligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduertiesse, que no estaua bien, que nadie el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y q̄ si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no teniamas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fuè rescebido de Camila, con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quien ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos jũtas, en casa de los padres de Camila, y quando se caso con Anselmo, la truxo cõfigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua a comer cõ mucha priesa, por q̄ assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia

Quarta parte de don

orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le uieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos. Porque si la lengua caualla, el pensamiento discurría, y tenia lugar de contemplar parte por parte, todos los extremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar vna estatua de Marmol, no que vn coraçon de carne. Mirauala Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y consideraua, quan digna era de ser amada: y esta consideracion començo poco a poco, a dar assaltos a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impedimento, y detenía el gusto que hallaua en mirarla. Hazia se fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le lleuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamauase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones, entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si así tuuiera disculpa para
con

con Dios, como para con los hombres, de lo que pē-
faua hazer, que no temiera pena por su culpa. En efe-
cto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamen-
te con la ocasion q̄ el ignorante marido le auia puef-
to en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en
tierra. Y sin mirar a otra cosa, q̄ aquella a q̄ su gusto
le inclinaua, alcabo de tres dias de la ausencia de An-
selmo, en los quales estuuò en cōtinua batalla, por re-
sistir a sus desseos, comēçò a requebrar a Camila, cō
tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que
Camila quedò suspenfa, y no hizo otra cosa, que le-
uantarle de donde estaua, y entrarle en su aposento,
sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta se-
quedad, se desmayò en Lotario la esperança, que
siempre nace juntamente con el amor, antes tuuo
en mas a Camila. La qual auiendo visto en Lotario
lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pare-
ciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle oca-
sion, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò
de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a vn
criado suyo, con vn villete a Anselmo, donde le es-
criuio estas razones.

*Cap. XXXIII. Donde se prosigue la nouela del curioso
impertinente.*

A

SSI COMO suele dezirse, que pa-
rece mal el exercito sin su general, y
el castillo, sin su Castellano. Digo yo,
que parece muy peor la muger casada,
y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones

Quarta parte de don

no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada, de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aurre de yr a entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya comenzado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el dessea. Y alegre sobre manera, de tales nueuas, respondió a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa, en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedò Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada, corria peligro su honestidad, y en la yda, yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resoluió en lo que le estuuó peor, que fue, en el quedarle, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar que dezir a sus criados, y ya le pesaua de auer escrito, lo que escriuió a su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le vuisse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, có que pësaua resistir callando, a todo aquello que Lotario dezirle quisiesse, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo.

Y aun

Y aun andaua buscando manera como disculpar a Lotario, con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion, que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni prouechosos, estuuo otro dia escuchando a Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̄ no diessen muestra de alguna amorosa compassiõ, que las lagrimas, y las razones de Lotario, en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmēte a el le parecio, que era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y assi acometio a su presuncion, con las alabãças de su hermosura, por q̄ no ay cosa que mas presto rinda, y allane, las encastilladas torres, de la vanidad de las hermosas, q̄ la mesma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, el con toda diligencia minò la roca de su entereza, con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario, con tantos sentimiētos, con muestras de tãtas veras, q̄ dio al traues con el recato de Camila, y vino a triunfar de lo q̄ menos se p̄saua, y mas desseaua. Rindióse Camila, Camila se rindió: pero q̄ mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa, con huylla, y que nadie se ha de poner a braços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças diuinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, por-

Quarta parte de don

que no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llegar a aquel punto. Porq̃ no tuuiese en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boluio de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de ver lo que faltaua en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuese luego a ver a Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podre dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes vna muger, que dignaméte puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha lleuado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde asiste la honestidad, y viue el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes q̃ pueden hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los tégo, sin auer tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan bajas, como son dadiuas, ni promessas. Córétate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues apic enxuto has passado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago, de nuevos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y

forta-

fortaleza del nauio que el cielo te dio en suerte, para que en el passasses la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estàs ya en seguro puerto, y aferrate cõ las anclas de la buena consideraciõ, y dexate estar hasta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y assi se las creyo, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogo, que no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriuiesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puestõ aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que a su honestidad se le deuia. Y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, que el los haria. No sera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, q̃ los versos yo los hare, sino tan buenos como el sujeto merece; seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo, el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario a su casa, preguntò a Camila, lo que ella ya se marauillaua, que no se lo vudiesse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasiõ porque le auia escrito el papel que le embiò Camila, le respondio, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembueltoamente, que

Quarta parte de don

quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creya que auia sido imaginación suya, por que ya Lotario huya de vella, y de estar con ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quié el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y a no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̄ el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiessse. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitud desta Clori, que dizze así.

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males,
Estoy al cielo, y a mi Clori dando.

Y al

*Y al tiempo quando el sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros y acentos desiguales,
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el sol de su estrellado asiento,
Derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia,
Al cielo sordo, a Clori sin oydos.*

Bien le parecio el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò, y dixo que era demasiadamente cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto Poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tá cortos, como verdaderos. No ay duda de esso, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario, con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, que sus deseos, y escritos, a ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro soneto, o otros versos sabia, los dixesse? Si se, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podrey flo bié juzgar, pues es este.

Quarta parte de don

SONETO.

Y O se que muero, y si no soy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto;
Verme a tus pies, o bella ingrata muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podre y o verme en la region de oluido,
De vida, y gloria, y de fauor desierto,
Y alli ver se podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoso rostro està esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortaleze.
Ay de aquel que navega el cielo escuro,
Por mar no vsado, y peligrosa via,
Adonde norte, o puerto no se ofrece.

Tambien alabò este segundo soneto Anselmo, como auia hecho el primero, y desta manera yua añadiendo, es lauon, a es lauon, a la cadena, con que se enlazaua, y trauaua su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraua, entonces le dezia que estaua mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxa, hàzia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido, hàzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallandose vna vez entre otras, sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy amiga Leonela, de

ver

ver en quan poco he sabido estimarme, pues si quie-
ra no hize, que con el tiempo comprara Lotario, la
entera possession, que le di tan presto de mi volun-
tad. Temo que ha de estimar mi presteza, o ligereza,
sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no
poder resistirle. No te de pena esto señora mia, res-
pondio Leonela, que no està la monta, ni es causa pa-
ra mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si
en efecto lo que se da es bueno, y ello por si digno
de estimarse. Y aun suele dezirse, q̄ el que luego da,
da dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila,
que lo q̄ cuesta poco, se estima en menos. No corre
por ti esta razon, respódió Leonela, porque el amor,
segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda,
con este corre, y con aquel va despacio, a vnos enti-
bia, y a otros abraza, a vnos hierre, y a otros mata. En
vn mesmo p̄to comiēça la carrera de sus dēsseos, y
en aquel mesmo p̄to la acaba, y cócluye. Por la ma-
ñana suele poner el cerco a vna fortaleza, y a la no-
che la tiene rendida, porque no ay fuerça que le re-
sistia. Y siendo assi, de que te espantas, o de que te-
mes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario,
auiendo tomado el amor por instrumento de rēdir-
nos la ausencia de mi señor? Y era forçoso q̄ en ella
se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin
dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuuiesse
de boluer, y có su presencia quedasse imperfecta la
obra? Por q̄ el amor no tiene otro mejor ministro, pa-
ra executar lo que dēsea, que es la ocasion: de la oca-
sion se sirue en todos sus hechos, principalmente en
los principios. Todo esto se yo muy bien, mas de ex-
periencia, q̄ de oydas: y algun dia te lo dire señora, q̄
yo tam-

Quarta parte de don

yo tambien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni diste tã luego, que primero no vüesses vulto, en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te assalten la imaginacion, estos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino asegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue con contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro. S.S. que dicen que hã de tener los buenos enamorados, sino todo vn A. b. c. entero: sino escuchame, y veras como te le digo de coro. El es segũ yo veo, y a mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, illustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico: y las. S.S. que dicen. Y luego, tacito, verdadero. La. X. no le quadra, porq̃ es letra aspera. La. Y. ya està dicha. La. Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y assi lo confesso ella, descubriendo a Camila, como trataua amores con vn mãcebo bien nacido, de la mesma Ciudad. De lo qual se turbô Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuro la, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondio, que si passauan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras, quitan la verguença a las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras pies,

pies, no se les da nada a ellas , de coxear , ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila , sino rogar a Leonela , no dixesse nada de su hecho , al que dezia ser su amante , y que tratasse sus cosas con secreto , porque no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió , que así lo haria , mas cumpliolo de manera , que hizo cierto el temor de Camila , de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesta , y atreuida Leonela , despues que vio , que el proceder de su ama no era el que solia , atreuiose a entrar , y poner dentro de casa a su amante , confiada que aunque su señora le viesse , no auia de osar descubrirle. Que este daño acarrear entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mismas criadas , y se obligan a encubrirles sus deshonestidades, y vilezas , como acontecio con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galanjen vn aposento de su casa , no solo no la osaua reñir , mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para que no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir , al romper del alua. El qual sin conocer quien era , penso primero que denia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar , emboçarse , y encubrirse, con cuydado , y recato , cayò de su simple pensamiento , y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Penso Lotario , que aquel hombre que auia visto salir tan a deshora , de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela,

ncla,

Quarta parte de don

nela, ni aú se acordo si Leonela era en el mūdo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera có el, lo era para otro, que estas aña diduras , trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra , con el mesmo a quien se entregò rogada , y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros , y da infalible credito, a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento , y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse , ni aun razonable , sin mas ni mas , antes que Anselmo se leuantasse impaciente , y ciego de la zelosa rabia , que las entrañas le roya , muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo. Sabete Anselmo , que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo , haziendome fuerça , a no dezirte lo que ya no es posible , ni justo , que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, està ya rendida , y sujeta a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme , y ver si eran con proposito firme tratados , los amores que con tu licencia con ella he començado. Crey ansi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la q̄ entrambos pensauamos, ya te vuiera dado cuenta de mi solicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas, las promessas que me ha dado, de que quādo otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, dóde està el repuesto de

tus

tus alhajas, (y era la verdad, que alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras a hazer alguna vengança. Pues no está aun cometido el pecado, sino cõ pensamiento, y podria ser, q̄ deste, este hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Y así ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te dirè, para que sin engaño, y con medroso aduertimèto te satisfagas de aquallo q̄ mas vieres que te conuenga. Finge que te ausentas por dos o tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera que te quedes escõdido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entõces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo q̄ Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, cõ silencio, sagacidad, y discrecion podras ser el verdugo de tu agrauio. Aborrito, suspenso, y admirado quedò Anselmo, con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaua oyr, porque ya tenia a Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y començaua a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuuò por vn buen espacio mirando al suelo sin mouer pestaña, y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperaua de tu amistad, en todo he de seguir tu cõsejo, haz lo que quisieres. y guarda aquel secreto, que ves que conuene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose del, se arrepintio totalmente de quanto le auia dicho, viendo quan neciamente auia



Quarta parte de don

andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonorado. Maldezia su entendimiento, asecaua su ligera determinaciõ, y no sabia q̄ medio tomarse para deshazer lo hecho, o para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola: y alli assi como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de fuerte, que parece q̄ quiere rebêtar en el pecho, y ha de ser marauilla, si no lo haze. Pues ha llegado la desuerguêça de Leonela a tanto, q̄ cada noche encierra a vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa: y lo q̄ me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de nros tratos me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algũ mal suceso. Al principio que Camila esto dezia, creyo Lotario que era artificio para desmentille, que el hõbre que auia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondió a Camila, que no tuuiesse pena que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole assi mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos auia dicho a Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli a la clara la poca lealtad, que

que ella le guardaua. Pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedó Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y afeó su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto q̄ le va faltando, quando de proposito se pone a hazer discursos: luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dixo a Lotario q̄ procurasse q̄ otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para q̄ desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le aduirtio q̄ tuuiesse cuydado q̄ en estando Anselmo escondido, el viniesse quando Leonela le llamasse, y q̄ a quãto ella le dixesse, le respondiesse, como respondiera, aunq̄ no supiera q̄ Anselmo le escuchaua. Porfiò Lotario, q̄ le acabasse de declarar su inteciõ, porq̄ cõ mas seguridad, y auiso guardasse todo lo q̄ viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, q̄ no ay mas q̄ guardar, sino fuere respõderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaua hazer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiessse, o buscasse otros, q̄ no podrian ser tã buenos. Cõ esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia cõ la escusa de yr aq̄lla aldea de su amigo se partio, y boluio a esconderse, q̄ lo pudo hazer con

Quarta parte de don

comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobre salto que se puede imaginar, que tendria el q̄ esperaba ver por sus ojos hazer nótomia de las entrañas de su honra, y uase a pique de perder el sumo bié, que el pensaua que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaua escondido, entraró en la recamara, y apenas huuo puesto los pies en ella Camilia, quando dando vn grande suspiro dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor que antes que llegasse a poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estoruarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no sera razón q̄ yo lleue la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que vieron en mi los atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario, q̄ fuesse causa de darle atreuimiento a descubrirme vn tan mal desseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela a esta vé-tana, y llamale, que sin duda alguna de deue de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero sepondra la cruel, quanto horrada mia. Ay señora mia, respondió la sagaz, y aduertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarsela a Lotario? q̄ qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que disimules tu agrauio, y no des lugar a que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira señora que somos flacas mugeres,

mugeres, y el es h6bre, y determinado, y como viene con aquel mal prop6sito ciego, y apasionado, quiza antes que tu pongas en execucion el tuyo hara el lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi se6or Anselmo, que tanto mal ha querido dar a este desuella carra en su casa. Y ya se6ora que le mates, como yo pienso, que quieres hazer, que hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respondi Camila, dexaremosle, para que Anselmo le entierre: pues ser6 justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la deuda venganga de mi agrauio, parece q ofendo a la lealtad q a mi esposo deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada palabra que Camila dezia, se le mudauan los pensamientos. Mas quando entendio que estaua resuelta en matar a Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuole el deseo de ver en que paraua tanta gallardia, y honesta resolucion, con proposito de salir a tiempo que la estoruasse. Tomole en esto a Camila vn fuerte desmayo, y arrojandose encima de vna cama que alli estaua, començ6 Leonela a llorar muy amargamente, y a dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el ex6plo de la castidad, c6 otras cosas a estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuuiera por la mas lastimada, y leal donzella del mundo: y a su se6ora por otra nueua, y perseguida Penelope. Poco tard6 en boluer de su des-

Quarta parte de don

mayo Camila, y al boluer en si, dixo: Porque no vas Leonela a llamar al mas leal amigo de amigo q̄ vio el sol, o cubrio la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardança el fuego dela colera que tengo, y se paffe en amenazas, y maldiciones la justa vengança que espero. Ya voy allamarle, señora mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero essa daga, porq̄ no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida a todos los que bié te quieren. Ve segura Leonela amiga, que no harè, respondió Camila: porque ya que sea atreuida, y simple a tu parecer en boluer por mi hõra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se matò sin auer cometido error alguno, y sin auer muerto primero a quien tuuo la causa de su desgracia: yo morire si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir a este lugar a llorar sus atreuimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse a llamar a Lotario, pero en fin salio, y entretanto que boluia quedò Camilia diziendo, como que hablaua consigo misma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer despedido a Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto, y malo, si quiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda: pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tã a manos lauadas, y tan a passo llano se boluiera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentò con tan lasciuo

lasciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de q̄ Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la apunté a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que alli le señalè, deuio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudieffe caber genero de pensamiento que contra su honra fuesse, ni aũ yo lo crey despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifestas dadiuas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo aora estos discursos? tiene por ventura vna resolucion gallarda, necesidad de consejo alguno? no por cierto. A fuera pues traydores, aqui venganças: entre el falso, véga, llegue, muera, y acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de salir del, y quando mucho saldre bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vio la amistad en el mūdo: y diziendo esto se paseaua por la sala cò la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, sino vn rufian desesperado. Todo lo miraua Anselmo cubierto detras de vnos tapizes donde se auia escondido, y de todo se admiraua, y ya le parecia que lo que auia visto, y oido era bastãte satisfació para maiores sospechas:

Quarta parte de don

y ya quisiera q̄ la prueva de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino successo: y estando ya para manifestarse, y salir para abraçar, y desengañar a su esposa, se detuvo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y afsi como Camila le vio haziendo con la daga en el suelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario adierte lo que te digo si a dicha te atreuieres a passar desta raya q̄ ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passaré el pecho con esta daga que en las manos tégó: y antes q̄ a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues respóderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas si conoces a Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes? Y lo segundo quiero saber tambien si me conoces a mi? Respondeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de respóder: pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiziesse esconder a Anselmo, no huuiesse dado en la cuenta de lo que ella péssaua hazer, y afsi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y afsi respondio a Camila desta manera: No pense yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatar me la prometida merced, desde mas lexos pudieras entretenerla, por que tanto mas fatiga el bien desseado, quanto la es-

perança esta mas cerca de posseello : pero porque no digas que no respondo a tus preguntas, desso q̄ conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que a no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no auia yo de yr cótra lo que deuo a ser quien soy, y cótra las fantasyas de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esto confieffas? respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, có que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuias mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, aì desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna defemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inaduertidamente. Sino dime quando, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal, que pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y

Quarta parte de don

con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme q̄ alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigar me, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo cōtigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí: con el mayor cuydado que te ha sido posible: y de mi tambien con el poco recato q̄ he tenido del huyr la ocasion si alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la sospecha que tengo que algun descuydo mio engendrò en tí tã desuaviados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la q̄ yo mas desseo castigar con mis propias manos: porque castigádome otro verdugo, quiça seria mas publica mi culpa: pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfazer el desseo de la vengança que espero, y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteressada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increíble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que casi el estuuo en du-
da,

da, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diesse, la qual tan viuamente fingia aquel estraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, alomenos no serà tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escódio por mas arriba de la islla del lado izquierdo jùto al ombro, y luego se dexò caer è el suelo como desmayada. Estauã Leonela y Lotario suspètos, y atonitos, de tal suceso: y todavia dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nueuo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocava, començò a hazer vna larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha
mas

Quarta parte de don

mas lastima que a Camila, aúque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale assi mismo consejo, y parecer de lo que diria a Anselmo de aquella herida de su señora, si a caso viesse antes que estuuiesse sana. El respondio que dixessen lo que quisiessen, que el no estaua para dar còsejo que de provecho fuesse, solo le dixo que procurasse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viesse. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veyá, nõ cessaua de hazerse Cruces, marauillandose de la instrudia de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Còsideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de q̄ tenia por muger a vna segunda Porcia, y descaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas dissimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huieran precedido otras, bastarã a hazer creer a Anselmo q̄ tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Iuntarõse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si daria, o no todo aquel suceso a su querido esposo.

esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho ruego suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a q̄ riñesse, sino aquitalletodas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me atreueré a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tēgas pena señora de aqui a mañana, respondio Leonela, yo pensarè que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podra encubrir sin que el la vea, y el cielo serà seruido de fauorecer a nuestrós tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossiegate señora mia, y procura sossregar tu alteraciõ, porque mi señor no te halle sobresañada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos desseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estraños, y eficaces afectos la representaron los personages della, que parecio que se auian trãformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulan-

Quarta parte de don

tulandose con el de la Margarita preciosa q̄ auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que saliesse, y el sin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le dio, las cosas q̄ de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Yaunque Anselmo vey a que Lotario no se alegraua, creya ser la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el sido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cócierto de encubrirse la a el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se vey a leuantado a la mas alta felicidad, que acertara desfearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabò su buena determinació, y dixo, que el por su parte ayudaria a leuatar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mundo: el mismo lleva por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que alcabo de pocos meses boluio fortuna su Rueda, y salio a pla-

ça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su impertinente curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la nouela del Curioso impertiente.

DOco mas quedaua por leer de la nouela, quando del caramanchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dizes hermano, dixo el cura, (dexando de leer lo que de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esto que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente ladron Malandrin follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tiené que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante esta ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda a vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. Que me maté, dixo a es-

Quarta parte de don

ta fazon el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entró en el apotento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas extraño traje del mundo: estaua en camisa, la qual no era tã cumplida, que por delante le acabafte de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grasiiento, que era del ventero. En el brazo yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuiera peleando cõ algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo q̃ las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el vétero, tomò tãto enojo, q̃ arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començò a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero de

de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo, de golpe, con lo qual despertò don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quan corta, y fofilmente estaua vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del Gigante, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde agora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y agora no parece por aqui esta cabeça, q̃ vi cortar por mis mismissimos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondió Sancho, solo se, que vendré a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo duermiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desesperaua de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que agora no le auian de valer los preuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno y lo otro, aun hasta lo que pudieffen costar las botanas q̃ se auia de echar a los rotos cueros.

Quarta parte de don

Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princeffa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, viuir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixeyo, dixo oyendo esto Sancho, si que no estava yo borracho, mirad si tiene puestas ya en sal mi amo al Gigãte? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, fino el ventero, q̄ se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizierõ el Barbero, Cardenio, y el Cura, q̄ cõ no poco trabajo dieron con dõ Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, cõ muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a cõsolar a Sancho Pança, de no auer hallado la cabeça del Gigante: aunq̄ mas rruieron q̄ hazer en aplacar al ventero, q̄ estava desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paja, y ceuada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diciendo que era cauallero auenturero, que mala ventura le dè Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y q̄ por esto

no

no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y aora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuò mi cola, y ha mela buuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: q̄ derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni feria hija de quiea soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudauala su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonrehia. El Cura lo soslegò todo, prometiendo de satisfazerles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̄ en el huuiesse. Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeza del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creía, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia a pedir de boca.

Quarta parte de don

Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la nouela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el, que a todos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, profiguio el cuento, que afsi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y descuydada: y Camila de industria, hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiesse al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recibia, mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse qualificada, no de con sus amores, llegò a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras el a suelta rienda: fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quien los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrio, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con presteza a alcanzarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela se abraçò con el, diciendole: Sossiegate, señor mio, y no te alborotes, ni figas al que de aqui saltò: es cosa mia, y tanto,
que

que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora será imposible, dixo Leonela, segùn estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossogose cõ esto Anselmo, y quiso aguardar el termino q̄ se le pedia, porque no pensaua oyr cosa q̄ contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y asì se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziendole, q̄ de alli no saldria, hasta q̄ le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello q̄ con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para q̄ dezirlo, porq̄ fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que sabia de su poca fe, q̄ no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella mesma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quiẽ contó lo que passaua, y le pidio, q̄ la pusiesse en cobro, o q̄ se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiesen

Quarta parte de don

estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respõder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo q̄ haria. En fin, acordò de llevar a Camila a vn monesterio, en quic era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monesterio: y el anfi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̄ Camila faltaua de su lado, cõ el desseo que tenia de saber lo q̄ Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a donde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, q̄ por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombreado. Pregütó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razõ de lo q̄ pedia. Acertó a caso, andando a buscar a Camila, q̄ vio sus cõfres abiertos, y q̄ dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en q̄ no era Leonela la causa de su desventura. Y anfi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le halló, y sus criados le dixerõ, q̄ aquella noche auia faltado de casa, y auia llevado cõsigo todos los dineros que tenia, pèsó perder el juyzio. Y para acabar de concluir con todo, boluendose a su casa, no halló en ella ninguno de quãtos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̄ dezir, ni q̄ hazer, y poco a poco se le

yua

yua boluiendo el juyzio. Contemplauase, y miraua se en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̄ le cubria, y sobre todo sin honra, porq̄ en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, a cabo de vna gran pieça, de yrse a la aldea de su amigo, dõde auia estado quando dio lugar a q̄ se maquinasse toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subio a cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quãdo acoffado de sus pensamientos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo a vn arbol, a cuyo trõco se dexó caer, dãdo tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuó, hasta casi q̄ anocheçia, y aquella hora vio que venia vn hombre a cauallo, de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntó, q̄ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grande amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuó esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la halló el Governador, descolgandose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmente como passó el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano,

Quarta parte de don

puestò que el Governador ha vsado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el quedeys, respondió el ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegó a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, consumido, y seco, entendio que de algũ graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose asì, y dexarõ le acostado, y solo, porque el asì lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començo a cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conocio q̄ se le yua acabando la vida, y asì ordenó de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua, acordó de entrar a saber, si passaua a delante su indisposicion, y hallole tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped a el, auiendole llamado primero, y trauandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admirose, y congoxose en grã manera, y llamó a la gēte de casa, para que viessen la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conocio

conocio que de su mesma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, è impertinente desseo me quitó la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porq̃ no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hizieffe: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio biuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hazer profesion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde auia ydo a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan

Quarta parte de don

costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pufiera entre vn galan, y vna dama, pudiera se llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y descomunal batalla que don Quixote tubo con vnos cueros de vino tinto, con otros raros successos que en la venta le sucedieron.

ESTANDO En esto, el ventero, que estaua a la puerta de la venta, dixo: Esta que viene es vna hermosa tropa de huespedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondio el ventero, vienen a cauallo, a la gineta, con lanças, y adargas, y todos cõ antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger, vestida de blanco, en vn fillon, anfi mesmo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondio el vètero, que ya llegã. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de dõ Quixote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandose los quatro de a cauallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron a apear a la muger que en el fillon venia: y tomandola vno dellos en sus braços, la sentò en vna silla que estaua a la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondi-

escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexó caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los caualllos a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: el qual le respondió: Par diez, señor, yo no sabre dezir que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus braços a aquella señora que aueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabre dezir esso, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque auendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniésemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnos lo muy bien. Y aueys oydo nombrar a alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y solloços de la pobre señora, que

Quarta parte de don

nos mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiça porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural compassion, se llegó a ella, y le dixo: *Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros?* A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: *No os canseys, señora, en ofrecer nada a essa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixes (dixo a esta sazón la que hasta allí auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura: y desto vos mesmo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y mêtiroso.* Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estaua tan junto de quiẽ las dezia, que sola la puerta del aposento de dõ Quixote estaua en medio, y assi como las oyò, dando vna gran voz dixo: *Valgame Dios, que es esto q̄ oygo?*

Que

Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Boluio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quien las daua, se leuantò en pie, y fuese a entrar en el aposento: lo qual visto por el cauallero, la detuuò, sin dexarla mouer vn passo. A ella, con la turbacion, y desaffosiego, se le cayò el tafetan con que trahia cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incomparable, y vn rostro milagroso, aunque descolorido, y assombrado: porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la vista, con tanto ahinco, q̄ parecia persona fuerade juyzio, cuyas señales, sin saber porque las hazia, pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçarse el emboço que se le cahia, como en efeto se le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estaua) vio, que el que abraçada ansi mesmo la tenia, era su esposo don Fernando: y a penas le huuo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas vn luêgo, y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse alli junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrio la conocio don Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla, pero no porque dexasse cò todo esto, de tener a Lusinda, que era la que procuraua soltarse de sus braços: la qual auia conocido en el suspiro, a Cardenio, y el la auia conocido a ella.

Quarta parte de don

ella. Oyò afsi mefmo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò defmayada, y creyendo que era fu Lufcinda, falió del apofento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Lufcinda. Tambien don Fernando conoció luego a Cardenio: y todos tres, Lufcinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y fufpenfos, cafi fin faber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanfe todos, Dorotea a don Fernãdo, dõ Fernando a Cardenio, Cardenio a Lufcinda, y Lufcinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Lufcinda, hablando a dõ Fernando de esta manera: Dexadme feñor dõ Fernando, por lo q̄ deueis a fer quien foys, ya q̄ por otro refpeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo foy yedra, al arrimo de quiẽ no me han podido apartar vueftras importunaciones, vueftras amenazas, vueftras promeffas, ni vueftras dadiuas. Notad como el cielo, por defufados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puefto a mi verdadero efpofo delante. Y biẽ sabeys por mil coftofas experiẽcias, q̄ fola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: feã pues parte, tan claros defengaños, para q̄ boluays (ya que no podays hazer otra cofa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen efpofo, la dare por bien empleada: quiça con mi muerte quedará fatisfecho de la fe que le mantuue, hafta el vltimo trance de la vida. Auia en efte entretanto buelto Dorotea en fi, y auia efestado efchuchando todas las razones que Lufcinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era:
que

que viendo que don Fernando aun no la dexaua de los braços, ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se leuantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, asì le començò a dezir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus braços eclypsado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies està arrodillada, es la sin vètura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste leuantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honèstidad, viuio vida contenta, hasta que a las voces de tus importunidades, y al parecer, justos, y amorosos sentimientos, abrio las puertas de su recato, y te entregò las llaues de su libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro, auer sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayesse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, auendome traydo solo los del dolor, y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuèsse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no ferà posible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa a la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Lusinda, porque eres
mio.

Quarta parte de don

mío: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuido, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es así, como lo es, y tu eres tan Christiano como cavallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y sino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desampararme, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecé los leales servicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, q̄ la verdadera nobleza cōsiste en la virtud, y si esta a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, q̄ quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es q̄ te precias de aquello por q̄ me desprecias.

Testigo

testigo sera la firma q̄ hiziste, y testigo el cielo, a quié tu llamaste por testigo de lo q̄ me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciēcia no ha de faltar de dar bozes callando en mitad de tus alegrias, boluiendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acópañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas, y principio a tantos solloços, y suspiros, que bien auia de ler coraçon de bróze el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaua Lusinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunque quisiera llegar se a ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexauan los braços de don Fernando, q̄ apretada la tenian: el qual lleno de confusion, y espanto, alcabò de un buen espacio, q̄ atentamente estuuo mirando a Dorotea abrio los braços, y dexádo libre a Lusinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Lusinda auia tenido, así como la dexò don Fernando, yua a caer en el suelo, mas hallandose Cardenio allí junto, que a las espaldas de don Fernando se auia puesto, porque no le conocieffe, prosupuesto todo temor, y auenturando a todo riesgo, acudio a sostener a Lusinda, y cogiendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descan-

Quarta parte de don

so, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Lusinda en Cardenio los ojos, y auiendo comenzado a conocerle primero por la voz, y assegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos si señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiua, aunque mas lo impida la cótraria suerte, y aunq̄ mas amenazas le hagan esta vida, que en la vña se sustenta. Extraño espectáculo fue este para don Fernando, y para todos los circústantes, admirandose de tan no visto suceso. Parecióle a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vérgarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraço con el por las rodillas, besandose las, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres q̄ lo sea está en los braços de su marido, mira si te estara bien, o te será posible deshazer lo que el cielo a hecho, o si te conuendra querer leuantar a igualar a ti mismo a la que profupuesto todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los su y os bañados de licor amoroso el rostro, y pecho

pecho de su verdadero esposo. Por quié Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tá notorio defengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que có quietud, y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimiento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concederle, y en esto mostraras la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon, que el apetito. Entanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada a Lucinda, no quitaua los ojos de don Fernando, con determinacion de q̄ si le vieffe hazer algun mouimiento en su perjuizio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse a todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida: pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que cósiderasse q̄ no a caso, como parecia, sino có particular prouidécia del cielo se auian todos jũta- do en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduertiesse, dixo el cura, q̄ sola la muerte podia apartar a Lucinda de Cardenio: y aunque los diuidies- sen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicif- sima tu muerte: y que en los lazos inremediab- les era suma cordura forçandose, y venciendo a si

Quarta parte de don

mismo mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el bié que el cielo ya les auia concedido, que pusiesse los ojos ansi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas, o ninguna se le podian igualar, quáto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirriessse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podian hazer otra cosa que cumplille la palabradada, y que cumplendosela cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque este en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder leuantarse, è igualarse a qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, e iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto a estas razones añadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al bué parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuanta os señora mia, que no es justo que estè arrófillada a mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo q̄ digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal

termino,

termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcãço lo que desseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexè viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar y a juntar su rostro cõ el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener grã cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señas de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron asì las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estauan, porque començaron a derramar tantas los vnos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aunque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaba. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y asì los leuantò, y abraçò cõ muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella cõ breues, y

Quarta parte de don

discretas razones conto todo lo que antes auia cõ-
tado a Cardenio: de lo qual gustò tãto don Fernan-
do, y los que con el venian, que quisieran que dura-
ra el cuento mas tiempo, tanta era la gracia cõ que
Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como hu-
uo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad
le auia acontecido despues que hallò el papel en el
seno de Lusinda, donde declaraua ser esposa de
Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso
matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedi-
do: y que assi se salio de su casa despechado, y co-
rrido, con determinacion de vengarse con mas co-
modidad, y que otro dia supo como Lusinda auia
faltado de casa de sus padres, sin que nadie supies-
se dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al
cabo de algunos meses vino a saber como estaua en
vn monesterio cõ volûtad de quedarse en el toda la
vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que as-
si como lo supo escogiendo para su compaõia aque-
llos tres caualleros vino al lugar donde estaua, a la
qual no auia querido hablar temeroso, q̃ en sabien-
do que el estaua alli auia de auer mas guarda en el
monesterio: y assi aguardando vn dia a que la por-
teria estuuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda
de la puerta, y el con otro auian entrado en el mo-
nesterio buscando a Lusinda, la qual hallaron en
el caustro hablando con vna monja, y arrebatando
la sin darle lugar a otra cosa se auian venido cõ ella
a vn lugar donde se acomodaron de aquello que
huuieron menester para traella. Todo lo qual auia
podido hazer bien a su saluo por estar el moneste-
rio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Di-

Xo, que assi como Lusinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa, sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella veta, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desuenturas de la tierra.

Cap. XX XVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas auenturas.

TODO Esto escuchaua Sancho, no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, è yuán en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que poseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Lusinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente, quantos en la venta estauan, estauan contentos, y gozosos del buen suceso que auian tenido tan trauados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y a cada vno daua

Quarta parte de don

el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaua, y se contentaua, era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è intereffes que por cuenta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el affligido, el desventurado, y el triste: y assi con malenconico semblante entró a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concludo. Effeno creo yo bien, respondió don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y devn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, replicò don Quixote, estas en tu feso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que a hecho, y lo que tenemos que pagar: y verá a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me marauillaria de nada desso, replicò don

don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuuimos, te dixe yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi mantecamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente, y vi yo que el vétero que aqui está oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça, y donde interuiene conocerse las personas tengo para mi, aũ que simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Aora bien, Dios lo remediara, dixo don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos, y transformaciones que dizes. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contô el cura a don Fernando, y a los demas las locuras de don Quixote, y del artificio que auia vsado, para sacarle de la peña pobre dõde el se imaginaua estar, por desdenes de su seõora. Contoles asì mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pensamiento desparatado. Dixo mas el cura, que pues ya el buen sucesso de la seõora Dorotea impedìa passar con su disignio adelãte, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de profeguir lo comenzado, y que Lusinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de

Quarta parte de don

ser assi, que yo quiero que Dorotea prosiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgare de que se procure su remedio. No estâ mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuuiere amas, gustara yo de caminallas, atruenco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mábrino, en la cabeça, abraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y a los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su messurado continente, y estuuió callando hasta verlo que el dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que solia des fer, os aueys buuelto en vna particular donzeila: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diessse la necessaria, y deuida ayuda: digo, que no supo, ni sabe de la Missa la media, y q̄ fue poco versado en las historias cauallerescas, porque si ellas huiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passe, y lei, hallara a cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar a vn gigante,

tillo,

tillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirà, quando menos lo pètemos. Vistes os vos con dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazón el ventero, al qual mandó don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la platica de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote prosiguió, diziendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorfoseos en vuestra persona, q̄ no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondre a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princesa le respondiessse, lo qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiessse adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quixote, con mucho donayre, y grauedad le respondió: Quienquiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste Figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy me soy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desfarme: pero no por esso he dexado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è inuenerable brazo, q̄ siépre he tenido: assi q̄ señor mio, vuestra bondad
buelua

Quarta parte de don

buelua la honra al padre que me engendrò, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos señor no fuera jamas acertara a tener la ventura que tengo, y en esto digo tãta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pôgamos en camino, porque ya oy se podra hazer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré a Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellaquelo que ay en España: dime ladron bagamundo, no me acabaste de dezir aora que esta Princesa se auia buuelto en vna donzella q se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que cortè a vn gigãte, era la puta que te pario? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto, y mirò al cielo, y a pretò los dientes, que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se folsiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princesa Micomicona: pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o alomenos a la horadacion de los cueros, y a lo de ser vino tanto la sangre, no me engaño viue Dios, porque

porque los cueros alli estan heridos a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y fino al freyr de los buecos lo verá: quiero dezir, que lo verá quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se este como se estava me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Aora yo te digo Sancho, dixo don Quixote, ¿eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo dō Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princesa dize que se camine mañana, porque ya oy es tarde, hagase a si, y esta noche la podremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa, que a su cargo lleua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros, respondió don Quixote: y agradezco mucho la merced que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, o me costara la vida, yaun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos passaron entre don Quixote, y don Fernando: pero a todo puso silencio, vn passagero que en aquella sazón entrò en la venta: el qual en su traje mostraua ser Christiano recién venido de tierra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran asì mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borze-

guics

Quarta parte de don

guies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn taveli que le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalafa, que desde los ombros a los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado ralle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, q̄ si estuuiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y bien nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le dixeron que en la venta no le auia, mostro recibir pesadumbre, y llegando se a la que en el traje parecia Mora, la apeo en sus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes lleuados del nueuo, y para ellos nunca visto traje, rodearon a la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, comedia, y discreta, pareciédole q̄ asy ella como el que la traya se congoxauan por la falta del aposento, le dixo: No os de mucha pena señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de passar con nosotras, señalando a Lucinda, quiça en el discurso de este camino aureys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se auia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no
sabia

fabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entònces auia estado, y viendo que todas tenian cercada a la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella a penas entiendo mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Lusinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuieren necesidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el captiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, q̄ en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se hecha de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandísimos desseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Lusinda? No ha auido lugar para ello, respondió el captiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa

Iglesia

Quarta parte de don

Iglesia manda: pero Dios serà seruido que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, q̄ es mas de lo q̄ muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el captiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entõnces, por ver que aquella sazõ era mas para procurarles descanso, que para preguatarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la lleuò a sentar junto a si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella mirò al cautiuo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Aruiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y assi se lo quitò, y descubrió vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa q̄ a Lusinda, y Lusinda por mas hermosa q̄ a Dorotea, y todos los circustates conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auétajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al captiuo como se llamaua la Mora, el qual respondió que Lela Zorayda, y assi como esto oyò, ella entendio lo que le auian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa llena de cõgoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dando a entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres

mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçola Lusinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que venian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar; lo mejor que a el le fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal assiento, puesto que el lo rehusaua, a don Quixote, el qual quiso que estuuiesse a su lado la señora Micomicona, pues ella era su aguardador. Luego se sentaron Lusinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualteros, y al lado de las señoras, el cura, y el barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouio a hablar tanto, como hablò quando cenò con los cabreros, començò a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes è inauditas cosas vé, los q̄ professan la ordé de la andante caualleria. Sino qual de los viuientes aura en el mundo, que aora por la puerta deste casti. lo entràra, y de la fuerte que estamos nos vierè, que juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quien podra dezir que esta señora que està a mi lado, es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo foy aquel cauallero de la triste Figura, que anda por ahí, en boca de la fama? Aora no ay que dudar, si no que esta arte, y exercicio, excede a todas aque-

Quarta parte de don

llas, y aquellos, que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto a mas peligros está sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja a las armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden a los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento. O como lino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcança, con las fuerças corporales, a saber, y congeturar el intento del enemigo. Los disignios, las estratagemas, las dificultades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espíritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendrá a conocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen

por

por blanco , llevar , y encaminar las almas al cielo , que a vn fin , tan fin fin como este , ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas , que es su fin poner en su punto la justicia, distributiua, y dar a cada vno lo que es suyo , entender , y hazer que las buenas leyes se guarden : fin porcierto generoso , y alto , y digno de grande alabança : pero no de tanta , como merece aquel a que las armas atienden , las quales tienen por objeto , y fin la paz , que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas que tuuo el mundo , y tuuieron los hombres , fueron las que dió los Angeles , la noche que fue nuestro dia , quando cantaró en los ayres : Gloria sea en las alturas , y paz en la tierra , a los hombres de buena voluntad : y a la salutacion , que el mejor maestro de la tierra , y del cielo , enseñó a sus allegados , y fauoridos , fue dezirles , que quando entrassen en alguna casa , dixessen : Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo : Mi paz os doy , mi paz os dexo , paz sea con vosotros. Bien como joya , y prenda dada , y dexada de tal mano , joya que sin ella , en la tierra , ni en el cielo , puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra , que lo mesmo es dezir armas , que guerra. Profupuesta pues esta verdad , que el fin de la guerra es la paz , y q̄ en esto haze ventaja al fin de las letras , vengamos aora a los trabajos del cuerpo del letrado , y a los del professor de las armas , y vease quales son mayores. De tal manera , y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote , que obligó a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan , le

tuuiesse por loco. Antes como todos los mas eran
 caualleros, a quien son anejas las armas, le escucha-
 uan de muy buena gana, y el profugiuo diziendo: Di-
 go pues, q̄ los trabajos del estudiante son estos: Prin-
 cipalmente pobreza, (no porque todos sean pobres,
 sino por poner este caso, en todo el extremo que pue-
 da ser) y en auer dicho que padece pobreza, me pa-
 rece que no auia que dezir mas de su mala ventura.
 Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta po-
 breza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en
 frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con to-
 do esto no es tanta que no coma, aunque sea vn po-
 co mas tarde de lo que se vsa, aunque sea de las so-
 bras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiã-
 te, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no
 les falta algun ageno brasero, o chimenea, que fino
 callenta, alomenos entibie su frio, y en fin la noche
 duermen debaxo de cubiertz. No quiero llegar a
 otras menudencias, conuiene a saber de la falta de
 camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pe-
 lo del vestido, ni aquel ahitarle con tanto gusto, quã-
 do la buena suerte les depara algun banquette. Por
 este camino que he pintado, aspero, y dificultoso,
 tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose aculla,
 tornando a caer aca, llegan al grado que dessean, el
 qual alcançado, a muchos hemos visto (que auiendo
 passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Carib-
 dis, como lleuados en buelo, de la fauorable fortu-
 na) digo que los hemos visto mandar, y gouernar
 el mundo desde vna silla, trocada su hambre en har-
 tura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su
 dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damas-

cos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Capit. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGVIENDO don Quixote, dixo: Pues començamos en el estudiante, por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbear por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tanta, que vn co- leto acuchillado le sirve de gala, y de camisa, y en la mitad del inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rafa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra, los pies que quisiere, y rebolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sauanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora, de recibir el grado de su

Quarta parte de don

exercicio : lleguese vn dia de batalla , que alli le pondran la borla en la cabeza , hecha de hilas , para curarle algun balazo , que quiça le aura passado las sienes , o le dexara estropeado de braço , o pierna. Y quando esto no suceda , sino que el cielo piadoso le guarde , y conserue , sano , y viuo , podra ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaua , y que sea menester que suceda vno , y otro encuentro , vna , y otra batalla , y que de todas salga vencedor , para medrar en algo. Pero estos milagros venen raras vezes. Pero dezidme señores , si aueys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra , que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de responder , que no tienen comparacion , ni se pueden reduzir a cuenta los muertos , y que se podran contar los premiados viuos , có tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados , porque de faldas , que no quiero dezir de mangas , todos tienen en que entretenerse. Así que aunque es mayor el trabajo del soldado , es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder , que es mas facil , premiar a dos mil letrados , que a treynna mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles officios , que por fuerça se han de dar a los de su profesion : y a estos no se pueden premiar , sino con la mesma hazienda del señor a quien sirven : y esta impossibilidad , fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto a parte , que es laberinto de muy dificultosa salida , sino boluamos a la preeminencia de las armas , contra las letras. Materia que hasta aora està por aueriguar , segun son las razones , que cada vna de su parte alega : y entre las

que

que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porque la guerra, tambien tiene sus leyes, y està sujeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sujetos al rigor, y a la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos, a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necesidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, o guarda, en algun rebellin, o cauallero, siente que los enemigos estan minando, hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo

Quarta parte de don

que puede hazer, es, dar noticia a su capitán de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse quedo, temiendo, y esperando, quando improuisamente ha de subir a las nuues sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacioso. Las quales enclaujadas, y traçadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y cō todo esto, viendo que tiene delante de si, tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se affestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies, yria a visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo, al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podra leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo, al tiempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ay an aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuentor, tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, que vn infame, y cobarde braço, quite

quite la vida a vn valeroso cauallero , y que sin saber como, o por donde , en la mitad del corage , y brio, que enciende, y anima a los valientes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiza huyò , y se espantò , del resplandor que hizo el fuego , al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en vn instante , los pensamientos , y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi considerando esto , estoy por dezir , que en el alma me pesa de auer tomado este exercicio , de cauallero andante , en edad tan detestable , como es esta en que aora viuimos : porque aunque a mi ningun peligro me pone micdo , toda via me pone rezelo , pensar si la poluora , y el estaño , me han de quitar la ocasion , de hazerme famoso , y conocido, por el valor de mi braço , y filos de mi espada , por todo lo descubierta de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere seruido , que tanto fere mas estimado, si salgo con lo que pretendo , quanto a mayores peligros me he puesto , que se pusieron los caualleros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preambulo , dixo don Quixote , en tanto que los demas cenauan , olvidandose de llevar bocado a la boca , puesto que algunas vezes le auia dicho Sancho Pança , que cenasse , que despues auria lugar , para dezir todo lo que quisiessse. En los que escuchado le auian , sobreuino nueva lastima , de ver que hombre , que al parecer tenia buen entendimiento , y buen discurso, en todas las cosas que trataua, le viuiesse perdido tan rematadamente , en tratandole de su negra , y pizmienta caualleria. El cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto

Quarta parte de don

auia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estaua de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, leuataron los manteles, y entanto que la ventera, su hija, y Maritornes, adreçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiesen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, por que no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia comenzado a dar, viniendo en compaña de Zorayda. A lo qual respondió el cautiuo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diese el gusto que el dessea. Pero que con todo esso, por no faltar en obedelle le cõtaria: el cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyran vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio, fuelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiessse, con voz agradable, y reposada, començo a dezir desta manera.

(.?..)

Cap.

Cap. XXXIX. Donde el cautivo cuenta su vida, y successos.



EN VN lugar de las Montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrechez de aquellos pueblos, todavia alcançaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña a conseruar su hazienda, como se la daua en gastalla. Y la condicion que tenia, de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado, los años de su iouentud. Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monitruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun prouecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la mano contra su condicion, quiso priuar se del instrumēto, y causa, q̄ le hazia gastador, y dadiuoso, q̄ fue priuar se de la hazienda, sin la qual, el mismo Alexādro pareciera estrecho. Y así llamandonos vn dia a todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo vnas razones, se mejantes a las q̄ aora dire. Hijos, para dezir os que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos,

Quarta parte de don

hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca a cõservar vuestra hazienda. Pues para q̄ entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y q̄ no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideraciõ dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, o alomenos de elegir exercicio, tal q̄ quando mayores os hõre, y aproveche. Y lo que he pensado, es, hazer de mi hazienda quatro partes, las tres os dare a vosotros, a cada vno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarè yo, para viuir, y sustètarme, los dias q̄ el ciclo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, q̄ despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su hazienda, siguiessse vno de los caminos que le dire. Ay vn refrã en nuestra Espaõa, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breues, sacadas de la luẽga, y discreta experiẽcia, y el q̄ yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real: como si mas claramẽte dixera. Quien quisiere valer, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, exercitando el arte de la mercancia, o entre a servir a los Reyes en sus casas: Por q̄ dizen, Mas vale migaja de Rey, q̄ merced de seõor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, q̄ vno de vosotros siguiessse las letras, el otro la mercãcia, y el otro siruiesse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa que ya q̄ la guerra no de muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dẽtro de ocho dias, os dare toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezidme

me aora; si quereys seguir mi parecer, y consejo, en lo que os he propuesto, y mandandome a mi por ser el mayor, que respondiesse. Despues de auerle dicho que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su volúntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla: vine a concluir, en que cumplicia su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, firuiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuando empleada la hazienda que le cupiesse. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Yglesia, o yrse a acabar sus començados estudios a Salamãca. Así como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò a todos, y con la breuedad que dixo, puso por obra quanto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque vn nuestro tio, compro toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En vn mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme; de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos, mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que parecè valia la hazienda que le cupp, que no quiso vender, sino quedar se con ella en

rayzes.

Quarta parte de don

rayzes. Digo en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessemos saber, todas las vezes que vuicse comodidad para ello, de nuestros suceßos, prosperos, o aduersos. Prometimoselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomò el viage de Salamanca, el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouefa, que cargaua alli lana para Genoua. Este hara veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nucua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Enbarqueme en Alicante, lleguè con prospero viage a Genoua, fuy desde alli a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr a assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino, para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gran Duque de Alua passaua a Flandes. Mudè proposito, fuy me con el, seruile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alferez de vn famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina. Y acabo de algun tiempo que lleguè a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la Santidad del Papa Pio quinto, de Felice recordacion, auia hecho conuenencia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mesmo tiempo auia ganado con su armada, la famosa Isla de Chipre, que estaua debajo del dominio de Veneciano, y perdida lamentable, y

ble, y desdichada. Supose cierto que venia por general desta liga, el serenissimo don Iuan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diuulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitó, y conuouio el animo, y el desseo de verme en la jornada que se esperaua; y aunque tenia barruntos, y casi promesas ciertas, de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido a capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quise mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella felicissima jornada, ya hecho capitan de infanteria, a cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christiandad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran inuencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos como alli vuo. Porque mas ventura tuieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguió a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiendo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y

ventu-

Quarta parte de don

venturoso cosario, enuestido, y rendido la capitana de Malta, que solos tres caualleros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Iuan Andrea a socorrerla, en la qual yo yua con mi compania, y haziendo lo que deuia en ocasion semejante, salte en la galera contraria, la qual desuiándose de la que la auia enuestido, estoruò que mis soldados me siguiesen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aureys señores oydo dezir, que el Vchali se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo soy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Lleuaronme a Costantinopla, donde el gran Turco Selin, hizo general de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi, y note, la ocasion que alli se perdio, de no coger en el puerto toda el armada Turquesca. Porque todos los leuentes, y genizaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian a punto su ropa, y passamaques, q̄ son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa, ni descuydo del general, que a los nuestros regia,

fino

fino por los pecados de la Christianidad : y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Vchali se recogio a Modon, que es vna isla que está junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuan se boluio. En este viage se tomò la galera, que se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso coffario Barba Roxa : tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan don Alvaro de Baçan, Marques de santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mal a sus cautiuos, que afsi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, soltaron todos a vn tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estaua sobre el estâterol, gritâdo q̄ bogassen a priessa, y passandole de bâco en bâco, de popa a proa, le dierò bocados, q̄ a poco mas que passò del arbol, ya auia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setêta y tres, se supo en ella, como el señor don Iuan auia ganado a Tuncz, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possession del a Muley Hamet, cortando las esperanças q̄ de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el gran Turco, y

Quarta parte de don

vlando de la sagazidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas q̄ el la desseauan: y el año siguiente de setenta y quatro, acometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuātado. el señor don Iuan. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperãça de libertad alguna: a lomenos no esperaua tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nueuas de mi desgracia a mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plaças huuo de soldados Turcos, pagados, setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan grã numero de gente, con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tãtos gastadores, q̄ con las manos, y a puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entõces por inexpugnable: y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hizierõ en su defensa, todo aquello q̄ deuiã, y podiã, sino porque la experiencia mostrò, la facilidad con q̄ se podian leuãtar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y asì con muchos sacos de arena leuataron las trincheas tan altas, que sobrepujan las murallas de la fuerça, y tirandoles a cauallero, ninguno podia parar, ni assistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta, y en el fuerte
a penas

a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuesſen) ſalir a la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es poſſible dexar de perderſe fuerça que no es ſocorrida; y mas quando la cercan enemigos, muchos, y porfiados, y en ſu meſma tierra. Pero a muchos les parecio, y aſi me parecio a mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo a Eſpaña, en permitir que ſe aſſolaſſe aquella oficina, y capa de maldades: y aquella gomia, o esponxa, y polilla de la infinidad de dineros, que alli ſin prouecho ſe gaſtauan, ſin ſeruir de otra coſa, que de conſeruar la memoria de auerla ganado, la feliciffima del inuictiffimo Carlos Quinto, como ſi fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y ſerà) que aquellas piedras la ſuſtentaran? Perdióſe tambien el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valeroſa, y fuertemente, que paſſaron de veynte y cinco mil enemigos, los que mataron en veynte y dos aſſaltos generales que les dieron. Ninguno cautiuaron ſano, de trecentos que quedaron viuos, ſeñal cierta, y clara de ſu eſfuerço y valor, y de lo bien que ſe auian defendido, y guardado ſus plaças. Rindióſe a partido vn pequeño fuerte, o torre que eſtaua en mitad del eſtaño, a cargo de don Iuan Zanoguera, cauallero Valenciano, y famoſo ſoldado. Cautiuaron a don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue poſſible, por defender ſu fuerça: y ſintio tãto el auerla perdido, que de peſar

Quarta parte de don

murio en el camino de Constantinopla, donde le lleuauan cautiuo. Cautiuaron ansi mesmo al General del fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, cauallero Milanes, grande ingeniero, y valentissimo soldado. Murieron en estas dos fuerças, muchas personas de cuenta, de las quales fue vna, Pagan de Oria, cauallero del habito de san Iuan, de condicion generoso, como lo mostrò la summa liberalidad q̄ usò con su hermano el famoso Iuã de Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien se fiò viêdo ya perdido el fuerte, q̄ se ofrecierò de lleuarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn portezuelo, o casa que en aquellas riberas tienen los Ginoueses, que se exercitan en la pesqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano, Que aunque la trayciõ aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mãdò el General ahorcar a los que le truxeron el presente, porque no se le auian traydo viuo. Entre los Christianos que en el fuerte se perdierò, fue vno, llamado dõ Pedro de Aguilar, natural no se de q̄ lugar del Andaluzia, el qual auia sido Alferes en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, porque su fuerte le traxo a mi galera, y a mi banco, y a ser esclauo de mi mesmo Patron: y antes que nos partiessemos de aquel puerto, hizo este cauallero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de

dezir,

dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causaràn gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo nombrò a dõ Pedro de Aguilar, don Fernãdo mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes q̄ vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, q̄ se hizo esse don Pedro de Aguilar q̄ ha dicho? Lo q̄ se es, respondió el cautiuo, q̄ al cabo de dos años q̄ estuuò en Constãtinopla, se huyò en traje de Arnaut, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto q̄ creo que si, porq̄ de alli a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respondió el cauallero, porq̄ esse don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porq̄ no ay en la tierra, conforme mi parecer, contẽto q̄ se yguale a alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el cauallero, q̄ yo se los Sonetos q̄ mi hermano hizo. Digalos pues V. m. dixo el cautiuo, que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondió el cauallero: y el de la Goleta dezia asì.

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del cautiuo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo,
Libres y essentas, por el bien que obrastes,
Desde la baxa tierra os leuantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,

Quarta parte de don

*De los cuerpos la fuerça exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes
El marvezino, y arenoso suelo.*

*Primero que el valor, faltò la vida,
En los cansados braços, que muriendo,
Con ser vencidos lleuan la vitoria.*

*Y esta vuestra mortal, criste cayda,
Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Deffa mesma manera le fe yo, dixo el cautiuo.
Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el ca-
uallero, dize assi.

S O N E T O.

DE entre esta tierra esteril, derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subieron viuas a mejor morada.

*Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de sus braços esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.*

*Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno,
En los passados siglos, y presentes.*

*Mas no mas iustas de su duro seno,
Auran al claro cielo almas subido,
Ni aun el sostuuo cuerpos tan valientes.*

No parecieron malos Sonetos, y el cautiuo se alegrô con las nueuas que de su camarada le dierô: y profiguiendo su cuento, dixo. Rendidos pues la Goleta, y el fuerte, los Turcos dieron orden en delmantelar la Goleta, porque el fuerte quedò tal, que no huuo q̄ poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero cõ ninguna se pudo bolar lo q̄ parecia menos fuerte, q̄ eran las murallas viejas, y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, q̄ auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, El renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta q̄ tengan, o de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porq̄ no ay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decierendê de la casa Otomana, y los demas, como tẽgo dicho, toman nõbre, y apellido, y a de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogò el remo, siendo esclauo del grã señor, catorze años, y a mas de los. 34. de su edad renegò, de despecho de q̄ vn Turco, estado al remo, le dio vn bofetõ, y por poderse vengar, dexò su fè: y fue tãto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los mas priuados del gran Turco suben, vino a ser Rey de Argel, y despues a ser General de la mar, q̄ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hõbre de biẽ, y trataua cõ mucha humanidad.

Quarta parte de don

a sus cautiuos, que llegó a tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartierõ, como el lo dexò en su testamento, entre el gran señor (q̄ tambien es hijo heredero de quantos muerẽ, y entra a la parte cõ los mas hijos q̄ dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que siendo grumete de vna naue, le cautiouò el Vchali, y le quiso tanto, q̄ fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado q̄ jamas se ha visto. Llamauase Azanaga, y llegó a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tã cerca de España: no porq̄ pensasse escriuir a nadie el desdichado suceſſo mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel, que en Constantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huirme, y ninguna tuuo fazon, ni ventura: y pensaua en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseaua, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, pensaua, y ponía por obra, no correspondía el suceſſo a la intencion, luego sin abandonarme, fingía, y buscava otra esperança que me sustentasse, aunque fuese debil, y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en vna prision, o casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Christianos, afsi los que son del Rey, como de algunos particulares: y los que llamã del Almazẽ, que es como dezir, cautiuos del Concejo, que sirven a la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros officios: y estos tales cautiuos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular,

ricular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los rienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco, les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues, era vno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixé mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprouechò nada para que no me pusiesen en el numero de los caualleros, y genere de rescate. Pusieronme vna cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaua la vida en aquel baño, con otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada dia ahorcaua el suyo, empalaua a este, desorejaua aquel: y esto por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser omicida de todo el genero humano. Solo libró bién con el vn soldado Español, llamado, tal de Saauedra, el qual con auer hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos

Quarta parte de don

chos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandô dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temia mos todos que auia de ser empalado, y assi lo temio el mas de vna vez: y fino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, cahian las ventanas de la casa de vn Morrico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres companeros, haziendo prueuas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos auian salido a trabajar, alcè a caso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço, atado, y la caña se estaua blandeando, y mouiendose, casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, o lo que hazian: pero assi como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Bolióse el Christiano, y tornaronla a baxar, y hazer los mesmos mouimientos que primero. Fue otro de mis companeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmête fue el tercero, y auinole

lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de prouar la suerte, y assi como lleguè a ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a desatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiyys, que son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nuestros. Si me holgüe con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente a mi, pues las muestras de no auer querido soltar la caña fino a mi, claro dezian que a mi se hazia la merced. Tome mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, que la abrian y cerrauan muy a priessa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella casa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas a vso de Moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De alli a poco sacaron por la mesma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Esta señal nos confirmó, en que alguna Christiana deuia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que deuia de ser Christiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus memos amos, y aun lo tienen

a ven-

Quarta parte de don

a ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos, dimos muy leños de la verdad del caso, y assi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido la estrella de la caña: pero bien se passaron quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda sollicitud, saber quié en aquella casa viuia, y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas huuo quien nos dixesse otra cosa, sino que alli viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia sido de la Pata, que es officio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas descuydados estauamos, de que por alli auian de llouer mas zianiys, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y esto fue a tiempo q̄ estaua el baño como la vez pasada, solo, y sin gente. Hezimos la acostumbrada prueua, yendo cada vno primero que yo, de los mismos tres que estauamos, pero a ninguno se rindio la caña sino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desatè el nudo, y hallè quarenta escudos de oro, Españoles, y vn papel escrito en Arauigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande cruz. Besè la cruz, tomè los escudos, boluime al terrado, hezimos todas nuestras zalemas, tornò a parecer la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido: y como ninguno de nosotros no entendia el Arauigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia,
y mayor

y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determinè de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleva desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se firuen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuau, facan sus firmas, y dizen, que por aquellos papeles se verá el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Yglesia, sin que se les haga daño, y quando veen la suya, se buelue a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este mi amigo, el qual tenía firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era possible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arauigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixè, q̄ me leyese aquel papel, que

Quarta parte de don

que a caso me auia hallado en vn agujero de mi rãcho. Abriole, y estuuu vn buen espacio mirãdole, y construyendole, murmurando entre los dientes. Preguntele, si lo entendia? Dixome, que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diesse tinta y pluma, porque mejor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el, poco a poco lo fue traduziendo: y en acabando, dixo: Todo lo que va aqui en Romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco: y ha se de advertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere dezir, Nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia afsi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya: muchos Christianos he visto por esta vëtana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y seràs alla mi marido, si quisieres, y sino quisieres, no se me darà nada, que Lela Marien me darà con quien me case. Yo escriui esto, mira a quien lo das a leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en vn pozo, y me cubrira de piedras. En
la

la caña pondre vn hilo, ata alli la respuesta: y sino tienes quien te escriua Arauigo, dimelo por señas, que Lela Marien hara que te entienda. Ella, y Ala te guardē, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandô la cautiua.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassen: y assi lo vno, y lo otro fue de manera, que el renegado entendio, que no a caso se auia hallado aquel papel, sino que realmēte a alguno de nosotros se auia escrito: y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechaua, q̄ nos fiassemos del, y se lo dixessemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad: y diziēdo esto, sacò del pecho vn cruzifixo de metal, y con muchas lagrimas juró por el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunq̄ pecador, y malo, bien, y fielmente creia, de guardarnos lealtad, y secreto, en todo quanto quisiessemos descubrirle, porq̄ le parecia, y casi adeuinaua, que por medio de aquella que aquel papel auia escrito, auia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto deseaua, que era reducirse al gremio de la santa Yglesia su madre, de quien como miembro podrido estaua diuidido, y apartado, por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de vn mesmo parecer, consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña: y el marcò desde alli la casa, y quedò de tener especial, y gran cuydado, de informarse quien

Quarta parte de don

en ella venia. Acordamos ansi mesmo, que seria biẽ responder al villete de la Mora: y como teniamos quien lo supiesse hazer, luego al momento el renegado escriuió las razones que yo le fuy notando, q̃ puatualmente fueron las que dire, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceſſo me acõtecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aun se me yra en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondió, fue esto.

El verdadero Ala te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto un coraçon, que te vaya a tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu, que se sirua de darte a entender, como podras poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir. No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, que yo te respondere siempre, q̃ el grande Ala nos ha dado vn Christiano cautiuo, que sabe hablar, y escriuir tu lengua, tan bien como lo veras por este papel. Aſi que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres a tierra de Christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuiesse el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostumbrado, del terradillo, por ver si la
caña

caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Afsi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostre el papel, como dando a entéder, q̄ pusiessen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco tornó a parecer nuestra estrella con la blanca vadera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alce yo, y hallè en el paño en toda fuerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cinquenta escudos, los quales cinquêta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaró la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro Renegado, y nos dixo, que auia sabido, que en aquella casa viuia el mesmo Moro q̄ a nosotros nos auian dicho que se llamaua Agumorato, riquififimo por todo extremo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y q̄ era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Vireyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, q̄ tuuo vna Christiana cautiuu, q̄ ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua có lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces, que esperassemos al auito segundo de Zorayda, que afsi se llamaua la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, q̄ ella y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuuiessemos pena, que el perderia la vida, o nos pôdria en libertad.

Quarta parte de don

Quatro dias estuuo el baño có gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia: inclinose a mi la caña, y el lienço, hallé en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna: estaua alli el Renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunq̄ yo se lo he preguntado: lo que se podra hazer es, que yo os dare por estaventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre alla vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarán en el jardin de mi padre, q̄ está a la puerta de Babazon, junto a la marina donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y llevarme a la barca: y mira que has de ser mi marido, porque sino, yo pedire a Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescata te tu y ve, que yo se que bolueras mejor que otro, pues eres cauallero y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te pases por ay sabre q̄ está solo el baño, y te dare mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescutado, y prometio de yr y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo

lo qual se opuso el Renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse de libertad hasta que fuesen todos juntos: porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que dauan en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cauiuos, rescutando a vno que fuesse a Valencia, o Mallorca, con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los q̄ le auian rescutado, y nunca auian buuelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad q̄ nos dezia, nos conto breuemente vn caso, que casi en aquella mesma sazon auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas extraño que jamas succedio en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efecto el vino a dezir, que lo que se podia y deuia hazer, era que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diesse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estado libres era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consentē, que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corso: porque se temen, que el que compra

Quarta parte de don

barca, principalmete si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos. Pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte con el en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancias, y con esta sombra el vendria a ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas: y puesto que a mi y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Moza dezia, no osamos contradezirle, temerosos que sino haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida dicramos todas las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado: y en aquel mismo punto se le respondio a Zorayda, diziendole que hariamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo auia aduertido tambien, como si Lela Marié se lo huiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, o ponello luego por obra. Ofrecimele de nueuo de ser su esposo, y con esto otro dia, que acaecio a estar solo el baño, en diu. rsas vezes con la caña y el paño nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel, donde dezia, que el primer juma, que es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescate yo, dando

do el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazón se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniessse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreuia que luego se desembolsasse el dinero. El Iueves antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisó de su partida: rogandome, que si me rescataffe, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras, que así lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiuu le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescataffen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescutado, y a ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen, y les persuadiessse el diablo que hiziesse alguna cosa en perjuizio de Zorayda: q̄ puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en aventura, y así los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

Quarta parte de don

Cap. XLI. Donde toda via prosigue el cautiuo su
sucesso.

NO Se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia cõprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que le llamaua Sargel, que està treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viaje en compaõia del Tagarino, que auia dicho. Tagarinos llaman en Berueria a los Moros de Aragon, y a los de Granada Mudejares, y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que està no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua, y alli muy de proposito se ponía el renegado con los Morillos que bogauan el remo, o ya a hazer la çala, o a como por enfayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daua sin conõcelle: y aunque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixo, y dezille, que el era el q̄ por orden mia le auia de llevar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue posible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, o su padre se lo manden. De
Chris-

Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huiera pesado que el la huiera hablado, que quiza la alborotara, viendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia: el qual viendo, quan seguramente yua y venia a Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas volúdad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescitado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescitados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles todos valientes hombres del remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian lleuado toda la gente de remo, y estos no se hallaran sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a acabar vna galeota que tenia en Artillero. A los quales no les dixè otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessem vno a vno disimuladamente, y se fuessem la buelta del jardin de Agumorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viessem a otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me fal-

Quarta parte de don

taua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auilar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobresaftasse, si de improuiso la asfaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y asì determinè de yr al jardin, y ver si pòdria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy alla, y la primera persona con quien encontrè fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berueria, y aun en Costantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscava en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnautè Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscava de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el consigoiente, si era hombre de rescate o no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto, y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia y de espacio, la llamò y mandò que llegasse. Demasiada cosa serìa dezir yo agora la mucha

cha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostro a mis ojos: solo dire, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vsança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, o axorcas de los pies en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas, y las que trahia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las Moras, es adordarnarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener assi mismo mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podra conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, o acrecentarse: y es natural cosa que las passiones del animo la leuanten, o abaxen, puesto que las mas vezes la destruyen: digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, o a lomenos a mi me parecio serlo la mas q̄ hasta entonces auia visto: y cõ esto viendo las obligaciones

Quarta parte de don

en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnaute Mami, y que venia a buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo dicho, me preguntò, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondió: En verdad, que si tu fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porq̃ vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis, y os hazeis pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratare con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixi: porque està aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana a la vela, y pienso yrme en el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar a que vengán baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respõdi yo: aunque si como ay nueuas que viene ya vn baxel de España, es verdad, toda via yo le aguardare, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bié quiero, es tanto, que no me dexará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de fer sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso

esso desleas yr a verte con tu muger? No soy, respondi yo casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama a quié se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riyó muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deve de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veras como te digo verdad. Seruiamos de intérprete a las mas de estas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho, alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, q̄ por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes bozes, que por las bardas, o paredes del jardin, auia saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresáltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros, que a ellos estan sugetos, que los tratan peor que si fuesen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retirate a la casa, y encierrate en tãto q̄ yo voy a hablar a estos canes, y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en bué hora, y lleuete Ala có bié a tu tierra. Yo me incline, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començo a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero apenas el se encubrió con los arboles del

jardin,

Quarta parte de don

jardin, quando ella boluiendose a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Y o la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera fin ti: el primero luma me aguarda, y no te sobrefaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixeste esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn brazo al cuello, con desmayados passos començò a caminar hàzia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura q̄ os he contado, con vn brazo al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yuimos, y nosotros vimos que el nos auia visto: pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia: pero como ella no le respondiessse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobrefalço de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa hija que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho,
y los

y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dixen yo a su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quedate en paz, y con tu licencia boluer, si fuere menester, por yeruas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podras boluer, respondió Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enjoauan, sino que por dezir que los Turcos se fuesen, dixo que tu te fueses, o porque ya era hora, que buscasles tus yeruas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodee muy bien, y a mi plazer todo el jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia passado al Renegado, y a mis compañeros. Y ya no vela la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado: y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen suceso que deseauamos. Porque el Viernes, que se siguió al dia que yo con Zorayda hablè en

el

Quarta parte de don

el jardin Morrenago al anochecer, dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua: ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrededores. Todos estauan suspensos y alborozados, aguardandome, desseosos ya de enuestir con el baxel, que a los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros que dentro de la barca estauan. Sucedió pues, que assi como yo me mostre, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiempo que la ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero a los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien a todos lo que dezia, y assi sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui,
fino

sino quiere que le cueste la vida. Ya a este tiempo auian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a su Arraez, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando a los Moros, que si alcanuan por alguna via o manera la voz, que luego al punto los passarian todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendonos assi mismo el renegado la guia, fuymos al jardin de Agui-morato, y quiso la buena suerte, que llegando a abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y assi con gran quietud y silencio llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos a vna ventana, y assi como sintio gente, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuvo vn punto, porque sin respóderme palabra, baxó en vn instante. abrio la puerta, y mostrose a todos tan hermosa, y ricamente vestida que no lo aciero a encarecer: luego q̄ yo la vi le tomè vna mano, y la coméce a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian hizieron lo que vieron q̄ nosotros haziamos, q̄ no parecia sino q̄ le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de nra libertad.

El

Quarta parte de don

El Renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondió, que si, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicò el Renegado, y lleuarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor este hermoso jardin. No dixo ella, a mi padre no se ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aura para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaros vn poco y lo vereys. Y diziendo esto, se boluio a entrar, diziendo, que muy presto bolueria, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al Renegado, lo que con ella auia passado, el qual me lo conto, a quien yo dixè, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya que boluia cargada con vn cofrezillo lleno de escudos de oro, tantos, que a penas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose a la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes y desafortadas bozes, començo a dezir en Arauigo, Christianos, Christianos, ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de fer sentido, con grandissima presteza subio donde Aguimorato estaua, y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar a la Zorayda, que como desmayada se
auia

auia dexado caer en mis braços: en resolución los q̄ subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando quã de su voluntad se auia puesto en n̄ras manos. Mas entóces siédo mas necesarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole a dezir el renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: el como vio alli a su hija començò a suspirar ternissimamente, y mas quãdo vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defender, quejarse, ni esquiarse, se estaua queda: pero có todo esto callaua, porque no pudiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli a su padre, y a los demas Moros que atados estauan, le dixo al renegado, que me dixesse le hiziesse merced de soltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delãte de sus ojos, y por causa suya llevar cautiuo a vn padre que tanto la auia querido. El renegado me lo dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el

Quarta parte de don

respondio, que no conuenia, a causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotariá la ciudad, y serian causa que salieffen a buscarlos có algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudieffemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era darles libertad en llegando a la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian a no hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y començamos, encomendandonos a Dios de todo coraçon, anauegar la buelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero a causa de soplar vn poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pela dumbre nra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae fenta millas de Argel: y así mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancia de Tetuan, aunque cada vno por sí, y por todos jutos presumiamos de que si se encótraua galeota de mercancia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudieffemos acabar nuestro viaje. Y ua Zorayda, en tanto que se nauegaua, puesta la cabeça entre mis manos, por no ver a su padre, y sentia yo que yua llamando a Le-
la

la Marien, que nos ayudasse. Bien auriamos nauigado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese, pero con todo esso nos fuymos a fuerça de braços entrando vn poco en la mar, que ya estaua algo mas foflegada, y auiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogasse a quarteles en tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda la barca, puesto que los que bogauan dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diessen de comer los que no bogauan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto començò a soplar vn viento largo que nos obligò a hazer luego vela, ya dexar el remo, y endereçar a Oran por no ser posible poder hazer otro viaje: todo se hizo con mucha presteza, y assi a la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuesse. Dimos de comer a los Moros uagarnos, y el renegado les consolò, diziendoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, o Christianos, mas el darmel libertad, no me rengais por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, especialmente sabiendo quié foy yo, y el interese que se os puede seguir de darmela, el qual interese si

Quarta parte de don

le quereys poner nóbre desde aqui os ofrezco todo aquello que quisiereades por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò a llorar tan amargamente, que a todos nos mouio a compassion, y forçò a Zorayda, que le mirasse, la qual viendole llorar assi se enternecio, q̄ se leuantò de mis pies, y fue a abraçar a su padre, y juntando su rostro con el suyo, començaró los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acompañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: Que es esto hija, q̄ ayer al anochecer, antes que nos sucedieffe esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizalle con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Respondeme a esto, que me tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuso, y preguntole que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondieffe, le respondió: No te canies señor en pregun-

tar a Zorayda tu hija tantas cosas, porque con vna que yo te responda te satisfare a todas: y assi quiero, que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado, como el q̄ sale de las tinieblas de la luz de la muerte a la vida, y de la pena a la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? Assi es, respondió Zoraida. Que en efeto, replicó el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondió Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendió a dexarte, ni a hazerte mal, sino a hazerme a mi bié. Y que bien es el que te has hecho hija? Effen, respondió ella, preguntafelo tu a Lela Marien, que ella te lo sabra dezir mejor que no yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increíble presteza se arrojò de cabeça en la mar, dõ de sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo, y embaraçoso que traya no le entretuuiera vn poco sobre el agua. Dio bozes Zorayda que le sacafsen, y assi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le facamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno, y doloroso llanto. Boluimosle boca abaxo, boluiò mucha agua: tornò en si alcabo de dos horas, en las quales auendosi trocado el viento nos conuino bol-

Quarta parte de don

uer házia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze al lado de vn pequeño promótorio o cabo, que de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesidad les fuerça a ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proveydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora de todo nuestro coraçon que nos ayudasse, y fauoreciesse, para que felicemente dieffemos fin a tan dichoso principio. Diose orden a suplicacion de Zorayda como echassemos en tierra a su padre, y a todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo afsi al tiempo de la partida: pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oydas del cielo, que en
nuestro

nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornassemos alegres a profeguir nuestro començado viaje. Viendo esto desatamos a los Moros, y vno a vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo: Por que pensays Christianos que esta mala hembra huela de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos: ni penseys que la ha mouido a mudar religiõ, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algùn desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder de estos perros naturales enemigos nros. Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que lleuaua termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli a bozes prosiguió en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auernos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arran-

Quarta parte de don

carfe las barbas, mellarfe los cabellos, y arrastra-
se por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal
manera que podimos entender que dezia: Buelue
amada hija, buelue a tierra q̄ todo te lo perdono,
entrega a effos hombres esse dinero que ya es su-
yo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que
en esta desierta arena dexarà la vida si tu le dexas.
Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sen-
tia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respondelle pa-
labra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Mariè,
que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella
te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no pu-
de hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos
Christianos no deuen nada a mi voluntad, pues aũ
que quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi
casa, me fuera imposible, segun la priessa que me
daua mi alma a poner por obra esta q̄ a mi me pare-
ce tan buena, como tu padre amado la juzgas por
mala. Esto dixo a tiempo que ni su padre la oya, ni
nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo a
Zorayda atendimos todos a nuestro viaje, el qual
nos le facilitaua el proprio viento, de tal manera,
que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al
amanecer en las riberas de España: mas como po-
cas vezes, o nũca viene el biè puro, y sèzillo sin ser
acompañado, o seguido de algun mal que le turbe
o sobresalte, quiso nuestraventura, o quiça las mal-
diciones que el Moro a su hija auia echado, que
siempre se han de temer de qualquier padre que
sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y siè-
do.

do ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porq̃ el prospero viento nos quitaua del trabajo de auerlos menester con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros vn baxel redondo que con todas las velas tentidas, lleuando vn poco a orça el timon delante de nosotros atrauessaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos assi mesmo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxel a preguntarnos quien eramos, y adonde nauagauamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno respóda, porque estos sin duda son cofarios Franceses, que hazen a toda ropa: por este aduertimiento ninguno respondió palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedaua sotauento de improuiso soltaró dos pieças de artilleria, y a lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con yna cortaró nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça vino a dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr a fondo, començamos todos a grandes bozes a pedir socorro, y a rogar a los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegauamos: amaynaró entóces, y echando el esquife o barca a la mar, entraron en el hasta doze Fran-

Quarta parte de don

ses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y assi llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia nos recogieron, diciendo, que por auer vsado de la descortesia de no respondelles nos auia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Franceses, los quales despues de auerse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y a Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que trahia en los pies, pero no me daua a mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia de que auian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua, pero los desseos de aquella gente no se estienden a mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, lo qual entonces llegó a tanto, que aun hasta los vestidos de cauiuos nos quitaran si de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar embultos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados siendo

do descubierto su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado a mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiesse, y yrse a la Rochela de donde auia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquite de su nauio, y todo lo necessario, para la corta nauigacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya a vista de tierra de España, con la qual vista, todas nuestras pesadumbres, y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si no huuieran passado por nosotros tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que que xosos: ellos se hizieron a lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar a otro Norte, que a la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta priessa a bogar, que al poner del Sol

Quarta parte de don

Sol estauamos tan cerca, que bien pudieramos a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche, pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estauamos, no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, diziendo, que diessemos en ella, aunque fuesse en vnas peñas, y lexos despoblado, porque assi assegurariamos el temor que de razon se deuia tener, que por alli anduuiessen baxeles de cosarios de Tectuan, los quales anohecen en Berberia, y amanecen en las Costas de España, y hazen de ordinario presa, y se bueluen a dormir a sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fue, que nos llegassem poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi, y poco antes de la media noche feria, quando llegamos al pie de vna disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar: que no concediesse vn poco de espacio, para poder desembarcar comodamente, enuestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo, y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias a Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, que nos auia hecho: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra, y subimonos vn grandissimo trecho en la montaña, porque

aua

aun alli estauamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo quifieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria, o algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra a dentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubriessimos quien nos diese noticia della: pero lo q̄ a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansaua a ella mi cansancio, que la reposaua su reposo, y assi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciencia, y muestras de alegria lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegó a nueitros oydos el son de vna pequeña esquila, señal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y a lo que despues supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron, fueron el renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estauan sobre el, y metiendose con estraña lijereza por el bosque adelante

Quarta parte de don

lante començo a dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas bozes quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos, pero considerando que las bozes del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a verlo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas del Turco, y se vistiese vngilequelco, o casaca de cautino que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa, y asì encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la Costa, y no nos engañò nuestro pensamiento porq̃ aun no aurian pasado dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas, avn llano descubrimos hasta cincuenta caualleros, que con gran ligereza corriendo a media rienda a nosotros se venian, y asì como los vimos nos estuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscauan, tanto pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntò si eramos nosotros a caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado al arma: Si, dixè yo, y queriendo començar a dèzirle, mi suceso, y de donde veniamos, y quien eramos: vno de los Christianos que con nosotros venian conocio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduxido, porque

si

si yo no me engaño, la tierra q̄ pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos señor, que nos preguntays quien somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cauallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo que aueys tenido milagrosa libertad. Assi es respondió el moço, y tiempo nos quedara para contaros lo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apareó de sus caualllos, y cada vno nos combidaua con el suyo para lleuarnos a la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estaua. Algunos dellos boluieron a lleuar la barca a la ciudad, diziendoles dóde la auia mos dexado: otros nos subieró a las ancas, y Zorayda fue en las del cauallo del rio del Christiano. Salionos a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabiã la nueua de nra uenida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos, porque toda la gente de aquella Costa esta hecha a ver a los vnos, y a los otros, pero admirauanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y fazon estaua en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegria de

Quarta parte de don

de verse ya en tierra de Christianos sin sobrefalto de perderse, y esto le auia sacado al rostro tales colores, que sino es que la aficion entonces me engañaua, o fare dezir, que mas hermosa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huiesse visto. Fuymos derechos a la Iglesia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y asy como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia rostros que se parecian a los de Lela Marié: diximosle que eran imagines fuyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significauan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada vna de dellas la misma Lela Marié, q̄ la auia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto acerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos lleuaron, y repartierò a todos en diferentes casas del pueblo, pero al renegado, Zorayda ya mi nos lleuò el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente erã acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuuimos en Velez, alcabo de los quales el renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue a la ciudad de Granada a reducirse por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santissimo de la Iglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y siruiendola yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de

ver si mi padre es viuo, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra fuerte me pudie ra venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleua las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruir la todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo, de ver me suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que dezir de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auerlos contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Capit. XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.



ALLO en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Porcierto señor capitan, el modo con que auer contado este extraño suceso, ha sido tal,

K K que

Quarta parte de don

que y guala a la nouedad, y estrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera, el gusto q̄ hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana, entretenidos en el mesmo cuento, holgaramos que de nuevo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas, se le ofrecieron, cō todo lo a ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, q̄ el capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse cō el, que el haria que el Marques su hermano, fuesse padrino del bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cautiuo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò a la venta vn coche, con algunos hombres de acauallo: pidieron posada, a quien la ventera respondio, que no auia en toda la venta, vn palmo defocupado. Pues aunque esso sea, dixo vno de los de acauallo, que auian entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la guespada, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, que si deue de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar a su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero a este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que en el

en el traje mostrò luego el oficio, y cargo q̄ tenia. Porq̄ la ropa luenga, cò las mangas arrocadas, q̄ vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiraciõ su vista. De suerte, que a no auer visto a Dorotea, y a Lusinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallo se don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y assi como le vio, dixo: Seguraméte puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y deuidirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallarà las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Lusinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos guespedes, y a las que la

Quarta parte de don

venterales auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el cura, le hizieron mas llanos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oydor entrò confuso, asì de lo que veyá, como de lo que escuchaua, y las hermosas de la venta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la apostura de don Quixote, le desatinaua: y auiendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y asì fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barruntos, de que aquel era su hermano, preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondió, que se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el auia visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando,

a Car-

á Cardenio, y al cura, les contô lo que passaua, certificâdoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era su hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recebia con buenas entrañas. Dexéme a mi el hazer essa experiencia, dixo el cura, quãto mas que no ay pensar, sino que vos señor capitan fereys muy bien recebido. Porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, nõ da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el capitan, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el cura: Del mesmo nõbre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Constantinopla, dõde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase, respondió el cura, Ruy-

Quarta parte de don

perez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Montañas de Leon. El qual me contó vn caso, que su padre con sus hermanos le auia sucedido, que a no contarmelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por conseja, de aquellas que las viejas cuentan el inuierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y se yo dezir, que el que el escogio, de venir a la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro braço, que el de su mucha virtud, subio a ser capitán de infanteria, y a verse en camino, y predicamento, de ser presto Maestre de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, alli la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes sucessos, nos hallamos camaradas en Costantinopla. Desde alli vino a Argel, donde se que le sucedio vno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el cura, y con breuedad sucinta, contó lo que con Zorayda, a su hermano auia sucedido. A todo lo qual, estava tan atento el Oydor, que ninguna vez auia sido tan oydor como entonces. Solo llegó el cura al punto, de quando los Franceses despojaron a los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necesidad en que su camarada, y la hermosa Mora auian quedado. De los quales, no auia sabido en que auian parado, ni si auian llegado a España, o lleuados los Franceses a Francia. Todo lo que el

cura

cura dezia, estaua escuchando algo de alli desuiado el capitan, y notaua todos los mouimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el cura auia llegado al fin de su cuento, dando vn grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O señor, si supießedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello, con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me salen por los ojos. Este capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que a vuestro parecer le oyßes. Yo segui el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me han puesto en el grado q̄ me veys. Mi menor hermano, està en el Piru tan rico, q̄ con lo que ha embiado a mi padre, y a mi, ha satisfecho bié la parte que el se lleuò. Y aun dado a las manos de mi padre, con q̄ poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansime smo, he podido cõ mas decécia, y autoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en q̄ me veo. Viue aũ mi padre muriendo, cõ el desseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios cõ cõtinas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta q̄ el vea cõ vida a los de su hijo. Del qual me marauillo, siẽdo tan discreto, como en tãtos trabajos, y afliciones, o prosperos successos, se aya descuydado de dar noticia de si, a su padre, q̄ si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera necesidad de aguardar al milagro de la caña, para al-

Quarta parte de don

cançar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es, de pensar si aquellos Franceses le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir su hurto. Esto todo sera, que yo profiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estauas, que yo te fuera a buscar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los mios. O quien llevara nueuas a nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te sacará tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa, y liberal, quien pudiera pagar el bié que a vn hermano hiziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compafsion, con las nueuas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oyan, le acompañauan, en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima. Viendo pues el cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desleaua el capitan, no quiso tenerlos a todos mas tiempo tristes, y assi se leuató de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron, Lusciná, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el capitan a ver lo que el cura queria hazer, que fue, que tomándole a el, asimesmo de la otra mano, con entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualteros estauá, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el bien que acertare a deslearse, pues teneys delante a vuestro bué hermano,

mano, y a vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixen, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostrays la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el capitan a abraçar a su hermano, y el le puso anchas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le vuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pèrse, quanto mas escriuirse. Allí en breues razones, se dieron cuenta de sus successos, allí mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos, allí abraçò el Oydor a Zorayda, allí la ofrecio su hacienda, allí hizo que la abraçasse su hija, allí la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima, renouaron las lagrimas de todos. Allí don Quixote estaua atèto, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños successos, atribuyendolos todos a quimeras, de la andante caualeria. Allí concertaron, que el capitan, y Zorayda, se boluiesse con su hermano a Sevilla, y auisassen a su padre, de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniessse a hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor posible, dexar el camino que lleuaua, a causa de tener nueuas, que de allí a vn mes, partia flota de Sevilla, a la Nueva España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres, del buen successo del cautiuo, y

Quarta parte de don

como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse , y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio a hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigãte, o otro mal andante follon , no fueffen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura , que en aquel castillo se encerraua. Agradecieronlo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta, del humor extraño de don Quixote , de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros , como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodados , como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta , a hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Succedio pues, que faltando poco por venir el alua, llegó a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligó a que todas le prestassen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua , a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bié cantaua, y era vna voz sola , sin que la acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas , llegó a la puerta del aposento Cardenio , y dixo: Quien no duerme escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Y lo oymos señor , respondió Dorotea. Y con esto se fue

fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion possible. Entendio que lo que se cantaua era esto,

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo,
Nauego sin esperança,
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella, y resplandeciente,
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Ya si nauego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el vso,
Son nuues que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
O Clara, y luziente estrella,
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras,
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua a este punto, le parecio a Dorotea, que no seria bien, que dexasse Clara de oyr.

108 *Quarta parte de don*

de oyr vna tan buena voz, y assi mouiendola a vna, y a otra parte, la despertò, diziendole: Perdoname niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiza auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo qual estuuo atenta Clara. Pero apenas vuo oydo dos versos, que el q cantaua yua prosiguiendo, quando le tomò vn temblor tan extraño, como si de algun graue accidente de quartana estuuiera enferma, y abraçandose estrechamente con Teodora, le dixo: Ay señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes, que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr, a esse desdichado musico. Que es lo que dizes niña, mira que dizen que el que canta, es vn moço de mulas? No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le sera quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se auentajauan en mucho, a la discrecion que sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por ahora, que no quiero perder por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo, de oyr al que cãta, que me parece que con nuevos versos, y nuevo tono, torna a su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por

por no oylle, se tapò con las manos entrambos oy-
dos, de lo que tambien se admirò Dorotea. La qual
estando atenta a lo que se cantaua, vio que profe-
guian en esta manera.

Dulce esperançã mia,
Que rompiendo impossibles, y malezas,
Sigue firme la via,
Que tu mesma te finges, y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passo junto al de tu muerte.
No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos,
Los que no contrastando a la fortuna,
Entregan desualidos,
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias,
Tal vez alcançan impossibles cosas,
Y ansi aunque con las mias,
Sigo de amor las mas dificultosas,

No por

Quarta parte de don

No por esso rezelo,

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz , y principio a nuevos follos: ços Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, que desseaua saber la causa de tan suaue canto, y de tan triste lloro. Y assi le boluio a preguntar, que era lo que le queria dezir denantes? Entonces Clara temerosa, de que Lusinda no la oyesse , abraçando estrechamente a Dorotea , puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguraméte podia hablar, sin ser de otre sentida. Y assi le dixo: Este que canta señora mia , es vn hijo de vn cauallero , natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares , el qual uiuia frontero de la casa de mi padre , en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa , con lienços en el inuierno , y zelosias en el verano , yo no se lo que fue, ni lo que no , que este cauallero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la Yglesia, o en otra parte : finalmente, el se enamorò de mi , y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa , con tantas señas, y con tantas lagrimas , que yo le huue de creer , y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarse la vna mano con la otra, dandome a entender , que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que ansi fuera: como sola, y sin madre, no sabia có quien comunicallo , y assi lo dexè estar , sin dalle otro fabor , sino era quando estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o la zelosia , y dexarme ver toda , de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señas de boluerse loco. Llegose

gose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre, y afsi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminauamos, al entrar de vna posada, en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi a la puerta del meson, puesto en abito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conoci-le, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atrauieffa por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y confidero, que por amor de mi viene apie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y a donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escapar se de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo vera vueltra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, q̄ es muy gran estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo effo le quiero de manera, q̄ no he de poder vivir sin el. Esto es señora mia, todo lo q̄ os puedo dezir deste musico, cuya voz tâto os ha contentado, q̄ en sola ella, echareys biẽ de ver, q̄ no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como
yo os

Quarta parte de don

yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazón Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad q̄ venga el nuevo día, q̄ yo espero en Dios, de encaminar de manera vros negocios, q̄ tengan el felice fin, que tan honestos principios merecé. Ay señora, dixo doña Clara, q̄ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera q̄ aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quãto ay en el mudo. No querria, sino q̄ este moço se boluiesse, y me dexasse, quiza có no velle, y con la grã distancia del camino q̄ lleuamos, se me aliuiaria la pena que aora lleuo: aunq̄ se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprouechar bien poco: no se q̄ diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor q̄ le tengo, siédo yo tan muchacha, y el tã muchacho, que en verdad q̄ creo, q̄ somos de vna edad mesma, y q̄ yo no tengo cumplidos diez y seys años, q̄ para el día de san Miguel q̄ vendra, dize mi padre que los cumpla. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Reposemos señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaran las manos. Sollegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la vétera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua don Quixote, y que estaua fuera de la véta, armado, y a cauallo, haziendo la guarda, determinaró las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana que saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajar, por donde echauan la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y vierõ que don Quixote estaua a cauallo, recostado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia que con cada vno se le arrancaua el alma. Y assi mesmo oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi señora Dulzinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y vltimadamente, idea de todo lo prouechoso, honesto, y deleytable que ay en el mundo, y que farà agora la tu merced? Si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̃ a tantos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la fuya, la estás aora mirando, que o passeandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, està considerando como, salua su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que sosiego a mi cuytado: y finalmente, que vida a mi muerte, y q̃ premio a mis seruiçios. Y tu Sol, que ya deues de estar aprießa enfilando tus cauалlos, por madrugar, y salir a ver a mi señora, assi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en el rostro, que tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, que rãto

Quarta parte de don

te hizo sudar, y correr por los llanos de Tefalia, o por las riberas de Peneo, q̄ no me acuerdo bien por donde corríste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote, en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò a cecear, y a dezirle: Señor, mio, lle guese aca la vuestra merced, si es seruido. A cuyas señas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio a la luz de la Luna, que entonces estaua en toda su claridad, como le llamauan del agujero, que a el le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conuiene que las tengan tan ricos castillos, como el se imaginaua que era aquella venta: y luego en el instante se le representò en su loca imaginacion, que otra vez como la passada, la donzella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaua a solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y se llegó al agujero, y assi como vio a las dos moças, dixo: Lastima os tengo, hermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes, en parte dõde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a este miserable andante cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad a otra, que aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significarme mas vuestros desleos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi

otra

otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de daros la en continente, si bien me pidiessedes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erã todos culebras: o ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondió don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el grã desseo que a este agujero la ha traydo, tan a peligro de su honor, q̃ si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respondió don Quixote, pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes, q̃ sin duda dō Quixote daria la mano q̃ le auian pedido, y proponiendo en su pensamiēto lo que auia de hazer, se baxò del agujero, y se fue a la cauelleriza, dōde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cō mucha presteza se boluio a su agujero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, donde se imaginaua estar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mūdo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la be-

Quarta parte de don

seys, fino para que mireys la contestura de sus nervios, la trauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, q̄ tal deue de ser la fuerza del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agujero, atò lo que quedaua al cerrajo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vègueys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque afsi como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron, muertas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, merido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrajo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, q̄ si Rozinante se desuiaua a vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y afsi no osaua hazer mouimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar q̄ estaria sin mouerse, vn figlo entero. En resolucion, viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dio a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si,

su

fu poca discrecion, y discurso, pues aujendo salido tan mal la vez primera, de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de caualleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no salido bien cõ ella, es señal que no està para ellos guardada, sino para otros, y assi no tienen necesidad de prouarla segunda vez. Con todo esto tiraua de su braço, por ver si podia soltarse, mas el estaua tan bien asido, que todas sus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouiessse: y aunque el quisiere sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Allí fue el dessear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: allí fue el maldezir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que allí estuuiessse encantado, que sin duda alguna se auia creydo que lo estaua. Allí el acordarse de nueuo, de su querida Dulzinea del Toboso: allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante, de la madre que lo auia parido: allí llamó a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen: allí inuocò a su buena amiga Virganda, que le socorriessse: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado, y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que cõ el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia:

101 *Quarta parte de don*

y creía que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auia de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque a penas comenzó a amanecer, quando llegaron a la venta, quatro hombres de a cauallo, muy bien puestos, y adreçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que aiaz de claro està, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol estè tendido por todo el fuelo: desuiaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar estas ceremonias: si soys el ventero mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar ceuada a nuestras caualgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos caualleros que tengo yo talle de ventero, respondió don Quixote? No se de que teneys talle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicò don Quixote, y aun de los mejores de toda esta prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reues, dixo el caminante.

caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y ferà, si a mano viene, que deue de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas, y cetros que dezis. porque en vna venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojã personas dignas de corona, y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò don Quixote, pues ignorays los casos q̄ suelen acòtercer en la caualleria andãte. Cãfauanse los cõpañeros q̄ con el preguntante veniã, del coloquio q̄ con don Quixote passaua, y asì tornaron a llamar cõ grande furia, y fue de modo, q̄ el ventero despertò, y aũ todos quantos en la vëta estauã, y asì se leuantò a pregũtar quien llamaua. Succedio en este tiempo, q̄ vna de las caualgaduras en q̄ venian los quatro q̄ llamauan, se llegó a oler a Rozinante, q̄ melancolico, y triste, con las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aũ q̄ parecia de leño, no pudo dexar d̄ resentirse, y tornar a oler a quiẽ le llegaua a hazer caricias: y asì no se huuo mouido tãto quãto, quãdo se desuiaron los juntos pies de dõ Quixote, y resbalando de la silla, dierã con el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa q̄ le causò tanto dolor, q̄ creyò, o que la muñeca le cortauan, o que el braço se le arracaua, por q̄ el quedò tã cerca del suelo, q̄ con los extremos de las puntas de los pies, besaua la tierra, q̄ era en su perjuizio, por q̄ como sentia lo poco q̄ le faltaua para poner las plãtas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo: biẽ asì como los q̄ estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, q̄ ellos mesmos son causa de

Quarta parte de don

acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren llegaràn al suelo.

Cap. XL IIII. Donde se prosiguen los inanditos sucessos de la venta.

EN Efeto, fueron tantas las voces que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despauorido, a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizierõ lo mesmo. Maritornes, q̄ ya auia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegãdose a el le preguntaron, que tenia, que tales voces daua? El sin responder palabra, se quitò el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, abraçò su adarga, enristrò su lançon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desmièto, le rieto, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes, de las palabras de don Quixote, pero el ventero les quitò de aquella admiracion, diziendoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia llegado

llegado a aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que trahia el amante de doña Clara. El ventero respondió, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aqui deue de estar sin duda, porque este es el coche que el dizen que sigue: quedese vno de nosotros a la puerta, y entren los demas a buscarle: y aun seria bié, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Afsi se hara, respondió vno dellos, y entrandose los dos dentro, vno se quedó a la puerta, y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veía el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyo que buscauan aquel moço, cuyas señas le auian dado. Ya a esta sazón aclaraua el día, y afsi por esto, como por el ruydo que don Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobrefalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el desseo de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondian a su demanda, moria y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su caualleria, que licitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y fe, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que auia prome-

Quarta parte de don

tido, el enuistiera con todos, y les hiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no conuenirle, ni estarle bien començar nueua empresa, hasta poner a Micomicona en su Reyno, huuo de callar, y estarse quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallò al mancebo que buscaua, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le trauò del braço, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos soys el habito que reneys: y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiose el moço los soñolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobresalto, que no acertò, o no pudo hablarle palabra por vn buen espacio: y el criado profiguio, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, señor don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta a casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo don Luys, que yo venia este camino, y en este traje? Vn estudiãte, respondió el criado, a quié distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, mouido a lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echò menos, y asì despachò a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro seruicio, mas contentos de lo q̄ imaginar se puede, por el bué despacho.

cho con que tornaremos, lleuando os a los ojos que tanto os quieren. Eſto ſerà como yo quiſiere, o como el cielo lo ordenare, reſpondio don Luys. Que aueys de querer, o q̄ ha de ordenar el cielo, fuera de conſentir en bolueros, porque no ha de ſer poſſible otra coſa? Todas eſtas razones q̄ entre los dos paſſan, oyó el moço de mulas, junto a quien don Luys eſtaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo q̄ paſſaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, q̄ ya veſtido ſe auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel muchacho, y las razones que paſſauan, y como le queria boluer a caſa de ſu padre, y el moço no queria: y con eſto, y con lo que del ſabian de la buena voz q̄ el cielo le auia dado, vinieron todos en gran deſſeo de ſaber mas particularmente quié era, y aũ de ayudarle, ſi alguna fuerça le quiſieſſen hazer, y aſi ſe fueron hàzia la parte dō de aun eſtaua hablando, y porſiando con ſu criado. Salia en eſto Dorotea de ſu apoſento, y tras ella doña Clara, toda turbada: y llamãdo Dorotea a Cardenio a parte, le cõtò en breues razones la historia del muſico, y de doña Clara: a quié el tambié dixo lo q̄ paſſaua, de la venida a buſcarle los criados de ſu padre, y no ſe lo dixo tan callando, q̄ lo dexaſſe de oyr Clara, de lo q̄ quedò tan fuera de ſi, q̄ ſi Dorotea no llegara a tenerla, diera cõſigo en el ſuelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̄ ſe boluieſſen al apoſento, q̄ el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya eſtauan todos los quatro q̄ venian a buſcar a dō Luys dentro de la veta, y rodeados del, perſuadiendole, q̄ luego ſin detenerſe vn punto, boluieſſe a cõſolar a ſu padre. El reſpondio, q̄ en ninguna manera

Quarta parte de don

lo podia hazer , hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningun modo boluerian sin el, y que le llevaria, quisiessse, o no quisiessse. Effeno no hareys vosotros, replicò don Luys , sino es lleuandome muerto : aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya a esta sazón auian acudido a la porfia, todos los mas que en la venta estauan , especialmente Cardenio , don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Quixote, que ya le parecio q̄ no auia necesidad de guardar mas el castillo . Cardenio, como ya sabia la historia del moço , preguntò a los que lleuarle querian , que que les mouia a querer lleuar contra su voluntad aquel muchacho ? Mueuenos , respondió vno de los quatro , dar la vida a su padre , que por la ausencia deste cauallero, queda a peligro de perderla . A esto dixo don Luys: No ay para q̄ se de cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre , y boluere, si me diere gusto , y fino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Hara se la auetra merced la razón, respondió el hombre, y quando ella no bastare con V. m. bastará con nosotros para hazer a lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre q̄ lo conocio, como vezino de su casa, respondió: No conoce V. m. señor Oydor a este cauallero , q̄ es el hijo de su vezino , el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tan indecente a su calidad, como V. m. puede ver? Mirole entòces el Oydor, mas atetamete, y conociole, y abraçadole, dixo: Que niñerías son estas señor dō Luys, o que

o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se foflegassen, que todo se haria bien, y tomãdo por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella? Y en tãto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes q̄ aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuiã, mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y asì le començaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuuo necesidad de dar voces, y pedir focorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas defocado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera, dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hõbres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondio don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Ferosa dõzella, no ha lugar por aora vuestra peticiõ, porq̄ estoy impedido de entremeterme en otra auentura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podre hazer por seruiros, es lo que aora dirè: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretèga en essa batalla

lo

Quarta parte de don

lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licēcia a la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, q̄ si ella me la da, tened por cierto q̄ yo le sacarē della. Pecadora de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua delante: primero que V. m. alcance essa licencia que dize, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quixote, que como yo la tenga, poco hara al caso que el esté en el otro mundo, q̄ de alli le sacarē, a pesar del mismo mundo que lo contradiga: o por lo menos, os dare tal vengança de los que alla le huuieren embiado, que quedeys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole cō palabras cauallerescas, y andantescas, que la su grãdeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princesa se la dio de buen talante: y el luego, abraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero asì como llegó embaçò, y se estuuò quedò, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian, que en que se detenia, que socorriessè a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño del

del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltará quien le socorra, o sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondió al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida a pie, y de tan vil traje vestido: a lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi volûtad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de fer mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla, donde quiera que fuesse, como la faeta al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, fabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureys a hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: q̄ si mi padre, lleuado de otros disignios suyos, no gustare deste biẽ q̄ yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, q̄

las

Quarta parte de don

las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo: y el Oydor quedó en oyrlle, suspenso, confuso, y admirado, así de auer oydo el modo y la discrecion con que don Luys le auia descubierta su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se foflegasse por entonces, y entretuuiese a sus criados, que por aquel dia no le boluiesen, porque se tuuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuuiesse. Besole las manos por fuerza, don Luys, y aun se las bañó con lagrimas, cosa q̄ pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto, ya auia conocido quan bien le estaua a su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, q̄ pretendia hazer de titulo a su hijo. Ya a esta sazón estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auian pagado todo lo que el quiso, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la plática del Oydor, y la resolución de su amor: quando el demonio que no duerme, ordenó, que en aquel mesmo punto entró en la ventá el Barbero a quien don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno que trocó cō los del suyo: el qual Barbero, lleuando su jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança, que estaua adereçando no se que de la albarda, y así como la vio la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diciendo: A don ladró, que aqui os tengo, venga mi vazia, y mi

y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improviso, y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano asio de la albarda, y con la otra dio vn moxicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre: pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pèdencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazièda me quiere matar este ladrò salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, q̄ yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quixote estos despojos. Ya estaua don Quixote delante con mucho contento de ver quã bien se defendia, y ofendia su escudero, y ruole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armalle cauallero en la primera ocasion que se le ofrecièsse, por parecerle que seria en el bien empleada la ordè de la caualleria. Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pèdencia, vino a dezir: Señores assi esta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y assi la conozco, como si la huiera parido, y ahi està mi asno en el establo, que no me dexara mentir, sino prueuensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, q̄ el mismo dia q̄ ella se me quitò, me quitaron tambien vna bazia de aço far nueva que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo contener dõ Quixote sin responder, y ponièdole entre los dos, y apartãdoles, depositãdo la albarda en el suelo, q̄ la tuicièsse de manifesto hasta que la verdad se aclarasse, dixo:

Quarta parte de don

Porq̄ veã vuestras mercedes clara, y manifiestamẽre el error en q̄ estã este buen escudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y ferà, yelmo de Mambrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del cõ ligitima, y licita possessiõ: en to del albarda no me entremeto, q̄ lo q̄ en ello sabre dezir, es, q̄ mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste vécido couarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomò, y de auerse cõuertido de jaez en albarda, no sabre dar otra razón, sino es la ordinaria q̄ como estas trãsfomaciones se vè en los suceßos de la caualleria: para cõfirmacion de lo qual corre Sãcho hijo, y saca aqui el yelmo q̄ este buen hõbre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sãcho, sino tenemos otra prueua de nãa intencion, q̄ la q̄ vuestra merced dize, tã bazia es el yelmo de malino, como el jaez deste buè hõbre albarda. Haz lo que te mãdo, replicò dõ Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sãcho fue a do estaua la bazia, y la truxo, y asì como dõ Quixote la viola tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes con q̄ cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho y juro por la ordẽ de caualleria que professò, que este yelmo fue el mismo q̄ yo le quitè sin auer añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazõ Sãcho, porque desde q̄ mi señor le ganò hasta agora, no a hecho con el mas de vna batalla, quando librò a los sin ventura encadenados, y si no fuera por este vazielmo no lo passara entonces muy biẽ, porque huuo a saz de pedradas en aquel trance.

Cap.

Cap. XXXV. Donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas, con toda verdad.



VE Les parece a vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfia que esta no es bazia sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere cauallero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estaua presente como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desfatino, y llevar adelante la burla, para q̄ todos riesen: y dixo hablando cō el otro barbero. Señor barbero, o quien soys, sabed que yo tãbien soy de vuestro officio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiẽpo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siẽpre al mejor entendimiento, que esta pieçaque estã aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero estã tan lexos de serlo, como estã lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No porcierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera.

Quarta parte de don

Asi es, dixo el cura, que ya auia entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernádo, y sus camaradas: y aun el Oydor, sino estuiera tan pensatiuo con el negocio de dó Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco, o nada atendia a aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazón el barbero burlado, que es posible, que tanta gente honrada diga que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiración a toda vna Vniuersidad por discreta q̄ sea: Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de caualló, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho q̄ en esso no me entremeto de que sea albarda, o jaez. Dixo el cura, no está en mas de dezirlo el señor dó Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la vétaja. Por Dios señores míos, dixo dó Quixote, q̄ son tantas, y tã estrañas las cosas q̄ en este castillo, en dos vezes q̄ en el he alojado, me hã sucedido, q̄ no me atreua a dezir afirmatiuamēte ninguna cosa de lo q̄ acerca de lo q̄ en el se cõtiene se preguntare, por q̄ imagino q̄ quãto en el se trata ya por via de encãtamento: la primera vez me fatigó mucho vn Moro encãtado q̄ en el ay, y a Sancho no le fue muy biẽ cõ otros sus sequaces, y anoche estuue colgado deste braço casi dos horas, sin saber como ni como no vine acaer en aquella desgracia. Afĩ q̄ ponerme yo agora en cosa de tãta cõfusiõ a dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo q̄ toca a lo q̄ dizen que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo

tégo respõdido: pero en lo de declarar si essa es albarda, o jaez, no me atreuo a dar sentencia difinitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quiça por no ser armados caualleros, como yo lo soy, no tédran que ver có vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrá los entédimiẽtos libres, y podran juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real, y verdaderamẽte, y no como a mi me parecian. No ay duda, respondi a esto don Fernando, sino que el señor dõ Quixote ha dicho muy bien oy, que a nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya có mas fundamẽto, yo tomarè en secreto los votos destes señores, y de lo q̄ resultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos q̄ la teniã del humor de dõ Quixote, era todo esto materia de grãdissima rifa: pero para los que le ignorauã les parecia el mayor disparate del mûdo, especialmẽte a los quatro criados de dõ Luis, y a don Luis ni mas ni menos, y a otros tres passageros q̄ a caso auian llegado a la vëta q̄ tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo erã: pero el q̄ mas se desesperaua era el barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se le auia buelto en yelmo de Mabrino, y cuya albarda pësaua sin duda alguna, q̄ se le auia de boluer en jaez rico d̄ cauallo, y los vnos, y los otros se reyã de ver como andaua dõ Fernãdo tomãdo los votos de vnos en otros, hablãdolos al oydo, para q̄ en secreto declarassen si era albarda, o jaez aquella joya, sobre quiẽ tãto se auia peleado: y despues que huuo tomado los votos de aquellos q̄ a dõ Quixote conociã, dixo en alta voz: El caso es buẽ hõbre, que ya yo estoycãfado de tomar tantos pareceres, por q̄

Quarta parte de don

veo q̄ a ninguno pregunto lo q̄ desseo saber, que no me diga que es disparate el dezir q̄ esta sea albarda de jumeto, sino jaez de cauallo, y aũ de cauallo castizo, y asì aureis de tener paciencia, porq̄ a vuestro pefar, y al de vuestro asno este es jaez, y no albarda, y vos auéis alegado, y prouado muy mal de vuestra parte. No la tēga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero, si todos vuestras mercedes no se engañã, y q̄ asì parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla vã leyes, &c. y no digo mas: y en verdad q̄ no estoy borracho, que no me he desayunado si ð pecar no. No menos causauã risa las necedades q̄ dezia el barbero q̄ los disparates de dō Quixote, el qual a esta sazō dixo: Aqui no ay mas q̄ hazer, sino q̄ cada vno tome lo q̄ es suyo, ya quié Dios se la dio, S. Pedro se la bēdiga. Vno de los quatro dixo: Si ya no es q̄ esto sea burla pēsada, no me puedo persuadir q̄ hōbres de tã bué entendimieto como son, o parecē todos los q̄ aqui estan, se atreuã a dezir, y afirmar q̄ esta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo q̄ lo afirmã, y lo dizē, me doy aentēder q̄ no cacere de misterio el porfiar vna cosa tã contraria de lo q̄ nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porq̄ voto a tal, y arrojole redondo, q̄ no me den a mi aentender quantos oy viuen en el mūdo al reues de q̄ esta no sea bazia de barbero, y esta albarda de asno. Bié podria ser de borrica, dixo el cura. Tanto monta, dixo el criado, q̄ el caso no cōsiste en esso, sino en si es, o no es albarda, como vuestras mercedes dizē. Oyendo esto vno de los quadrilleros q̄ auia entrado, q̄ auia oydo la pēdencia, y quistiō lleno de colera, y de enfado, dixo:

Tan

Tan albarda es como mi padre, y el q̄ otra cosa ha dicho, o dixere deue de estar hecho vua. Mentis, como vellaco villano, respondió dō Quixote, y alçando el lançó, q̄ nūca le dexaua de las manos, le yua la descargar tal golpe sobre la cabeça, q̄a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros q̄ vieró tratar mal a su compañero alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero q̄ era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus cópañeros. Los criados de dō Luis rodearó a don Luis, porq̄ con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò a afir de su albarda, y lo mismo hizo Sâcho. Dō Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dō Luis daua voz a sus criados que le daxassen a el, y a corriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, q̄ todos fauorecian a dō Quixote. El cura daua voz: la ventera gritaua, su hija se affigia, Maritornes lloraua, Dorothea estaua confusa, Lucinda suspensa, y doña Clara desmayada, el barbero aporreaua a Sâcho, Sancho molia al barbero: dō Luis, aquié vn criado suyo se atreuio a asirle del braço, porq̄ no se fuesse, le dio vna puñada, q̄ le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defedia, dō Fernâdo tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero midiéndole el cuerpo cō ellos muy a su labor. El ventero tornò a reforçar la voz, pidiendo fauor a la santa Hermandad: de modo q̄ toda la véta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, pallos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad deste

caos, maquina, y laberinto de cosas se le representò en la memoria de dō Quixote, q̄ se veyá metido de hoz, y de coz en la discordia del cãpo de Agramãte: y asì dixo cō voz q̄ atronaua la vëta. Tégame todos, todos embayné, todos se folsieguë, oygãme todos si todos quieré quedar cō vida. Acuya grã voz todos se pararó, y el prosiguio, diziëdo: No os dixè yo señores q̄ este castillo era encãtado, y q̄ alguna regiõ de demonios deue de habitar en el, en cõfirmaciõ de lo qual quierõ q̄ veays por vñs ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el cauallõ, aculla por el aguila, aca por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entèdemos: véga pues vuestra merced señor Oydor, y vuestra merced señor cura, y el vno sirua de Rey Agramãte, y el otro de Rey Sobriño, y pōganos en paz, por q̄ por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria q̄ tanta gëte principal como aqui estamos se mate por causas tan liuianas: los quadrilleros q̄ no entèdiã el frasìs de dō Quixote, y se veyã malparados de dō Fernando, Cardenio y sus camaradas, no queriã folslegarse, el barberõ si, por q̄ en la pèdècia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sãcho a la mas minima voz de su amo obedecio, como buë criado: los quatro criados de don Luis tãbié se estuuieron quedos, viëdo quã poco les yua en no estarlo, solo el vëtero por siaua q̄ se auia de castigar las insolècias de aquel loco q̄ a cada passo le alborotaua la vëta: finalméte el rumor se apaziguò por entõces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del iuizio, y la bazia por yelmo, y la vëta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos
pues

pues ya en folsiego, y hechos amigos todos, a persuasiõ del Oydor, y del cura, boluierõ los criados de dõ Luis a porfiarle q̄al mométo se viniessẽ cõ ellos: y en tãto q̄ el cõ ellos se auenia, el Oydor comunicõ cõ dõ Fernando, Cardenio, y el cura, q̄ deuia hazer en aquel caso cõtandoseles cõ las razones q̄ dõ Luis le auia dicho: en fin fue acordado q̄ dõ Fernando dixessẽ a los criados de dõ Luis quiẽ el era, y como era su gusto, q̄ dõ Luis se fuesse cõ el al Andaluza, dõde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de dõ Luis merecia, porquẽ desta manera se sabia de la inteciõ de dõ Luis q̄ no bolueria por aquellavez a los ojos de su padre si le hiziesse pedaços. Entẽdida pues de los quatro la calidad de dõ Fernãdo, y la intencion de dõ Luis, determinãro entre ellos, q̄ los tres se boluiessem a cõtãr lo q̄ passaua a su padre, y el otro se quedasse a seruir a dõ Luis, y a no dexalle hasta q̄ ellos boluiessem por el, o viesse lo q̄ su padre les ordenaua: desta manera se apaziguõ aquella maquina de pẽdẽcias, por la autoridad de Agramãte, y prudẽcia del Rey Sobrino: pero viendole el enemigo de la concordia, y el emulõ de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto q̄ auia grãgeado de auerlos puesto a todos en tã cõ fuso laberinto, acuerdo de prouar otra vez la mano, refucitãdo nueuas pendencias, y defassossiegos. Es pues el caso, q̄ los quadrilleros se fofsegarõ por auer entreoydo la calidad de los q̄ cõ ellos se auia cõbatido, y se retirarõ de la pẽdẽcia por parecerles q̄ de qualquiera manera q̄ sucediessẽ auian de llevar lo peor de la batalla: pero vno dellos q̄ fue el q̄ fue molido, y pateado por dõ Fernãdo, le vino a la memoria q̄ entre algunos mãdamientos q̄ traia para prẽ-

Quarta parte de don

der a algunos delinquētes, traya vno cótra dō Quixote, a quiē la Sāta Hermandad auia mandado prēder por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho có mucha razon auia temido: imaginando pues estō, quiso certificarse si las señas que de don Quixote traya veniā bien, y sacādo del seno vn pergamino topó con el que buscāua, y poniendosele a leer de espacio, porque no era buē lector, a cada palabra que le ya ponía los ojos en dō Quixote, y yua cotejando las señas del mandamiēto con el rostro de don Quixote, y hallò que sin duda alguna era el que el mandamiento rezāua, y apenas se huuo certificado quando recogiendo su pergamino, y quiça tomò el mandamiento, y con la derecha asio a don Quixote del cuello fuertemēte q̄ no le dexāua alētar, ya grādes voces dezia: Favor a la Sāta Hermādad, y para q̄ se vea q̄ lo pido de veras, lease este mādamiēto donde se contiene q̄ se prēda a este salteador de caminos. Tomò el madamiēto el cura, y vio como era verdad quāto el quadrillero dezia, y como conuenia cō las señas con don Quixote, el qual viēdose tratar mal de aquel villano Malādrin puesta la colera en su pūto, y cruxiēdole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo el asio al quadrillero con entrābas manos de la gargāta, q̄ a no ser socorrido de sus cópañeros alli dexara la vida antes q̄ don Quixote la presa. El vétero q̄ por fuerça auia de favorecer a los de su oficio, acudio luego a dalle favor. La ventera q̄ vio de nuevo a su marido en pendencias, de nuevo alçò la voz, cuyo temor le ueuarrò luego, Maritornes, y su hija pidiendo favor al cielo y a los q̄ alli estauan. Sācho dixoviendo lo q̄ passaua: Viue el Señor q̄ es verdad quāto mi amo dize
de

de los encantos deste castillo, pues no es posible viuir vna hora có quietud en el. Dó Fernãdo despartio al quadrillero, y a dó Quixote, y có gusto de entrãbos les desenclauijó las manos q̄ el vno en el collar del sayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien aśidas teniã: pero no por esto cessauan los quadrilleros de pedir su preso, y q̄ les ayudassen a darle atado, y entregado a toda su volúdad, por q̄ assi conuenia al seruicio del Rey, y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nueuo les pediã socorro, y fauor para hazer aquella prisió de aquel robador y salteador de sendas, y de carreras. Reyase de oyr dezir estas razones don Quixote, y có mucho sosiego, dixo. Venid aca gente soez, y mal nacida, saltear de caminos llamais al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alçar los caydos, remediar los menesterosos: a gente infame, digna por vuestro baxo, y vil entendimiẽto, q̄el cielo no os comunique el valor q̄ se encierra a la caualleria andãte, ni os dẽ a entender el pecado è ignorancia en que estais en no reuerenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier cauallero andãte? Venid aca ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos, con licencia de la santa Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prisió contra vn tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò q̄ son essentos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y que su ley es su espada, sus fueros, sus brios, sus prematicas, su voluntad? Quiẽ fue el mentecato, bueluo a dezir, que no sabe que no ay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni esen-

ciones

Quarta parte de don

ciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia q̄ se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que fastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogió en su castillo q̄ le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò a su mesa? Que dōzella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

Capit. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.



Ntãto q̄ dó Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el cura a los quadrilleros como don Quixote era falto de juicio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante: pues aunque le prendiesse, y lleuassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respondió el del mandamiento: Que a el no tocava juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trezientas. Con todo esso, dixo el cura, por esta vez no le auéis de llevar, ni aun el dexara llevarse, a lo que yo entiendo:

en

en efeto tãto les fupo el cura dezir, y tãtas locuras fupo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, fino conocieran la falta de don Quixote, y afsi tuuieron por bié de apaziguarse, y aũ de fer medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sancho Pãça, que toda via afsiftiã cõ gran rancor a su pendencia: finalmente ellos como miémbros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, fino del todo contêtas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocarõ las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaua a lo del yelmo de Mambrino, el cura afocapa, y fin que dõ Quixote lo entendieffe, le diõ por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarle a engaño por entonces, ni por siépre jamas Amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que erã las mas principales, y de mas tomo, restaua que los criados de don Luis se contentassen de boluer los tres, y que el vno quedasse para acompañarle dõ de don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia començado a róperlãças, y a facilitar dificultades en saber de los amãtes de la venta, y de los valiétes della, quiso llevarlo al cabo, y dar a todo felice suceso, porque los criados se contentaron de quanto don Luis queria, de q̄ recibio tãto contento doña Clara, que ninguno en aquella fazon la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que auia visto, se entristecia, y alegrava abulto conforme véya, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su

Quarta parte de don

Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y trahia colgada el alma. El ventero a quien se le pagò por alto la dadiua, y recompensa que el cura auia hecho al barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho sin que se le pagasse primero, hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el cura, y lo pagò don Fernãdo, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sosiego, q̄ ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Otauiano: de todo lo qual fue comun opinion, que se deuiã dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor cura, y a la incóparable liberalidad de don Fernando. Viendose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tãtas pependencias, assi de su escudero, como suyas, le parecio que seria biẽ seguir su començado viaje, y dar fin a aquella grande auentura, para que auia sido llamado, y escogido: y assi con resoluta determinacion se fue a poner de inojos ante Dorotea, la qual no le consintio q̄ hablasse palabra hasta que se leuantasse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, fermosa señora, q̄ la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoso: pero en ningunas cosas se muestra esta verdad, q̄ en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos

curfos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario le ponga en defenfa: todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, y a es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echassemos de ver algun dia, porque quien sabe si por ocultas espías, y diligétes aura sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruyllle, y dádole lugar el tiempo se fortificasse en algú inexpugnable castillo, a fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: así que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tenerla vuestra grandeza, como dessea de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperò con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual có ademán señorial, y acomodado al estílo de don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezco señor cauallero el desseo que mostrays tener de fauorcerme en mi grã cuyta, bié así como cauallero, a quien es anejo, y concerniéte fauorecer los huerfanos, y menesterosos: y quiera el cielo q̄ el v̄ro, y mi desseo se cumplá, para q̄ veais q̄ ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, q̄ yo no tēgo mas volútað q̄ la v̄ra, disponed vos de mi a toda v̄ra guisa, y taláte, q̄ la q̄ vna vez os entregò la defenfa de su persona, y puso en v̄ras manos la restauraciõ de sus señorios, no ha de querer yr cótra lo q̄ la v̄ra prudécia ordenare. A la mano d̄ Dios, dixo dõ Quixote, pues así es, q̄ vna señora se

Quarta parte de don

se me humilla no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego porque me va poniendo espuelas al desseo, y al camino, lo que suele dezirse q̄ en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, en silla Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despídamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que a todo estava presente, dixo meneando la cabeça a vna parte y a otra: Ay señor, señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon se ha dicho de las tocadas hóradas, q̄ mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano. Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callarè, y dexarè dezirlo que soy obligado, como buè escudero, y como deue vn buè criado dezir a su señor. Dìlo que quisieres, replicó don Quixote, como tus palabras no se encaminè a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo, hago como quiè soy. No es esto, peccador fuy yo a Dios, respondió Sãcho, sino que yo tengo por cierto, y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon no lo es mas que mi madre, porque a fer lo que ella dize, no se anduiera hociendo con alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça, y a cada traspuèsta. Parose colorado con las razones de Sancho Dorotea porque era verdad que su esposo don Fernãdo alguna vez a hurto de otros ojos auia cogido con los labios parte del premio que

que merecian sus desseos. Lo qual auia visto Sanchcho, y pareciendole, que aquella defemboltura, mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso, responder palabra a Sanchcho, sino dexole profeguir en su platica, y el fue diziendo. Esto digo señor, porque si alcabo de auer andado caminos, y carreras, y pasado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se està holgando en esta venta, no ay para que darme priessa, a que ensille a Rozinante, albarde el jumento, y aderece al palafré, pues sera mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo, que recibio don Quixote, oyendo las descópuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, descompuesto, y gnorante, infacundo, deslenguado, atreuido, murmurador, y maldiziete, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atreuimientos, osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de fandezes, enemigo del decoro, que se deue a las Reales personas. Vete no parezcas delante de mi, sopena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el suelo, señalles todas de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò Sanchcho

Quarta parte de don

cho tan escogido, y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supo que hazerfe, sino boluer las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para temprarle la yra. No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quiça no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y cristiana conciencia, se puedé sospechar, que leuante testimonio a nadie; y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamento. Podria ser, digo, que Sancho viuesse visto por esta diabolica via, lo que el dizze que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazón don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este peccador de Sancho, que le hizo ver, lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bondad, é inocencia deste desdichado, que no sabe leuátar testimonios a nadie. Ansi es, y ansi sera, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia: *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondió, que el le perdonaua, y el cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado be-

sar, le

far, le echo la bendicion, diziendo: Agora acabars de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo, son hechas por via de encantamento. A si lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondio don Quixote, q̄ si asi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengança de tu agrauio. Desearon saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo conto, punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nucuo no le assegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegò la fandez de Sancho, a tanto que creyesse no ser verdad, pura, y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido manteado, por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creya, y lo afirmaua. Dos dias eran ya passados los que auia que toda aquella illustre compañia estaua en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin ponerse al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando, con don Quixote a su aldea, con la inuencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiessen el cura, y el barbero, llevarsele como deseauan, y procurar la cura de su locura, en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con vn carretero de bueyes, que acaso acertò a passar por alli, para que lo lleuasse, en esta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrejados,

Quarta parte de don

capaz , que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando , y sus camaradas, con los criados de don Luys, y los quadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden, y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfrazaron, quien de vna manera, y quien de otra: de modo, que a don Quixote, le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron adonde el estaua durmiendo, y descansando, de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando el despertó con sobrefalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa, mas que admirarse, y suspenderse, de ver delante de si, tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que su continua, y de su arida imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras, eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna, ya estaua encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apunto, como auia pensado que sucederia el cura, traçador desta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaua en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaua bien poco, para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò descoser su boca, hasta ver en que paraua aquel assalto, y prision de su amo. El qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clauaron los

los maderos tan fuertemente , que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento, se oyò vna voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero , no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te de afincamièto la prision en que vas, porque assi conuiene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabará, quando el furibundo Leon Manchado, con la blanca paloma Tobosina, y ogiren en vno. Ya despues de humilladas las altas ceruizes, al blando yugo matrimoniètico. De cuyo inaudito conforcio, saldran a la luz del Orbe, los brauos cachorros , que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto sera antes, que el seguidor de la fugitiua ninfa, haga dos vegadas , a la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediente escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente, ver llevar ansi delante de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al plasmador del mundo le plazc, te veras tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrá defraudadas las promessas, que te ha fecho tu buen señor. Y assegurate, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo veras por la obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero , que conuiene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, a Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto , y diminuyola despues , con tan tierno acento,

Quarta parte de don

que aun los sabidores de la burla estuuieron por creer, que era verdad lo que oyan. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo, la significacion de ella. Y vio que le prometian, el verse ayuntados en santo, y deuido matrimonio, con su querida Dulzinea del Toboso, de cuyo felice vientre, saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto, bien, y firmemente, alçò la voz, y dando vn gran suspiro, dixo: O tu quiè quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene a cargo, que no me dexeperecer en esta prision, donde agora me lleuan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea, tendre por gloria las penas de mi carcel, y por aliuio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla, este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexarà, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, o por mi corta ventura, el poderle yo dar la Infula, o otra cosa equiuivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario, no podra perderse, que en mi testamento, que ya està echo, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos, y buenos seruicios, sino a la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclino con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque

porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Capit. XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, con otros famosos successos.



V A N D O don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graues historias, he yo leydo, de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuen desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los suelen llevar por los ayres, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda, y escura nueue, o en algun carro de fuego, o ya sobre algun Ipo-grifo, o otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de bueyes, viue Dios que me pone en confusion. Pero quiça la caualleria, y los encantos destes nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo cauallero en el múdo, y el primero que ha resucitado, el ya olvidado exercicio de la caualleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamentos, y otros modos de llevar

Quarta parte de don

a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced, en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catolicas. Catolicas mi padre, respondió don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apariencia. Par Dios señor, replicó Sancho, y a yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan sollicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dize, todos huelen a piedra azufre, y a otros malos olores, pero este huele a ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler a lo que Sancho dezia. Note maravillas de esso, Sancho amigo, respondió don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hidiódas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de aliuio alguno, en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contéta, no es posible q̄ ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece, que esse demonio que dizes, huele a ambar, o tu te engañas, o el quiere engañarte, con hazer q̄ no le tengas por demo.

demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, q̄ Sancho no viniesse a caer del todo en la cueta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcan ces, determinaron de abreuiar con la partida, y llamando a parte al ventero, le ordenaron que enfillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumeto de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se auia concertado con los quadrilleros, q̄ le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arzon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mādò a Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinante, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros, con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes, a despedir se de don Quixote, fingiédo que llorauan de dolor de su desgracia, a quien dò Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas, a los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acotecieran, no me tuuiera yo por famoso cauallero andante. Porque a los caualleros de poco nombre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, que procuran por malas vias destruir a los buenos. Pero con todo esso, la virtud es tan poderosa, q̄ por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuentor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y darà de si luz en el múdo, como la da

Quarta parte de don

el sol en el cielo. Perdonadme fermosas damas, si algun desaguifado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad, y a sabiendas, jamas le di a nadie. Y rogada Dios me saque destas prisiones, donde algũ mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre, no se me caera de la memoria, las mercedes que en este castillo me auedes fecho, para gratificallas, seruillas, y recompensallas, como ellas merecen. En tãto que las damas del castillo esto passauan con don Quixote, el cura, y el barbero, se despidieron de don Fernando, y sus camaradas, y del capitã, y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Lusinda. Todos se abraçaron, y quedaron de darle noticia de sus sucessos. Diciendo don Fernando al cura, dõde auia de escriuirle, para auisarle en lo que paraua don Quixote, assegurandole, que no auia cosa que mas gusto le diese, que saberlo. Y que el asimesmo le auisaria de todo aquello que el viesse que podria darle gusto, asì de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de don Luys, y buelta de Lusinda a su casa. El cura ofrecio de hazer quanto se le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron a abraçarse otra vez, y otra vez tornaron a nueuos ofrecimientos. El ventero se lleo al cura, y le dio vnos papeles, diciẽdole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buuelto mas por alli, que se los lleuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna

alguna nouela : y coligio , que pues la del curioso Impertinente , auia sido buena , qué tambien lo seria aquella, pues podria ser, fuesen todas de vn mesmo autor, y assi la guardò, con profupuesto de leerla, quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo , y tambien su amigo el barbero, con sus antifazes, por que no fuesen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuauan, era esta. Yua primero el carro, guiando-le su dueño : a los dos lados yua los quadrilleros, como se ha dicho , con sus escopetas ; seguia luego Sancho Pança sobre su asno , lleuando de rienda a Rozinante. Detras de todo esto , yua el cura, y el barbero, sobre sus poderosas mulas , cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue, y repofado continente , no caminando mas , de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas , tendidos los pies , y arrimado a las verjas, con tanto silencio , y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, q̄ llegaron a vn valle, donde le parecio al boyero , ser lugar acomodado para repofar, y dar pasto a los bueyes. Y comunicandolo con el cura, fue de parecer el barbero, que caminasen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuelto q̄ cerca de alli se mostrana , auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̄ aquel, donde parar queriã. Tomose el parecer del barbero, y assi tornarõ a proseguir su camino. En esto boluio el cura el rostro , y vio q̄ a sus espaldas venian, hasta seys, o siete hõbres de acauallo, biẽ puestos, y adereçados, de los quales fueron

Quarta parte de don

fueron presto alcançados, porque caminauan, no có la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y con desseo de llegar presto a festejar a la venta, que menos de vna legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes a los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, cura, y barbero, y mas a don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se auia dado a entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso salteador, o otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así: Señor lo que significa yr este cauallero desta manera, dígallo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y perictos, en esto de la caualleria andante, porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me canse en dezillas. Ya este tiempo auian ya llegado el cura, y el barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondió: En verdad hermano, que se mas de libros de cauallerias, que de las sumulas de Villalpando. Así que sino està mas que en esto,

en esto, seguramente podeys comunicar conmigo, lo que quisiereis. A la mano de Dios, replicò don Quixote. Pues así es, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la mesma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Braemanes, la India, Ginosofistas, la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado, en los venideros siglos, donde los caualleros andantes, vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazon el cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos a quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oystes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, se an escritas en bronzes duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre, en semejante estilo, estuuò por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la mesma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica,

para a

Quarta parte de don

para adobarlo todo, dixo: Agora señores, quieranme bien, o quieranme mal, por lo que dixere, el caso de ello es, que afsi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necessidades como los demas hombres, y como las hazia ayer, antes que le enjaullaffen. Siendo esto anfi, como quieren hazerme a mi entender, que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van a la mano, hablarâ mas que treynta procuradores. Y boluiendose a mirar al cura, prosiguió diziendo: A señor cura, señor cura, pensaua vuestra merced que no le conozco, y pensara que yo no calo, y adiuino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reberécia no fuera, esta fuera ya la hora, que mi señor estuiera casado có la Infanta Micomicona, y yo fuera Códe por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, afsi de la bódad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grádeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad, lo q se dize por ahi, que la rueda de la fortuna anda mas lista, q vna rueda de molino: y que los que ayer estauã en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian, y deuiã esperar, ver entrar a su padre por sus puertas, hecho Governador, o Visorey de alguna Insula, o Reyno, le verán entrar hecho moço de cauallos.

uallos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que a mi señor se le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos focorros, y bienes, que mi señor don Quixote dexa de hazer en este tiempo que està preso. Adobame estos candiles, dixo a este punto el barbero. Tambié vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro amo? Viue el señor, que voy viendo, que le aueys de tener compañía en la jaula, y que aueys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entrô en los cascos la Insula, que tanto desseays. Yo no estoy preñado de nadie, respon dio Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque pobre soy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros dessean otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hõbre, puedo venir a ser Papa, quãto mas Governador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien dallas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, q̃ no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Digolo porq̃ todos nos conocemos, y a mi no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedesse aqui, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriessse con sus simplicidades, lo que el, y el cura, tanto procurauan encubrir. Y por este mesmo temor, auia el cura dicho al Canonigo, que caminassen

vnp.

Quarta parte de don

vn poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le dieffen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento, a todo aquello que dezirle quiso, de la condicion, vida, locura, y costumbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progreso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el designio que lleuauan, de llevarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque el oydo lleuado de vn ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impressos, jamas me he podido acomodar a leer ninguno, del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son vna mesma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Miesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar. Al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desforados disparates. Que el deleyte q̄ en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia
que

que vee, o contempla en las cosas que la vista, o la imaginacion le ponen delante: y toda cosa q̄ tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, o que proporcion de partes con el todo, y del todo cō las partes, en vn libro, o fabula, donde vn moço de diez y seys años da vna cuchillada a vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y q̄ quãdo nos quierẽ pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay de la parte de los enemigos vn millon de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamẽte mal q̄ nos pese auemos de entẽder, que el tal cauallero alcançó la vitoria por solo el valor de su fuertẽ braço? Pues que diremos de la facilidad con q̄ vna Reyna, o Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de vn andãte, y no conocido cãuallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podra contẽtarse leyendo, q̄ vna grã torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con prospero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuã de las Indias, o en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiessẽ, q̄ los q̄ tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y q̄ assi no estan obligados a mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, q̄ tanto la mentira es mejor, quãto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los q̄ las leyerẽ, escriuiendose de fuerte, q̄ facilitando los impossibles, allanãdo las

Quarta parte de don

grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, ilborocen, y entretégan, de modo q̄ anden a vn mismo passo la admiracion, y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra hazer el q̄ huyere de la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo q̄ se escribe, no he visto ningun libro de cauallerias, q̄ haga vn cuerpo de fabula entero con todos sus miébrs: de manera, q̄ el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino q̄ los componen con tantos miébrs, q̄ mas parece q̄ llevan intécion a formar vna quimera, o vn monstruo, q̄ a hazer vna figura proporeionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lasciuos, en las cortesias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes: y finalméte agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como a gête inutil. El cura le estuuo escuchando cō grande atencion, y pareciote hóbre de buen entendimiento, y q̄ tenia razon en quanto dezia: y assi le dixo, q̄ por ser el de su mesma opiniō, y tener ogeriza a los libros de cauallerias, auia quemado todos los de dō Quixote, q̄ eran muchos. Y contole el escrutinio q̄ dellos auia hecho, y los q̄ auia condenado al fuego, y dexado cō vida, de q̄ no poco se rio el Canonigo, y dixo, que con todo quãto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna cosa buena, q̄ era el sujeto que ofrecian, para q̄ vn buen entendimiento pudiesse mostrarfe en ellos, porq̄ dauan largo y espacioso cãpo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, descubriendo naufragios, tor-

men

mentas, rencuentros, y batallas: pintando vn Capitán valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrandose prudente, preuiniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, o dissuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer. Pintado ora vn lamentable y tragico suceso, aora vn alegre y no pensado acótecimiento: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn cauallero Christiano, valiente, y comedido: aculla vn desaforado barbaro fanfarron: aca vn Principe cortes, valeroso y bien mirado: representado bondad, y lealtad de vassallos, grandezas y mercedes de señores, ya puede mostrarse astrologo, ya cosmografo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le védra ocasion, de mostrarse nigromante si quisiere: Puede mostrar las astucias de Vlixes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfecto a vn varon illustre, aora poniendolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos: y siendo esto hecho cõ apazibilidad de estillo, y con ingeniosa inuencion, q̄ tire lo mas q̄ fuere posible a la verdad: sin duda cõpondra vna tela de varios y hermosos lazos texida, q̄ despues de acabada, tal perfeciõ y hermosura muestre, q̄ cõbga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es

Quarta parte de don

enseñar, y deleitar juntaméte, como ya tégo dicho. Por que la escritura desatada destes libros, da lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, có todas aquellas partes q̄ encierran en sí las dulcissimas y agradables ciências de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tãbien puede escreuirse en prosa, como en verso.

ap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.



SSI Es como V. m. dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los q̄ hasta aqui hã compuesto semejantes libros, sin tener aduertencia a ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la Poesia Griega, y Latina. Yo a lomenos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardádo en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de si correspódiã a mi estimacion, las he comunicado có hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero có todo esto, no he profeguido adelante, asì por parecerme q̄ hago cosa agena de mi profesio, como por ver, q̄ es mas el numero ð los simples que

que de los prudentes: y que puesto q̄ es mejor ser
loado de los pocos sabios, que burlado de los mu-
chos necios, no quiero sujetarme al confuso juy-
zio del desuaneido vulgo, a quien por la mayor
parte toca leer semejantes libros: pero lo que mas
me le quitò de las manos, y aun del pensamiento,
de acabarle, fue vn argumento que hize conmigo
mefmo, sacado de las comedias que aora se repre-
sentan, diziendo: Si estas que aora se vsan, assi las
imaginadas, como las de historia, todas, o las mas
son conocidos disparates, y cosas que no lleuan
pies ni cabeça, y con todo esso el vulgo las oye con
gusto, y las tiene y las aprueua por buenas, citando
tan lexos de serlo, y los autores que las componen,
y los actores que las representan dizen, que assi
han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de
otra manera: y que las que lleuan traça, y figuen la
fabula como el arte pide, no sirven sino para qua-
tro discretos que las entienden, y todos los demas
se quedan ayunos de entender su artificio, y que a
ellos les está mejor ganar de comer con los mu-
chos, que no opinion con los pocos. Deste modo
vendrá a ser vn libro, al cabo de auerme quemado
las cejas, por guardarlos preceptos referidos, y
vendrá a ser el fastre del cantillo. Y aunque algu-
nas vezes he procurado persuadir a los actores,
que se engañan en tener la opinion que tienen, y
que mas gente atraeran, y mas fama cobraran re-
presentando comedias, que hagan el arte, que no
con las disparatadas: y estan tan asidos y encorpo-
rados en su parecer, que no ay razon, ni euiden-
cia que del los saque. Acuerdome, que vn dia dixè

Quarta parte de don

a vno de estos pertinazes: Decidme, no os acordays que ha pocos años, que se representaron en España tres Tragedias, que compuso vn famoso Poeta de estos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron a todos quantos las oyeron, assi simples como prudentes, assi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros a los representantes ellas tres solas, q̄ treynta de las mejores que despues aca se han hecho? Sin duda, respondió el auctor que digo, que deue de dezir V. m. por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por estas digo, le repliquè yo: y mirad si guardauan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Assi que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le halló en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, q̄ de algunos entédidos Poetas há sido cópuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los q̄ las han representado? y otras cosas añadi a estas, con q̄ a mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni conuencido, para tacarle de su errado p̄samiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazón el cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo con las comedias q̄ agora se vsan, tal que yguala al q̄ tengo con los libros de cauallerias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece a Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, y imagen de la verdad,

las

las q̄ aora se representan son espejos de disparates, exēplos de necedades, e imagenes de lasciuia. Por q̄ que mayor disparate puede ser en el sujeto q̄ tratamos, q̄ salir vn niño en mantillas en la primera cena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hōbre barbado? Y q̄ mayor, q̄ pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn paje consejero, vn Rey ganapā, y vna Princesa fregona? Que dire pues de la obseruācia q̄ guardan en los tiēpos en q̄ puedē, o podiā suceder las acciones q̄ representan. sino q̄ he visto comedia q̄ la primera jornada comēço en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabò en Africa, y anſi fuera de quatro jornadas la quarta acabaua en America, y aſsi se huiera hecho en todas las quatro partes del mūdo. Y si es q̄ la imitaciō es lo principal q̄ ha de tener la comedia, como es posible q̄ satisfaga a nigū mediano entendimiento? q̄ fingiendo vna accion q̄ passa en tiēpo del Rey Pepino, y Carlomagno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuiā q̄ fue el Emperador Eraclio, q̄ entrò con la cruz en Ierusalen, y el que ganò la casa santa, como Godofre de Bullò auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras, sucedidas a diferētes personas, y tiēpos: y esto no cō traças verisimiles, sino cō patentes errores de todo pūto inexcusables: y es lo malo, q̄ ay ignorantes q̄ digan, q̄ esto es lo perfecto, y q̄ lo demas es buscar gullurias. Pues q̄ si venimos a las comedias diuinas, que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo

Quarta parte de don

los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que alli estara bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga a la comedia: que todo esto es en perjuizio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̄ con mucha p̄tualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por baruaros, e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento q̄ las Republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagá publicas comedias, es para entretenir la comunidad con alguna onesta recreacion, y diuertirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, o mala, no ay para q̄ poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretéde. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin cóparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas: enseñado con las veras: admirado de los successos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado cótra el vicio, y enamorado de la virtud: q̄ todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea. Y
de

de toda impossibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella q̄ careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen: porque algunos ay dellos que conocē muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo q̄ deuen hazer. Pero como las comedias se hã hecho mercaderia vendible, dicen, y dizē verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fueren de aquel jaez: y assi el poeta procura acomodarse con lo que el representãte que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas, e infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destes Reynos, cõ tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graues sentencias: y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estylo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por quēer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfecciõ que requieren. Otros las componen, tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huyrse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo hã sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuizio de algunos Reyes, y en deshõra de algunos linages. Y todos estos inconuinentes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representassen:

Quarta parte de don

rassen: no solo aquellas que se hizieffen en la Corte, sino todas las que se quisiessé representar en España, sin la qual aprouacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representallas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiéde: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigallos. Y si se diessé cargo a otro, o a este mismo que examinasse los libros de cauallerias, que de nuevo se compusieffen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquécia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesse a la luz de los nuevos que salieffen, para honesto passatiempo: no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreación. A este punto de su coloquio, llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantándose el baruero llegó a ellos, y dixo al Cura: Aquí señor Licenciado es el lugar que yo dixé que era bueno, para que sesteando nosotros, tuuieffen los bueyes fresco y abundoso pasto: Assi me lo parece
a mi,

ami, respondió el Cura: y diziendole al Canonigo lo que pensaua hazer, el tambien quiso quedar se cõ ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que a la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersaciõ del Cura, de quien ya yua aficionado: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò a algunos de sus criados q̄ se fuessen a la venta, q̄ no le xos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de fester en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondió: Que el azemila del repuesto, q̄ ya d̄ uia de estar en la venta traya recado bastãte, para no obligar a no tomar de la venta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense alla todas las caualgaduras, y hazed boluer la azemila. En tãto que esto passaua, viendo Sãcho que podia hablar a su amo, sin la cõtinua asistencia del Cura, y el barnero, que tenia por sospechosos, se llegò a la xaula donde yua su amo, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamiento, y es: Que aquestos dos q̄ vienen aqui cubiertos los rostros, son el Cura de n̄ro lugar, y el barnero, y imagino han dado esta traça de lleualle desta manera, de pura embidia q̄ tienen como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, sigue se que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prouea de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarã con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que

Quarta parte de don

que quisieres hijo Sancho, respódió don Quixote, que yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el cura, y el baruero nuestros compatriotos, y conocidos, bien podra fer que parezca que son ellos mesmos: pero q̄ lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo q̄ has de creer, y entender es, que si ellos se les parecē, como dizes, deue de fer q̄ los que me han encantado auran tomado essa apariencia, y semejança: porque es facil a los encantadores tomar la figura q̄ se les antoja, y auran tomado las destos n̄ros amigos: para darte a ti ocasiõ de q̄ pienses lo q̄ piēsas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones q̄ no aciertes a salir del, aunq̄ tuuieses la sogá de Tesco: y tambien lo auran hecho, para q̄ yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porq̄ si por vna parte tu me dizes, q̄ me acõpañan el baruero y el cura de n̄ro pueblo, y por otra yo me veo enxaulado, y se de mi, q̄ fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enxaularme: que quieres que diga, o piense, sino q̄ la manera de mi encantameto excede a quantas yo he leydo en todas las historias q̄ tratan de caualleros andantes q̄ han sido encãtados. Ansi q̄ bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer q̄ son los q̄ dizes: porq̄ afsi son ellos como yo soy Turco. Y en lo q̄ toca a querer preguntarme algo, di, q̄ yo te respondere, aunq̄ me preguntes de aqui a mañana. Valame n̄ra Señora, respódió Sancho, dando vna gran voz, y es posible q̄ sea V. m. tan duro de cerebro, y tan falto de meollo, que no eche

eche de ver que es pura verdad la que le digo: y q̄ en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto. Pero pues assi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Si no digame, assi Dios le saque desta tormenta, y assi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea, quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y preguntalo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere cō toda puntualidad: Eлло pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes? Digo que no mentire en cosa alguna, respondio don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me causas con tãtas saluas, plegarias y preuēciones, Sancho? Digo que yo estoy seguro de la bōdad y verdad de mi amo, y assi, porque haze al caso a n̄o quēto, preguntó, hablando con acatamiēto: Si acaso despues q̄ vuestra merced va en xaulado, y a su parecer encantado en esta xaula, le ha venido gana y volūtad de hazer aguas, mayores, o menores, como suele dezir se: No entiēdo esto de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente: Es posible que no entiende vuestra merced de hazer aguas menores, o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, q̄ no anda todo limpio.

Cap.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaua saber, como al alma, y como a la vida. Venga a ca señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona está de mala voluntad: No se que tiene fulano, q̄ ni come, ni beue, ni duerme, ni responde a proposito a lo que le preguntan, que nó parece sino que está encantado? De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, respondió don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamientos, y podria ser, que con el tiempo se huuiesen mudado de vnos en otros: y que agora se vse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el vso de los tiempos no ay que aguyr, ni de que hazer consecuencias: Yo se, y tengo para mi que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensasse que no estaua encantado, y me dexasse estar en esta x'aula, perezoso y couarde, defraudado el socorro que podria dar a muchos menesterosos y necessitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener a la hora de ahora precisa y estrema necesidad. Pues con todo es-

do esto, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse a salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della, y prouasse de nuevo a subir sobre su buen rozinante, que tambien parece que va encantado. segun va de malécolico y triste. Y echo esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras: y sino nos sucediessse bien, tiempo nos queda para boluernos a la xaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tá desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el barnero. Deshuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura cóbidaua a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quixote, sino a los tá aduertidos y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, que permitiessse que su señor saliesse por vn rato de la xaula: porque sino le dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requirria la decencia de vn tal cauallero, como su amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena gana

Quarta parte de don

gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viéndose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le vieffen: Yo le fio de la fuga, respondió Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me da la palabra, como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta q̄ sea nuestra voluntad. Si doy, respondió don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quanto mas, que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantò le puede hazer que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le hara boluer en bolandas: y que pues esto era así, bien podian foltalle, y mas siendo tan en prouecho de todos: y del no foltalle les protestaua que no podia dexar de fatigalles el olfato, si de alli no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra, le desenxaularon, de que el se alegrò infinito y en grande manere de verse fuera de la xaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita madre, flor y espejo de los cauallos, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu có tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliuiado, y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grãde locura, y de que en quanto hablaua, y respon-

respondia, mostraua tener bonissimo entendimiento, solamēte venia a perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de caualleria: y afsi mouido de compassion, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es posible, señor hidalgo, q̄ aya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa lectura de los libros de cauallerias, que le ayã buuelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo està la mesma mentira de la verdad? Y como es posible que aya entendimiento humano, que se dè a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadisēs, y aquella turba multa de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapifonda, tanto Flexmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella àndante, tãtas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamentos, tãtas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bizzarria de trajes, tantas Princeßas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tãto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valiētes: y finalmente, tantos, y tan disparatados casos como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira, y liuiandad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, o presente le tuuiera, biẽ como a mercedores de tal pena, por ser falsos, y embusteros, y fuera del trato

Quarta parte de don

que pide la comun naturaleza, y como a inuentores de nueuas sectas, y de nueuo modo de vida: y como a quien da ocasion q̄ el vulgo ignorante venga a creer, y a tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiento, que se atreuen a turbar los ingenios de los discretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que sea forçoso encerrarle en vna xaula, y traerle sobre vn carro de bueyes, como quien trae, o lleva algun leon, o algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando q̄ le vean. Ea señor don Quixote, duelaſe de ſi miſmo, y reduzgafe al gremio de la diſcrecion, y ſepa vſar de la mucha que el cielo fue ſeruido de darle, empleando el felicifſimo talento de ſu ingenio, en otra letura, que redunde en aprouechamiento de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi toda via, lleuado de ſu natural inclinacion, quiſiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la ſacra Eſcritura el de los Iuezes, que alli hallará verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Luſitania, vn Ceſar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernan Gonçalez Caſtilla, vn Cid Valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Laſſo Toledo, vn don Manuel de Leon Seuilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos, puede entretener, enſeñar, deleytar, y admirar a los mas altos ingenios que los leyeren. Eſta ſi ſerà letura digna del buen entendimiento

dimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin couardia: y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentissimamente estuuo don Quixote, escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin a ellas, despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo: Pareceme señor hidalgo, que la platica de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la republica: y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auindome puesto a seguir la durissima profesion de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadis, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta sazón el Canonigo. A lo qual respondió don Quixote: Añadio tambien vuestra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buuelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo

Quarta parte de don

por mi cuenta, que el fin juyzio, y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tãtas blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenuta por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dize que da a los libros, quãdo los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estan colmadas las historias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mũdo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y si es mentira, tambien lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta aora conuertido en cueruo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran a dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quintaõna, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña: y es esto tan ansi, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veía alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieta, se parece a la dueña

Quinta-

Quintañona : de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, o por lo menos, deuio de alcançar a ver algun retrato fuyo . Pues quien podra negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se vee en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia al cavallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y junto a la clauija, està la filla de Babieca. Y en Roncesualles està el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dicen las gentes, que a sus aventuras van . Sino diganme tambiẽ, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres : y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las auenturas, y desafios que tambien acabaron en Borgoña, los valientes Españoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo diciendo, por linea recta de varon) venciendo a los hijos del Conde de san Polo . Nieguenme asì mesmo, que no fue a buscar las auenturas a Alemania, don Fernando de Gueuara, donde se combatio con Micer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria . Digam que fueron burla, las justas de Suero de Quiñones, del passo : las empresas de Mosen Luys de Falces, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero

Quarta parte de don

Castellano, con otras muchas hazañas, hechas por caualleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas, y verdaderas, que torno a dezir, que el que las negasse, careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que dõ Quixote hazia, de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas, tocantes, y concernientes a los hechos de su andante caualleria, y assi le respondió: No puedo yo negar, señor don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente, en lo que toca a los caualleros andantes Españoles: y assi mesmo quiero conceder, que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas cosas q̄ el Arçobispo Turpin dellos escriue: por q̄ la verdad dello es, que fueron caualleros escogidos, por los Reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ser todos yguales en valor, en calidad, y en valétia, a lomenos fino lo erã, era razon q̄ lo fuesen, y era como vna religiõ de las que aora se vfan, de Santiago, o de Calatraua, que se presupone q̄ los que la professan, han de ser, o deue ser caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen cauallero de san Iuan, o de Alcãtara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze Pares, por q̄ no fueron doze yguales los que para esta religion militar se escogierõ. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que V. m. dize del Conde Pierres, y que està junto a la silla de Babieca, en la armeria de los Reyes, confieffõ mi

pecado,

pecado, que soy tan ignorante, o tan corto de vista, que aunq̄ he visto la filla, no he echado de ver la clauija, y mas siendo tan grande como V. m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò don Quixote, y por mas señas, dicen q̄ està metida en vna funda de vaqueta, porq̄ no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo, pero por las ordenes q̄ recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas puesto que conceda q̄ està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caualleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que vn hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dê a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuuieron, con otros sucesos.

BVENO Està esso, respondió don Quixote, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes, y de los chicos: de los pobres, y de los ricos: de los letrados, è ignorantes: de los plebeyos, y caualleros: finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado, y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas llevando tanta

Pp 4 aparien-

Quarta parte de don

apariciencia de verdad , pues nos cuentan el padre , la madre , la patria , los parientes , la edad , el lugar , y las hazañas , punto por punto , y dia por dia , que el tal cauallero hizo , o caualleros hizieron . Calle vuestra merced , no diga tal blasfemia , y creame , que le aconsejo en esto lo que deue de hazer , como discreto , sino leal , y verà el gusto que recibe de su leyenda . Sino digame , ay mayor contento , que ver , como si dixessemos , aqui aora se muestra delante de nosotros , vn gran lago de pez , hiruiendo a boruollones , y que andan nadando , y cruzando por el muchas serpiètes , culebras , y lagartos , y otros muchos generos de animales ferozes , y espåtables , y que del medio del lago sale vna voz tristissima , que dize : Tu cauallero , quien quiera que seas , que el temeroso lago estas mirando , si quieres alcançar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre , muestra el valor de tu fuerte pecho , y arrojate en mitad de su negro , y encendido licor , porque si assi no lo hazes , no seràs digno de ver las altas maravillas que en si encierran , y contienen los siete castillos de las siete Fadas , que debaxo desta negregura yazen : y que apenas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temerosa , quando sin entrar mas en cuentas consigo , sin ponerse a considerar el peligro a que se pone , y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas , encomendandose a Dios , y a su señora , se arroja en mitad del bullente lago : y quando no se cata , ni sabe donde ha de parar , se halla entre vnos floridos campos , con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa . Allí le parece , que el cielo es mas transparente ,
y que

y que el Sol luze con claridad mas nueva. Ofrecese le a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y frondosos arboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aqui descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acá vee otra a lo brutesco adornada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas cascas, blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando a la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improviso, se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcazar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que ver salir por la puerta del castillo, vn buen numero de donzellas, cuyos galanos, y vistosos trajes, si yo me pusiese aora a dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas, por la



Quarta parte de don

mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, o castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dizen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan, que tras todo esto, le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, cõ tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargarse la mano? Qual serà oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarle el cauallero recostado sobre la silla, y quiça mondandose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y començar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero, y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que

que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi brazo, fauoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miase, señor, el pobre està inabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasiõ, donde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmẽte a este pobre de Sancho Pança, mi escudero, que es el mejor hõbre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyò Sancho a su amo, a quiẽ dixo: Trabaje V. m. señor don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de V. m. como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte

a mi

Quarta parte de don

a mi abilidad para gouernarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno, y el señor se esta a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistirè de todo, y me gozarè mi renta, como vn Duque, y alla se lo ayan. Eſto hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aqui entra la abilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yran errados los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto. No se estas filosofias, respondió Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo: y siendolo, haria lo que quisiessè: y haziendo lo que quisiessè, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que dessear: y no teniendo mas que dessear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No son malas filosofias estas, como tu dizes, Sancho, pero cõ todo esto ay mucho q̄ dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicò dõ Quixote: Yo no se q̄ aya mas q̄ dezir, solo me

guio

guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la infu- la Firme, y afsi puedo yo sin escrupulo de concien- cia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los mejores escuderos que cauallero andãte ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates que don Quixote auia dicho, del modo con que auia pintado la aventura del cauallero del Lago, de la impresion que en el auian hecho las pé- fadas mentiras de los libros que auia leydo: y final- mente le admiraua, la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaua alcançar el Condado que su amo le auia prometido. Ya en esto boluian los cria- dos del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azemila del repuesto, y haziendo mesa de vna alhõ- bra, y de la verde yerua del prado, a la sombra de vnõs arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiessè la comodidad de aquel fi- ticio, como queda dicho. Y estando comiendo, a des- hora oyeron vn rezio estruendo, y vn son de esqui- la, que por entre vnas çarças, y espeßas matas que alli junto estauan, sonaua, y al mesmo instante vierõ salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel mãchada de negro, blãco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole voces, y diziendole palabras a su vso, para que se detuuiesse, o al rebaño boluiesse. La fugitiua cabra, temerosa, y despauori- da, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detuuõ. Llegò el cabrero, y asiendola de los cuer- nos, como si fuera capaz de discurso, y entendimien- to, le dixo: A cerrera, cerrera, manchada, mancha- da, y como andays vos estos dias de pie coxo, que
lobos

Quarta parte de don

lobos os espantā. Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puedē ser, sino que soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que sino tan contenta, alomenos estareys mas segura en vuestro aprisco, o con vuestras compañeras: que si vos que las aueys de guardar, y encaminar, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podran parar ellas? Contento diē las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano, q̄ os soslegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra a su rebaño, q̄ pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas q̄ vos os pongays a estoruarlo. Tomad este bocado, y beued vna vez, cō que templareys la colera, y en tanto descansarā la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de vn conejo fiambre, todo fue vno. Tomolō, y agradeciolo el cabrero: beuio, y soslegose, y luego dixo: No querria q̄ por auer yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuieissen vuestras mercedes por hombre simple, q̄ en verdad que no carecen de misterio las palabras q̄ le dixē. Rustico soy, pero no tanto, q̄ no entienda como se hade tratar cō los hōbres, y con las bestias. Esto creo yo muy biē, dixo el Cura, que ya yo se de experiencia, q̄ los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicō el cabrero acogen hombres escarmentados: y para q̄ creays esta verdad, y la toqueys con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me combido, sino os enfadays dello,

dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestar-
me oydo atento, os contare vna verdad, que acredi-
te lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y
la mia? A esto respondió don Quixote: Por ver que
tiene este caso vn no se que de sombra de auentura
de caualleria, yo por mi parte os oyre, hermano, de
muy buena gana, y asy lo harã todos estos señores,
por lo mucho que tienen de discretos, y de ser ami-
gos de curiosas nouedades, que suspendan, alegren,
y entretengan los sentidos, como sin duda pienso q̄
lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues,
amigo, q̄ todos escucharemos. Sacó la mia, dixo Sã-
cho, que yo a aquel arroyo me voy con esta empa-
nada, donde pienso hartarme por tres dias, porque
he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escu-
dero de cauallero andante ha de comer, quãdo se le
ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se les fue-
le ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada,
que no aciertan a salir della en seys dias, y si el hom-
bre no va harto, o bien proueydas las alforjas, allı
se podra quedar, como muchas vezes se queda, he-
cho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, di-
xo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo
que pudieres, q̄ yo ya estoy satisfecho, y solo me fal-
ta dar al alma su refaccion, como se la dare escuchã-
do el cuento deste buen hombre. Asy las daremos
todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò
al cabrero, que diessè principio a lo que prometido
auia. El cabrero dio dos palmadas sobrè el lomo a
la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Re-
cuestate junto a mi, manchada, que tiempo nos
queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo
entendio

Quarta parte de don

entendió la cabra, porque en sentandose su dueño, se tendio ella junto a el, con mucho sosiego, y mirandole al rostro daua a entender, que estaua atenta a lo que el cabrero yua diziendo: el qual començo su historia desta manera.

Cap. L I. Que trata de lo que contò el cabrero, a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRES Leguas deste valle está vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estrema hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosissima. La fama de su belleza se començo a estèder por todas las circunuezinas aldeas: que digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estendio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, q̄ como a cosa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venian. Guardauala su padre, y guardauase ella, que no ay cādados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio.

Quarta parte de don

cia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente: pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino a nro pueblo vn Vicente de la Rosa, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado: lleuole de nro lugar siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitan, que có su compañía por alli acerto a passar, y boluio el moço de alli a otros doze vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dizes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponía vna gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò, y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero el hazia tantos guisados, è inuenciones dellas, que sino se los contarã huiera quié jurara que auia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hazen vna buena parte en esta historia. Sentauase en vn poyo q̄ debaxo de vn gran alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia a todos la boca abierta, pendiètes de las hazañas que nos yua contando: no auia tierra en todo el Orbe que no huiesse visto, ni batalla donde no se huiesse hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado
en

en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gã
te, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil
que nombraua, y de todos auia salido con vitoria,
sin que le huuiessen derramado vna sola gota de
sangre: por otra parte mostraua señales de heri-
das, que aunq̃ no se diuifauan, nos hazia entender
que eran arcabuzazos dados en diferentes ren-
cuentros, y faciones: finalmente con vna no vista
arrogãcia llamaua de vos a sus iguales, y a los mis-
mos que le conocian, y dezia que su padre era su
braço, su linaje sus obras, y que debaxo de ser sol-
dado, al mismo Rey no deuia nada. Añadio se le a es-
tas arrogancias ser vn poco musico, y tocar vna
guitarra a lo rasgado, de manera que dezian algu-
nos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus
gracias, que tambien la tenia de Poeta, y assi de ca-
da niñeria que passaua en el pueblo componia vn
romance de legua, y media de escritura. Este sol-
dado pues que aqui he pintado, este Vicente de la
Rosa, este brauo, este galan, este musico, este Poe-
ta, fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra
desde vna ventana de su casa que tenia la vista a la
plaça: enamorola el oropel de sus vistosos trajes:
encantaronla sus romances, que de cada vno que
componia daua veynte traslados: llegaron a sus
oydos las hazañas que el de si mismo auia refe-
rido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de
tener ordenado, ella se vino a enamorar del an-
tes que en el naciesse presuncion de solicita-
lla: y como en los casos de amor no ay ninguno
que con mas facilidad se cumpla, que aquel que

Qq 2 tiene

Quarta parte de don

tiene de su parte el desseo de la dama: con facilidad se concertaró Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesen en la cuenta de su desseo, ya ella le tenia cumplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admiró el successo a toda el aldea, y aun a todos los que del noticia tuuieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, sollicita la justicia, los quadri-lleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaróse los bosques, y quanto auia, y alcabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosísimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confesò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadio que dexasse la casa de su padre, que el la llevaria a la mas rica y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniverso mundo, que era Napoles, y que ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitalle su honor le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueua, y se fue: successo que de
nueuo

nuevo puso en admiracion a todos. Dijo señor hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fué parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan: pues le auia dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuo a encerrar en vn monesterio de vna villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuesse mala, o buena: pero los que cono- cian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su des- semboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que còtento le dieffe: los mios en tinie- blas sin luz que a ninguna cosa de gusto les enca- minasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciencia, maldezia- mos las galas del soldado, y abominauamos del po- co recato del padre de Leandra: finalmente An- selmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas proprias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passa-

Quarta parte de don

mos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras passiones, o cantando juntos alabanças, o vituperios de la hermosa Leandra, o suspirando solos, y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas, a imitacion nuestro. Otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos montes, vsando el mismo exercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha cóuertido en la pastoral Arcadia, segun està colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en el dōde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelue, y perdona, y tal la justicia, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su cōdiciō, y en fin todos la deshonoran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quien se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quiē se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: por que como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estē ocupada de algun pastor que sus desventuras a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra dōde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiēdo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor

tidor Anselmo , el qual temiendo tantas otras cosas de que quejarle , solo se queixa de ausencia, y al son de vn rabel que admirablemente toca con versos , donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado , que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato , de sus promessas muertas, de su fe rompida: y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones que tienen : y esta fue la ocasion señores de las palabras , y razones que dixè a esta cabra, quando aqui llegué, que por ser hembra la tengo en poco , aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometì contaros , si he sido en el contarla prolixo, no serè en seruiros corto : cerca de aqui tengo mi maxada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso , con otras varias, y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.

(?)

294

Cap.

Quarta parte de don

Cap. LII. De la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero, con la rara auentura de los deceptinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.

GENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto, cortesano: y assi dixo que auia dicho muy bien el cura en dezir que los montes criauan Letrados: todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna auentura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuvierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra a pesar de la Abadesa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de la cavalleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho de saguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de vn encantador malicioso, que no pueda

pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra, sino es fauorecer a los desualidos, y menesteros. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondió el cabrero, a lo que se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo esso que de este hombre vuestra merced dize: puesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazón don Quixote: y vos soys el vazio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remacho las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, viédo con quantas veras le maltratauan, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estan, saltò sobre don Quixote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle,

Quarta parte de don

si Sancho Pança no llegara en aquel pũto, y le asie-
ra por las espaldas, y diera con el encima de la me-
sa, quebrando platos, rompiendo taças, y derra-
mando, y esparziendo quanto en ella estava. Don
Quixote que se vio libre, acudio a subirse sobre el
cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido
a cozes de Sancho, andaua buscando agatas algun
cuchillo de la mesa para hazer alguna fanguinolé-
ta vengança: pero estoruauanselo el Canonigo, y
el cura, mas el barbero hizo de suerte que el ca-
brero cogio debaxo de si a don Quixote, sobre el
qual llouio tanto numero de moxicones, que del
rostro del pobre cauallero llouia tanta sangre, co-
mo del suyo. Reuentauan de risa el Canonigo, y el
cura, saltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan
los vnos, y los otros, como hazen a los perros quã-
do en pendencia estan trauados, solo Sancho Pan-
ça se defesperaua, porq̃ no se podia desasir de vn
criado del Canonigo, que le estoruaua que a su
amo no ayudasse. En resolucion estando todos en
regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se
carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan tris-
te, que les hizo boluer los rostros hàzia donde les
parecio que sonaua: pero el que mas se alborotò
de oyrle fue don Quixote, el qual aunque estava
debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y
mas que medianamente molido, le dixo: Herma-
no demonio, que no es possible que dexes de ser-
lo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las
mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por
vna hora, porque el doloroso son de aquella tró-
peta

peta que a nuestros oydos llega, me parece, que a alguna nueva aventura me llama. El cabrero que ya estaua cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y dõ Quixote se puso en pie, boluiendo afsi mismo el rostro adonde el son se oya, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogatiuas, y diciplinas, pidièdo a Dios abriessè las manos de su misericordia, y les llouieffe: y para este efecto la gente de vna aldea que alli junto estaua venia en procession a vna deuota ermita, que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trajes de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que los auia de auer visto, se imaginò, que era cosa de aventura, y que a el solo tocava, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que trayan cubierta de luto fueffe alguna principal seõora que lleuauã por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayo en las mientes, con grã ligereza arremetio a Rozinãte, q̃ pacièdo andaua, quitandole del arzon el freno, y el adarga, y en vn p̃nto le enfrenò, y pidièdo a Sãcho su espada subio sobre Rozinãte, y abraçò su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Agora valerosa cõpañia veredes quãto importa q̃ aya en el mundo caualleros que professen la ordẽ
de la

Quarta parte de don

de la andante caualleria: agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiuu, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto apreto los muslos a Rozinãte, porque espuelas no las tenia, y a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, q̄ jamas la diessse Rozinãte, se fue a encontrar con los disciplinantes: bien que fueran el cura, y el Canonigo, y barbero a detenelle, mas no les fue posible, ni menos le detuuiéron las voces que Sancho le daua, diziendo: A donde va señor don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan a yr contra nuestra Fé Catolica: aduierta mal aya yo, que aquella es proçession de disciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peana es la Imagen benditissima de la Virgen sin manzilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo yua tan pueyto en llegar a los ensauanados, y en librar a la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera si el Rey se lo mandara. Llegò pues a la proçession, y parò a Rozinãte que ya lleuaua desso de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos os encubris los rostros, atèded, y escuchad lo q̄ deziros quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauã, y vno de los quatro clerigos que cantauan las dedanias viendo la estraña caadura de dō Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circũstancias de risa que notó,
y def-

y descubrió en don Quixote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo dígallo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos a oyr cosa alguna, si ya no es tan breue que en dos palabras se diga. En vna lo dirè, replicò don Quixote, y es esta, que luego al punto dexey libre a esta hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras que la llevays contra su voluntad, y q̄ algun notorio desaguifado le auedes fecho, y yo que naci en el mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentire que vn solo passo adelante passe sin darle la deseada libertad q̄ merece. En estas razones cayerõ todos los que las oyeron, que don Quixote deuia de fer algun hombre loco: y tomaronse a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora a la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra sacando la espada arremetio a las andas: vno de aquellos q̄ las lleuauan dexando la carga a sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla, o baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerça, que el pobre dō Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança, q̄ jadeando le yua a los alcances, viendole caydo, dio voces a su moledor, que

Quarta parte de don

que no le diessse otro palo, porque era vn pobre cauallero encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuuvo al villano no, fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en esto llegó todos los de la cõpañia de dõ Quixo adõde el estaua, y mas los de la procession q̃ los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceßo, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirores empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinaciõ de defenderse, y aun ofender si pudiessen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojar se sobre el cuerpo de su señor, haziendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo que estaua muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la procession venia, cuyo conocimiento puso en fofsiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era dõ Quixote, y assi el como toda la turba d̃ los diciplnantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallero, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! O honra de tu linaje, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo,
el

el qual faltando tu en el quedará lleno de malhe-
hores, sin temor de ser castigados de sus malas fe-
chorías. O liberal sobre todos los Alexandros,
pues por solos ocho meses de seruicio me te-
nias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea!
O humilde con los soberuios, y arrogan-
te con los humildes, acometedor de peligros,
sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imi-
tador de los buenos, açote de los malos, enemi-
go de los ruynes: en fin cauallero andante, que es
todo lo que dezir se puede. Con las voces, y gemi-
dos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer
palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente,
dulcissima Dulzinea, a mayores miserias que estas
está sujeto, ayudame Sâcho amigo a ponerme so-
bre el carro encantado, q̄ ya no esto y para oprimir
la filla de Rozináte, porq̄ tengo todo este ombro
hecho pedaços. Esto hare yo de muy buena gana,
señor mio, respódió Sâcho, y boluamos a mi aldea
en cópañia destos señores q̄ su bien dessean, y alli
daremos ordé de hazer otra salida que nos sea de
mas prouecho, y fama. Bien dizes Sâcho, respódió
dó Quixote, y sera grã prudécia dexar passar el mal
influxo delas estrellas q̄ agora corre. El canonigo,
y el cûra, y barbero le dixerón que haria muy bié
en hazer lo que dezia, y assi auiendo recebido grã
de gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pu-
sieron a don Quixote en el carro, como antes ve-
nia. La procession, boluio a ordenarse, y a prose-
guir su camino. El cabrero se despido ð todos: los
quadrilleros no quisieron passar adelante, y el cu-
ra les pagó lo que se les deuia. el Canonigo pidio al
cura

Quarta parte de don

cura le auisasse el successo de dō Quixote, si sanaua de su locura, o si proseguia en ella: y cō esto tomò licēcia para seguir su viaje: en fin todos se didiuierrō, y apartarō, quedando solos el cura, y barbero, dō Quixote, y Pãça, y el bueno de Rozinãte, q̄ a todo lo q̄ auia visto estaua cō tãta paciēcia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodò a dō Quixote sobre vn haz de heno, y cō su acostũbrada flema siguiò el camino q̄ el cura quiso, y a cabo de seis dias llegarò a la aldea de dō Quixote, adòde entrarò en la mitad del dia q̄ acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mitad de la qual atrauessò el carro de dō Quixote. Acudieron todos a ver lo q̄ en el carro venia, y quãdo conoció a su cõpatrioto, quedarò marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor venia, flaco, y amarillo, y tédido sobre vn monton de heno, y sobrevn carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nueuo echaron a los malditos libros de cauallerias, todo lo qual se remouò quando vieron entrar a dō Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de don Quixote, acudio la muger de Sãcho Pança, que ya auia sabido que auia ydo con el firuiendole de escudero, y assi como vio a Sancho lo primero q̄ le preguntò fue, q̄ si venia bueno el año? Sãcho respòdio, q̄ venia mejor q̄ su amo. Gracias seã dadas a Dios, replicò ella, q̄ tãto biẽ me ha hecho: pero cõtadme agora amigo q̄ biẽ auéis sacado de vuestras escuderias? q̄ saboyana me traeis?

que

Quixote de la Mancha.

traeys a mi? Que çapaticos a vuestros hijos? No tray go nada deffo, dixo Sancho, muger mia, aunque tray go otras cosas de mas momento, y consideracion. Dello recibo yo mucho gufto, respondió la muger: mostradme effas cosas de mas consideracion, y mas mométo, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado, en todos los siglos de vuestra ausencia? En casa os las mostrarè muger, dixo Pança, y por agora estad contenta, que siendo Dios seruido de que otra vez salgamos en viage, a buscar aventuras, vos me vereys presto Conde, o Governador de vna Insula, y no de las de por ahi, sino la mejor que pueda hallar se. Quieralo afsi el cielo, marido mio, que bié lo auemos menester. Mas dezidme que es esto de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho, a su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respondió Juana Pança, que afsi se llamaua la muger de Sancho, aunque no eran pariétes, sino porque se vsa en la Mancha, tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies Juana, por saber todo esto tan aprieffa, basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir afsi de passo, que no ay cosa mas guftosa en el mundo, que ser vn hombre honrado, escudero de vn cauallero andãte, buscador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan a gufto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las nouenta y nueue suelen salir auieffas, y torcidas. Selo yo de experiència, porque de algunas he

* salido

Quarta parte de don

salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esto es linda cosa esperar los successos, atraueſſando montes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas plasticas passaron entre Sancho Pança, y Juana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miraualas el con ojos atraueſſados, y no acabaua de entender en que parte estaua. El cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiesſen alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester para traelle a su casa. Aqui alçaron las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de cauallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y tio, en el mesmo punto que tuuiesse alguna mejoría; y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, ha buscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez que salio de su casa, fue a Çaragoça, donde se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acabamiento, pudo alcançar cosa alguna,

Quixote de la Mancha.

alguna , ni la alcançara , ni supiera , si la buena suerte no le depararâ vn antiguo medico , que tenia en su poder vna caja de plomo , que segun el dixo , se auia hallado en los cimientos derribados , de vna antigua ermita , que se renouaua. En la qual caja , se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas , pero en versos Castellanos , que contenian muchas de sus hazañas , y dauan noticia de la hermosura de Dulzinea del Toboso , de la figura de Rozinante , de la fidelidad de Sancho Pança , y de la sepultura del mesmo don Quixote , con diferentes epitafios , y elogios de su vida , y costumbres. Y los que se pudieron leer , y sacar en limpio , fueron los que aqui pone el fidedigno autor , desta nueua , y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren , en premio del inmenso trabajo , que le costo inquerir , y buscar todos los archiuos Manchegos , por sacarla a luz : sino que le den el mesmo credito que suelen dar los discretos , a los libros de cauallerias , que tan validos andan en el mundo , que con esto se tendra por bien pagado , y satisfecho. Y se animarâ a sacar , y buscar otras , sino tan verdaderas , alomenos de tanta inuencion , y pallatiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caja de plomo , eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla , lugar de la Mancha , en vida , y muerte , del valeroso don Quixote de la Mancha.

Hoc scripserunt.

(.?..)

Quarta parte de don

El Monicongo Academico, de la Argamasilla,
a la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
De mas despojos que la son decreta,
El juyzio que tuuo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegó del Catay, hasta Caeta,
La mussa mas horrenda, y mas discreta,
Que grauò versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadisés,
Y en muy poquito a Galaores tuos,
Estribando en su amor, y bizzarria.
El que hizo callar los Belianisés,
Aquel que en Rozinante herrando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico, de la Argamasilla,
in laudem Dulzineæ del Doboso.

SONETO.

ESta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulzinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Piso

Quixote de la Mancha.

Pisó por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el Eruolo
Llano de Aranjuez, apie, y cansado.
Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años.
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el aunque queda en marmores escrito,
No pudo huyr de amor, y ras, y engaños.

Del caprichoso, discretissimo Academico, de la
Argamasilla, en loor de Rozinante, caua-
llo de don Quixote de
la Mancha.

SONETO.

EN el soberbio trono Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino:
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nuevas proezas) pero inuenta el arte,
Va nuevo estilo al nuevo Paladino.

Quarta parte de don

*Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brauos descendientes Grecia,
Triunfo mil vezes, y su fama ensancha.
Oy a Quixote le corona el Aula.
De Belona preside, y del se precia,
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.*

Del Burlador Academico Argamasillesco, a
Sancho Pança.

SONETO.

S*Ancho Pança es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro extraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuuu en vn tantico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agravios del tacáño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuu, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Cauallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente,
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.*

Del

Quixote de la Mancha.

Del Cachidiablo Academico, de la Argamasilla,
en la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

A Qui yaze el cauallero,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuò Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la
sepultura de Dulzinea del Toboso.

EPITAFIO.

R Eposa aqui Dulzinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en polvo, y ceniza,
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuuo assomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos

Quarta parte de don

Estos fueron los versos que se pudieron leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declarasse. Tiene noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigiliyas, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quixote.

(.?.)

For si altro cantera con miglior plectio.

FINIS!



T A B L A D E L O S

Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cauallero don don Quixote de la Mancha.



Rimera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha. Fol. 1

- Capitulo primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha. 1
- Capitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote. 4
- Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero. 7
- Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta. 11
- Capitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero. 15
- Capitulo sexto, del donoso escrusinio que el cura y el barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 18
- Capitulo septimo, de la segunda salida de nuestro buen cauallero. 22

**

Capi-

T A B L A.

Capitulo octavo, del buen sucesso que el valeroso don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 25

Parte segunda, del ingenioso don Quixote de la Mancha. 31

Capitulo nono donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo Vizcayno y el valiente Mar chego tuvieron. 31

Capitulo decimo, de lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con una catterua de Yangueses. 34

Capitulo undecimo, de lo que le sucedio a don Quixote con unos cabreros. 38

Capitulo duodecimo, de lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 42

Capitulo treze, donde se da fin al cuento de la pastora Marcela: con otros sucessos. 46

Capitulo catorze, donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros successos. 52

Tercera parte del ingenioso don Quixote de de la Mancha. 58

Capitulo quinze, donde se cuenta la desgraciada auentura que se topó don Quixote en topar con unos desalmados Yangueses. 53

Capitulo deciseys, de lo que le sucedio al ingenioso lidal. 80

T A B L A.

- go en la venta q̄ el se imaginava ser castillo. 63
- Capitulo de cisure, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança Passaron, &c. 63
- Capitulo de diez y ocho, donde se cuentan las razones q̄ pasò Sancho Pança con su señor don Quixote: con otras aventuras dignas de ser contadas. 73
- Capitulo de diez y nueve, de las discretas razones que Sancho passava con su amo: y de la aventura que le sucedio con vn cuerpo muerto, &c. 80
- Capitulo veinte, de la jamas vista, ni oyda aventura que con mas poco pel gro fue acabada de famoso cauallero en el mundo como la que acabò el valeroso don Quixote. 85
- Capitulo veinte y vno, que trata de la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, &c. 93
- Capitulo veintidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeotes. 100
- Capitulo veintitres, de lo que le acontecio al famoso don Quixote en sierra morena, que fue vna de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuenta. 170
- Capitulo veintiquatro, donde se prosigue la aventura de la sierra morena. Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchava al astroso cauallero de la sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: Quienquiera que seays, &c. 114

T A B L A.

- Capitulo veinticinco, que trata de las estrañas cosas que en sierra morena sucedieron al valiente cauallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros. 120
- Capitulo veintiseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en sierra morena. 131
- Capitulo veintisiete, de como salieron con su intencion el cura y el barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 136
- Q**uarta parte de la historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha. 148
- Capitulo veintiocho, que trata de la nueva y agradable auentura, que al cura y barbero sucedio en la misma sierra. 148
- Capitulo veintinueve, que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto y passatiempo. 158
- Capitulo treynca, que trata del gracioso artificio, y orden que se tubo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto. 166
- Capitulo treynca y vno, de los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos. 171
- Capitulo treynca y dos, que trata de lo que sucedio en la venta

T A B L A.

venta a toda la quadrilla de don Quixote.	178
Capitulo treinta y tres, donde se cuenta la novela del curioso impertinente.	182
Capitulo treinta y quatro, donde se prosigue la novela del curioso impertinente.	195
Capitulo treinta y cinco, donde se da fin a la novela del curioso impertinente.	208
Capitulo treinta y seis, que trata de la braua y descomunal batalla que don Quixote tubo con vnos cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que en la venta sucedieron.	213
Capitulo treinta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas auenturas.	220
Capitulo treinta y ocho, que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas y las terras.	227
Capitulo treinta y nueue, donde el cautiuo cuenta su vida y sucessos.	230
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautiuo.	235
Capitulo quarenta y vno, donde todavia prosigue el cautiuo su sucesso.	243
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de saberse.	257
Capitulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas: con otros estraños acacimien-	257

T A B L A.

<i>Comienzo en la venta sucedidos. Comiença. Mari- nero soy de amor.</i>	262
<i>Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los in- auditos successos de la venta.</i>	268
<i>Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda: y otras auenturas sucedidas con toda verdad.</i>	274
<i>Capitulo quarenta y syete, de la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero.</i>	288
<i>Capitulo quarenta y siete, del extraño modo con que fue encantado don Quixote: con otros famosos suces- sos.</i>	284
<i>Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio</i>	290
<i>Capitulo quarenta y nueue, donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tubo con su señor don Quixote.</i>	295
<i>Capitulo cinquenta, de las discretas altercaciones que don Quixote, y el canonigo tuvieron con otros su- cessos.</i>	300
<i>Capitulo cinquenta y vno, que trata de lo que conto el cabrero a todos los que lleuauan al valiente don Quixote.</i>	304
<i>Capitulo cinquenta y dos, de la pendencia que don Quixote tubo con el cabrero: con la rara auentu- ra de</i>	304

T A B L A.

*ra de los deceptimantes, a quien dio felice fin a
costa de su sudor.*

308

Fin de la Tabla.

